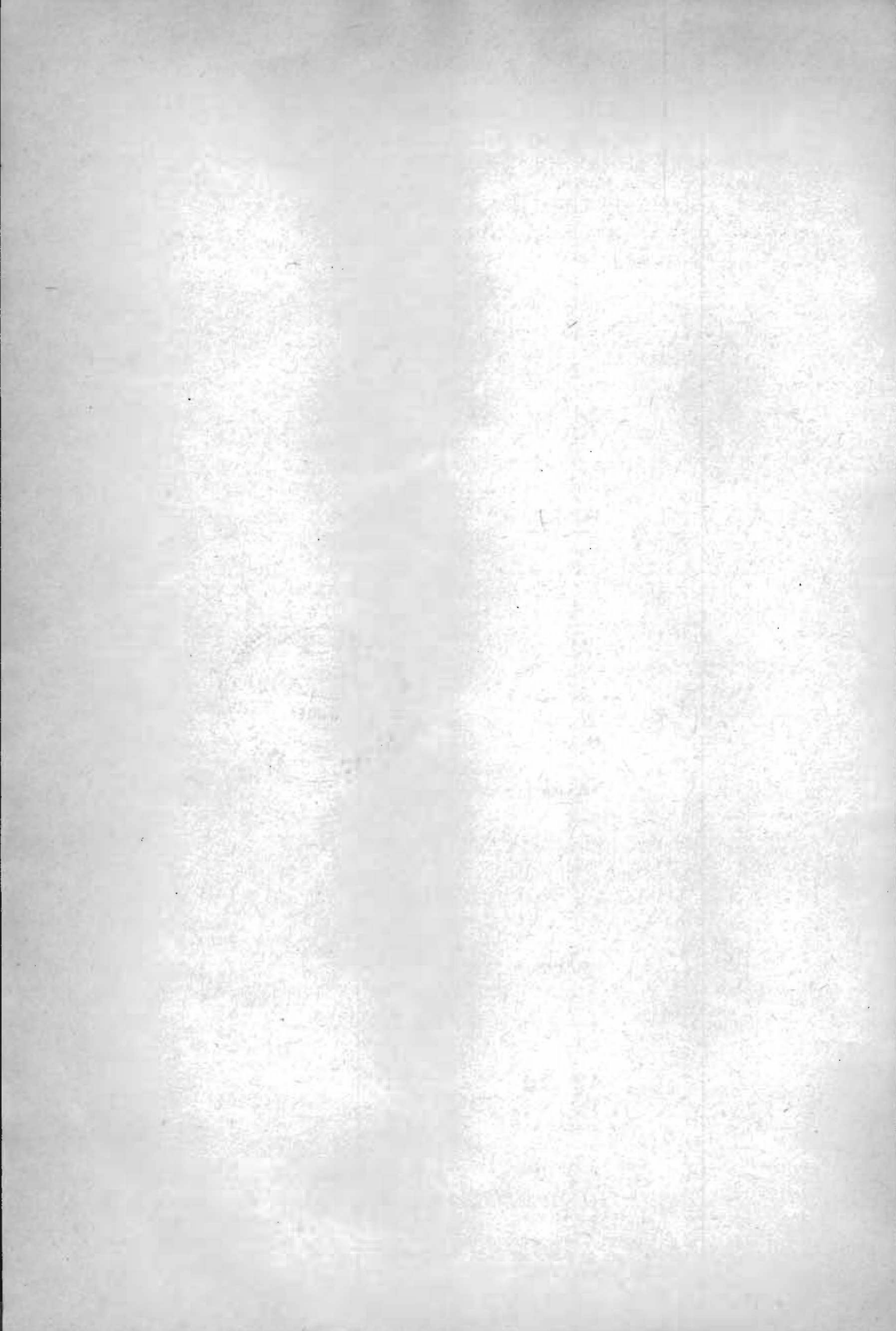


SECCIÓN DE OBRAS DE ECONOMÍA

---

CAPITALISMO PERIFÉRICO. CRISIS Y TRANSFORMACIÓN





RAUL PREBISCH

# CAPITALISMO PERIFERICO

*Crisis y transformación*



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA  
MÉXICO

Primera edición,  
Primera reimpresión,

1981  
1984

La propiedad de este libro pertenece a CEPAL.

El autor es director de la *Revista de la CEPAL* y consultor de dicha institución. Las opiniones expresadas en esta obra son de la exclusiva responsabilidad de su autor; pueden no coincidir con el criterio de la organización en que presta sus servicios.

D. R. © 1981, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA  
Av. de la Universidad 975; 03100 México, D. F.

ISBN 968-16-0819-4

Impreso en México

## PRÓLOGO

SON INNUMERABLES las razones que me han llevado a aceptar con beneplácito la solicitud del FONDO DE CULTURA ECONÓMICA para escribir una breve introducción a esta obra del querido maestro y amigo que es el doctor Raúl Prebisch.

Mirada desde el ángulo institucional —y sin perjuicio de la reserva consabida de que las opiniones expresadas pertenecen por entero al autor— me parece evidente que este ensayo debe inscribirse como otro gran empeño en la tradición de la CEPAL por hurgar en la realidad latinoamericana y descifrar sus particularidades sin perder de vista la universalidad de las grandes cuestiones de este tiempo.

El objeto de análisis del autor es nuestro peculiar "capitalismo periférico", concepto sugerente y hasta provocativo, que incita a profundizar en su naturaleza y en el ejercicio comparativo. Y lo examina en su cuadro actual y en su movimiento hacia el futuro, sin insistir sobre los procesos que atrajeron su atención en el pasado, pero sin olvidar tampoco sus esencias y legados.

Su apreciación es sin duda crítica, pero ella va de la mano con un reconocimiento expreso de los cambios y potencialidades auspiciosas que brotaron en el curso de las últimas décadas. Son estas bases, precisamente, las que podrían y deberían permitir enmendar rumbos para suplir sus carencias y establecer un estilo de desarrollo que congenie los requisitos para el crecimiento económico con una distribución más equitativa de sus frutos.

Desde este ángulo el análisis se concentra en la doble y decisiva tarea de asegurar la generación de un excedente capaz de ampliar la base de sustentación del sistema productivo y, a la vez, de conseguir que la apropiación y uso de tales recursos se congenie con la satisfacción de las necesidades de la gran mayoría de la población. Ausente esta comunión de propósitos y realizaciones, seguiría predominando una frustrante alternativa entre el "consumismo privilegiado" de las minorías y el desborde populista o meramente reivindicativo que agota el potencial del excedente y precipita a la sociedad en conflictos de gran virulencia y desenlaces dolorosos, como atestiguan conocidas experiencias latinoamericanas.

Pero, en verdad, la discusión al respecto conduce gradualmente al autor a preocupaciones más fundamentales y que ciertamente sobrepasan los límites de la propia economía política. Porque lo que ahora preocupa a este infatigable sembrador de ideas es la esquivia y contradictoria (efectiva o aparente) asociación de esos grandes objetivos que son la eficacia, la equidad

*y la libertad —tema central del debate entre distintas ortodoxias y heterodoxias en este tiempo de cavilaciones y tormentas.*

*Ni los años ni duras experiencias han mellado la audacia intelectual del autor, que no vacila en diseñar opciones que podrían abrir camino para esa conjunción tan problemática como deseable.*

*No cabe repasarlas aquí ni anticipar las reservas y censuras que levantarán en distintos círculos, probablemente por consideraciones estrictamente opuestas. Pero sea cual sea este juicio, será difícil regatearle la magnífica ambición de su propósito —fruto de una rica vida de acción y pensamiento— y el remezón provocativo de sus juicios, que nos obligan, por lo menos, a tomar conciencia de los problemas planteados, a elaborar nuestros propios criterios y también a extender y ahondar los surcos abiertos por esta personalidad ejemplar de América Latina.*

ENRIQUE IGLESIAS

## NOTA DE AGRADECIMIENTO

QUIERO expresar mi agradecimiento a Enrique Iglesias, secretario ejecutivo de la CEPAL, quien ha venido insistiendo de tiempo atrás sobre la necesidad de encontrar nuevos estilos de desarrollo. Preocupación, ésta, que ha fortalecido mi empeño en buscar una explicación objetiva de los males del sistema vigente y me ha llevado, por el mismo curso espontáneo de mi pensamiento, a sostener la ineludible necesidad de su transformación.

Este pensamiento viene desenvolviéndose desde los primeros tiempos de la CEPAL. Tuve entonces la buena fortuna de encontrar hombres jóvenes con los que pude tener un diálogo para mí estimulador y fecundo. Siento el deber de mencionarlos con hondo reconocimiento.

Ante todo, Celso Furtado. Celso ya había iniciado fervorosamente sus tareas en la CEPAL cuando se me invitó a Santiago para escribir la introducción del primer *Estudio Económico*. Me impresionó vivamente por el talento extraordinario que desbordaba ya en sus años juveniles. Su colaboración conmigo ha sido inapreciable. Bien sabemos lo que significa su gran tarea intelectual: nadie ha penetrado con más profundidad en la interpretación del desarrollo. Siempre original e incisivo ha dado gran prestigio a su cátedra en la Sorbona. ¡Tiene el exilio político sus giros inesperados!

Conseguí atraer en aquellos tiempos a Víctor Urquidí a quien había conocido en México en 1944. Muy joven aún, demostraba excepcional madurez. Gran preparación teórica y penetración certera en los problemas. Su país le atraía sobremanera, y dejó la CEPAL para dedicarse a El Colegio de México, esa institución extraordinaria en la América Latina por su seriedad y su vasto horizonte intelectual. Víctor la preside con brillo y sabiduría.

Don José Medina Echavarría. Con los vastos conocimientos sociológicos que trajo a la CEPAL y enriqueció con infatigable labor, don Pepe dio nuevos y dilatados horizontes a nuestras tareas de economistas. En mí tuvo influencia perdurable, pues me llevó a insertar el pensamiento económico en el examen de la estructura social. Sin ello yo no habría podido abordar la tarea de este libro.

Vino después Aníbal Pinto trayendo a la CEPAL un denso conocimiento de los hechos económicos y su estrecha vinculación política. Espíritu ágil y con frecuencia demoledor; demuele para construir después. Ha sido ingente

su aportación intelectual y su influencia sobre nuevas generaciones de economistas. ¡Sabe Aníbal dialogar con viejos y jóvenes!

Finalmente Manuel Balboa, para cerrar esta lista que dista de ser completa. Ha logrado tener un conocimiento muy hondo de la realidad económica latinoamericana. Maneja con destreza las series estadísticas y está animado del afán incontrastable de formular proyecciones. Siempre con seriedad científica. Mucho he conversado con él y mucho le debo. Tengo sin embargo que formular una esperanza. Ahora que se ha retirado, es tiempo para que destile teóricamente su sabiduría. ¡Espero que sepa vencer su circunspección inhibitoria!

Todo ello es parte integrante del trasfondo de mi pensamiento cepalino. Este libro significa su última etapa. Y tengo que expresar mi amistoso agradecimiento a quienes tuvieron la benevolencia de ayudarme.

Tengo que volver a mencionar especialmente a Aníbal Pinto. Ha sido un crítico paciente y penetrante de mis páginas. Y siempre amable. Entre otras contribuciones, sacudió vivamente mi primera versión del excedente. Me reprochó con razón olvidar mis antecedentes estructurales. Le agradezco entrañablemente esta y otras críticas y sugerencias; por ejemplo, a él se debe la expresión "uso social del excedente". Es siempre para mí de gran valor el diálogo con Aníbal Pinto.

Adolfo Gurrieri es mi colaborador más inmediato en la *Revista de la CEPAL*. Su aportación a este libro ha sido inapreciable. Gracias en gran parte a su versación sociológica he podido realizar mi propósito de romper el marco estrecho de la teoría económica. En nuestras frecuentes conversaciones en estos últimos años ha habido una fecunda penetración recíproca de ideas: al menos así lo pienso. Creo que Gurrieri está cumpliendo una vieja aspiración mía, la simbiosis intelectual de sociólogo y economista.

Gurrieri tiene además un espíritu muy analítico que lo lleva después a las síntesis. Ha realizado así un trabajo serio y meticuloso de presentar las ideas de su admirado maestro, don José Medina Echavarría.<sup>1</sup>

Y ahora está dando fin a una antología de mi pensamiento de muchos años en la CEPAL y bajo los auspicios de la CEPAL. Antología y evaluación crítica: ¡la espero ansiosamente pues confieso que no he vuelto a leerme!

Pienso, al pasar, que ha llegado el tiempo de hacer una antología de la obra nutrida y vivificante de Celso Furtado. No lo hará el mismo Celso; se lo impide la tensión de su pensamiento, por su propia dinámica y la

<sup>1</sup> Adolfo Gurrieri, "José Medina Echavarría: un perfil intelectual", *Revista de la CEPAL*, núm. 9, diciembre de 1979.

dinámica de los acontecimientos que le empujan a avanzar incesantemente. Lo mismo podría decir de las ideas de Aníbal Pinto.

Constituyen un buen número quienes me estimularon con sus críticas. Mi admirado amigo de muchos años y compañero de los tiempos heroicos de UNCTAD, Sidney Dell, me ha hecho con su gran versación teórica sugerencias muy valiosas y oportunas a mi artículo sobre "Estructura socioeconómica y crisis del sistema",<sup>2</sup> con las cuales he enriquecido este libro.

Gert Rosenthal, Director de la Subsección de la CEPAL en México organizó un seminario con sus más calificados colaboradores, donde se discutieron mis artículos; lo mismo hicieron Mauricio Campillo, José Ibarra y Octavio Rodríguez, del Centro de Capacitación y Desarrollo (CECADE), también en México. Fueron reuniones muy provechosas pues recibí críticas y sugerencias útiles, que en buena parte han sido publicadas en la *Revista de la CEPAL*.

Asimismo, un grupo de economistas y sociólogos del ILPES y del Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE) discutieron también conmigo algunas de mis páginas. Me complace expresarles mi reconocimiento.

Finalmente, a principios de 1981, en respuesta a una amable invitación del licenciado don Luis Echeverría, expresidente de México, participé en un excelente seminario en el Centro de Estudios del Tercer Mundo, que él preside. Por disposición de don Luis, el Centro prepara un volumen con mi exposición sobre la crisis del capitalismo y la animada discusión que le siguió.

No podría cerrar esta nota sin agradecer a Renée Chassagne, la devoción personal, la infinita paciencia con que ha pasado varias veces el manuscrito en Santiago, ayudada de tiempo en tiempo por la buena voluntad de Anita Engel. Caso raro de una francesa que domina nuestro idioma y sabe discernir la intrincada significación de mis textos. Y también a Ana María Mirsaidi que me ha ayudado en la Oficina de la CEPAL en Washington con ejemplar diligencia y consagración.

<sup>2</sup> *Revista de la CEPAL*, núm. 6, segundo semestre de 1978.

## LA DISTRIBUCIÓN DE LA MATERIA DE ESTE LIBRO

ESTA materia se divide en una Introducción, a la que siguen seis partes, y después algunas páginas de Reflexiones Finales.

La Introducción, como es habitual, presenta algunas ideas a las cuales el autor atribuye importancia, pero que se afirman sin mayor demostración. La demostración viene en las partes siguientes.

La primera parte se propone dar una primera visión de conjunto a fin de abarcar en forma preliminar la diversidad del contenido de este libro. Diversidad y unidad, así lo espero.

La segunda parte atañe a la estructura social y sus mutaciones. Trátase de un campo en que no suelen penetrar los economistas, pero hay que explorarlo, a fin de comprender fenómenos como el excedente, sin los cuales no podría interpretarse la dinámica del capitalismo periférico.

¿Cómo se apropia el excedente y por qué mecanismos? Trato de explicarlo en la tercera parte, a fin de llegar por aproximaciones sucesivas a la crisis del sistema, caracterizada por la inflación social. No es posible combatirla con medidas tradicionales de ortodoxia monetaria.

Todo esto concierne a la dinámica del desarrollo interno. Por el contrario, la parte cuarta desborda hacia las relaciones con los centros y los fenómenos que surgen de su hegemonía, su superioridad técnica y económica. Tema éste al que la CEPAL dio gran importancia desde sus primeros escritos.

Al explayarme sobre estas distintas partes, menciono una y otra vez las teorías neoclásicas, pero en forma un tanto fragmentaria. Por eso he creído conveniente presentar de un modo sistemático mis críticas en la quinta parte.

Llego así a la teoría de la transformación en la sexta parte. Después de examinar las grandes fallas del capitalismo periférico, esbozo algunas ideas acerca de su transformación. En las partes anteriores he procurado concentrarme en la interpretación de los fenómenos del desarrollo, si bien asoman de vez en cuando juicios valorativos. Estos juicios se vuelven claramente explícitos en esta sexta parte. Porque considero que la transformación tiene que asegurar el vigor y la equidad del desarrollo, y su compatibilidad con el proceso de democratización y la vigencia de los derechos humanos inherentes.

En las Reflexiones Finales, además de algunas disquisiciones que versan

conceptos anteriores, se afirma reiteradamente la idea primordial de equidad. No hay equidad distributiva en el desarrollo periférico y la transformación del sistema tiene que encontrarla. O sea que la transformación ha de responder a claros principios éticos. Ética distributiva y ética política. Principios éticos que orienten la transformación y racionalidad para realizarla.

## INTRODUCCIÓN

### 1. ¿POR QUÉ TRANSFORMAR EL CAPITALISMO PERIFÉRICO?

TRAS larga observación de los hechos y mucha reflexión, me he convencido que las grandes fallas del desarrollo latinoamericano carecen de solución dentro del sistema prevaleciente. Hay que transformarlo.

Muy serias son las contradicciones que allí se presentan: prosperidad, y a veces opulencia, en un extremo; persistente pobreza en el otro. Es un sistema excluyente.

Difícilmente pudo haberse imaginado hace algunos decenios el impulso notable de la industrialización, la capacidad, iniciativa y empuje de muchos empresarios y las crecientes aptitudes de la fuerza de trabajo. Se han alcanzado elevadas tasas de desarrollo y se está aprendiendo a exportar manufacturas contra obstáculos internos y externos que antes parecían muy difíciles de superar. Y está penetrando el progreso técnico donde tardaba en llegar, especialmente en la agricultura tradicional.

Pero el desarrollo se ha extraviado desde el punto de vista social y gran parte de esas energías vitales del sistema se malogran para el bienestar colectivo.

Trátase de fallas de un capitalismo imitativo. Se está desvaneciendo el mito de que podríamos desarrollarnos a imagen y semejanza de los centros.

Y también el mito de la expansión espontánea del capitalismo en la órbita planetaria. El capitalismo desarrollado es esencialmente centrípeto, absorbente y dominante. Se expande para aprovechar la periferia. Pero no para desarrollarla. Muy seria contradicción en el sistema mundial.

Y muy seria también en el desarrollo interno de la periferia. Contradicción entre el proceso económico y el proceso democrático. Porque el primero tiende a circunscribir los frutos del desarrollo a un ámbito limitado de la sociedad. En tanto que la democratización tiende a difundirlos socialmente. Y esta contradicción, esta tendencia conflictiva del sistema, tiende fatalmente a su crisis, al desenlace inflacionario con graves consecuencias de todo orden.

Trataré de demostrar esto y algo más en las páginas de este libro. Y quisiera desde el comienzo abrirme paso exponiendo el sentido de mis conclusiones en lo que atañe a la periferia latinoamericana.

Aquella distribución tan inequitativa de los frutos del desarrollo se debe primordialmente a la apropiación por los estratos superiores de la estructura social de una parte considerable del fruto del progreso técnico en forma de excedente económico. El crecimiento continuo del excedente es una exigencia dinámica del sistema, porque constituye la fuente principal de acumulación de capital reproductivo que acrecienta la productividad y multiplica el empleo.

Sucedee, sin embargo, que una parte importante del excedente se destina por los estratos superiores a la imitación del consumo de los centros. Hay un desperdicio ingente del potencial de acumulación de capital en la sociedad privilegiada de consumo. Y también desperdicio en la exagerada succión de ingresos por los centros. Y no es ajena a ello la hipertrofia del Estado, consecuencia en gran parte de las mismas fallas del sistema.

La acumulación de capital se vuelve insuficiente frente al extraordinario aumento de la fuerza de trabajo. El sistema tiende así a excluir grandes masas que quedan vegetando en el fondo de la estructura social.

Muy serias contradicciones cuyas consecuencias se agravan por la flagrante incongruencia en las relaciones con los países desarrollados. Éstos se articulan cada vez más a la sociedad privilegiada de consumo; y por el carácter centrípeto de su dinámica, además de diversas restricciones, dificultan el desarrollo hacia afuera de la periferia.

El capitalismo periférico se basa fundamentalmente en la desigualdad. Y la desigualdad tiene su origen, como decíamos, en la apropiación del excedente económico que captan principalmente quienes concentran la mayor parte de los medios productivos.

El excedente es de primordial importancia en mi interpretación. Es un fenómeno esencialmente estructural. Y además dinámico.

### *Las teorías neoclásicas*

Pero estas contradicciones mal podrían explicarse acudiendo a las teorías neoclásicas. Ignoran estas teorías la estructura social y la diversidad de elementos que se conjugan en el desarrollo, además de los económicos. Me he persuadido de la imposibilidad de explicar el desarrollo y, por tanto, la distribución del ingreso, en el marco de una mera teoría económica.

Pero esto no es todo. Además de prescindir de elementos fundamentales de la realidad, las teorías neoclásicas sostienen que si se deja actuar libremente a las leyes del mercado, sin interferencia alguna del Estado, el sistema

tiende a un equilibrio en que la distribución del ingreso correspondería a la aportación de cada cual al proceso productivo. Nada más ajeno al funcionamiento del capitalismo periférico.

Las teorías neoclásicas invocan al mercado como mecanismo espontáneo de asignación del capital y demás recursos productivos, en función de la demanda y siempre que la competencia funcione correctamente. Pero esa demanda proviene de una cierta distribución del ingreso que dimana, a su vez, de una determinada estructura social y de las relaciones de poder que derivan de ella y de sus mutaciones. Y ya hemos dicho que esta distribución es muy desigual y deja, además, al margen del desarrollo a una parte considerable de la población.

Podría pues admitirse que las leyes del mercado representan una solución racional, aunque circunscrita a los estratos favorecidos: pero en modo alguno racional desde el punto de vista colectivo, afirmación ésta que entraña por cierto un juicio de valor. Y a buen seguro que tampoco se consigue esa racionalidad cuando el poder sindical y político de los estratos intermedios trata de contrarrestar esas leyes del mercado.

Desde el punto de vista de la demanda tampoco podría hablarse de la soberanía del consumidor. En un régimen de competencia nadie obliga a nadie a comprar lo que no quiere; se adquiere lo que se desea cuando hay medios para hacerlo. Pero lo que se quiere es, en gran parte, el resultado del arte de sugestión colectiva que se ejerce cada vez más con el portentoso desenvolvimiento de los medios de comunicación y difusión social. ¡La soberanía dirigida! Caso muy claro es éste de ambivalencia de la técnica; sirve para informar, pero al mismo tiempo para deformar. El carácter negativo de esa ambivalencia se opone al positivo en la soberanía del consumidor. Y no hay contrapeso alguno en los medios de difusión masiva al servicio de la sociedad de consumo.

El mercado carece en rigor de horizonte social. En un sistema que tuviera ese horizonte, esto es, que resolviera con racionalidad colectiva el problema de acumulación y al mismo tiempo redujera progresivamente las grandes desigualdades distributivas de carácter estructural, el mercado podría llegar a ser un mecanismo eficiente.

Por supuesto que no cabría dar al mercado ese horizonte cambiando su nombre tradicional. Discurren ahora ciertos economistas liberales de la periferia acerca de la economía social de mercado; nueva prueba de la dependencia intelectual que predomina en nuestras tierras, pues tal expresión se ha acuñado en países de grado muy alto de desarrollo donde se ha eliminado la pobreza —salvo en algunos reductos— gracias, fundamentalmente,

a un dilatado período de acumulación de capital. Sin embargo, y aunque la pugna distributiva ha tomado un giro desconcertante, es allí muy elevado el contenido social del desarrollo. ¿Podría decirse lo mismo de la periferia?

Desde luego que el mercado no es responsable de las grandes disparidades distributivas, como tampoco lo es del desperdicio del potencial de acumulación que impide la integración social de los estratos inferiores. Ni es responsable el mercado ni tampoco podría hablarse de la existencia de una economía social de mercado si en él se reflejan las grandes fallas del desarrollo. Lo que importa es saber qué hay en la estructura social, detrás del mercado.

Mucho más seria es aún esta incongruencia cuando se reflexiona que, cuando se emplea la fuerza para restablecer el funcionamiento del sistema, se sacrifica el consumo de vastos estratos sociales para que los estratos superiores recuperen su posición, y acaso la eleven, en la sociedad privilegiada de consumo.

El mercado tampoco tiene horizonte temporal. Cuando las empresas calculan las combinaciones que más les convienen no incluyen en el costo de producción las consecuencias de sus decisiones sobre el medio ambiente ecológico y humano, ni sobre la disponibilidad futura de recursos naturales agotables. Su concepto de eficiencia económica no va generalmente mucho más allá de sus intereses inmediatos, los que deben distinguirse del interés colectivo considerado con un criterio de largo alcance. El mercado puede llegar a ser un mecanismo eficaz. Pero en ningún momento es o podría ser el supremo regulador de la economía.

En resumen, es incorrecto atribuir al mercado las fallas del sistema; es más bien la expresión de esas fallas. El mercado puede ser instrumento de eficacia económica pero no de eficacia social. Conviene subrayarlo pues a veces se sostiene que para evitar esos defectos será necesario abolir el mercado en la transformación del sistema.

La abolición del mercado llevaría inexorablemente a decidir en la cúspide del sistema qué debe consumirse y qué debe producirse. Significa, en realidad, la abolición de la libertad económica, con muy serias implicaciones políticas.

Los adeptos neoclásicos no sólo denuncian la interferencia del Estado sino su tendencia a la hipertrofia. Pero no paran mientes en que esta hipertrofia es en gran parte una excrecencia del mismo sistema, de sus fallas fundamentales. Porque la fuerza de trabajo, además de recurrir a su poder sindical, utiliza de más en más su poder político en el empeño de corregir su debilidad para compartir el fruto de la creciente productividad del sistema

mediante el disfrute de los servicios sociales del Estado. Y además presiona políticamente a este último en procura de empleo espurio y elevación de sus ingresos a fin de contrarrestar la insuficiencia dinámica del sistema.

Desde luego, la hipertrofia del Estado significa desperdiciar recursos que tendrían que dedicarse a la acumulación en una transformación del sistema. Pero ¿por qué singularizarse con el Estado y no referirse, a la vez, al ingente desperdicio de recursos en la sociedad privilegiada de consumo y a la succión de ingresos por los centros?

Las teorías neoclásicas han vuelto a alcanzar predicamento y pretenden resolver aquella contradicción entre el proceso económico y el proceso de democratización que decíamos al comienzo. Puesto que la democratización y el consiguiente poder sindical y político de las masas comprometen seriamente la exigencia dinámica de acrecentar continuamente el excedente se la suprime mediante el empleo de la fuerza, a fin de que el sistema vuelva a funcionar regularmente bajo la hegemonía de aquellos estratos. Tal es la solución del liberalismo económico.

El costo social y político es ingente. Y sin embargo este insospechado prestigio del liberalismo económico se cumple con la orientación doctrinaria de dos eminentes profesores: el Dr. Milton Friedman y el Dr. Von Hayek. Son grandes defensores de la libertad política y de sus valores humanos inherentes. ¿Cómo disentir con ellos? No sería posible, puesto que su prédica demuestra la incompatibilidad de ese ideal político con la concentración y gestión de los medios productivos en manos del Estado omnisciente y omnipotente.

En donde no podríamos estar de acuerdo es en una gravísima omisión. No reconocen, en verdad, que el juego de las leyes del mercado que ellos preconizan lleva en la periferia a la concentración privada de los medios productivos y a una inaceptable desigualdad social. Y que el empeño de corregirla con el único medio que ofrece el sistema, esto es, el poder sindical y político, provoca conflictos que terminan con el empleo de la fuerza, y la supresión del proceso de democratización y sus grandes valores inherentes. De esa manera se restablece la dinámica del excedente sobre la cual se sustenta la sociedad privilegiada de consumo. No hay otra forma de hacerlo dentro del sistema. De ahí la contradicción entre la democratización y el régimen de acumulación y distribución del capitalismo periférico.

Este resurgimiento del liberalismo económico también se extiende a las relaciones centro-periferia. Las teorías neoclásicas se empeñan en desconocer las disparidades estructurales que tienden al estrangulamiento externo de la periferia, así como el juego de relaciones de poder que tanto influye

en el proceso distributivo internacional bajo el signo de la hegemonía de los centros, sobre todo del centro principal del capitalismo. Y tampoco deja de ser incongruente, aunque muy explicable, que se invoque la libertad económica para promover la expansión periférica de las empresas transnacionales, como si ellas fueran la expresión más auténtica de la libre concurrencia en los mercados periféricos.

Las transnacionales son de antigua data. Otrora explotaron en la periferia sus recursos naturales y servicios públicos —y en cierta medida siguen haciéndolo— y ahora explotan afanosamente las innovaciones que en los centros tienden a dejar de serlo. Y son claras sus características oligopólicas.

Sin embargo, las transnacionales no podrían haber alcanzado un papel tan importante en la periferia sin la sociedad privilegiada de consumo, aunque ellas, por su parte, contribuyen notablemente a su exaltación. Se está dando en realidad una trabazón muy fuerte de intereses entre las transnacionales y los estratos favorecidos.

Entendámonos bien. Este papel tan importante de las transnacionales no debería llevarnos demasiado lejos en su interpretación. Si por arte de magia desaparecieran en la periferia, no por ello se evaporaría el excedente ni se eliminarían las tendencias excluyentes y conflictivas del sistema. Tampoco se corregirían por ese solo hecho aquellas disparidades estructurales en las relaciones centro-periferia. Pero se aliviarían, sin duda alguna, los consabidos fenómenos de dependencia.

### *Breve referencia a las teorías de Marx*

No podría negarse que las teorías neoclásicas tienen un gran poder de seducción. Pero, como vengo insistiendo, son teorías que se basan en supuestos alejados de la realidad, y muy particularmente de la realidad del capitalismo periférico. Cuando uno enfrenta los difíciles problemas del desarrollo, lamenta que sea así. Puesto que si el juego libre y espontáneo de las fuerzas económicas, sin trabas ni interferencias, condujera a un equilibrio óptimo, no tendríamos necesidad de afrontar problemas intrincados como los que tenemos por delante. Tal es la seducción de la simplicidad, y también el gran peligro de las fórmulas simples.

Fórmulas simples a que no escapan muchos de aquellos que se encuentran en el extremo opuesto. Comprendo muy bien que en la contienda sociopolítica se trate de expresar en esta forma teorías complejas y no muy acce-

sibles. Más aún, las exigencias de esa contienda suelen llevar a cristalizar esas fórmulas en conceptos dogmáticos, como que la afirmación reiterada de dogmas suele tener una gran fuerza de penetración.

Marx ha combatido vigorosamente las concepciones de los economistas clásicos que lo precedieron. Ha elaborado sobre estas bases una construcción teórica imponente. Ha demostrado las grandes contradicciones del capitalismo que llevarían finalmente a su superación por el socialismo primero y el comunismo después. Así concibió su ley histórica de la evolución capitalista.

Como quiera que fuere la validez teórica de las contradicciones señaladas por Marx en el funcionamiento del capitalismo de los centros, y por poderosa que fuere su penetración intelectual, no pudo predecir las contradicciones del capitalismo periférico.

A Marx le interesaban los fenómenos de la evolución de la técnica productiva y su influencia dominante sobre las relaciones de producción y la superestructura político-social. Pero no entraron en su horizonte mental, ni creo que pudieran haber entrado en su tiempo, los fenómenos de penetración de la técnica en la periferia de la economía mundial y las contradicciones que les acompañan. Sin embargo, considero que el método de análisis marxista podría contribuir al esclarecimiento de esos fenómenos y de las consecuencias de los cambios que la penetración de la técnica trae consigo en la estructura económica así como en la superestructura social y política.

Hay que hacer una distinción entre marxismo como crítica científica del capitalismo y marxismo como ideología política de transformación.

Suele prevalecer lo segundo en la América Latina. No es frecuente encontrar ensayos profundos de interpretación marxista. Se tiende más bien a una repetición dogmática y se repite así el concepto de la plusvalía, eludiendo un esfuerzo de renovación.

Impresionado Marx por las grandes desigualdades distributivas del capitalismo en el centro dinámico de los tiempos en que escribía, por la extrema pobreza de las masas británicas, construyó su teoría de la plusvalía. Los propietarios de los medios de producción explotaban a la fuerza de trabajo al pagarle salarios inferiores al valor de los bienes que producían. La plusvalía medía las dimensiones de esa explotación.

Marx se inspiraba en verdad en la teoría ricardiana, según la cual el valor de los bienes estaba dado por el trabajo contenido en ellos. Los economistas neoclásicos, en las grandes controversias que desató esta tesis, se dedicaron a demostrar su inconsistencia lógica. Su argumento decisivo era el siguiente. Dado que el trabajo no es homogéneo, es imposible medir el valor relativo

de los bienes, de unos bienes con respecto a otros, por las horas de trabajo contenido en ellos. ¿Cómo introducir las diferencias de calidad del trabajo, las diferencias de aportación al proceso productivo? Pues valuándolas según las remuneraciones de las distintas calidades de este trabajo. ¿Y cómo se establecen estas diferentes remuneraciones de acuerdo con la teoría de la plusvalía? Sencillamente de acuerdo con el valor de los bienes que se producen. De ahí la impugnación neoclásica: por un lado, el valor representa el trabajo contenido en los bienes; y, por otro, las diferentes clases de trabajo se miden relativamente por el valor de esos bienes. Dicho en otros términos, el valor está determinado por el trabajo y el trabajo se mide por el valor.

En el empeño de los neoclásicos de construir una teoría racional de la distribución, creyeron destruir definitivamente el concepto de la plusvalía. Marx se enredó en la teoría ricardiana del valor y quiso encontrar una explicación científica de la plusvalía. Pero cayó en esa repetición del principio. No se necesita en verdad una teoría del valor para demostrar el fenómeno de apropiación del fruto del progreso técnico, como trato de demostrarlo al exponer mi concepto del excedente. Si bien Marx creyó dar una interpretación racional del fenómeno, sin conseguirlo, la significación política de su tesis ha sido enorme.

Marx ha insistido mucho en la tendencia automática a la acumulación de capital gracias a la plusvalía. Recuérdese su desdén sarcástico hacia las teorías de la abstinencia de consumo para acumular, del sacrificio capitalista de la acumulación. Creo que esta tendencia ha sido y sigue siendo típica en el desarrollo capitalista de los centros. El gran problema que allí se plantea es más bien de distribución del ingreso y sus tendencias conflictivas, pues si bien hay grandes necesidades de capital aún insatisfechas, sobre todo de capital social, su satisfacción es compatible con la evolución ulterior del capitalismo.

En el capitalismo periférico, por el contrario, la acumulación es claramente insuficiente frente a la presión del consumo privilegiado, a la exigencia de creciente densidad de capital que la técnica productiva trae consigo, y al incremento extraordinario de la población. Plantéanse así dos exigencias contradictorias: la de la distribución, con caracteres mucho más agudos que en los centros y la de una ingente acumulación de capital.

¡Exigencias contradictorias que presentan un dilema muy serio! O se emplea el excedente de que se apropian los estratos superiores y se succiona por los centros, en redistribuir el ingreso, o se destina a la acumulación de capital, sin lo cual no podrá ampliarse el aparato productivo y absorber

con creciente productividad a los estratos postergados. En otros términos, hay un conflicto entre la redistribución inmediata del ingreso, de índole precaria y transitoria y de limitado alcance, y la redistribución dinámica que es la única forma de acrecentar continua y persistentemente el ingreso de las masas.

Compréndese la perplejidad de Lenin frente a los problemas de lo que entonces era la vasta periferia soviética. Para Marx la plena acumulación de capital debería cumplirse en los países capitalistas avanzados antes de su transformación socialista. Lenin pudo ver desde sus comienzos la importancia decisiva de resolver deliberadamente el problema de la acumulación. A otro le tocó hacerlo con mano de hierro. Aquél pudo ver, asimismo, la necesidad de la gestión independiente de las empresas por los sindicatos, preocupado, como demostró estarlo en sus últimos tiempos, por el enorme crecimiento del Estado. Del todo ajeno a tal preocupación, Stalin llegó a adquirir un poder inconcebible, impulsado también, sin duda alguna, por la hostilidad del capitalismo desarrollado.

Como quiera que haya sido la evolución del socialismo ortodoxo, parecería haberse alejado en forma irremisible de aquel otro concepto marxista de la disolución del Estado al eliminarse la lucha de clases por la destrucción de la clase capitalista.

¿Pero cuál sería entonces la organización socialista? Marx no abordó por cierto este problema. Los clásicos fueron más explícitos: ¡todo se resolvería por aquella mano invisible de Adam Smith en el juego de las leyes del mercado!

## 2. OBJECIONES A LAS TESIS DE ESTE LIBRO

La tesis acerca de la inevitable contradicción entre proceso económico y proceso político en el capitalismo periférico, así como otras conclusiones de mis artículos anteriores ha suscitado comprensibles objeciones. Suele aducirse, en efecto, que mi interpretación concierne a ciertos países más avanzados de la periferia, pero que en ninguna forma podría extenderse a los otros. Conviene desde ahora esclarecer este punto.

Hay países que se encuentran en una etapa de las mutaciones de la estructura social en que cobra aliento el proceso de democratización con todas aquellas consecuencias redistributivas que llevan finalmente a la crisis. Se trata de una etapa avanzada que no ha de confundirse con etapas precedentes.

En otros países se observa, por lo contrario, que en la estructura social domina el poder de los estratos superiores, y el proceso de democratización y la pugna distributiva no se manifiestan todavía, o son incipientes.

Finalmente, en otros casos se desenvuelve el proceso de democratización pero encuentra fuertes obstáculos. La democracia suele presentarse allí con atributos formales, pero está manipulada desde arriba de distintas maneras, entre ellas la cooptación de dirigentes potenciales que podrían amenazar los intereses de los estratos superiores o la combinación oligárquica de partidos en defensa de tales intereses.

El régimen de apropiación y compartimiento del excedente existe en todos esos casos aunque en distintos grados de evolución. Este régimen es inherente al capitalismo periférico, cualquiera que fuese la etapa de sus mutaciones estructurales. Y si he puesto el acento en la crisis es para subrayar que en el curso de las mutaciones estructurales se presenta una clara tendencia hacia ella.

Las diferencias que acabamos de señalar no son las únicas que existen entre los países. Tienen también importancia, entre otras, las condiciones externas que influyen sobre el excedente. En países, por ejemplo, que cuentan con los recursos abundantes del petróleo la pugna distributiva se atenúa, debilitando la tendencia a la crisis aunque hubiera avanzado el proceso de democratización.

Se me ha objetado también mi tesis acerca de la inflación social que caracteriza la crisis del sistema. Sostengo que la ortodoxia monetaria es inaplicable cuando se desenvuelve este tipo de inflación. Es en verdad una conclusión desconcertante y lo ha sido para mí, sobre todo, por haber acudido en otros tiempos y en otras circunstancias a esos principios para lograr la estabilidad monetaria. La ortodoxia es eficaz en esas etapas de las mutaciones estructurales en que aún no ha adquirido impulso el poder de compartimiento de la fuerza de trabajo y del Estado. Pero pierde eficacia y se vuelve contraproducente en las etapas avanzadas de las mutaciones estructurales, cuando se desenvuelve sin mayores restricciones el proceso de democratización.

No creo que la solución fundamental de estos problemas sea materia de simples retoques al sistema. En consecuencia hay que encarar un problema muy serio y difícil: el de su transformación.

Esta conclusión es el resultado lógico de una consideración para mí definitiva. La opción neoclásica edifica su atrayente construcción en el aire liviano. Y el principio regulador que supone se aleja irremisiblemente de la

realidad. No se resuelve con ello ni el problema de la acumulación ni el de la equidad distributiva. Y tampoco se resuelve este problema en el juego irrestricto y arbitrario de relaciones de poder, que carece asimismo de un principio regulador. La regulación sólo puede ser el resultado de una decisión colectiva y requiere ineludiblemente la transformación institucional del Estado.

### *La transformación del sistema*

Por estas consideraciones he dedicado el final de este trabajo a la teoría de la transformación. Subrayo esta expresión pues, contrariamente a lo que suele atribuírseme, no estoy proponiendo un "modelo", una nueva opción de desarrollo, que se aplicaría como fórmula eficaz a la diversidad de condiciones que prevalece en la América Latina.

Mi propósito es otro, si bien le atribuyo gran importancia. Quiero ofrecer a la discusión teórica algunos lineamientos de una posible transformación. Después vendrá el momento de examinar lo que fuera viable en las condiciones objetivas de cada caso concreto.

La transformación del sistema tiene que basarse en el uso social del excedente. Con ello estoy buscando una síntesis entre socialismo y liberalismo económico, que tarda en llegar. Regular globalmente la acumulación y distribución significa socialismo. Dejar el mercado como mecanismo eficiente, pero no como supremo regulador del desarrollo, significa liberalismo.

Pero eso no es todo, a pesar de su decisiva importancia. Hay algo de gran trascendencia. Es la significación política de la transformación. No me refiero a la forma de llegar a ella, que es asunto de controversia ideológica, si bien considero que son las condiciones objetivas de la realidad las que tendrán gran influencia en ello. Me refiero más bien a la sustancia del nuevo sistema desde el punto de vista político. ¿Es o no compatible con nuestro concepto de la democracia y de los valores humanos? ¿O responde a conceptos políticos fundamentalmente diferentes?

Equidad distributiva, vigor del desarrollo y nuevas formas institucionales de una democracia genuinamente participativa. Tales son los grandes objetivos que me han guiado en la teoría de la transformación. Pero no quisiera anticiparme a lo que se discutirá a su debido tiempo; sólo desearía definir desde el comienzo, y sin lugar a incertidumbres, la orientación de mi pensamiento.

Compréndese que todo es muy difícil y complejo y encontrará enormes

obstáculos en la práctica. ¿Pero hay otra manera de eliminar las tendencias excluyentes y conflictivas del sistema vigente? ¿Hay reformas parciales que permiten hacerlo sin llegar al uso social del excedente?

He mencionado hace un momento el vigor del desarrollo. Hay que dilucidar este asunto para disipar lamentables confusiones. Acelerar, dar vigor al desarrollo no significa que se tenga necesariamente por delante la imagen de los países desarrollados. Mal podría tenerse como objetivo una imagen que allí está sufriendo críticas incisivas, que en buena parte se justifican aun sin someter esa imagen a criterios valorativos muy severos. La imagen de la sociedad en que la concentración del poder económico conspira contra la auténtica difusión del poder político, la imagen de la sociedad de consumo trivial y conspicuo, de contaminación y explotación de los recursos naturales no renovables, la imagen de una monstruosa concentración urbana. Es la imagen que ha venido inspirando el desenvolvimiento del capitalismo periférico.

Como también está penetrando el incentivo material más allá del sistema económico en donde no debiera penetrar. Indudablemente, todo eso podrá agravarse con la aceleración del desarrollo, si es que no cambia fundamentalmente su rumbo. He aquí el gran problema y la gran tarea que habrá que emprender.

### 3. LA EVOLUCIÓN DE MIS IDEAS SOBRE EL DESARROLLO

Las ideas que acabo de esbozar y otras que expondré más adelante representan una etapa más de una larga trayectoria de mi pensamiento sobre los problemas del desarrollo que se inicia algunos años antes de mi incorporación a la CEPAL en 1949.

En la elaboración de mis ideas en esos tiempos iniciales tuvo gran influencia la gran depresión mundial. Apremiado entonces por la necesidad de enfrentar las muy adversas repercusiones de aquel fenómeno, tuve que ir arrojando por la borda teorías neoclásicas de las cuales me había nutrido en mi juventud universitaria.

Las enseñanzas de esa crisis me hicieron reflexionar después acerca del desarrollo periférico, su gran vulnerabilidad exterior y las relaciones con los centros.

Tenía por delante el vasto campo del desarrollo latinoamericano que apenas se había explorado. Había que hacerlo y definir sus contornos. Contornos muy inciertos y confusos, como los de aquellos primeros mapas del descu-

brimiento de este continente que poco a poco fueron logrando precisión hasta coincidir con la realidad.

De esta manera en la CEPAL fui ampliando mis conocimientos y abarcando nuevos fenómenos, impulsado casi siempre por la necesidad, a veces impostergable, de abordar problemas muy concretos, y estimulado por el concurso y la crítica de un grupo brillante de jóvenes economistas, en su mayoría latinoamericanos, que estaban emancipándose de los dogmas inveterados.

Fueron surgiendo así algunas aportaciones teóricas. Y cada una de ellas constituía el punto de partida de otras nuevas. El avance ha sido largo y difícil y muchas veces interrumpido por las obligaciones de la práctica. Y de esta manera las ideas fueron sedimentándose y adquiriendo consistencia hasta plasmarse en el presente esfuerzo. Se trata ahora de articular una teoría global del desarrollo que inserte esas sucesivas aportaciones teóricas y rebase el ámbito convencional de la economía para integrar otros elementos muy importantes. Sin ello no sería posible interpretar correctamente los complejos fenómenos de la realidad. Interpretarlos, ante todo, a fin de abrir el paso a la transformación del sistema.

¿Cuáles fueron las principales aportaciones teóricas que tras sucesivos empeños me permitieron llegar a esta concepción global del desarrollo? Conviene recordarlas en seguida.

Tomé como punto de partida la consideración según la cual el capitalismo periférico era parte integrante del sistema mundial, ordenado de acuerdo al esquema pretérito de la división internacional del trabajo y de las ventajas comparativas. Capitalismo subsidiario, apendicular, subordinado a los intereses de los países avanzados bajo el signo de su hegemonía y del imperio de las leyes del mercado.

El capitalismo de esos países avanzados era esencialmente centrípeto, y sigue siéndolo. Su dinámica, con ser muy importante, no bastaba para que la periferia pudiera impulsar su propio desarrollo; ella debía alguna vez crear su propia dinámica rompiendo aquel esquema pretérito.

Para lograr este objetivo, la periferia tenía que industrializarse, esto es, hacer en forma deliberada lo que la dinámica de los centros no había traído espontáneamente.

La industrialización ya había tomado aliento a raíz de la gran depresión. Pero despertaba fuertes resistencias dentro y fuera de la América Latina. Correspondió a la CEPAL demostrar la racionalidad de esta exigencia ineludible del desarrollo. Exigencia estrechamente ligada al progreso técnico de la agricultura. Cuanto más aumentara allí la productividad gracias a

ello, tanto más intensa tendría que ser la industrialización. De lo contrario se acentuaría la tendencia al deterioro relativo de los precios de la agricultura, poniendo freno a su expansión en menoscabo del ritmo de desarrollo, y se dificultaría la absorción productiva de la fuerza de trabajo.

Nos esforzamos entonces en hacer comprender, que dado el retardo histórico del desarrollo periférico, debido a la índole centrípeta del capitalismo, resultaba necesario proteger moderadamente las nuevas industrias para compensar sus mayores costos.

Tal fue el principio de sustitución de importaciones sobre el cual se sustentaba el concepto del desarrollo hacia adentro, pues no parecía posible, para el conjunto de América Latina, hacerlo entonces hacia afuera. La sustitución fue una consecuencia de las condiciones de los centros, adversas a las exportaciones periféricas.

Sin embargo, en la CEPAL también sostuvimos que había grandes posibilidades de intercambio recíproco entre los países latinoamericanos; el objetivo final sería llegar con el andar del tiempo al mercado común.<sup>1</sup> La ampliación de los mercados y la competencia permitirían reducir los costos hasta que la industria fuera internacionalmente competitiva.

Sin duda que la industrialización se ha desenvuelto con grandes fallas. Pero gracias a ella se pudo alcanzar un ritmo de desarrollo superior al que habrían permitido las exportaciones primarias a los centros. En verdad, la pérdida de ingresos representada por los mayores costos de los productos industriales fue compensada con creces por el incremento mucho mayor del producto global de la economía.

Esas fallas radicaban principalmente en la protección exagerada y en la asimetría de la industrialización: se estimulaba la sustitución sin ofrecer incentivos similares a la exportación de manufacturas. Así lo dijimos francamente a comienzos de los años sesenta.

Asimismo, propusimos la idea de planificación del desarrollo. No negá- bamos, por cierto, la importancia del mercado. Pero este mecanismo, insis- timos, no permitía prever los cambios estructurales que provocaba el desarro- llo ni realizar aquellos que eran necesarios para impulsarlo. Se imponía por ello el complemento de la planificación, tanto para elevar el ritmo de acu- mulación de capital, a fin de hacer frente a las exigencias del desarrollo, como para prevenir sus consecuencias.

En efecto, el ritmo de acumulación era insuficiente no sólo debido a la fase inicial en que se encontraba el desarrollo de la periferia sino a la imi-

<sup>1</sup> Conste que esta idea se presentó antes del Mercado Común Europeo.

tación del consumo de los centros<sup>2</sup> y a la incorporación de tecnologías que al requerir creciente densidad de capital disminuyen la absorción de fuerza de trabajo.<sup>3</sup>

Tales fueron las tesis que fui elaborando en la CEPAL, animado y apoyado, como dije, por un conjunto muy destacado de colaboradores; tesis muy combatidas dentro y fuera de América Latina, pero que todavía conservan su valor, a pesar de ser parciales e incompletas.

También me preocupó en aquellos primeros tiempos la inflación. Impugnamos las recomendaciones de ortodoxia monetaria que nos venían de los centros. Se hicieron estudios importantes de donde surgieron las tesis estructuralistas de la CEPAL. Pero no supimos presentar una opción eficaz a la ortodoxia. No hubiera sido posible hacerlo mientras no se penetrara a fondo en la estructura social. No estábamos aún preparados para hacerlo.

Pero no es eso solamente. En nuestros escritos no aparece notoriamente el problema de la distribución del ingreso. Quedaba acaso en nuestro trasfondo mental un resabio neoclásico: el mismo vigor del desarrollo traería espontáneamente la equidad distributiva con el andar del tiempo. También es cierto que discurrimos acerca del sistema prevaleciente de tenencia de la tierra, que no sólo dificultaba la penetración del progreso técnico sino que traía consigo una gran inequidad social, pero no fuimos más allá.

En años posteriores los hechos nos llevarían a ampliar los análisis y propuestas acerca del problema de la desigualdad social. En un trabajo presentado en 1963<sup>4</sup> abordamos resueltamente este asunto reconociendo que, a pesar de algunos decenios de industrialización, vastos grupos sociales quedaban muy rezagados, y exploramos las causas económicas y sociológicas de este fenómeno. Por cierto, en nuestros análisis de la década de los cincuenta habíamos atribuido a la estructura económica un papel importante en la explicación de la desigualdad; tratábase, sin embargo, de una concepción restringida que no se extendía hasta abarcar toda la estructura social. En aquellos años prevalecía en mí el extraviado concepto de una teoría esencialmente económica del desarrollo.<sup>5</sup>

<sup>2</sup> Esta tesis se elaboró en la CEPAL antes que se acuñara el concepto, después tan difundido, del "efecto demostración".

<sup>3</sup> Se llamó la atención acerca de la necesidad de crear nuevas tecnologías, lo cual no entraba en la órbita de los centros. No se crearon. Pero el problema no estaba solamente allí, sino en el desperdicio del potencial de acumulación de capital.

<sup>4</sup> Me refiero a mi último trabajo antes de dejar la dirección de la Secretaría Ejecutiva de la CEPAL: *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano*, Fondo de Cultura Económica, México, 1963.

<sup>5</sup> En la década de los sesenta comprendimos que era necesaria esta ampliación

Esta concepción más amplia del desarrollo puso en evidencia interrogantes que la teoría neoclásica no lograba despejar; sin embargo, no pude continuar mis reflexiones teóricas, llevado fuera de la América Latina por nuevas responsabilidades en las Naciones Unidas, en cuyo cumplimiento pude aprovechar los conocimientos que habían surgido en la CEPAL. Pasaron así largos años hasta que volví a dedicarme a éstos y otros problemas del capitalismo periférico y comprender su dinámica. Mientras tanto economistas y sociólogos de la CEPAL y el ILPES prosiguieron la tarea con muy valiosas aportaciones.

Presento ahora en estas páginas los resultados de mis propias investigaciones de cuyo contenido he procurado dar los grandes lineamientos en la primera parte de esta Introducción. Algunos de esos resultados los he expuesto en artículos publicados en la *Revista de la CEPAL* y los sometí a la crítica de muy calificados y penetrantes colegas, la que me indujo a profundizar y esclarecer mis ideas hasta sedimentarlas en el presente trabajo.

Entre las tesis primigenias se destacaba el esquema centro-periferia; por más que en los últimos años me he empeñado en examinar críticamente mi propio pensamiento, de renovarlo para responder a los cambios que se han operado en la realidad y recoger también el pensamiento ajeno, no he podido prescindir del concepto centro-periferia en que se plasmaron mis primeras ideas de renovación teórica. Creo que sigue teniendo validez aun cuando es necesario continuar los esfuerzos para incorporar nuevos elementos, darle mayor coherencia y reunir los fragmentos dispersos en una presentación sistemática.<sup>6</sup>

Acaso tenga algún interés mencionar el origen de este concepto teórico. Desde mis primeros tiempos de economista me sentí poderosamente atraído por el movimiento cíclico de la economía. Atiborrado de toda suerte de teorías, no lograba explicarme los fenómenos de la economía argentina. Y más tarde, al tener que actuar sobre la misma realidad desde los tiempos de la gran depresión mundial, me encontré sin guía alguna. Más aún, sentía con frecuencia que lo que había aprendido, no sólo no explicaba esa realidad, sino que me impedía examinarla. Así llegué a la convicción de que ni la interpretación de los ciclos de los países industriales, ni las medidas para atenuar sus movimientos y corregir sus consecuencias, eran aplicables a la periferia exportadora de productos primarios y la incipiente industrialización.

del ámbito teórico del desarrollo bajo la influencia de los escritos sociológicos de nuestro eminente colega don José Medina Echavarría.

<sup>6</sup> Sobre este tema los aportes más importantes de los últimos años han sido hechos por Aníbal Pinto.

Después de largos años de acción, me fue dado recogerme y reflexionar sobre mi propia experiencia. Me convencí entonces de que las teorías elaboradas en los países industriales tenían implícitamente una vana pretensión de universalidad. Podrán explicar los fenómenos de aquéllos, y no siempre satisfactoriamente, pero no los que ocurrían en nuestros países.

Surgió entonces el concepto de centros. De un centro dinámico principal, que trasmite sus impulsos a una periferia. Impulsos de expansión cíclica seguidos periódicamente de movimientos de contracción. A los centros correspondía un papel activo, a la periferia un papel pasivo en estos movimientos ondulatorios de la economía, si bien la reacción periférica en la fase descendente del ciclo, contribuía a la recuperación de la actividad de los centros, dando lugar a nuevos impulsos. Por supuesto que no pretendí en ningún momento construir una teoría del ciclo periférico, sino apuntar elementos teóricos que era necesario insertar en una teoría general del ciclo para darle validez universal. Elementos teóricos en que la noción de tiempo así como la de espacio tenían primordial importancia.

Pero no es éste el momento de explayarse sobre este asunto sino de mencionar como fui avanzando en el concepto de centro-periferia. El movimiento cíclico representa, en fin de cuentas, la forma típica de crecer de la economía capitalista, si bien se ha ido aprendiendo a obrar positivamente sobre sus movimientos. Esta reflexión me llevó naturalmente a dar a dicho concepto un alcance mucho más amplio, pasando del examen de las fluctuaciones al análisis de los fenómenos mismos del desarrollo.

Así surgieron los primeros elementos del esquema teórico centro-periferia que fue enriqueciéndose y modificándose en el andar del tiempo y que ahora trato de renovar en el presente trabajo e introducir en su cuerpo elementos fundamentales de que antes estaba privado.

#### 4. UNA TEORÍA GLOBAL DEL DESARROLLO

Los economistas se obstinan generalmente en eludir los problemas políticos porque escapan al ámbito de la teoría económica. Y la misma asepsia doctrinaria les lleva a prescindir de otros elementos esenciales para comprender la dinámica del desarrollo. Empero, los fenómenos del desarrollo no pueden explicarse solamente con una teoría económica; hay que llegar a una teoría global que integre todos los elementos del sistema mundial del capitalismo.

El capitalismo periférico es parte de este sistema mundial, pero tiene su propia especificidad. Por esta misma especificidad las teorías elaboradas en los centros, desde el punto de vista de la periferia, adolecen de una falsa pretensión de universalidad. Sostuvimos esta tesis desde nuestros primeros tiempos en la CEPAL y la observación ulterior de los hechos nos ha llevado a confirmarla plenamente. Las teorías neoclásicas no se propusieron explorar la realidad periférica, si bien sus adeptos de esta parte del mundo las adoptan con incondicional reverencia. Tampoco conciernen a la periferia las teorías de Marx, para quien el capitalismo del centro británico se reproduciría simplemente en el resto del mundo con el andar del tiempo. Y la revolución teórica keynesiana puso el acento en la tendencia hacia el exceso de ahorro en un capitalismo maduro, lo cual, obviamente, es ajeno a la periferia.

Necesitamos pues un esfuerzo propio de elaboración teórica. No se trata de prescindir de las teorías de los centros sino de reconocer la especificidad del capitalismo periférico. En otros términos, debe construirse una teoría que abarque al esquema centro-periferia en toda su complejidad.

Ese afán nuestro de engullir las teorías de los centros —según la feliz expresión de Gurrieri— es otra de las manifestaciones de nuestro capitalismo imitativo y de nuestro afán de desarrollarnos a imagen y semejanza de aquellos. Se toman esas teorías como verdad revelada sin reflexionar en las grandes diferencias de estructura social entre centros y países periféricos. Y se propagan en estos últimos lo que en aquellos corresponde a una estructura muy avanzada. Se propagan las técnicas, las formas de consumo y otras formas culturales, las instituciones, las ideas y las ideologías.

Y mal podría entonces encerrarse el desarrollo en el estrecho cercado de una teoría económica. Si razones metodológicas han llevado a los teóricos a examinar por separado los distintos elementos, animados a veces por un prurito explicable de especialización, se impone ahora abarcarlos en su intrincada complejidad y dilucidar sus mutuas relaciones. Y hay que hacerlo para aproximarse más a la realidad que se pretende transformar. Discurrir acerca de soluciones económicas en el desarrollo periférico, con prescindencia de esos otros componentes, es un trágico desatino del cual, por cierto, no estamos exentos en los tiempos que corren. ¡Elimínense los obstáculos políticos y sociales que trastornan el libre juego de las fuerzas económicas —vuelve a insistirse— y el sistema llegará a adquirir plena eficacia! Sólo que para lograr la plenitud del liberalismo económico debe sacrificarse el liberalismo democrático con todo lo que entraña para la libertad individual y la vigencia de los derechos humanos.

## 5. CICLOS POLÍTICOS Y TRANSFORMACIÓN

Sin embargo, este retroceso político no podrá mantenerse indefinidamente por el mismo desgaste del empleo de la fuerza y las reacciones que ello trae consigo. El retorno a la democratización termina por imponerse tarde o temprano. Pero si ello no va acompañado de una transformación sustancial del sistema, mucho me temo que conduzca nuevamente al juego arbitrario de relaciones de poder.

Así pues, con el andar del tiempo, y no mucho tiempo, podría otra vez desbaratarse el funcionamiento regular de la economía y a desintegrarse la urdimbre social.

Me preocupa profundamente que el sistema, por las grandes fallas que entraña, desemboque en una sucesión de ciclos políticos, con periodos de democratización seguidos de represión política y agravamiento de la desigualdad social.

Frente a esa perspectiva muy perturbadora es mucha la responsabilidad que tenemos quienes nos ocupamos de los fenómenos del desarrollo periférico. Responsabilidad que estamos muy lejos de haber cumplido hasta ahora. Pues ¿qué opciones supimos presentar a los actores políticos para superar la crisis del sistema? Sólo dos opciones extremas. La del liberalismo económico, que exige inexorablemente ese sacrificio del liberalismo democrático; o la opción de transferir los medios productivos al Estado y concentrar su gestión en los hombres que tienen el poder político en la cúspide de aquél, poder político que de este modo se vuelve incontestable.

En la primera de estas opciones se interrumpe el proceso de democratización. En la otra, se lo sustituye por una concepción fundamentalmente distinta del régimen político y de los derechos humanos.

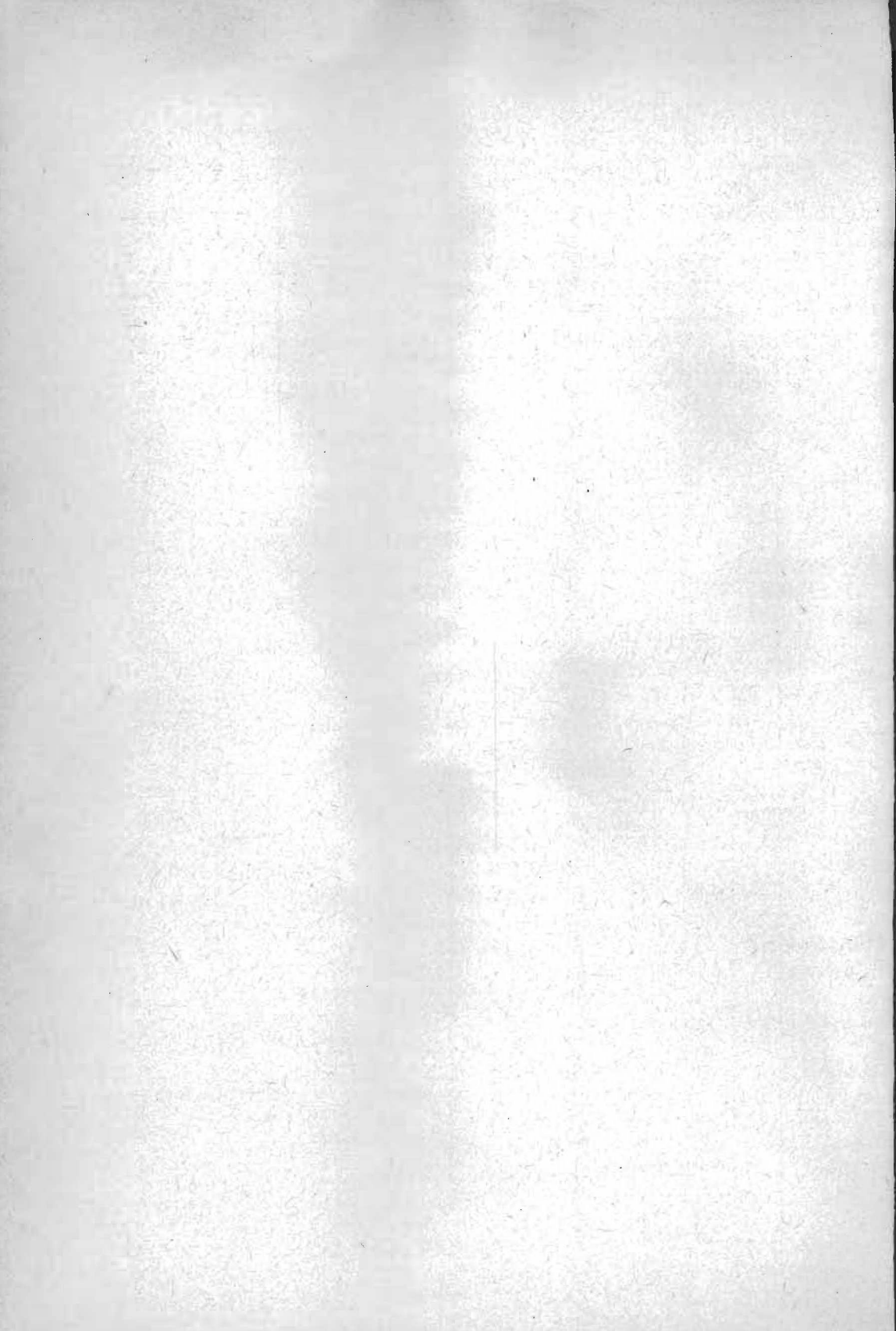
Compréndese pues la angustiada perplejidad de quienes perciben que el avance de una de las más grandes conquistas del humanismo, a pesar de los valores imponderables que encierra, aún no ha logrado traducirse en una ética distributiva que el sistema desconoce flagrantemente.

Parecerían ahora abrirse nuevos rumbos en la evolución de las corrientes políticas avanzadas. Se abandona el concepto de la dictadura del proletariado, o como quiera llamársele, y se fortalece en su lugar el concepto de pluralismo democrático. ¿Pero será posible el pluralismo si el poder económico y político se concentra en las pocas manos de quienes dirigen el Estado en un sistema de socialismo ortodoxo?

He llegado a persuadirme de la incompatibilidad de esa concentración de los medios productivos y su gestión con el avance democrático. No po-

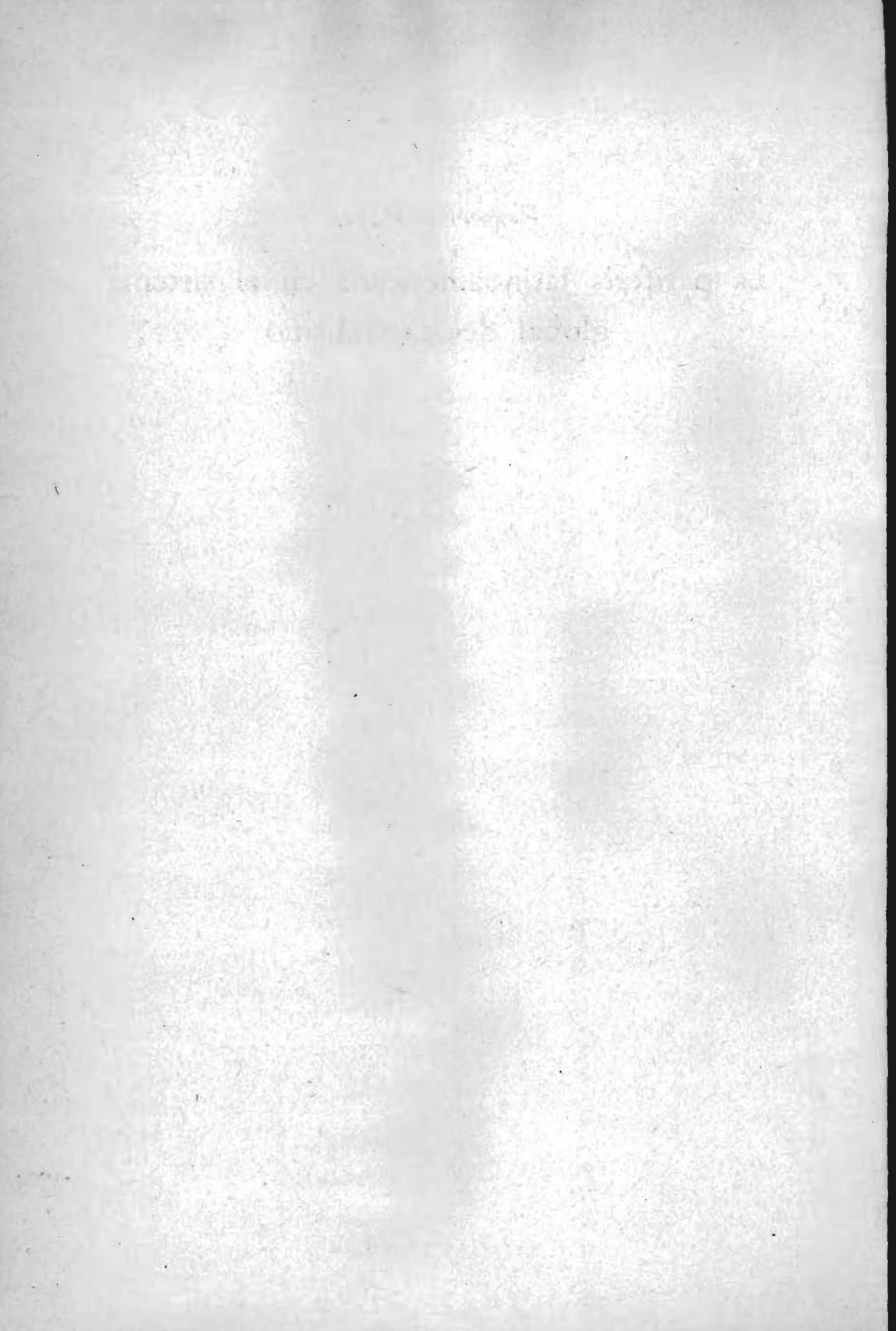
dríamos pues eludir esa responsabilidad y se hace necesario desde luego buscar otro camino para transformar el sistema.

No cabe duda alguna que ello exige cambios en la estructura del poder, ya que ninguna transformación fundamental podría cumplirse sin tales cambios. ¿Pero qué hacer después? ¿En qué consiste la transformación del sistema? Esto es lo que debe discutirse con clara objetividad, no exenta desde luego de un gran sentido humano. Pero hay que hacerlo conociendo el sistema que ha de transformarse, y sabiendo a ciencia cierta dónde están sus grandes fallas.



*Primera Parte*

La periferia latinoamericana en el sistema  
global del capitalismo



## 1. LA DINÁMICA DE LOS CENTROS

EL DESARROLLO periférico es parte integrante del sistema mundial del capitalismo, pero se desenvuelve en condiciones muy diferentes a las de los centros, de donde surge la especificidad del capitalismo periférico.

La técnica tiene en ello un papel primordial. Conforme se desenvuelve en los centros sobrevienen continuas mutaciones en su estructura social, como así también en los países periféricos. Cuando penetra en ellos esa misma técnica, con gran retardo, se modifican en forma correspondiente las relaciones entre estos últimos países y aquellos centros.

A través de esas continuas mutaciones nótanse ciertas constantes de gran significación. Mencionaremos las principales.

La dinámica de los centros, si bien tiene considerable influencia en el desarrollo periférico, es de alcance limitado, debido a la índole centrípeta del capitalismo. En efecto, esa dinámica solamente impulsa al desarrollo periférico en la medida que atañe al interés de los grupos dominantes de los centros.

La índole centrípeta del capitalismo se manifiesta persistentemente en las relaciones entre los centros y la periferia. En los primeros se origina el progreso técnico y tiende a concentrarse en ellos el fruto de la creciente productividad que trae consigo. A favor de la demanda creciente que acompaña al incremento de productividad se concentra también allí la industrialización, aguijada por incesantes innovaciones tecnológicas que diversifican más y más la producción de bienes y servicios.

Así pues, en el curso espontáneo del desarrollo la periferia tiende a quedar al margen de ese proceso de industrialización en la evolución histórica del capitalismo.

Más que un designio de exclusión, este fenómeno es la consecuencia del juego de las leyes del mercado en el plano internacional.

Y más tarde, cuando se industrializa a consecuencia de crisis internacionales, la periferia tiende también a quedar excluida del caudaloso intercambio industrial de los centros. La periferia ha tenido que aprender a exportar manufacturas y lo está haciendo notablemente por su propio esfuerzo, puesto que las transnacionales han contribuido mucho más a la internacionalización de las formas de consumo que a la internacionalización de la producción mediante el intercambio con los centros.

Explícate así en gran parte la tendencia inmanente al desequilibrio exterior que se ha presentado y sigue presentándose en el desarrollo periférico:

se ha tratado de contrarrestar esta tendencia con la sustitución de importaciones primero, y después con la exportación de manufacturas.

Los centros distan mucho de estimular las exportaciones de manufacturas de la periferia mediante ciertos cambios en su estructura productiva. Y en la medida en que no abren sus puertas a aquéllas, obligan a la periferia a continuar sustituyendo importaciones. La sustitución no responde a una preferencia doctrinaria: es una imposición de la índole centrípeta del capitalismo. Sólo que se ha venido cumpliendo dentro de estrechos compartimientos nacionales de una periferia fragmentada, en desmedro de su economicidad y del vigor del desarrollo.

El interés económico de los grupos dominantes de los centros se combina con intereses estratégicos, ideológicos y políticos que forman en ellos una constelación de donde dimanan obstinados fenómenos de dependencia en las relaciones centro-periferia.

En estas relaciones se articula el interés económico de aquellos grupos dominantes de los centros con los de los países periféricos, y en el juego de estas relaciones de poder gravita poderosamente la superioridad técnica y económica de los primeros. Las mutaciones estructurales que acompañan a la evolución y propagación de la técnica tienen gran importancia. En la periferia, además de la significación de estas mutaciones en su propio desarrollo, ellas traen con el andar del tiempo ciertas presiones perturbadoras cuando las tendencias conflictivas internas que caracterizan al desarrollo, desbordan hacia los centros y suscitan allí la reacción adversa de aquella constelación hegemónica. Patente manifestación de aquellos fenómenos de dependencia.

Sigue prevalciendo en los centros, lo mismo que en la periferia, el interés económico de los grupos dominantes. No podría negarse su eficacia en el ámbito del mercado, tanto en el plano nacional como internacional. Pero el mercado, a pesar de su enorme importancia económica y política, no es, ni podría ser, el supremo regulador del desarrollo de la periferia y sus relaciones con los centros.

Ello es muy claro en la crisis presente de estos últimos. El mercado no ha podido responder a la ambivalencia de la técnica. Ha sido ésta un factor imponderable de bienestar material, pero ha traído también la explotación irresponsable de recursos naturales agotables y el deterioro impresionante de la biosfera, aparte de otras serias consecuencias.

Tampoco han resuelto las leyes del mercado las grandes fallas en las relaciones centro-periferia. Ni mucho menos las tendencias excluyentes y conflictivas del desarrollo periférico.

Hay que combinar las decisiones individuales en el mercado con decisiones colectivas fuera del mercado que se superpongan al interés de los grupos dominantes. Pero se necesita en todo ello una gran visión, una visión transformadora, tanto en el desarrollo periférico como en aquellas relaciones con los centros. Visión inspirada en designios éticos de largo alcance en que se conjuguen previsoramente consideraciones económicas, sociales y políticas.

## 2. LA DINÁMICA INTERNA DEL CAPITALISMO PERIFÉRICO

La dinámica de los centros no tiende a penetrar profundamente en la estructura social de la periferia; es una dinámica limitada.

En contraste con todo ello, los centros propagan e irradian en la periferia sus técnicas, formas de consumo y existencia, sus instituciones, ideas e ideologías. El capitalismo periférico se inspira cada vez más en los centros y tiende a desenvolverse a su imagen y semejanza.

Este desarrollo imitativo se desenvuelve tardíamente en una estructura social que presenta importantes disparidades con la estructura evolucionada de los centros.

La técnica penetra gracias a la acumulación de capital, así en medios físicos como en formación humana. A medida que se desenvuelve este proceso se operan continuas mutaciones en dicha estructura, la cual abarca una serie de estructuras parciales vinculadas entre sí por estrechas relaciones de interdependencia; las estructuras técnicas, productivas y ocupacionales, la estructura de poder y la estructura distributiva. El análisis de esas mutaciones es indispensable para desentrañar la compleja dinámica interna del capitalismo periférico.

### *Mutaciones estructurales, excedente y acumulación*

La penetración de la técnica va incorporando capas sucesivas de creciente productividad y eficacia que se superponen a capas técnicas precedentes de menor productividad y eficacia, aunque en el fondo de esta estructura técnica suelen persistir todavía capas precapitalistas o semicapitalistas. Estos cambios en la estructura técnica van acompañados de cambios en la estructura de ocupación, pues se desplaza continuamente la fuerza de trabajo desde las capas de menor a las de mayor productividad. Pero la estructura

de ingresos no evoluciona de manera coherente con los cambios técnicos y ocupacionales. Así, pues, la gran masa de la fuerza de trabajo que se emplea con creciente productividad no aumenta correlativamente sus remuneraciones en el juego de las fuerzas del mercado.

Esto se explica por la competencia regresiva de la fuerza de trabajo que se encuentra en aquellas capas técnicas de baja productividad, o está desocupada. Sólo se transfiere parte del fruto del progreso técnico a una proporción limitada de la fuerza de trabajo que, sobre todo por su poder social, ha podido adquirir las calificaciones cada vez mayores exigidas por la técnica.

La parte del fruto de la creciente productividad que no se transfiere constituye el excedente, el que es apropiado principalmente por los estratos sociales superiores quienes concentran la mayor parte del capital en bienes físicos, así como la propiedad de la tierra. Se trata de un fenómeno estructural. El excedente no tiende a desaparecer mediante el descenso de los precios por la competencia entre empresas —aunque fuera irrestricta— sino que se retiene y circula en ellas. Se trata de un fenómeno estructural y dinámico.

El crecimiento de la producción de bienes finales, gracias a la continua acumulación de capital, exige acrecentar anticipadamente la producción en proceso, de la cual surgirán cierto tiempo después los bienes finales. Y para ello las empresas pagan crecientes ingresos, de donde surge la mayor demanda que absorbe, sin descensos de precio, la oferta final aumentada por el incremento de la productividad. A la índole estructural del excedente se agrega pues su carácter dinámico.

En verdad, los ingresos que así se pagan en las sucesivas etapas del proceso (incluido el excedente), gracias a la creación de dinero, son muy superiores a los requeridos para que los precios no descieran. Esto se explica porque sólo una parte de tales ingresos se traduce inmediatamente en demanda de bienes finales. Otra parte se desvía hacia la demanda de servicios, así en el mercado como en la órbita del Estado; circula allí y retorna gradualmente hacia la demanda de bienes. Además de los ingresos que se pagan a los factores productivos las empresas adquieren bienes importados, y así los países de donde provienen recuperan los ingresos que pagaron en su producción más el excedente correspondiente. Con las exportaciones ocurre lo contrario.

No hay correspondencia estricta entre la demanda de bienes y la oferta, pero los desajustes se corrigen espontáneamente o por la intervención previsoras y correctiva de la autoridad monetaria cuando no se ha desarrollado aún el poder de compartimiento del excedente.

La desigual distribución del ingreso en favor de los estratos superiores promueve en ellos la imitación de las formas de consumo de los centros. La sociedad privilegiada de consumo que así se desenvuelve, significa un considerable desperdicio del potencial de acumulación de capital.

Este desperdicio no sólo se manifiesta en la cuantía del capital sino también en su composición. En efecto, gracias a las técnicas que acrecientan la productividad y el ingreso, y en estrecha combinación con aquéllas, se emplean técnicas que diversifican incesantemente la producción de bienes y servicios. Al ocurrir este cambio en la estructura productiva, junto a otras formas de inversión, se eleva la proporción de capital no reproductivo sin que se acreciente la productividad ni se multiplique el empleo, en detrimento del capital reproductivo necesario para impulsar el desarrollo.

Estos fenómenos inherentes a la lógica interna del capitalismo de los centros acontecen prematuramente en la periferia debido a la gran desigualdad distributiva.

A todo esto, y también en desmedro de la acumulación, se agrega la succión exagerada de ingresos por parte de los centros, especialmente por obra de las transnacionales, en virtud de su superioridad técnica y económica y el poder hegemónico de aquéllos.

Esta insuficiente y frustrada acumulación de capital reproductivo, que se agrava por la tendencia hacia la hipertrofia del Estado y el crecimiento extraordinario de la población, explican primordialmente que el sistema no pueda absorber con intensidad los estratos inferiores de la estructura social y hacer frente a otras manifestaciones de redundancia de fuerza de trabajo. Tal es la tendencia excluyente del sistema.

En la agricultura prevalecen dichos estratos inferiores, y como la demanda de bienes agrícolas apenas se diversifica, la fuerza de trabajo tiende a desplazarse hacia otras actividades. Sin embargo, dada la insuficiencia absorbente del sistema, acontece un serio fenómeno de redundancia que explica el deterioro relativo de los ingresos de la fuerza de trabajo en la agricultura.

Mientras perdura esa insuficiencia absorbente, el progreso técnico de la agricultura no tiene la virtud de elevar esos ingresos y corregir su deterioro relativo. Antes bien, tiende a perjudicar la relación de precios cuando la producción sobrepasa la demanda. Tal es la tendencia que suele presentarse sobre todo en las exportaciones agrícolas y que lleva a frenar su expansión en desmedro del desarrollo.

*Cambios en la estructura del poder y crisis del sistema*

Conforme la técnica va penetrando en la estructura social sobrevienen mutaciones que se reflejan en la estructura del poder. Se amplían los estratos intermedios y, a medida que avanza el proceso de democratización, su poder sindical y político se despliega y contrapone cada vez más al poder económico de quienes, sobre todo en los estratos superiores, concentran la mayor parte de los medios productivos. Asimismo, en esos estratos se encuentra principalmente la fuerza de trabajo con poder social. Estas relaciones de poder entre estratos superiores e intermedios se manifiestan tanto en la órbita del mercado como en la del Estado. Se desenvuelve de esta manera una presión cada vez mayor para compartir los frutos del incremento de productividad. Y a medida que este compartimiento se consigue, tiende a extenderse socialmente hacia abajo la imitación de las formas de consumo de los centros, especialmente en los estratos intermedios. Pero el privilegio se concentra especialmente en los estratos superiores.

Esta doble presión se manifiesta en gran parte a través de un aumento de las remuneraciones de la fuerza de trabajo, sea para mejorar su participación en el fruto de la productividad, o para resarcirse de la incidencia desfavorable de ciertos factores, sobre todo de las cargas fiscales que recaen, directa o indirectamente, sobre aquélla y con las cuales el Estado hace frente a la tendencia a su crecimiento.

El poder burocrático y el militar tienen su propia dinámica en el aparato del Estado, apoyada en el poder político, principalmente de los estratos intermedios. Y a favor de ella se despliegan las actividades estatales más allá de consideraciones de economicidad, tanto en lo que concierne a la cuantía y diversificación de sus servicios como a la absorción espuria de fuerza de trabajo.

De esta manera el Estado, mediante el crecimiento del empleo y los servicios sociales, trata de corregir la insuficiencia absorbente del sistema y su inequidad distributiva; lo cual es un factor importante en su hipertrofia.

Expresado lo anterior en pocas palabras: la distribución del fruto de la creciente productividad del sistema es fundamentalmente el resultado del juego cambiante de las relaciones de poder, sin excluir, desde luego, las diferencias individuales de capacidad y dinamismo.

A medida que se fortalece el poder de compartimiento de la fuerza de trabajo y ésta adquiere aptitud de resarcirse de las cargas fiscales y de la incidencia de otros factores, el aumento de remuneraciones tiende a sobrepasar la disminución de los costos de las empresas provenientes de sucesivos

incrementos de productividad. El exceso tiende entonces a trasladarse a los precios, y a ello siguen nuevos aumentos de remuneraciones en la consabida espiral inflacionaria.

En tales condiciones, para que pueda absorberse la oferta, acrecentada por el mayor costo, es indispensable que la demanda y los ingresos de donde surge crezcan correlativamente.

Si la autoridad monetaria se resiste a la creación necesaria de dinero, a fin de evitar o contrarrestar la espiral, se vuelve insuficiente el crecimiento de la demanda para hacer frente al de la producción final. Sobreviene así el receso de la economía y este fenómeno se prolongará hasta que aquella cambie de actitud y los precios puedan subir conforme a los mayores costos. El alza de precios permite que el excedente vuelva a subir por nuevos aumentos de productividad, pero sólo momentáneamente, pues la elevación posterior de las remuneraciones lo comprime otra vez. Se resiente, así, la acumulación con adversas consecuencias sobre el desarrollo, además de los trastornos que trae consigo la exacerbación de la pugna distributiva.

Adviértase, sin embargo, que estos fenómenos ocurren cuando gracias al proceso de democratización se desenvuelve cada vez más el poder sindical y político de la fuerza de trabajo, tanto en la órbita del mercado como en la del Estado, y los gastos de éste se elevan cada vez más por su propia dinámica.

En tales condiciones la espiral se vuelve inherente al desarrollo periférico. Y las reglas convencionales del juego monetario resultan impotentes para evitarla o suprimirla.

Estas reglas tienen gran validez cuando no existe, o es muy incipiente, el poder redistributivo (de compartimiento y resarcimiento). Esto ocurre cuando el proceso de democratización es muy débil o se encuentra trabado o manipulado por los grupos dominantes: democracia aparente y no sustantiva.

Tal es la índole de la crisis del sistema cuando el juego arbitrario de relaciones de poder cobra gran impulso. Acontece este fenómeno en el curso avanzado del desarrollo periférico. La crisis del sistema puede postergarse por un tiempo más o menos largo, sobre todo cuando se dispone de cuantiosos recursos provenientes de la explotación de una riqueza natural no renovable.

El poder político de los estratos superiores, que parecía ir declinando con el avance democrático, irrumpe nuevamente cuando los trastornos provocados por la crisis inflacionaria traen consigo el desquicio económico y la desintegración social. Sobreviene entonces el empleo de la fuerza, que permite quebrar el poder sindical y político de los estratos desfavorecidos.

Si quienes tienen el poder militar en sus manos no se encuentran necesa-

riamente bajo el dominio del poder económico y político de los estratos superiores, cabe preguntarse por qué intervienen para servir a la sociedad privilegiada de consumo. Hay por cierto aquí un juego complejo de factores. Mas la explicación fundamental radica en que, al tener los estratos superiores la clave dinámica de tal sistema, esto es la capacidad de acumular capital, se impone dejarles hacer en el afán de restablecer la regularidad del desarrollo. Pero es ingente el costo social, además del costo político.

Acontece, en efecto, la quiebra del liberalismo democrático mientras suelen florecer las ideas del liberalismo económico, un liberalismo falseado que, lejos de traer la difusión de los frutos del desarrollo, consolida flagrantemente la inequidad social.

No se ha logrado aún en la periferia latinoamericana asentar sólidamente el liberalismo democrático. Bien conocemos sus vicisitudes, sus avances promisorios y penosos retrocesos. Pero el pasado no sabría explicarlo todo; aparecen nuevos y complejos elementos a medida que se operan las mutaciones de la estructura social. Y el empleo de la fuerza adquiere una significación distinta de la que poseía en otros tiempos: la de traer ese divorcio absoluto entre el liberalismo democrático y el liberalismo económico, a pesar de haber surgido ambos de la misma vertiente filosófica.

### *La gran paradoja del excedente*

De las consideraciones previas se desprenden conclusiones muy importantes, acaso las más importantes de nuestra interpretación del capitalismo periférico.

El excedente está sujeto a dos movimientos opuestos. Por un lado, crece por incrementos sucesivos de productividad. Por otro, decrece por la presión de compartimiento proveniente de la órbita del mercado y del Estado. El sistema funciona regularmente mientras crece en forma continua el excedente como resultado de esos dos movimientos.

Gracias a ello, los estratos superiores, que concentran la mayor parte de los medios productivos, pueden acrecentar la acumulación de capital y a la vez su consumo privilegiado. Tienen en sus manos la clave dinámica del sistema.

Esta condición esencial se cumple mientras el compartimiento del excedente, tanto en la órbita del mercado como la del Estado en el juego de relaciones de poder, se hace a expensas de sucesivos incrementos de productividad. El excedente seguirá aumentando si bien con un ritmo decre-

ciente. Pero el compartimiento no puede pasar el límite más allá del cual el excedente comenzaría a decrecer.

Sin embargo, en ese límite el excedente habría llegado a su más elevada proporción en relación al producto global. ¿Por qué no podría seguir mejorando el compartimiento cuando habría gran margen para hacerlo comprimiendo el excedente?

Aquí está el punto vulnerable del régimen de distribución y acumulación, pues si la presión de compartimiento sobrepasa al incremento de productividad, el alza del costo de los bienes lleva a las empresas a elevar los precios.

Sin duda que el excedente global permitiría un compartimiento mucho mayor a expensas de su cuantía, pero nada hay en el sistema que lleve a hacerlo. Se concibe que las empresas tomen una parte del excedente y lo transfieran a la fuerza de trabajo sin elevar los costos; se trataría de una participación directa en el excedente. Pero el sistema no funciona así. La elevación de las remuneraciones, más allá del incremento de productividad, eleva los costos con las consecuencias mencionadas.

Ahora bien, no toda la presión de compartimiento se manifiesta en alza de remuneraciones. Como se ha dicho, el Estado, a fin de compartir el excedente, acude a cargas que recaen sobre la fuerza de trabajo y llevan a ésta a resarcirse mediante mayores remuneraciones. Pero el Estado tiene también la posibilidad de recurrir a impuestos que graven directamente el excedente o los ingresos de grupos sociales de los estratos superiores que no tienen capacidad para resarcirse. Estos impuestos no se trasladan a los costos, pero si su cuantía comprime el excedente se debilita el ritmo de acumulación y de crecimiento, acentuando las tendencias excluyentes y conflictivas.

Por donde se mire este problema no tiene solución dentro del sistema, toda vez que se fortalece el poder de redistribución en el curso avanzado del proceso de democratización. O se cae en la espiral inflacionaria, si el compartimiento redunde en aumento de los costos de producción —lo cual, además del trastorno que la espiral trae consigo, vulnera la dinámica del excedente— o se toma directamente una parte del excedente, también con consecuencias dinámicas adversas, que tarde o temprano deberán resolverse con expedientes inflacionarios. Por más que se piense, las reglas del juego del capitalismo periférico no permiten atacar sus dos grandes fallas. Ni su sentido excluyente, que sólo podría corregirse con una más intensa acumulación de capital a expensas de los estratos privilegiados y de los ingresos que se transfieren a los centros, ni su sentido conflictivo que se acentúa cada vez más en el juego irrestricto de relaciones de poder.

Hay en todo esto una gran paradoja. Cuando se acrecienta el excedente hasta llegar a sus máximas dimensiones y continúa la presión de compartimiento, el sistema reacciona tratando de seguir acrecentando el excedente. Y para lograr este objetivo se recurre al empleo de la fuerza. Sin embargo, el empleo de la fuerza no es una solución; no hay otra solución que la transformación del sistema.

### *Crisis del sistema y empleo de la fuerza*

Dada la índole del sistema, en el curso avanzado del desarrollo periférico y del proceso de democratización, no resulta posible conjurar la tendencia a la crisis. Pues en la lógica interna del sistema, no hay forma perdurable de evitar que la presión de compartimiento perjudique el papel dinámico del excedente y lleve fatalmente a la espiral inflacionaria.

El restablecimiento de la dinámica del sistema, que se procura conseguir con el empleo de la fuerza, está expuesto a serias perturbaciones en las cuales suelen combinarse ciertas inconsistencias teóricas con incongruencias prácticas.

Sin embargo, si el sistema es manejado con destreza, sobre todo en condiciones exteriores favorables, podrían lograrse altas tasas de acumulación y de desarrollo con notable prosperidad de los estratos sociales favorecidos, pero a costas de una fuerte compresión de los ingresos de una parte considerable de la fuerza de trabajo.

Pero se estaría muy lejos de corregir a fondo la índole excluyente y conflictiva del sistema. Y al reanudarse tarde o temprano el proceso de democratización, la presión de compartimiento tendería a llevar al sistema a un nuevo ciclo político, agravado por la deformación que habría sufrido la estructura productiva para responder a la exaltación de la sociedad privilegiada de consumo.

## 3. HACIA UNA TEORÍA DE LA TRANSFORMACIÓN

### *Las dos opciones transformadoras*

El régimen de acumulación y distribución del fruto del progreso técnico no obedece a ningún principio regulador desde el punto de vista del interés

colectivo. Si es arbitraria la apropiación cuando imperan las leyes del mercado, también lo es la redistribución cuando el poder político y sindical se contraponen a aquellas leyes.

Por ello es imprescindible que el Estado regule el uso social del excedente, para acrecentar el ritmo de acumulación y corregir progresivamente las disparidades distributivas de carácter estructural, distintas de las disparidades funcionales.

En el fondo, sólo hay dos formas en que el Estado puede ejercer su acción reguladora: que tome en sus manos la propiedad y gestión de los medios productivos, de donde surge el excedente; o que use el excedente con racionalidad colectiva sin concentrar la propiedad en sus manos.

Trátase de dos opciones fundamentalmente diferentes por su significación política y económica. Me inclino por la segunda debido a dos consideraciones primordiales. Por un lado, porque las grandes fallas del sistema no radican en la propiedad privada en sí misma sino en la apropiación privada del excedente y en las consecuencias nocivas de la concentración de los medios productivos. Por otro, porque la primera opción es incompatible con el concepto primordial de democracia y de derechos humanos que le son inherentes, en tanto que la segunda hace posible la plena compatibilidad de este concepto, en la teoría y en la *praxis*, con el vigor del desarrollo y la equidad distributiva.

#### *La difusión del capital y la gestión autónoma*

La transformación del sistema exige, ineludiblemente, elevar el ritmo de acumulación de capital reproductivo sobre todo a expensas del consumo de los estratos superiores. El uso social del excedente permite hacerlo difundiendo la propiedad del capital a la fuerza de trabajo gracias al excedente de las grandes empresas que concentran la mayor parte de los medios productivos.

En el resto de las empresas, la mayor acumulación se haría por los mismos propietarios, pero a medida que se sube en la escala de capital una proporción creciente tendría que corresponder a la fuerza de trabajo, a fin de evitar la concentración.

El cambio en la composición social del capital que así iría aconteciendo en las grandes empresas tendría que ir acompañado por la participación progresiva del capital hasta llegar a la gestión autónoma. Ciertos principios de este tipo de gestión podrían seguirse también en las empresas del Estado, en condiciones especiales que las justifiquen.

Estos lineamientos atañen a países que han llegado a fases avanzadas de su desarrollo; en fases menos avanzadas, el uso social del excedente podría asumir formas diferentes. De todos modos, en uno y otro caso, habría que establecer adecuados incentivos para que estas transformaciones puedan cumplirse sin grandes trastornos.

Esta última preocupación podría llevar a soluciones intermedias, una de las cuales podría consistir en promover la mayor acumulación, aun en las grandes empresas, en las mismas manos en que se realiza actualmente, acompañada de medidas de redistribución de una parte del excedente.

### *El mercado y la planificación*

En el nuevo sistema todas las empresas, cualquiera que fuera su índole, podrían desenvolverse libremente en el mercado, de acuerdo con ciertas condiciones básicas de carácter impersonal establecidas por la acción reguladora del Estado, tanto en lo que concierne al uso social del excedente como a otras responsabilidades de aquél.

Esta acción reguladora tiene que cumplir objetivos que el mercado no puede conseguir por sí mismo, pero que le permitirán lograr una gran eficacia económica, social y ecológica.

Los criterios que orienten la acción reguladora del Estado deben establecerse por medio de la planificación democrática. Planificación significa racionalidad colectiva, y esta racionalidad exige que el excedente se destine a acumular y redistribuir, así como a gastos e inversiones del Estado. La acumulación y la redistribución están unidas estrechamente, pues al absorberse con creciente productividad la fuerza de trabajo de los estratos inferiores, así como la que el sistema emplea espuriamente, irían mejorando progresivamente la productividad y los ingresos. Se trata de una redistribución dinámica, acompañada de otras formas directas de mejoramiento social en respuesta a perentorias necesidades.

La planificación exige una tarea técnica de la mayor importancia, que no podría realizarse sin un alto grado de autonomía funcional; pero se trata de una tarea técnica, no tecnocrática, pues tiene que subordinarse a decisiones políticas tomadas democráticamente.

Todo ello exige transformaciones constitucionales en los mecanismos del Estado y nuevas reglas de juego que aseguren tanto estabilidad en el uso social del excedente como flexibilidad para responder a cambios importantes en la realidad.

*Síntesis de socialismo y liberalismo y estructura del poder*

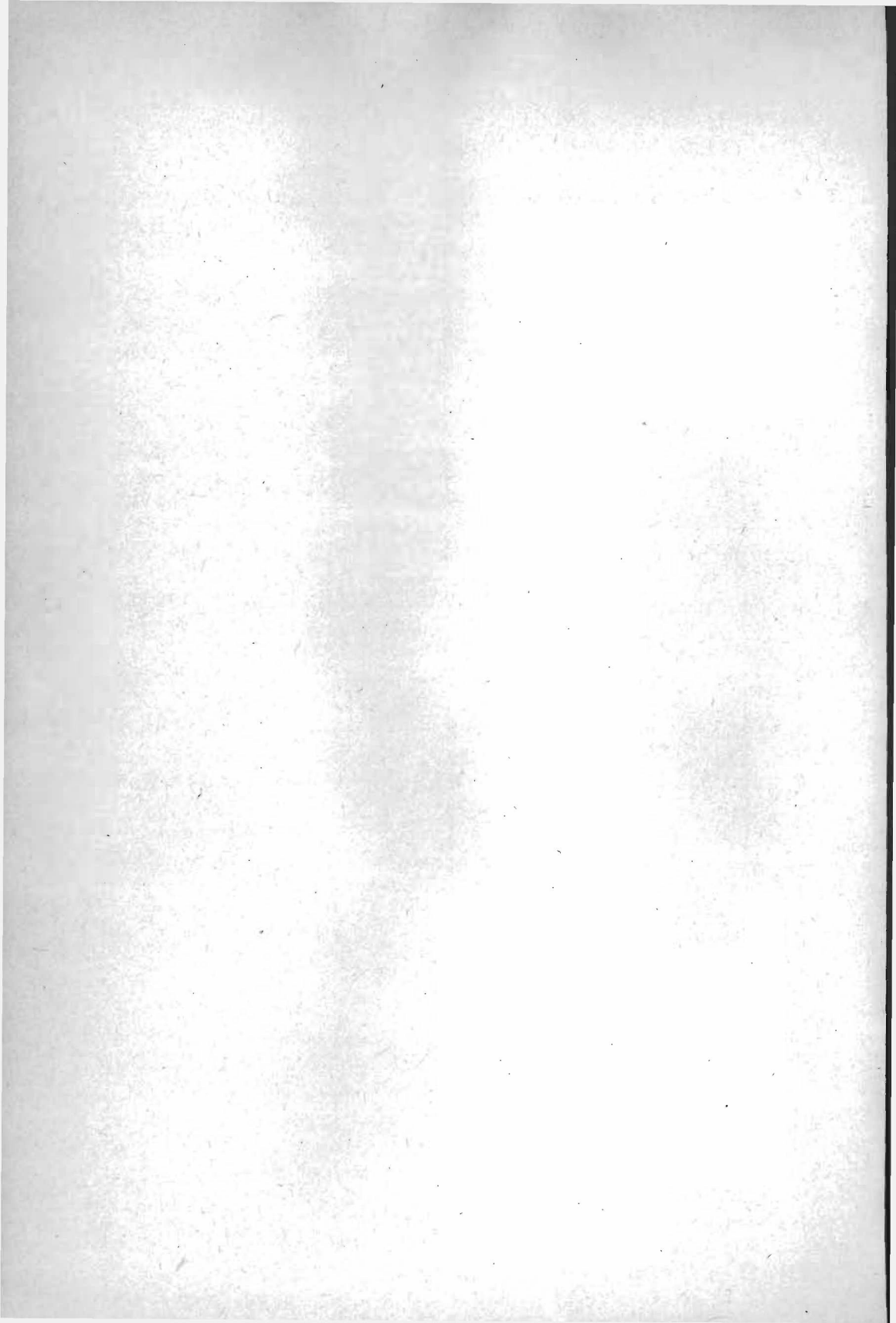
La opción transformadora que se esboza en estas páginas representa una síntesis entre socialismo y liberalismo. Socialismo en cuanto serán materia de decisión colectiva el ritmo de acumulación y la corrección de las disparidades estructurales en la distribución del ingreso. Y liberalismo, en cuanto la asignación de capital para responder a la demanda se realizará libremente en el mercado según decisiones individuales. Libertad económica, unida estrechamente a la libertad política en su versión filosófica primigenia.

Esta opción, como la que concentra la propiedad y la regulación en el Estado, requieren cambios muy importantes en la estructura del poder político. En el curso de las mutaciones de la estructura social al poder de los estratos superiores se contraponen el poder redistributivo de los estratos intermedios y, eventualmente, el de los inferiores. Pero este poder redistributivo termina por estrellarse con aquel otro en la dinámica del sistema. Sin embargo, la crisis del sistema abre paso a su transformación, pues vuelve posible abatir el poder de los estratos superiores.

Estos cambios en la estructura del poder no podrían trasponer los límites de la periferia pues las relaciones de poder entre ella y los centros, bajo la hegemonía de estos últimos, sobre todo del centro dinámico principal del capitalismo, no podrían transformarse a fondo por la sola acción periférica. El poder de los centros es considerable, y carece además de sentido de previsión, como lo están demostrando los graves trastornos de la biosfera. Acaso ellos tengan la virtud —como ha solido acontecer en las grandes crisis de la historia— de persuadir a los centros acerca de la necesidad de un gran sentido de previsión en sus relaciones con la periferia, y también de un gran sentido de contención de su propio poder. Me inclino a pensar que de haberlo tenido el centro dinámico principal del capitalismo, se habría evitado acaso el desquicio monetario internacional.

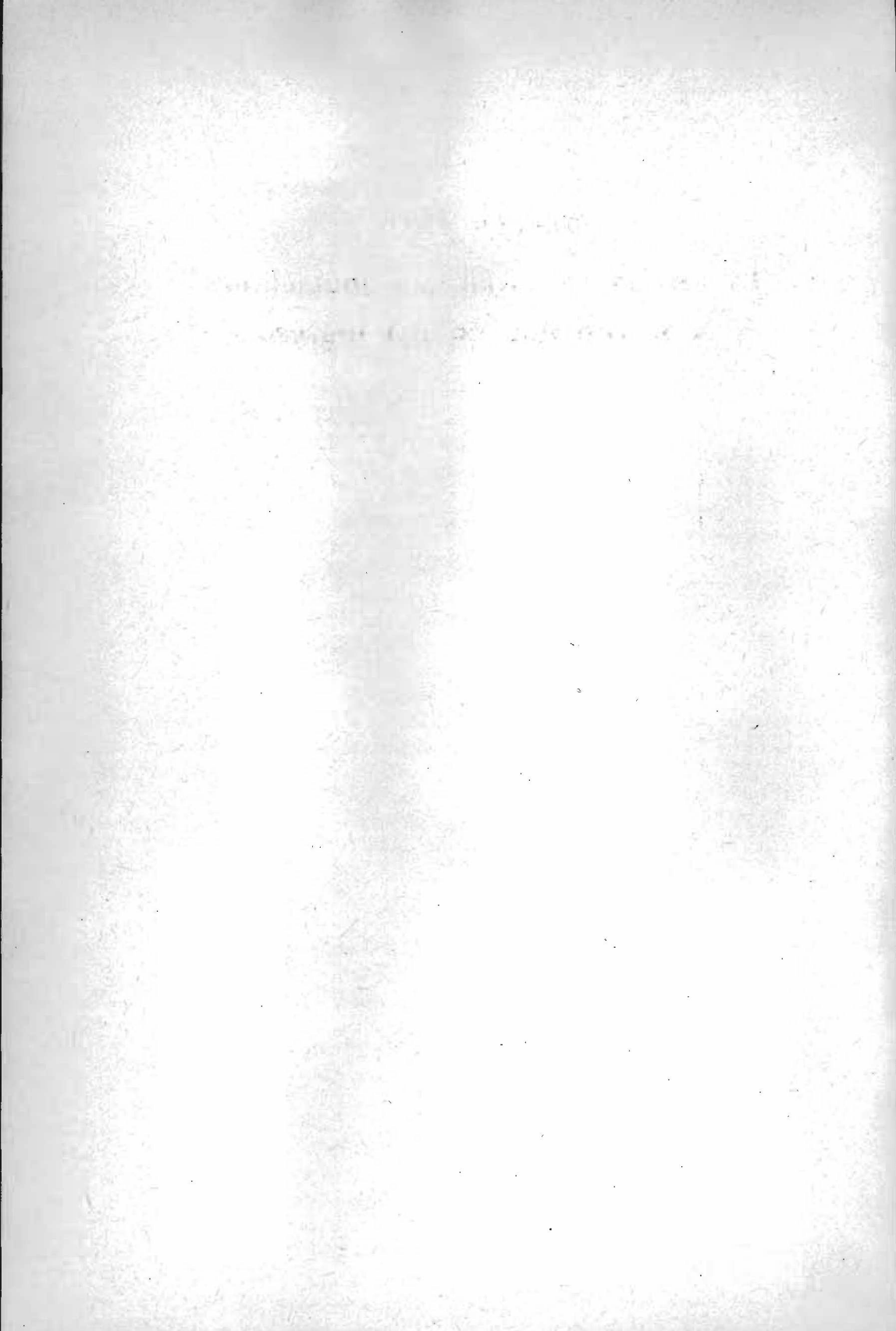
Se ha desvanecido el mito de la expansión planetaria del capitalismo, lo mismo que el del desarrollo de la periferia a imagen y semejanza de los centros. También se está desvaneciendo el mito de la virtud reguladora de las leyes del mercado.

Se necesitan grandes transformaciones pero hay que saber para qué, cómo y para quién se transforma. Se necesita también una teoría de la transformación. Estas páginas, inspiradas por una gran necesidad de controversia y esclarecimiento, se proponen contribuir a la formulación de esa teoría.



## *Segunda Parte*

**La estructura social, sus mutaciones  
y la distribución del ingreso**



Estoy muy consciente de las grandes limitaciones del examen de la estructura social que se realiza en las siguientes páginas. No pretendo en forma alguna abarcar su complejidad, así como la gran diversidad de los grupos que la integran y de sus atributos psicosociales. Sólo me propongo destacar aquellos elementos sin cuya consideración no podríamos comprender la dinámica del desarrollo, las mutaciones estructurales que acontecen en su curso y la tendencia del sistema hacia su crisis en una etapa avanzada de su evolución.

Admito haber recurrido a una simplificación muy esquemática. Espero, sin embargo, que un análisis ulterior de esa complejidad enriquezca el conocimiento de los fenómenos del desarrollo. Con todo, me inclino a creer que las grandes líneas de mi interpretación teórica podrán mantenerse sin modificaciones fundamentales.

Hecha esta advertencia previa presentaremos en seguida una visión de conjunto de la estructura social, así como de las estructuras parciales que la constituyen. Todas ellas experimentan continuas mutaciones conforme penetran las diversas técnicas de los centros en dicha estructura social. Trátase de fenómenos muy importantes en la dinámica del desarrollo.

Ante todo, la técnica de producción. Gracias a la acumulación cada vez mayor de capital —tanto en bienes físicos como en formación humana— la penetración de esa técnica cumple su papel primordial de acrecentar el empleo de la fuerza de trabajo con creciente productividad.

El fruto de esta productividad se comparte muy desigualmente por los distintos grupos sociales. Y esto influye sobre la composición de la demanda y los cambios que en ella ocurren en el curso del desarrollo.

Estos fenómenos traen consigo modificaciones en la estructura productiva y en la correspondiente estructura de ocupación, lo cual reacciona, a su vez, sobre la forma de compartimiento del fruto de la productividad.

En este compartimiento y en la conformación cambiante de los estratos sociales, tienen considerable importancia las mutaciones que acontecen en la estructura del poder. Y en el juego de relaciones de poder, al poder dominante de los estratos superiores que se apropian de gran parte de aquel fruto, se va contraponiendo el poder de los estratos intermedios que se forman y crecen con la penetración de la técnica de producción. Así se va operando la distribución estructural del ingreso. Y en ella tienden a quedar excluidos los estratos inferiores, en el fondo de la estructura social.

Tales son, en rasgos muy generales, las mutaciones estructurales que acompañan a la propagación de la técnica de producción de los centros y sus continuas innovaciones. La periferia es pasiva: aprovecha esas innovaciones, pero no las realiza, salvo en menor cuantía. Sin

embargo, las mutaciones de la estructura social y las grandes disparidades en la distribución del ingreso influyen sobre las técnicas que se eligen, favoreciendo la adopción de ciertas técnicas de diversificación incesante de bienes y servicios que debilitan el papel absorbente de la acumulación de capital.

En todo ello tienen gran influencia las técnicas de comunicación y difusión masiva de informaciones que propagan las formas de consumo de los centros.

Finalmente, la penetración de las técnicas que defienden y prolongan la vida humana se relaciona estrechamente a la heterogeneidad de la estructura social, en cuyos estratos inferiores suele ser más elevado el crecimiento demográfico, agravando las consecuencias de la insuficiente acumulación.

Las instituciones de los centros y las ideas e ideologías que las acompañan penetran asimismo en función de la estructura social y sus mutaciones, impulsadas por esas técnicas de comunicación y difusión. Tienen gran significación las instituciones que permiten la apropiación del fruto del progreso técnico así como las que favorecen su redistribución. Y a medida que avanza el proceso de democratización en el curso de las mutaciones estructurales se manifiesta la incompatibilidad entre tales instituciones. Tal es el trasfondo de la crisis a que tiende el sistema en las fases avanzadas de su evolución.

# I. ABSORCIÓN DE FUERZA DE TRABAJO Y ESTRUCTURA DE LA OCUPACIÓN

## 1. EL EXCEDENTE ESTRUCTURAL

LA CLAVE del desarrollo está en la propagación de la técnica productiva de los centros mediante la acumulación de capital. Esta propagación se realiza mediante una superposición continua de las capas técnicas, donde se concretan las innovaciones de aquéllos. Si bien con característico retraso en relación a los centros, y con ciertas limitaciones, capas técnicas de creciente productividad y eficacia se añaden a capas precedentes de menor productividad y eficacia, en cuyo tramo inferior suelen encontrarse aún técnicas precapitalistas o semicapitalistas.

A medida que se cumple este proceso, las capas técnicas superiores van absorbiendo, con mayor o menor intensidad, la fuerza de trabajo que estaba empleada en las capas técnicas precedentes, así como su incremento vegetativo. Sin embargo, las remuneraciones de la fuerza de trabajo que se desplaza de este modo no se elevan correlativamente al aumento de su productividad. En efecto, aparecen grandes diferencias.

Está en mejores condiciones de participar en el fruto de la mayor productividad aquella parte limitada de la fuerza de trabajo que responde a las calificaciones cada vez más exigentes requeridas por las nuevas capas técnicas. Allí la relación entre demanda y disponibilidad de fuerza de trabajo suele ser estrecha; pero conforme se desciende en la escala de calificaciones, la oferta se va ampliando en relación a la demanda y disminuye la aptitud de compartimiento hasta ser insignificante en los estratos inferiores. Tal es lo que acontece en el juego de las leyes del mercado.

El compartimiento del fruto del progreso técnico es, pues, tanto más débil cuanto más se desciende en la estructura social; como que gravita la competencia de la fuerza de trabajo empleada en las capas técnicas precedentes de inferior productividad. Gravita tanto más cuanto mayor es la proporción de fuerza de trabajo con menores calificaciones, así como la que carece de ellas. Trátase, si bien se mira, de una competencia socialmente regresiva.

Mientras una masa considerable de trabajadores se encuentre en tales condiciones, en esas capas técnicas de inferior productividad, ello seguirá constituyendo un obstáculo considerable, cada vez en mayor medida, al

aumento de las remuneraciones en correlación con el incremento de la productividad.<sup>1</sup>

Así surge el fenómeno estructural del excedente. Podríamos definirlo como aquella parte del fruto de la creciente productividad que, en la medida en que no fue compartido por la fuerza de trabajo en el juego espontáneo del mercado, tiende a quedar en manos de los propietarios de los medios productivos, además de la remuneración de su trabajo empresarial en virtud de su capacidad, iniciativa y dinamismo, así como del riesgo que corren.

Dígame de pasada que en la teoría convencional se establece una clara diferencia entre esa remuneración y la ganancia empresarial. Se supone que esta última tiende a ir desapareciendo por la competencia conforme el sistema se oriente hacia su equilibrio dinámico. Aquí está cabalmente la diferencia entre la ganancia con su carácter transitorio, y el concepto de excedente, pues éste tiende a retenerse como se demostrará en el lugar pertinente.<sup>2</sup>

En el capitalismo periférico el propietario y el empresario, en la mayor parte de los casos, se confunden en una sola persona. Pero también se percibe la tendencia a la separación, tan notoria en los centros, conforme se opera la concentración del capital y crecen las dimensiones y la complejidad de las empresas. El propietario sigue apropiándose del excedente, aunque no desempeñe funciones empresariales.

## 2. ACUMULACIÓN DE CAPITAL Y ABSORCIÓN DE FUERZA DE TRABAJO

### *Absorción directa e indirecta*

Decíamos que la clave del desarrollo está en la acumulación de capital. Ello permite acrecentar la absorción de fuerza de trabajo a la vez que aumenta la productividad, como acaba de verse.

<sup>1</sup> Adviértase, en forma incidental, la diferencia entre capas técnicas y estratos sociales. En todas las capas, y cualquiera sea su productividad por hombre, se presentan distintos estratos de la fuerza de trabajo dada su desigual aptitud de compartimiento. Pero en las capas técnicas más elevadas predominan los estratos superiores, en tanto que las capas de baja productividad están formadas principalmente por estratos inferiores. Se comprenderá mejor este punto cuando se aborden las mutaciones estructurales.

<sup>2</sup> No toda la ganancia empresarial proviene directamente del incremento de productividad. Una parte creciente de ella surge del desplazamiento de la demanda

Es doble el papel absorbente del capital. Por un lado, la acumulación de capital reproductivo<sup>3</sup> trae consigo un aumento directo del empleo. Por otro, el incremento de ingresos y el excedente que de este modo se genera se traducen en demanda de bienes provenientes de este proceso, así como en demanda de servicios personales y servicios del Estado. En esta demanda es donde se manifiesta el efecto indirecto de la acumulación de capital sobre el empleo.

A su vez, los ingresos generados en los servicios originan demanda de bienes y servicios. Preséntase así una recíproca dependencia entre la demanda y el empleo, si bien el impulso dinámico inicial corresponde a la acumulación de capital en las empresas.

El crecimiento del producto de estas últimas está determinado por el aumento directo del empleo de fuerza de trabajo y el incremento de su productividad gracias al progreso técnico; y de ello depende fundamentalmente la demanda y el producto de los servicios personales y del Estado.

En los servicios, el progreso técnico se manifiesta sobre todo en el mejoramiento de su calidad y eficacia, antes que en aumentos de productividad comparables a los que se dan en la producción de bienes. Pero en tanto ocurren esos aumentos de productividad ello constituye un elemento autónomo de incremento de la demanda de bienes.

Desde otro punto de vista, a medida que se eleva el ingreso personal en virtud del incremento de productividad, se desenvuelve un proceso de diversificación de la demanda, no solamente en los bienes sino también en los servicios. Así pues tiende a elevarse la proporción de estos últimos en el empleo total.

La productividad depende de la acumulación en capital físico así como en formación humana. En el capital físico se concretan las innovaciones técnicas que redundan en mayor productividad y en superior calidad y eficacia de los bienes; en tanto que el mismo progreso técnico exige una formación cada vez mayor y más compleja de las calificaciones de la fuerza de trabajo, sin lo cual se malograría en parte el crecimiento de la productividad que acompaña al capital físico.

Téngase presente además que ciertos servicios personales, así como los hacia la diversificación de bienes, aunque en ello no aumente la productividad. De ahí la diferencia entre excedente y ganancia. El concepto de excedente abarca, además, el interés del capital de las empresas de donde surge.

<sup>3</sup> Las empresas emplean capital reproductivo y capital no reproductivo. Mientras llega el momento de abordar este aspecto baste decir por ahora que el primero tiene poder multiplicador del empleo y la acumulación; no así el segundo.

servicios del Estado, contribuyen en una u otra forma, a la mejor utilización del capital, con el consiguiente aumento de la productividad y eficacia del sistema.

Hechas estas explicaciones preliminares, entraremos en la dinámica de la acumulación y el empleo.

### *La tendencia excluyente del sistema*

Hemos visto anteriormente que el desarrollo se caracteriza por una incesante superposición de capas técnicas de creciente productividad y eficacia a capas técnicas precedentes de inferior productividad y eficacia. En el curso de tal proceso estas últimas tienden a desaparecer; y la fuerza de trabajo que en ellas estaba ocupada se va desplazando hacia capas técnicas de creciente productividad y eficacia.

En la periferia este proceso requiere necesariamente un tiempo bastante dilatado, dada la gran proporción de fuerza de trabajo ocupada en capas técnicas de muy baja productividad. Y a pesar de los largos decenios transcurridos desde el impulso decisivo de la industrialización sigue siendo todavía relativamente elevada esa proporción.

En las dimensiones de la fuerza de trabajo que debe absorberse se manifiesta la heterogeneidad de la estructura social. Hay países, la mayoría de la periferia latinoamericana, donde al comenzar la industrialización había una elevada proporción de fuerza de trabajo empleada secularmente en esas técnicas precapitalistas de muy exiguos ingresos. En tales países, el proceso de absorción habría de ser más largo y difícil que en otros donde esa fuerza de trabajo era relativamente pequeña.

Tratemos de explicar ahora este fenómeno. En el fondo, la persistencia de esa gran masa de estratos inferiores en la estructura social, es clara prueba de la insuficiente acumulación de capital reproductivo, además del crecimiento extraordinario de la fuerza de trabajo.

Examinemos estos distintos elementos partiendo del concepto muy simple que expresamos más arriba. La acumulación trae aparejado el aumento de productividad, y éste a su vez permite acrecentar la acumulación. La intensidad de este proceso acumulativo depende de la proporción del fruto de la mayor productividad que se dedica a este propósito.

El excedente constituye la fuente primordial de acumulación de capital reproductivo, ya sea directa o indirectamente. Nos circunscribiremos pues a ello en nuestro razonamiento.

Tiene el excedente una característica que conviene subrayar por su gran significación dinámica. En efecto, el excedente, en cuya cuantía van añadiéndose sucesivos incrementos de productividad, tiende a crecer con ritmo más intenso que el de esta última, mientras prevalece el juego de las leyes del mercado. En tanto que los ingresos de la fuerza de trabajo tienden a crecer con un ritmo inferior al de la productividad.

Aquí está el origen de la sociedad privilegiada de consumo. Puesto que en el curso del desarrollo ese acrecentamiento del excedente permite a los propietarios de los medios productivos, principalmente en los estratos superiores, así como a la fuerza de trabajo de estos estratos, aumentar su consumo —a expensas del incremento del consumo de los demás— sin disminuir necesariamente el ritmo de acumulación de capital.

Volvamos ahora a nuestro razonamiento. Queríamos explicar el fenómeno de persistencia de los estratos inferiores ocupados con muy baja productividad. Si ello acontece es porque la acumulación no es suficiente para cumplir, en la medida posible, su papel de absorber la fuerza de trabajo de tales estratos en capas técnicas de creciente productividad. Y no es suficiente sobre todo porque al crecer el excedente, una parte considerable se dedica a acrecentar el consumo de los estratos superiores, recursos que pudieran consagrarse a la acumulación. No podrá cumplirse bien ese papel absorbente si no se eleva intensamente el ritmo de acumulación, aplicando a ello una proporción creciente del excedente.

He aquí la grave consecuencia del desperdicio del potencial de acumulación que ocurre en la sociedad privilegiada de consumo, además de la succión de ingresos que efectúan los centros tan estrechamente ligados a ella y la hipertrofia del Estado.

Pero hay algo más que esto. El problema de absorción no concierne solamente a la fuerza de trabajo que vegeta en los estratos inferiores sino también al crecimiento de ella en toda la estructura social.

Este crecimiento ha sido extraordinario en los últimos decenios, y esto significa que el ritmo de acumulación de capital también debió elevarse para evitar que se agravara el problema de absorción. Pero no hay nada en el sistema que lleve espontáneamente a este ajuste. Queda así fuerza de trabajo redundante o desocupada, consecuencia ésta que se añade a la tendencia a excluir los estratos inferiores.

Una consecuencia similar surge del aumento del ritmo de productividad. Este aumento representa una menor absorción de fuerza de trabajo por unidad de capital, o sea que, al elevarse ese ritmo, se debilita el papel absorbente.

Además, en el caso de que no aumente la acumulación, se vuelve mayor aquella redundancia agravada por el crecimiento demográfico.

Aquí encontramos de nuevo el desperdicio del potencial. Si el aumento del excedente debido al mayor ritmo de productividad se dedicara a elevar el ritmo de acumulación de capital reproductivo, la absorción de fuerza de trabajo podría no sólo compensar su debilidad, sino contrarrestarla. Pero como no sucede así, a la gente que estaba ocupada en los estratos inferiores con baja productividad, se añade la fuerza de trabajo que se ha vuelto redundante. Cabe anotar que en estos estratos es donde la redundancia adquiere mayores proporciones, tanto por los cambios en la demanda, como se verá más adelante, cuanto por darse allí con mayor intensidad el crecimiento de la población, según se dijo en otro lugar.

Espero que después de estas explicaciones se pueda comprender la índole del capitalismo periférico. Para decirlo brevemente, la sociedad privilegiada de consumo es la consecuencia de ciertos fenómenos de propagación e imitación de los centros en una estructura social de la periferia muy diferente de la de éstos. La gran heterogeneidad de esta estructura permite la apropiación sumamente desigual del fruto del progreso técnico. Y esta desigualdad hace posible imitar las formas cada vez más avanzadas del consumo de los centros bajo el impulso de las técnicas masivas de comunicación y difusión. Todo lo cual entraña el ingente costo social de la exclusión y la redundancia.

La estructura social influye asimismo sobre el ritmo de crecimiento demográfico, pues la propagación de los adelantos científicos y tecnológicos de los centros que defienden y prolongan la vida humana, tiene muy desigual incidencia. En los estratos inferiores la disminución de la mortalidad no va acompañada de una reducción de los nacimientos con intensidad comparable a la que ocurre en los estratos intermedios y superiores. Bien se sabe, en efecto, que en aquellos estratos inferiores no se manifiestan con rapidez los cambios psicosociales que, en el curso del desarrollo, traen consigo el descenso de la natalidad en esos otros estratos.

Todo ello explica el ámbito limitado de la sociedad privilegiada de consumo. Es posible alcanzar allí una gran prosperidad, un alto grado de eficacia económica que suele suscitar la admiración de propios y extraños, mientras persiste la sociedad de infraconsumo en el fondo del sistema. Manifestación flagrante, entre otras, de la ineficacia social del sistema.

*El excedente y la eficacia social del sistema*

Hay quienes creen que el sistema podría también adquirir eficacia social, pero no paran mientes en que la exaltación dinámica de la sociedad de consumo se basa, precisamente, en su falta de eficacia social. No es que el sistema funcione mal, sino que el sistema es así: es un sistema socialmente vicioso.

La eficacia social del desarrollo depende fundamentalmente de la intensidad con que las capas técnicas de más elevada productividad absorben fuerza de trabajo de las capas técnicas inferiores, según ya se ha explicado. Si este proceso se cumpliera satisfactoriamente, tales capas técnicas inferiores irían desapareciendo y las capas que estaban inmediatamente arriba tomarían en forma sucesiva el lugar que dejan estas últimas.

¿Hasta dónde podría continuar este fenómeno? Conviene esclarecer este aspecto para comprender mejor la índole del capitalismo periférico. Si el excedente se dedicara intensamente a la acumulación reproductiva, se trataría de un capitalismo austero donde los propietarios de los medios de producción, sobreponiéndose a las tentaciones de los centros, utilizarían a fondo el potencial de acumulación que tienen en sus manos.

La fuerza de trabajo iría así compartiendo cada vez más el fruto de la mayor productividad, gracias al progresivo debilitamiento de la competencia regresiva y a la creciente competencia entre las empresas para procurarse la fuerza de trabajo requerida por su expansión. En efecto, al disminuir la proporción antes muy elevada de la fuerza de trabajo empleada con productividad inferior, este proceso conduciría a la desaparición de la sociedad privilegiada de consumo en favor de un consumo equitativo.

En realidad, el sistema no funciona de esta manera. No hay tal austeridad en el capitalismo periférico. Y aunque la hubiere no sería posible avanzar en el compartimiento del excedente más allá de un cierto límite crítico. De esto último se discurrirá en la Tercera Parte.

Es ilusoria esa imagen de un capitalismo austero, donde el excedente se dedica en la mayor medida posible a la acumulación.<sup>4</sup>

Los propietarios de los medios productivos están sometidos a dos tendencias opuestas; una los estimula a aumentar su acumulación de capital para acrecentar su poder económico y expandir sus actividades; en tanto que la otra promueve esa imitación obsesiva del consumo de los centros. Es posible

<sup>4</sup> Véase en el Apéndice de este capítulo un comentario sobre la austeridad del capitalismo japonés.

que la primera tendencia prevalezca en el desenvolvimiento inicial de los empresarios, pero no después, cuando su excedente adquiere dimensiones que hacen posible acrecentar con mayor intensidad el consumo y elevar al mismo tiempo la acumulación de capital. Sin embargo, el ritmo de esta última tiene que ser suficiente para impulsar la dinámica del sistema, por limitado que fuese su ámbito.

### *Diversificación de la demanda y cambios en la ocupación*

Volvamos ahora al proceso de absorción. Hemos explicado el desplazamiento de la fuerza de trabajo de las capas técnicas más bajas, a las de creciente productividad; pero nada hemos dicho acerca de los cambios que ocurren simultáneamente en la ocupación, los que influyen, a su vez, sobre las relaciones de poder, como se verá a su debido tiempo. Abordaremos ahora este asunto.

Tales cambios en la ocupación dependen de las modificaciones que ocurren en la demanda de bienes y servicios conforme se acrecienta el ingreso por habitante y se desenvuelven las disparidades distributivas.

Para comprender estas modificaciones en la demanda conviene tener presente la dicotomía de la técnica. Mientras hay técnicas que aumentan la productividad, otras diversifican de más en más los bienes y servicios. Ambas están estrechamente relacionadas a tal punto que, cuanto más aumenta la productividad, más se estimula la adopción de nuevas formas de diversificación en el capitalismo imitativo, gracias a incesantes innovaciones en los centros.

Pues bien, la diversificación ocurre tanto en la producción de bienes y servicios que responden a la demanda del mercado, como en los servicios del Estado, los cuales se satisfacen por decisiones políticas y administrativas.

En lo que concierne a los bienes es harto sabido que la demanda crece en general con relativa lentitud en los productos primarios, especialmente en los alimentos, una vez traspuesta una fase incipiente del desarrollo. La diversificación es muy limitada en estos bienes, salvo en las formas de elaboración, por razones bien conocidas.

Más, por el contrario, la diversificación parecería ser ilimitada en la demanda de bienes industriales. A medida que la demanda de un bien tiende a saturarse, surgen nuevas formas de este bien o nuevos bienes. Hay aquí una influencia recíproca entre técnica y demanda en la evolución de los centros; las innovaciones técnicas, impulsadas por el avance científico, estimu-

lan la diversificación de la demanda y la diversificación a su vez aguija las innovaciones técnicas.

Estos cambios en la demanda van acompañados del desplazamiento de fuerza de trabajo de la producción primaria hacia la industria, y asimismo hacia aquellos servicios donde ocurre un fenómeno similar de diversificación, a medida que avanza la técnica. Dicho en otra forma, hay actividades expelentes y absorbentes de fuerza de trabajo.

En estos desplazamientos tiene gran importancia el ritmo de aumento de la productividad. Recuérdese que al subir este ritmo, tanto más tiene que elevarse el ritmo de acumulación con respecto al producto total. Si así no sucede disminuye la capacidad de las actividades absorbentes para emplear el incremento de su propia fuerza de trabajo, y la que se desplaza de las actividades expelentes. Y cuando el aumento de la productividad se presenta asimismo en estas últimas, se añade un nuevo factor depresivo, en tales actividades expelentes, a los efectos adversos de la diversificación de la demanda sobre el empleo.

He aquí una de las manifestaciones más serias de la insuficiente acumulación de capital. En la agricultura se presenta el caso más notorio. Cuando se introducen allí capas técnicas de superior productividad queda redundante una parte de la fuerza de trabajo, que permanece desocupada o parcialmente ocupada en el campo, o emigra a las ciudades en busca de empleo en la medida en que no crece la demanda. Sin embargo, dada la insuficiente acumulación en las actividades absorbentes, la población que así se traslada no logra emplearse en capas técnicas de superior productividad. En el mejor de los casos sus ingresos relativamente exigüos promueven un fenómeno de absorción regresiva de fuerza de trabajo, principalmente en la proliferación de servicios personales de escasa o ninguna calificación. Se advierte así que no basta que haya absorción para eliminar el problema de los estratos inferiores que vegetan en la sociedad de infraconsumo; también es necesario que esa absorción se realice a niveles crecientes de productividad.

Estos hechos suelen hacer decir a ciertos ideólogos del neoclasicismo que si hay redundancia en el sistema se debe a que las remuneraciones de la fuerza de trabajo son demasiado elevadas para que ésta pueda absorberse. No se hace justicia, sin embargo, al estricto razonamiento neoclásico en esta tesis tan peregrina, pues a la luz de tal razonamiento si descienden los salarios, tendrían que descender también los precios. Sólo que en la realidad del capitalismo periférico, en vez de acontecer tal fenómeno, aumenta el excedente para mayor solaz y esparcimiento de quienes disfrutan de la sociedad privilegiada de consumo.

Después de lo que se estaba diciendo, es obvio que la insuficiencia absorbente del sistema se manifiesta en el deterioro relativo de la relación de ingresos de los estratos inferiores de la estructura social en relación a los de más arriba, en la medida en que éstos comparten en una u otra forma el fruto de la mayor productividad.

El deterioro se traduce, asimismo, en una tendencia similar de la relación de precios de ciertos productos primarios, especialmente los de la agricultura, sobre todo cuando la abundancia de tierras disponibles y, desde luego la abundancia de fuerza de trabajo, tienden a expandir la producción más allá de los requerimientos de la demanda. Lo mismo sucede cuando esa expansión se debe a la mayor productividad. Cuando la tierra es escasa o la demanda es muy activa, el excedente provocado por el incremento de productividad se cristaliza, por decirlo así, en la renta del suelo. Más adelante se volverá sobre este punto.

#### *Demanda y concentración urbana*

La diversificación de la demanda y la distribución del ingreso tienen gran influencia en la concentración urbana. Desde luego, el progreso técnico, como ya dijimos, tiende a expeler gente de la agricultura. Pero esto no significa por sí mismo provocar la concentración urbana. Reflexiónese, en efecto, sobre lo que habría podido ocurrir si los precios de los productos industriales hubieran bajado desde el comienzo de la industrialización periférica. La mayor parte de la población era entonces de carácter rural; y al difundirse en ella los frutos del progreso técnico, se habría difundido también la demanda. Pero no ha sucedido así. El fruto se ha retenido en las ciudades, y en ellas se acrecentó correlativamente la demanda, lo cual tiene que haber contribuido poderosamente a radicar allí las plantas industriales y desenvolver aquellas economías externas que dieron impulso adicional a la concentración.

No me refiero solamente a los trabajadores que se desplazan del campo a la ciudad atraídos por la demanda de mano de obra que la industrialización y otras actividades absorbentes trajeron consigo, sino también, y en gran medida, a la captación primaria de los frutos del progreso técnico por los propietarios del capital y de la tierra. Parte del capital originario de la industrialización periférica surgió en la agricultura, y en otras actividades primarias. Los grandes propietarios, aunque pasen algún tiempo en la tierra, gastan gran parte de la renta del suelo en las ciudades, con lo cual se agrega un nuevo elemento a la demanda interna. Y cuando invierten, así

en la tierra como en la industria, una parte se hace también en las ciudades. Los efectos del gasto o inversión del excedente no se limitan pues a los empresarios urbanos sino que incluyen también a los rurales.

El origen económico de la concentración urbana ha estado en el comercio exterior de la periferia. Después vino la industrialización. ¡Y en todo ello la concentración engendra la concentración! Es una espiral que se alimenta a sí misma. La formación de los estratos intermedios y la expansión de la demanda de bienes y servicios le da nuevos impulsos. Y por sobre todo ello, el desarrollo de los servicios del Estado que, por obra de la estructura del poder, presenta un sesgo francamente urbano.

Es claro que a todo esto hay que añadir la atracción alucinante de la vida de las grandes ciudades provocada en gran parte por los medios de comunicación de masas. Van las gentes del campo a esas grandes ciudades, y los que no pueden insertarse en el aparato productivo vegetan en la marginalidad.

Mucho han escrito los sociólogos acerca de las consecuencias de la concentración urbana. Yo sólo he querido subrayar que la tendencia a la concentración se ha visto considerablemente reforzada por la forma en que funciona el sistema.

Y que más allá de ciertos límites, el juego espontáneo de las fuerzas económicas, íntimamente unido a las formas de distribución del ingreso, lleva en las grandes ciudades a inversiones de infraestructura de rendimientos económicos decrecientes junto con otros efectos adversos cada vez mayores de la concentración.

### 3. PRODUCTIVIDAD Y EFICACIA

Acabamos de referirnos a la penetración de la técnica mediante capas sucesivas de creciente productividad y eficacia. Conviene explicar estos dos últimos conceptos, por ser muy significativos en nuestra exposición.

El concepto de productividad concierne al esfuerzo humano cada vez menor que se requiere para producir una misma cuantía de bienes y servicios gracias al aumento del capital en bienes físicos, en los cuales se concentran las innovaciones tecnológicas, así como del capital que se invierte en formación humana. Llamaremos reproductivo a este capital, en contraste al capital no reproductivo destinado a aumentar la eficacia.

El aumento de eficacia exige también acrecentar la cantidad de capital por persona, pero no ya para disminuir la fuerza de trabajo necesaria sino

para crear nuevos bienes o nuevas formas de ellos. Trátase de bienes de superior calidad o que prestan mejores servicios que los bienes precedentes, o responden a exigencias de ostentación o jerarquía social. Hablaremos, pues, de aumento de eficacia o de bienes superiores, prescindiendo de juicios valorativos.

No porque estos juicios carezcan de importancia en el desarrollo, sino porque es otro el aspecto que nos interesa ahora, y pasamos a considerarlo por lo mucho que atañe a nuestro análisis.

Aquella dicotomía conceptual que señalamos más arriba no debiera llevarnos a pensar que se trata de técnicas separadas. Están unidas estrechamente en su evolución. Un bien que exige mayor capital para mejorar su eficacia también suele requerirlo para incrementar la productividad por persona ocupada.

Como ha de comprenderse, esa dicotomía no es simplemente formal. Es de gran importancia en el desarrollo periférico.

La creciente acumulación de capital reproductivo, y los incrementos continuos de productividad, no sólo permiten acumular capital de esta índole sino también capital no reproductivo destinado a la diversificación. Obviamente carecería de racionalidad aumentar la producción de los mismos bienes más allá de cierto punto. La diversificación cada vez más avanzada es una exigencia de la dinámica capitalista; y si ello requiere aumentar en el conjunto la proporción del capital no reproductivo, es porque ha crecido suficientemente la productividad para hacerlo, habida cuenta de las disparidades distributivas.

Un claro ejemplo de lo que estamos diciendo se encuentra en la diversificación de los bienes duraderos de consumo, donde se presenta una serie de gradaciones según su eficacia, que exigen por lo general creciente capital y cada vez mayores calificaciones en la fuerza de trabajo.

No podríamos ignorar las críticas que en los mismos centros apuntan al despertar de nuevas necesidades como resultado del portentoso desenvolvimiento de los medios masivos de comunicación y difusión social, cada vez más aptos en la manipulación de la soberanía del consumidor. Pero aun haciendo abstracción de todo ello, es muy comprensible la inclinación a preferir lo que técnicamente es más avanzado.

Esta preferencia depende en gran parte del ingreso personal. Cuanto mayor sea la desigualdad distributiva, tanto más intensa será esa preferencia en quienes están favorecidos por aquélla. Y allí está precisamente la grave incongruencia del capitalismo periférico, pues para producir bienes cada vez más avanzados se requiere mayor capital por unidad.

Se requiere mayor capital, tanto para producir directamente tales bienes, o en su lugar para procurarlos mediante las importaciones.

Es evidente que dicha diversificación del consumo es socialmente costosa en el capitalismo periférico; se cumple en menoscabo del capital reproductivo que necesita acumularse con la mayor intensidad posible para absorber con productividad creciente y más elevados ingresos la fuerza de trabajo ocupada en capas de inferior productividad o empleada espuriamente en el sistema.

Cabe señalar que estos fenómenos de diversificación del consumo no se dan solamente en los estratos superiores de ingresos, sino cada vez más en los tramos más altos de los estratos intermedios y tienden a difundirse hacia abajo, pero con muy diferentes grados de intensidad.

La demanda de esos bienes más eficaces, provenientes de nuevas capas técnicas, tiende a eliminar la de bienes de capas técnicas inferiores que requieren menos capital, y que con frecuencia absorben más fuerza de trabajo; esta eliminación a veces se acentúa por la competencia de precios. Desde luego, esta sustitución de capas técnicas es una característica del desarrollo y suele ser conveniente desde el punto de la satisfacción individual. En el capitalismo periférico se trata, sin embargo, de una sustitución prematura que satisface especialmente a quienes tienen privilegios distributivos.

Más aún, esa eliminación prematura de capas técnicas inferiores significa desperdiciar el capital ya invertido en ellas, cuyos bienes se producen generalmente dentro del país en cuestión.

#### *Otras formas de desperdicio de capital*

La sociedad de consumo presenta, asimismo, otras formas de desperdicio del potencial de acumulación que no obedecen tanto al avance de la técnica como a consideraciones de jerarquía social. El caso más notorio es el de la vivienda. Más allá de cierto punto, que sólo podría definirse empíricamente, se dedica a la vivienda un capital no reproductivo exagerado, y esto no sólo en los estratos superiores, sino también en una parte de los estratos intermedios. Es evidente aquí el efecto de los privilegios distributivos. Se desperdicia en esta forma un potencial de acumulación de capital reproductivo que, como ocurre en otros casos de imitación del consumo, debilita la dinámica del sistema. Tal es uno de los elementos más importantes de frustración del capitalismo periférico.

También suele darse una proporción elevada de capital no reproductivo

innecesario en las inversiones del Estado, tanto en infraestructura como en ciertas obras monumentales.<sup>5</sup>

Ni la órbita del Estado, ni la del mercado, se caracterizan por su austeridad en el capitalismo periférico.

El desperdicio de capital no atañe solamente a la producción de bienes. Se observa también en el campo de los servicios personales de elevada calificación que se desenvuelven en los centros bajo formas cada vez más acentuadas. En los servicios médicos, por ejemplo, el período de formación de profesionales requiere un capital considerable, así por la eficacia creciente que se exige de aquellos servicios, en virtud del avance de la ciencia y la técnica, como por constituir también una forma de limitar el acceso a la profesión en procura de mayor prestigio y mayores remuneraciones. Quienes tienen autoridad para hacerlo han hecho notar que se podría reducir la inversión de capital formativo si se desarrollaran servicios paramédicos y se simplificaran ciertos procedimientos. Los privilegios distributivos en los estratos superiores, y también en parte de los intermedios, permiten, también en esto, la imitación de los centros, mientras los estratos inferiores carecen con frecuencia de servicios elementales. Otro tanto podría decirse de diversos servicios profesionales.

Mucho se ha discurrido también acerca de la educación. El afán de reproducir las instituciones de los centros (estimulado con frecuencia por las oportunidades de ocupación calificada que ello ofrece) lleva a dedicar una proporción elevada de capital a la educación superior e intermedia, descuidando a los estratos inferiores. Y aun cuando éstos tienen acceso a la educación primaria, sus resultados suelen ser muy precarios, pues la exigüidad de los ingresos no permite cubrir todo el ciclo de enseñanza.

Así, pues, la estructura social influye bajo dos formas principales. Por un lado, las instituciones de formación y prestación de servicios responden en gran parte a las diferencias estructurales de poder y, por otro, estas diferencias de poder e ingreso influyen considerablemente en la posibilidad de usar tales servicios.

Ahora bien, nada hay en el funcionamiento del sistema que lleve espontáneamente a resolver este problema. Por el contrario, la desigualdad distributiva propende a agravarlo.

El costo social de todo esto es ingente, ya que el capital no reproductivo que se requiere se amplía cada vez más a expensas del capital reproductivo exigido por las considerables dimensiones del problema de absorción.

<sup>5</sup> El coeficiente de inversiones no presenta la división de capital que se ha explicado e induce así a frecuentes equivocaciones.

*Capital reproductivo y no reproductivo*

Conviene ahora subrayar los efectos dinámicos de la acumulación de capital reproductivo en contraste con el no reproductivo.

El incremento de productividad logrado en una determinada inversión de capital reproductivo significa, desde luego, una menor absorción de fuerza de trabajo. Supóngase, sin embargo, que el excedente que surge de tal incremento se dedica a fabricar nuevos bienes de capital (o bienes que se exportan para adquirirlos). Habría en esta forma un papel compensador en el empleo. Pero no es sólo eso, pues al repetirse el incremento originario de productividad e invertirse el excedente en nuevos bienes de capital reproductivo se va generando aún mayor empleo. En otros términos, a medida que el fruto de la creciente productividad se dedica continuamente a acrecentar el capital reproductivo se va aumentando el empleo en mayor cuantía que la fuerza de trabajo que se economiza por el aumento de productividad.

Muy diferente es el caso del capital no reproductivo. Supóngase un incremento originario de productividad cuyos frutos se dedican a capital no reproductivo, esto es, a medios destinados a producir bienes técnicamente avanzados que responden mejor que antes a las exigencias de la demanda. También habría un empleo compensador de trabajadores en la producción de esos bienes, pero no se darían aumentos sucesivos de productividad, ni ocurriría un acrecentamiento de capital y de empleo como en el caso anterior. No habría acumulación progresiva.

Parece oportuno ahora expresar una advertencia que no carece de significación. Hemos supuesto, para simplificar nuestro razonamiento, que todo el fruto de la mayor productividad se dedicara a la producción de bienes de capital reproductivo. Pero en realidad no sucede así, pues sólo una parte se invierte en esta forma. Así pues, no se presenta la misma compensación en el empleo. Pero este hecho concierne tanto a la acumulación reproductiva como a la no reproductiva y no invalida nuestro anterior razonamiento. Sólo que la compensación total en el empleo requerirá más tiempo, tanto más cuanto menor fuere la proporción del potencial destinado a la acumulación.

Para decirlo en pocas palabras, la acumulación prematura de capital no reproductivo contribuye al sentido excluyente del capitalismo periférico. Por propagarse de más en más en la periferia las técnicas avanzadas de diversificación de los centros, la técnica reproductiva no puede penetrar en profundidad en las capas más bajas de la estructura social. Y se acentúa entonces su sentido conflictivo, pues, en el transcurso del tiempo, el fruto de la

mayor productividad ya no basta para satisfacer la creciente presión redistributiva en el juego de las relaciones de poder.

Adviértase en todo esto la mutua relación de estos fenómenos de la estructura social. Esa propagación en la periferia de las formas cada vez más avanzadas del consumo de bienes y servicios de los centros, se cumple gracias a las enormes desigualdades distributivas resultantes en gran parte de las relaciones de poder que surgen de la estructura social. Y a su vez estos fenómenos reaccionan sobre la estructura social con las consecuencias que acaban de mencionarse.

### *Formas técnicas y ritmo de absorción*

Se discurre frecuentemente en la periferia acerca de opciones técnicas que, si bien significan menor producto por persona ocupada, permiten emplear más fuerza de trabajo y aseguran un mayor producto global para el conjunto de la sociedad.

Sin embargo, salvo en algunos casos concretos, no se ha explorado este asunto con el detenimiento que merece. Los centros, naturalmente, no se han interesado en esas opciones técnicas, pues sus esfuerzos innovadores, además de buscar nuevas formas de eficacia, se inspiran más y más en el objetivo de reducir el empleo de fuerza de trabajo.<sup>6</sup>

Como quiera que fuere, el juego espontáneo de las fuerzas de mercado no lleva a las empresas a la búsqueda y adopción de aquellas opciones, sino a formas técnicas que rindan un incremento de productividad a expensas de la ocupación.

Ahora bien, en el conjunto de la economía, si la fuerza de trabajo crece por ejemplo a razón de 3%, las empresas, guiadas por el incentivo de la ganancia, preferirán formas técnicas con un incremento de productividad, digamos, de 4%, pero con sólo un aumento de 1% en la ocupación, a formas técnicas que permitan absorber todo el aumento de 3% de la fuerza de trabajo, pero con una elevación de sólo 2% en la productividad. En uno y otro caso, el crecimiento del producto global sería de 5%.

Podría inferirse de esto que, como el aumento del producto global sería el mismo, a la sociedad en su conjunto le sería indiferente que las empresas

<sup>6</sup> Acaso fuimos los primeros en la CEPAL, *Problemas teóricos y prácticos del crecimiento económico*, 1952, en llamar la atención acerca de la impropiedad de estas técnicas para la periferia. Pero desde aquel entonces no se ha avanzado en medida ponderable.

adoptaran formas técnicas de mayor productividad y menor ocupación, o de mayor ocupación y menor productividad. No es así, sin embargo, pues el aumento del excedente debido al incremento de la productividad se dedica en parte a la acumulación, lo cual permite absorber en cierto tiempo la fuerza de trabajo que se había economizado, según se explicó más arriba. Y es tanto más intensa esta absorción cuanto más a fondo se utilice el potencial de acumulación.

Suelen afirmar los adeptos a las doctrinas neoclásicas que, si se respetaran las leyes del mercado, el precio del capital y el precio de la fuerza de trabajo —perdónesenos esta última expresión— se ajustarían para favorecer las opciones más convenientes desde el punto de vista de la racionalidad colectiva. En otro capítulo entraremos en este aspecto al examinar teorías que, elaboradas en los centros, pretenden infructuosamente interpretar el desarrollo periférico.

Por lo que antes se ha expresado acerca de la falta de opciones técnicas, no podrá decirse qué gravitación tiene esa irracionalidad colectiva en la adopción de nuevas capas técnicas. Pero sí puede afirmarse que esa irracionalidad influye en el prematuro desplazamiento de capas técnicas precedentes.

Así, suele ocurrir que el capital físico que podría aún prolongar su existencia por un tiempo más o menos largo, acaso con algunas readaptaciones, se reemplace utilizando fondos de amortización acumulados en la empresa, por otras formas de capital que permiten reducir la fuerza de trabajo u obtener bienes y servicios de mayor eficacia.

La racionalidad de la empresa está aquí en conflicto con la racionalidad colectiva, pues ésta aconsejaría prolongar la vida útil del capital físico, y utilizar los fondos de amortización en nuevas inversiones que darían más empleo.

También se observa, como hemos dicho ya en otro lugar, el desplazamiento de capas técnicas que producen bienes de inferior eficacia por otras que producen bienes de eficacia mayor. Aquí tiene gran importancia la actitud de los consumidores. En efecto, a medida que aumenta el ingreso por persona, la demanda tiende a desviarse preferentemente hacia los bienes superiores, en desmedro de las capas técnicas que generan bienes de menor eficacia. Hecho tanto más importante cuanto más acentuada sea la desigualdad de la distribución.

De esa manera se reduce o elimina la fuerza de trabajo que estaba empleada en las capas técnicas inferiores, con la consiguiente pérdida de ingresos y capacidad de ahorro y sin que se generen otras formas de absorción de la fuerza de trabajo. Como quiera que fuere, se invierte capital para producir

bienes superiores cuando ya hay capital invertido en la producción de bienes de menor eficacia.

Aún más serias serían las consecuencias si el capital físico empleado en esas capas técnicas proviniese en buena parte de otras empresas de similar jerarquía productiva.

Insisto, pues, en que se trata de un fenómeno de irracionalidad por el cual nuevas capas técnicas eliminan prematuramente capas técnicas precedentes en desmedro de la ocupación y el producto global. Tarde o temprano las capas técnicas precedentes tendrían que eliminarse, pero en un orden racional, esto es, a medida que la acumulación de capital permita absorber la fuerza de trabajo que así se va desplazando. Ello depende fundamentalmente de la distribución del ingreso.

Si bien se reflexiona, esa tendencia de la demanda a desviarse hacia bienes y servicios superiores desborda el ámbito interno de la economía. En efecto, constituye un factor de gran importancia en el fenómeno de estrangulamiento exterior de que nos ocuparemos más adelante. La elevada elasticidad-ingreso de la demanda de importaciones, en contraste con el ritmo relativamente lento del crecimiento de las exportaciones, se explica principalmente por los cambios en la composición de la demanda y la evolución de la técnica de los centros y el retardo histórico del desarrollo periférico. Se agregan continuamente aquellas nuevas capas técnicas de donde surgen los bienes superiores cuya demanda tiende a desenvolverse con gran celeridad en la periferia. Explicase así la necesidad de sustituir importaciones de esos bienes o las materias primas o intermedias que sirven para su fabricación. Sin embargo, sobrevienen en seguida en los centros nuevas formas de diversificación que tienden a acrecentar las importaciones periféricas.

Desde este punto de vista, es francamente positivo el efecto de la protección sustitutiva, si se mantiene dentro de ciertos límites, pues, además de contrarrestar el estrangulamiento permite absorber fuerza de trabajo que no se requiere en las actividades exportadoras. La sustitución tiene además efectos multiplicadores en la demanda interna, ya que, habida cuenta de la acumulación de capital, hace posible elevar el ritmo de desarrollo más allá de lo que de otro modo correspondería al ritmo de las exportaciones. En lugar pertinente nos ocuparemos de ello y también del aumento de las exportaciones.

Son frecuentes en la periferia otras formas de desperdicio de capital demasiado conocidas y sobre las cuales no se justificaría extenderse. Me refiero principalmente a los efectos adversos de la protección excesiva sobre la utilización del capital; la utilización parcial de las máquinas en un turno o

dos de trabajo en vez de tres; la estrechez de los mercados en los compartimientos estancos en que se desenvuelve la industrialización; y la deficiente preparación de la fuerza de trabajo.

#### APÉNDICE

##### *Nota sobre la austeridad del capitalismo japonés*

Hace pocos años la euforia del desarrollo de algunos países de la periferia latinoamericana llegó a sugerir la repetición del desarrollo extraordinario del Japón. Fue una sugerencia desacertada pues ignoraba los factores que llevaron a ese país a un ritmo de desarrollo elevado y sostenido. Invitado al Japón por el eminente Dr. Sabusu Okita, Director del Centro de Desarrollo Económico, tuve oportunidad de conversar con funcionarios, hombres de negocios y dirigentes sindicales, además de profesores universitarios. Mis conclusiones fueron las siguientes:

El desarrollo japonés se ha caracterizado por un elevadísimo ritmo de acumulación, sobre todo de capital reproductivo. Se ha acumulado alrededor de la tercera parte del producto en el largo período de prosperidad que sigue a la segunda guerra mundial. El capitalismo ha sido fundamentalmente austero, no sólo en los estratos superiores sino en toda la población.

Los gastos militares, que antes constituían alrededor del 7% del producto se redujeron a cifras insignificantes bajo el gobierno militar del general McArthur.

El mismo gobierno impuso una reforma agraria más avanzada que la que habían deseado algunos reformadores japoneses. ¡Método muy expeditivo, por cierto, para vencer los grandes obstáculos políticos de un cambio semejante, pero siempre que las tropas de ocupación se vayan prontamente! En la América Latina ha ocurrido algo completamente contrario. Ejércitos mercenarios invadieron Guatemala en los años cincuenta, bajo la bandera del anticomunismo, para suprimir la reforma agraria del presidente Jacobo Arbenz.

El desmantelamiento de las fuerzas armadas tuvo la virtud de liberar técnicos que empezaron modestas empresas que después alcanzaron gigantesca dimensiones. En estas y otras empresas el gobierno y la iniciativa privada incorporaron masivamente la técnica de occidente, sobre todo por el envío sistemático de gente a formarse en el exterior.

Pero no se admitieron las transnacionales hasta que el Japón pudo tenerlas y competir con ellas.

¡Ni sociedad privilegiada de consumo ni succión exterior de ingresos!

La calidad de la fuerza de trabajo ha sido asimismo un elemento muy positivo. Recuérdese que a partir de la restauración de los Meiji en la segunda mitad del siglo pasado, se extiende rápidamente la educación popular. El Japón no tiene analfabetos desde mucho tiempo atrás.

Por último, hay que subrayar que la cohesión entre las empresas y la fuerza de trabajo ha sido notable. Las empresas han sido responsables de la estabilidad y las condiciones de vida de la fuerza de trabajo. Y el hecho de que los sindicatos se hayan formado por empresa ha permitido la diferenciación de las remuneraciones según la productividad de cada empresa. Y esto ha sido un factor de preservación de las empresas pequeñas y medianas hasta que pudieran avanzar técnicamente.

Ha habido también gran cohesión entre el Estado y las empresas, casi diría que se ha tratado de una simbiosis. Ha habido coincidencia de objetivos, tanto en el desarrollo interno como en el comercio internacional.

## II. LA ESTRUCTURA DE PODER

### 1. LAS DIFERENCIAS ESTRUCTURALES

AHORA examinaremos la significación de las diferentes formas de poder que intervienen en el proceso de apropiación y compartimiento del fruto del progreso técnico. Pero antes conviene subrayar la índole esencialmente dinámica de este proceso, ya que las mutaciones estructurales son incesantes, como también los cambios en las relaciones de poder que de ellas surgen.

Antes de comenzar a examinar las distintas formas de poder y sus relaciones, conviene presentar escuetamente la correspondencia entre ellas y los estratos sociales sobre los cuales tienen primordial influencia.

Hasta aquí hemos venido discurrendo acerca de estratos superiores, intermedios e inferiores, pero sin definir su significación. Como sucede siempre que se trata de divisiones de esta índole, no es posible establecer entre ellas una línea clara y neta. Evidentemente hay indeterminación de fronteras, pero ello en modo alguno invalida nuestros razonamientos.

Recuérdese, de paso, que hemos discurrendo asimismo y también en forma esquemática, acerca de la sociedad privilegiada de consumo que se sustenta en los estratos superiores, y la sociedad de *infraconsumo* de los estratos inferiores. Y no puede haber duda acerca de la significación de estos extremos. Hay toda una gama de situaciones intermedias. ¿Dónde termina la sociedad de *infraconsumo* y comienza el privilegio de los estratos intermedios?

El poder económico se concentra en los estratos superiores y se manifiesta asimismo en los intermedios, aunque con menos significación dinámica. La tenencia de los medios productivos va descendiendo a lo largo de tales estratos hasta tornarse relativamente insignificante en los estratos inferiores.

El poder social se expresa tanto en las calificaciones de creciente complejidad técnica conforme se asciende en la escala de capacidades, en su más amplia acepción, como en las calificaciones convencionales. Se trata de la fuerza de trabajo favorecida por las leyes del mercado, si bien con diferente intensidad entre sus miembros.

Como quiera que sea, esta fuerza de trabajo, por lo mismo que se encuentra en condiciones favorables en el proceso de absorción, tiende a mejorar espontáneamente sus remuneraciones conforme crece la productividad y la demanda de sus servicios. No necesita poder sindical para ello, si bien dispone de diversas formas de limitar la competencia.

En cambio el poder sindical se impone en los estratos intermedios cuando la fuerza de trabajo carece de aptitud espontánea para mejorar correlativamente sus remuneraciones conforme se absorbe con creciente productividad, y cuando las calificaciones son rudimentarias o sencillamente no existen.

El resto de la fuerza de trabajo queda en los estratos inferiores con escasa productividad y muy bajos ingresos; su poder sindical llega tarde y es generalmente muy débil.

El juego de las relaciones de poder en la distribución del ingreso se manifiesta tanto en la órbita del mercado como en la del Estado. En la primera, quienes tienen poder económico y poder social se mueven bajo el imperio de las leyes del mercado, en tanto que el poder sindical se usa para contrarrestar la acción de esas leyes. Las relaciones bajo las cuales se expresan esas distintas formas de poder se desenvuelven asimismo en la órbita del Estado. Desde el punto de vista del compartimiento del fruto de la creciente productividad, el Estado es en realidad una expresión de aquellas relaciones de poder, en donde se manifiesta cada vez más la gravitación del poder político de la fuerza de trabajo, a medida que se desenvuelve sin trabas el proceso de democratización en los estratos intermedios y llega también a los inferiores. Y este poder político se contrapone al poder de los estratos superiores:

Sostener que las relaciones de poder determinan principalmente la distribución del ingreso, no significa en modo alguno negar la influencia de la capacidad y dinamismo de los individuos que trasponen los estratos de donde surgieron, como lo veremos a su debido tiempo.

Pasemos ahora a examinar las diferentes formas de poder. Conste que nos estamos ocupando de ello sólo en lo que concierne a los fenómenos distributivos, sin la pretensión de examinar más a fondo la estructura social, como se dijo al comenzar esta parte.

## 2. EL PODER ECONÓMICO

El poder económico atañe especialmente a los propietarios de los medios productivos, sobre todo en los estratos superiores. Están estrechamente vinculados estos últimos a quienes manejan los resortes bancarios y financieros del sistema y combinan frecuentemente su papel específico con la propiedad de medios productivos.

¿Por qué el sistema tiende a la concentración del poder económico en los estratos superiores? Hay dos aspectos en este fenómeno; por un lado, la

concentración en quienes ya tienen la propiedad de los medios productivos, con respecto al resto de la colectividad; y, por otro lado, la concentración que se opera principalmente en los estratos superiores.

El primer aspecto se explica, fundamentalmente, por el hecho de que una elevada proporción del capital de las empresas se acumula mediante la inversión de una parte del excedente generado en ellas, y también de una parte de los ingresos de sus dirigentes, donde suele haber un fuerte elemento de compartimiento del excedente. Con esto no estamos diciendo que los demás miembros de la fuerza de trabajo no acumulen capital; lo hacen en los estratos intermedios, especialmente en los tramos superiores. Sin embargo, una proporción considerable de esta acumulación se realiza en forma de capital no reproductivo, que no genera excedentes. Por lo demás, es muy comprensible que, salvo excepciones, las empresas carezcan de interés en difundir la acumulación entre su personal, pues ello podría implicar, con el andar del tiempo, la aspiración de compartir el poder decisorio de las mismas empresas.

Veamos ahora el otro aspecto que consideramos muy significativo. ¿Por qué la concentración tiende a realizarse de más en más en los estratos superiores de tenencia de los medios productivos? La desigualdad que se manifiesta en estos estratos engendra una mayor desigualdad. En efecto, quienes poseen la mayor parte de los medios productivos están en mejores condiciones para introducir nuevas capas técnicas, tanto más cuanto mayor es la concentración. Por donde va a sus manos una cuantía considerable del fruto de la creciente productividad de esas nuevas capas y, por consiguiente, del potencial de acumulación que esto representa. Y aunque acumulen menos de lo que podrían hacer, acumulan generalmente más que los otros propietarios que están por debajo de ellos en la escala de tenencia. La propagación de la técnica y la estructura socioeconómica tienden, pues, a favorecer a los más poderosos.

En verdad, conforme se desciende en la escala de tenencia de los medios productivos van disminuyendo los recursos de sus propietarios para introducir la técnica de los centros. Y como es de cuantía relativamente escasa el capital de que disponen, también lo es la participación de tales propietarios en el excedente, pues esa menor cuantía del capital torna difícil la adopción de capas técnicas superiores de creciente productividad. Por lo demás, el acceso al crédito bancario y al financiamiento también se dificulta conforme se desciende en la escala, así como se hace más complicado el acceso a las fuentes de tecnología.

Todo ello explica que la productividad sea generalmente tanto menor cuanto más baja es la posición de los empresarios en la escala.

Los empresarios dinámicos, sin embargo, vencen estas dificultades; y cuando lo hacen y avanzan técnicamente, no es con frecuencia para producir los mismos bienes, sino para participar en el proceso de diversificación siguiendo a la demanda y a los cambios que en ella traen consigo los privilegios distributivos.

De la tendencia a la concentración se derivan consecuencias de gran significado; y una de ellas concierne a la gestión de las empresas. En las empresas pequeñas y medianas, la gestión está íntimamente vinculada a la propiedad de los medios productivos; y puesto que, por lo general, se trata de capas técnicas medias y bajas, también lo son las dimensiones del excedente. Podría decirse, por tanto, que una proporción creciente del ingreso de los empresarios proviene de su trabajo personal, conforme se desciende en la escala de tenencia.

En contraste, a medida que se sube en la escala de tenencia y, asimismo, de productividad de las capas técnicas, se va elevando progresivamente el excedente, y de esta suerte disminuye la proporción de ingreso generado por el trabajo de los empresarios. Junto con este hecho aparece otro que es, asimismo, de gran relevancia: al introducirse nuevas capas técnicas y aumentar la concentración, se vuelve más importante la función de los ejecutivos y técnicos que colaboran con los propietarios. Se está dando así en la periferia, aun cuando con mucha menor intensidad, la misma tendencia de los centros a disociar la gestión de la propiedad de los medios productivos. La gestión va recayendo cada vez más en aquellos ejecutivos y técnicos. El papel de los propietarios se reduce entonces en gran parte a elegir aquéllos y al desempeño de ciertas actividades que, si bien no redundan necesariamente en la eficiencia de las grandes empresas, robustecen su poder. Los accionistas importantes, o quienes los representan, participan en diversos directorios, principalmente cuando se trata de conglomerados cuya formación se ve facilitada por la concentración del capital y el acceso holgado al financiamiento en otras fuentes; y también cuando se procura coordinar el desenvolvimiento de varias empresas con frecuentes limitaciones de la competencia.

Trátase por lo demás de una constelación interna de intereses cuya influencia sobre los partidos políticos y los personeros del Estado suele ser considerable, tanto en materia impositiva como de gastos públicos, y en el lograr contratos, derechos de aduana, subsidios u otros privilegios que aumentan las dimensiones del excedente de algunos grupos sociales a expensas de otros.

En esa constelación de intereses se articulan las empresas transnacionales. Son cada vez más activas en la introducción de nuevas capas técnicas y, por

tanto, en la creación de excedentes y la obtención de ganancias. Suelen contribuir notablemente a la expansión productiva, pero después de cierto tiempo se vuelven agentes activos de la succión exterior de ingresos.

### 3. EL PODER SOCIAL

El poder social se manifiesta en una pequeña pero creciente proporción de la fuerza de trabajo que se inserta en parte en los estratos superiores y, sobre todo, en los estratos intermedios y en sus tramos más altos de ingreso.

Dos elementos configuran en el capitalismo periférico el poder social: las oportunidades de formación, por un lado; y las posibilidades de utilizarlas, por el otro. Ambos elementos están considerablemente influidos por la estructura social.

Ciertos estudios de la CEPAL han contribuido a poner de relieve que las oportunidades de educación y formación dependen en gran parte del poder político de los estratos superiores e intermedios, aunque con grandes diferencias de grado. Hay generalmente un notorio contraste entre los recursos que el Estado dedica a la educación en tales estratos, comparados con los estratos inferiores, sobre todo en algunos países donde no se ha logrado extirpar el analfabetismo.

Es obvio, además, que las posibilidades de acceso a estas oportunidades van descendiendo según la escala de ingresos. Así pues, en los casos donde se ha extendido la educación primaria a los estratos inferiores, el exiguo ingreso de las familias impide su debido aprovechamiento. Y ello se acentúa, desde luego, en la educación secundaria; para no mencionar la educación universitaria, donde es bajísima la participación de aquéllos.

Estamos simplificando un serio problema que suele presentar otros elementos de diversa índole. Pero lo expresado basta para señalar el privilegio del poder social, que tanta importancia reviste en la distribución del ingreso.

Cuanto más elevadas y complejas son las calificaciones requeridas, tanto mayor es la influencia del privilegio estructural en la formación de tales calificaciones, sin desconocer, desde luego, las diferencias individuales. Más aún, la competencia entre empresarios para procurarse en el mercado individuos con tales calificaciones los lleva a hacerles participar en el fruto de la productividad con una amplitud que no se daría si el excedente no tendiera a acrecentarse continuamente en el curso del desarrollo. Las leyes del mercado ayudan a llegar a quienes han adquirido calificaciones,

pero no ayudan a adquirirlas. Tal es la influencia que tiene la estructura social en este sentido.

Esta consideración se refiere, por supuesto, a las calificaciones que exige de más en más la propagación de la técnica en las diferentes manifestaciones del desarrollo. Pero la influencia del poder social concierne también a lo que hemos llamado calificaciones convencionales. Se trata de calificaciones en gran parte ajenas al desenvolvimiento de la técnica y sus exigencias. Se requieren principalmente en los servicios generales del Estado, y en toda una extensa gama de actividades profesionales que se eligen no sólo por razones de ingreso, sino por consideraciones tradicionales de jerarquía social. En el desarrollo periférico hay una tendencia notoria, en virtud de todo ello, a exagerar la formación de estas calificaciones convencionales, lo cual significa, de suyo, un factor adicional de desperdicio de capital.

La insuficiencia absorbente del sistema, trae una frustración del poder social, e impulsa a emplear el poder político a fin de lograr el empleo espurio de fuerza de trabajo de calificaciones convencionales en los servicios generales del Estado y en las empresas públicas. Punto este último sobre el cual se volverá en otro lugar.

#### 4. EL PODER SINDICAL

Recuérdese que, conforme va penetrando la técnica con las consiguientes mutaciones de estructura, se van ampliando los estratos intermedios. Sin embargo, sólo una parte de ellos dispone del poder social que le permite adquirir las calificaciones que aquélla requiere. La mayor parte de los estratos intermedios no las posee o las posee en grado inferior o rudimentario por carecer de poder social, o ser éste insuficiente. Por este motivo su posibilidad de participar en la mayor productividad por obra espontánea de las fuerzas de mercado va declinando a medida que se desciende en la escala de calificaciones y aumenta la oferta de fuerza de trabajo, expuesta al fenómeno de competencia regresiva que en otro lugar ya se ha explicado.

Trátase de uno de los problemas más serios de la distribución, pues, bajo el imperio de las leyes del mercado, esa gran masa de trabajadores tiene un poder redistributivo relativamente débil, y sólo con el transcurso del tiempo podría fortalecerse hasta cierto punto, a medida que se fuesen reduciendo las disparidades estructurales.

Compréndese así que la desigualdad distributiva sea inherente al desenvolvimiento del sistema. Se imponen, pues, otras formas de poder que van

surgiendo con el avance democrático, a medida que se amplían los estratos intermedios por la industrialización y la expansión de otras actividades absorbentes de fuerza de trabajo.

Si en el juego del mercado hubiera compartimiento espontáneo del fruto de la creciente productividad, como suponen las teorías convencionales no tendría por qué desenvolverse el poder sindical. Pero como no sucede así surge ese poder, así como el poder político, con el avance del desarrollo. De esta manera se van contrarrestando las consecuencias distributivas del poder económico de los propietarios, principalmente de quienes concentran los medios productivos en los estratos superiores, y el poder social de la fuerza de trabajo favorecida.

En realidad, todo integra un solo sistema: el sistema de las relaciones de poder. Abominar del poder sindical de las masas, porque significa violar las leyes económicas, es una seria incongruencia, pues el poder económico y social al cual se contraponen el poder sindical no resulta de esas leyes económicas sino de la estructura social.

Si con el andar del tiempo esa confrontación de poderes lleva a situaciones conflictivas y a la crisis del sistema, ello obedece al sistema en sí mismo, por cuanto el desenvolvimiento de las relaciones de poder no responde a ningún principio regulador basado en consideraciones de equidad.

Esta falta de un principio regulador no sólo se manifiesta en las relaciones de poder en general, sino en el mismo poder sindical, que dista mucho de ser homogéneo. Suele tener más gravitación en los puntos estratégicos del sistema y en aquellas grandes empresas donde el excedente es elevado. En tales casos la competencia regresiva ha sido en gran parte eliminada, no así en otras actividades que requieren una gran proporción de fuerza de trabajo no calificada o escasamente calificada. Allí la competencia regresiva es intensa por la misma abundancia de aquélla. Tal es la fuerza de trabajo de los estratos inferiores.

##### 5. EL ESTADO Y LA COMPOSICIÓN DEL PODER POLÍTICO

El Estado, como órgano político del sistema, y sujeto por tanto a los cambios en la estructura del poder, tiene considerable importancia en la distribución del fruto de la mayor productividad mediante los servicios que presta, la ocupación correspondiente y los ingresos que genera, así como los impuestos que costean esos servicios. Y esos servicios que presta tienen mayor o menor influencia en la productividad del sistema.

Desde el punto de vista de la distribución, el Estado representa una expresión de las relaciones de poder vigentes.

Mientras en la órbita del mercado la demanda de bienes y servicios se ejerce mediante el gasto del ingreso personal, como quiera que éste haya sido distribuido, en la órbita del Estado la vinculación entre ingresos y servicios es diferente. En efecto, salvo algunos casos, los servicios que presta el Estado se cubren con recursos fiscales que no se extraen necesariamente del ingreso de quienes reciben los servicios sino de otros grupos sociales. Así, pues, algunos de estos grupos pueden obtener una cuota importante de servicios que pagan otros grupos sociales.

En uno y otro caso se reflejan la composición del poder político y los cambios que experimenta con las mutaciones estructurales. Así pues, al poder dominante de los estratos superiores va enfrentándose el de los estratos intermedios conforme avanza el proceso de democratización, y finalmente el de los estratos inferiores. Podrían distinguirse de esta manera diferentes combinaciones de poder o, si se prefiere, distintas fases, si bien conviene precaverse del riesgo de caer en una presentación demasiado esquemática del proceso de democratización.

La primera fase concierne al desarrollo hacia afuera, antes de la industrialización. El poder político correspondía entonces, fundamentalmente, a los estratos superiores —terratenientes, financistas y grandes comerciantes—, poder compartido, aunque en escasa medida, por quienes disfrutaban del poder social en las formas convencionales. Estas formas predominaban especialmente en los estratos intermedios constituidos en su mayor parte por las clases medias tradicionales. En la generación del excedente de la producción primaria influía considerablemente la demanda exterior. La parte que las empresas extranjeras dejaban internamente se distribuía según el juego del mercado, sin que éste se perturbara por los estratos intermedios carentes de poder sindical. Los estratos inferiores carecían de poder político, no obstante representar una proporción muy elevada de la fuerza de trabajo, en gran parte dispersa en las zonas rurales.

En una segunda fase, comienza la industrialización y, en general, la propagación de la técnica fuera de la órbita exportadora. Y al excedente de la producción primaria va agregándose el de las nuevas actividades. De esta manera se agregan nuevos componentes a los estratos superiores cuyo poder político sigue siendo considerable frente a la debilidad de los estratos intermedios que comienzan a ampliarse con aquella penetración de la técnica. Continúan rigiendo plenamente las leyes del mercado en la distribución, debido a esa misma debilidad y al empleo de resortes potenciales de represión del

Estado, listos siempre a aplicarse ante cualquier tentativa de perturbación redistributiva.

En una tercera fase, la dilatación de los estratos intermedios y el fenómeno de concentración urbana que acarrea la industrialización y, en general, la propagación de las técnicas masivas de difusión social abren paso al movimiento de democratización. Sin embargo, los estratos superiores consiguen mitigar, si no evitar, el incipiente poder sindical y político de los estratos desfavorecidos. Para ello recurren a diferentes procedimientos: la manipulación y la movilización de masas o clientelas dirigidas desde la cúspide del sistema; la cooptación de dirigentes políticos y sindicales y su inserción en el sistema con alguna participación en sus ventajas. La democratización es de todas maneras en gran parte formal, más que sustantiva, y el poder sindical y político se desenvuelve dentro de estrechos límites.

La cuarta fase representa el desenvolvimiento lógico de la tercera. Se caracteriza por el surgimiento de una conciencia de sus intereses en los estratos intermedios, gracias a sus crecientes dimensiones, a medida que avanza la industrialización y otras actividades absorbentes. Y en el ejercicio del poder sindical y político se van disolviendo las anteriores relaciones de subordinación a los estratos superiores, de tal suerte que los dirigentes adquieren capacidad de negociación y compromiso, tanto en lo que atañe a la redistribución del ingreso y a la ocupación, como a aspiraciones que desbordan el campo económico.

En esta cuarta fase el movimiento sindical y político adquiere gran impulso. Surgen nuevos dirigentes cuya actividad se despliega de más en más en la pugna de compartimiento antes que en atemperar su presión. Y las reivindicaciones redistributivas, que comienzan a extenderse a los estratos inferiores, impulsan al sistema a un límite crítico más allá del cual queda comprometido seriamente su desenvolvimiento regular.

Nótese de paso, que también hay en todo esto un fenómeno de propagación e irradiación de los centros. Las ideas e instituciones democráticas de estos últimos adquieren vigencia efectiva en la periferia en el curso avanzado de las mutaciones estructurales.

En esa sucesión de fases que acabamos de mencionar escuetamente van cambiando tanto la composición de los servicios del Estado como la forma de cubrir su costo.

Ocurren así fenómenos de la mayor importancia. En las fases primeras del desarrollo, cuando domina el poder económico y social de los estratos superiores y se expresa en su poder político, los servicios del Estado responden en gran parte a los intereses y aspiraciones de aquéllos. Pero al crecer el

poder político de los estratos intermedios (y eventualmente el de los estratos inferiores) a esos servicios se van superponiendo los que favorecen a tales estratos.

De esta manera, el Estado tiende a compensar la debilidad redistributiva de la fuerza de trabajo en el juego espontáneo del mercado.

Pero no es eso solamente. La insuficiente acumulación de capital, agravada por el ritmo elevado de crecimiento de la fuerza de trabajo, restringe la capacidad absorbente del sistema. Y la parte de aquella que no encuentra empleo en la órbita del mercado (tanto en las empresas como en los servicios personales) presiona políticamente para emplearse en el Estado, más allá de las reales necesidades de éste. Fenómeno que hemos calificado de absorción espuria, tanto en los servicios del Estado propiamente dichos, como en las empresas públicas.

Por supuesto que estas consideraciones no significan justificar la ineficiencia económica que suele darse en la empresa pública, sino situar el caso dentro de una amplia perspectiva, como una de las manifestaciones de un proceso redistributivo, considerablemente influido por el juego de relaciones de poder.

Aparte de lo que viene de decirse acerca de la empresa pública, todas esas diferentes formas de compartimiento del fruto de la mayor productividad que, como antes se expresó, logran sobre todo los estratos intermedios por su presión política y sindical, tienen importantes consecuencias sobre el ritmo de crecimiento del excedente. Puesto que los recursos fiscales que costean los servicios del Estado, así como sus inversiones, inciden en última instancia sobre aquél. No nos referimos sólo a las inversiones en infraestructura, sino también a ciertas inversiones conspicuas que responden a otras motivaciones por demás conocidas.

Hemos visto más arriba como el poder político, que se circunscribía primeramente a los estratos superiores, se va extendiendo sobre todo a los estratos intermedios, y llega eventualmente a los inferiores. Sin embargo, por más que ello ocurra, sigue siendo considerable el poder político de los estratos superiores. Pues mientras se extiende de esta manera el proceso político, se acentúa también la concentración del poder económico. Y aun cuando las consecuencias de tal proceso vayan atenuando el ritmo de crecimiento del excedente, éste sigue dilatándose, y los estratos superiores, gracias a ello, disfrutan cada vez más de la sociedad privilegiada de consumo. Tendrán que ir cediendo a la presión redistributiva que proviene de abajo, pero su poder político suele ser más que suficiente para defender las bases institucionales sobre las que se sustenta su creciente poder económico.

## 6. EL PODER POLÍTICO Y LOS MEDIOS DE DIFUSIÓN

Son bien conocidas las formas en que se expresa el poder político de los estratos superiores. Contribuciones financieras a los partidos políticos y a sus elementos dinámicos, inserción de personas de gran influencia política en los cuerpos directivos de las empresas o empleo de sus servicios profesionales, así en el campo privado como en las gestiones que realizan ante el Estado; y otras formas de compartimiento por la vía política.

A todo ello se agregan las relaciones estrechas de los medios masivos de difusión social con la sociedad privilegiada de consumo, que merecen algunas consideraciones, sobre todo en el caso de la prensa.

La evolución de la técnica de impresión —parte integrante de la técnica productiva— exige un capital cada vez más grande que tiende a concentrarse, lo mismo que en las otras empresas. En realidad existe una simbiosis entre la gran empresa impresora y la actividad periodística propiamente dicha. Pero esta última tiende a subordinarse a la primera. Muy lejanos han quedado aquellos tiempos en que el periodismo requería un capital relativamente pequeño y accesible a quienes se proponían divulgar ideas e influir sobre la opinión pública. Tal era el concepto primigenio de la libertad de prensa en el liberalismo político; pero la realidad ha cambiado fundamentalmente.

Es un hecho cada vez más manifiesto que la empresa periodística está íntimamente ligada al desenvolvimiento de un sistema que se caracteriza por la sociedad privilegiada de consumo, y depende en gran parte de la publicidad comercial. La función periodística tiene que responder a las exigencias de esta última. Y por extenso que fuere el campo de su crítica, no podrían realizar un ataque profundo al sistema ni a la manipulación de lo que los economistas neoclásicos entienden por soberanía del consumidor.

Más aún, el éxito publicitario depende de la circulación del periódico; promover la circulación es una consigna indeclinable. Y si bien hay casos notables de circunspección y sentido de responsabilidad social, hay otros, nada infrecuentes por cierto, donde para lograr gran circulación prevalecen consideraciones comerciales en desmedro de valores de gran significación social y cultural.

Un elemento importante en la circulación es la crítica a los gobiernos antes que al sistema: expresión de independencia de la prensa, gran conquista del liberalismo. Pero expresión de libertad de quienes poseen los medios productivos de la empresa.

Otra vez comprobamos aquí la interdependencia entre la penetración de la técnica y la estructura de la sociedad y sus mutaciones. Por exigencias de la

técnica, las grandes empresas periodísticas comparten el poder con las otras grandes empresas nacionales o extranjeras de considerable poder económico. En cierto modo, las primeras son integrantes de la cúspide del sistema, por extensa y variada que fuere la gama de sus opiniones políticas. Lo son en cuanto esas exigencias de circulación las llevan a difundir las excelencias de aquélla. Y, al hacerlo, súmanse contradictoriamente a los factores que avivan la pugna distributiva, además de los que en algunos casos surgen de su propia orientación.

Esta orientación está considerablemente influida por las mutaciones estructurales y los cambios que con ellas sobrevienen en las relaciones de poder. Así, conforme se extiende el poder político de los estratos intermedios, la prensa responde cada vez más a los intereses y aspiraciones de aquéllos. Nuevos órganos se añaden a los que continúan estrechamente vinculados a los estratos superiores.

Aparece entonces una cierta ambivalencia que se manifiesta sobre todo cuando avanza la democratización. Este proceso recibe aliento de la prensa que, a la vez, sigue estimulando la sociedad privilegiada de consumo. Ésta, como bien sabemos, tiende a desenvolverse en un ámbito limitado, en tanto que el avance democrático, impulsado por la prensa, tiende a extender sus ventajas hacia abajo. Esta ambivalencia contribuye a acentuar una de las contradicciones profundas del sistema, esto es, la disparidad creciente entre el curso del desarrollo económico y el proceso político, aspecto al que ya nos hemos referido antes con insistencia.

Al mencionar las ideologías no me refiero necesariamente a las que son francamente adversas al sistema, aunque como es obvio es estrecho su lugar en estas empresas periodísticas. Tampoco me refiero, por supuesto, a aquellos casos en que se forman empresas para propagar tales ideologías, más que por un interés económico que, desde luego, no podría sustentarse sobre una publicidad comercial de suyo limitada. En tales casos, son otras las fuentes internas o externas de sus recursos. Como quiera que fuere, la libertad de expresión concierne primordialmente a quienes comparten las ideologías de estos órganos.

Por donde se mire, esa libertad de expresión individual, proclamada en los principios básicos del liberalismo político, se encuentra entorpecida en la práctica, aun en pleno avance del proceso de democratización. No es fácil el acceso a esa libertad, como es, por el contrario, a los servicios públicos, abiertos a todos los que quieran y puedan usarlos.

Como es notorio, la radio y la televisión adquieren creciente importancia hasta comprometer, en algunos casos, la prosperidad de las empresas perio-

dísticas. Requieren también como éstas un capital de gran magnitud y suelen estar dominadas asimismo por el interés de la publicidad comercial. Aparece, sin embargo, una diferencia no desdeñable cuando dan acceso a quienes desean valerse de estos medios, acceso que, no por ser remunerado, representa una vía posible hacia la solución del problema de libertad de expresión. Quizás se presente aquí un comienzo de separación entre la empresa y el medio genuino de difusión de ideas e ideologías. Por supuesto, hay en todo ello un problema de disponibilidad de recursos, esto es, de estructura social.

Para terminar estas reflexiones que conciernen a la libertad de prensa quisiera añadir una última observación. La movilidad existe en el capitalismo periférico, pero quienes llegan a los estratos superiores gracias a ella se insertan entre los privilegiados del sistema y entorpecen, en una forma u otra, la llegada de otros. Hay una similitud entre este fenómeno y lo que suele ocurrir con la libertad de prensa.

Ésta sigue revistiendo gran significación, que nunca se comprende mejor que cuando se restringe o suprime esta libertad bajo el poder represivo del Estado o cuando éste se apropia de la prensa.

Quien quisiera establecer una empresa periodística cuando predomina el liberalismo democrático puede hacerlo. El empuje de individuos dinámicos se ha hecho sentir aquí como en otras actividades humanas. Pero si bien esto significa un poderoso elemento de libertad de prensa, dista mucho de responder satisfactoriamente a aquel concepto primigenio que mencionamos antes.

Esos individuos dinámicos, de gran capacidad empresarial, superan de un modo u otro los grandes obstáculos que suele representar la exigencia de capital. Y los que llegan a triunfar adquieren un gran poder, el poder que da la libertad de prensa, la libertad de responder a sus propios designios. Pero esto en modo alguno significa libertad de los demás, ni igualdad de oportunidad para todos aquellos que tienen ideas que expresar o ideologías que defender, pero que carecen de espíritu empresarial.

Y no sólo esto, sino que la capacidad de formar una gran empresa periodística, la capacidad de guiar su gestión económica, no coinciden necesariamente con la aptitud periodística propiamente dicha. Y en última instancia, el interés empresarial tiende a predominar sobre el papel que el liberalismo político atribuye a la función periodística. Y plantéase a veces una gran contradicción entre los intereses de la empresa y las ideas e ideologías de quienes escriben, contradicción que no podría comprenderse sin tener en cuenta los privilegios del desarrollo.

## 7. LAS DIFERENCIAS INDIVIDUALES Y LA MOVILIDAD SOCIAL

Hemos explicado la considerable influencia de las relaciones de poder en la distribución del fruto de la creciente productividad. Pero ello no significa negar que existan diferencias individuales: por escapar a las teorías neoclásicas habríamos caído en el otro extremo. Ocurre en efecto un fenómeno muy importante de movilidad social que permite a ciertos individuos superar las relaciones de poder que resultan de la estructura social, cualquiera que fuere el lugar originario. Trátase de quienes, por su capacidad y dinamismo, por su aptitud para aprovechar su experiencia, sobrepasan a los demás y elevan sus ingresos elevándose a estratos más altos, a veces mucho más altos que otros que tuvieron el mismo punto de partida. Pero cuando esto ocurre terminan por insertarse en los privilegios del sistema, contribuyendo a las consecuencias excluyentes y conflictivas que lo caracterizan, y no obstante su contribución positiva al desarrollo.

Estas diferencias conciernen ante todo al mismo excedente. Si hemos subrayado su índole estructural, no podríamos olvidar su significación dinámica, pues el acrecentamiento del excedente está determinado por el aumento de productividad que aporta la superposición de nuevas capas técnicas y su mejoramiento en las capas anteriores. Y aquí se manifiestan precisamente aquellas diferencias de capacidad, empuje y experiencia a las que se hizo referencia. Quienes se destacan por estas condiciones en la vida empresarial se abren paso y suben más rápidamente que otros; son los elementos dinámicos del sistema y su contribución suele ser de gran importancia dentro del ámbito limitado del desarrollo.

Cierta razón tienen las teorías convencionales en justificar ventajas distributivas para los empresarios que más han contribuido al acrecentamiento de la productividad en un régimen de libre competencia; pero el privilegio no está en la ganancia en sí misma sino en el hecho de que, aunque hubiere competencia irrestricta, una parte de ese fruto, que es considerable en el capitalismo periférico, tiende a retenerse y agregarse a lo antes retenido, esto es, tiende a acrecentar el excedente global. El excedente constituye en última instancia un privilegio estructural.

Si bien se reflexiona, es en la persistencia de este privilegio donde radica la falla fundamental del capitalismo imitativo, pues sobre él reposa la sociedad privilegiada de consumo en detrimento de la acumulación. No niego que la movilidad social permite a los individuos más dinámicos acrecentar su tenencia de medios productivos, pero por lo general, quienes llegan en esta forma con el mérito indudable de vencer resistencias, terminan

por insertarse en la sociedad de consumo, como antes se dijo. Y si no lo hacen ellos, suelen hacerlo quienes han heredado tales medios, aunque carezcan de esas condiciones dinámicas.

En resumidas cuentas, al desperdiciar de este modo el potencial de acumulación están dificultando la movilidad social de otros que, si tuvieran los medios para hacerlo, podrían ser más eficaces. El uso más intenso de este potencial, en una transformación del sistema, daría mayores oportunidades de movilidad a un mayor número de individuos que podrían destacarse por su capacidad y dinamismo. Seguir discurrendo sobre ello, sin embargo, sería anticiparnos demasiado a lo que se dirá al final de esta obra acerca de la teoría de la transformación.

Decíamos en otro lugar que el poder social permite a sus poseedores adquirir las calificaciones exigidas por la propagación de la técnica. Hay aquí asimismo un elemento de privilegio social; pero se dan también individuos de condiciones dinámicas que surgen de abajo, a veces desde muy abajo, y llegan por su tenaz esfuerzo a tener esas calificaciones y mejorarlas por su experiencia. Hay también individuos que tienen poder social y demuestran grandes aptitudes dinámicas que les permiten sobresalir y sobrepasar a los otros que habían surgido en los mismos estratos. Pero al llegar arriba les ocurre algo parecido a lo que sucede con quienes se destacan en el campo empresarial, pues al subir van mejorando su aptitud para compartir el fruto del avance de la técnica y van insertándose en los privilegios del sistema, entre ellos, el poder social.

Como quiera que sea, los individuos que por su capacidad y dinamismo o su poder social, o por la combinación de ambos elementos, disponen de las calificaciones requeridas por la propagación de la técnica, se encuentran en condiciones más favorables que otros para compartir el incremento de productividad a que contribuyen en mayor o menor grado. Asimismo, cuanto mayor es el excedente, tanto más dispuestas están las empresas a aumentar las remuneraciones cuando la oferta va a la zaga de la demanda de esta fuerza de trabajo calificada. Todo lo contrario ocurre en el otro extremo de la estructura social.

Como se dijo en otra parte hay que hacer una distinción fundamental entre la distribución estructural del ingreso y las diferencias individuales. La distribución estructural resulta del juego de relaciones de poder que van cambiando con las mutaciones de la estructura social, e influyen a su vez sobre tales mutaciones. Las diferencias individuales corresponden a los distintos grados de capacidad y dinamismo.

Permítaseme intercalar aquí una observación pertinente. Dado que la de-

bilidad de la fuerza de trabajo para compartir el incremento de la productividad constituye el origen estructural del excedente, quienes están en el extremo opuesto en mejores condiciones para compartirlo se benefician así de esta disparidad estructural, lo cual se refleja en el deterioro de la relación de ingresos de los desfavorecidos.

Este deterioro de la relación de ingresos no sólo afecta a los estratos inferiores sino también a aquella parte de los estratos intermedios que empeoran su aptitud para elevar sus remuneraciones cuando se debilita el papel absorbente del sistema, mientras mejora la aptitud de compartimiento de aquella parte relativamente pequeña de la fuerza de trabajo, al acrecentarse el ritmo de la productividad.

Expresado en otros términos, el mejoramiento de las remuneraciones de la fuerza de trabajo que posee las crecientes calificaciones requeridas por la técnica depende, en gran parte, de la incapacidad de la fuerza de trabajo desfavorecida para elevar sus remuneraciones correlativamente al aumento de productividad. Tal es el fenómeno de deterioro de la relación de ingresos que tiende a ocurrir en el juego espontáneo de las fuerzas del mercado.

### III. LAS DISPARIDADES DISTRIBUTIVAS Y SU PROPAGACIÓN

HEMOS explicado el papel de las relaciones de poder, que surgen de la estructura social y sus mutaciones, en la apropiación primaria del fruto de la creciente productividad y su ulterior compartimiento.

Las grandes disparidades que presenta este compartimiento corresponden primero al ámbito de las empresas. Pero en seguida se manifiestan en la demanda de servicios personales y de servicios del Estado propagando allí las desigualdades distributivas. Lo cual, a su vez, reacciona sobre las empresas. En todo ello el mercado tiene un papel de gran significación. Pero detrás del mercado, así como en el desenvolvimiento del Estado, están las relaciones de poder que configuran las grandes líneas de la distribución.

Ello no significa desconocer la influencia de las diferencias de capacidad y dinamismo de los individuos. Estas diferencias les llevan a trasponer en un sentido u otro las relaciones estructurales de poder. Hay pues que distinguir entre estas últimas y las disparidades funcionales.

Cabe recordar brevemente el papel distributivo de esas relaciones de poder antes de pasar adelante.

El excedente constituye la expresión conspicua de la forma desigual en que se distribuye el fruto de la creciente productividad. En el juego de las leyes del mercado sólo participa espontáneamente en este fruto aquella porción limitada de la fuerza de trabajo que responde a las exigencias cada vez mayores de la técnica. La gran masa de esa fuerza, por el contrario, no aumenta sus ingresos correlativamente al incremento de productividad. La parte del fruto que no se traslada queda en manos de los propietarios de los medios productivos, que se concentran principalmente en los estratos superiores de la estructura social.

Tal es la influencia dominante del poder económico en la distribución del ingreso. Y también del poder social debido a su importancia en la formación de aquellas calificaciones que responden a las variadas exigencias de la técnica.

Conforme avanzan las mutaciones estructurales y se desenvuelve, principalmente en los estratos intermedios, el poder sindical y político de la fuerza de trabajo, ésta va adquiriendo una capacidad de compartimiento del fruto de la productividad que refuerza de más en más aquella débil aptitud espontánea en el juego de las leyes del mercado.

El poder sindical y político, a medida que avanza el proceso de demo-

cratización, se contrapone así al poder económico y social de los estratos superiores.

Esto concierne a la distribución del fruto de la productividad que se origina en las empresas. ¿Cómo se difunde este fruto en el resto de la economía, que abarca una proporción cada vez mayor de la fuerza de trabajo? Y más aún, ¿cómo se difunde cuando se propagan técnicas que no aumentan la productividad sino que impulsan la diversificación de bienes y servicios?

Trataremos de responder sucesivamente a estas dos cuestiones, a fin de comprender mejor las complejidades del fenómeno distributivo.

### 1. PROPAGACIÓN DE LA DESIGUALDAD

Decíamos que en las empresas se origina la desigualdad. Y esta desigualdad, que se manifiesta en el excedente, y en los ingresos de la fuerza de trabajo en los estratos superiores, se propaga al resto de la economía mediante la demanda de servicios por tales estratos, tanto en la órbita del mercado como en la del Estado.

Los ingresos de quienes desempeñan servicios personales en la órbita del mercado dependen en gran parte de su poder social. Es en virtud de este poder, sobre todo, que la fuerza de trabajo obtiene las calificaciones exigidas por la técnica. El poder social limita en última instancia la oferta de estos servicios, en tanto que la demanda creciente de aquellos estratos favorecidos contribuye a elevar los ingresos de quienes los prestan.

Así pues, en virtud de este fenómeno de propagación, se agregan nuevos grupos sociales a los estratos superiores. En el otro extremo de la estructura social están los servicios personales de escasa calificación en que la oferta es abundante, especialmente cuando tales estratos constituyen una fuerte proporción de la fuerza de trabajo. Allí se da aquel fenómeno de absorción regresiva promovida por las escasas remuneraciones de aquélla. Entre estos dos extremos se presenta toda una gama de calificaciones e ingresos, lo mismo que en el ámbito de las empresas. Y también aparece en esta forma, aunque en distintos grados, el poder sindical y el político, así como otras maneras de restricción de la oferta.

Como quiera que fuere, esta distribución del ingreso en los servicios personales está considerablemente influida por el juego cambiante de relaciones de poder. Estas relaciones tienen, asimismo, considerable influencia en la composición de los servicios del Estado y en la cuantía y en los ingresos

del personal que emplea para desempeñarlos. Se volverá más adelante sobre este punto.

### *El resarcimiento de la fuerza de trabajo*

La productividad surge principalmente en la órbita de las empresas, según decíamos. Y al difundirse, sus consecuencias se revierten sobre la fuerza de trabajo de las mismas empresas. En efecto, los aumentos de remuneración en los servicios personales, así como los impuestos con que el Estado cubre el costo de su funcionamiento y la adquisición de bienes en el mercado, recaen en gran parte y de diversas maneras sobre la fuerza de trabajo de las empresas, la cual trata de resarcirse del menoscabo que ello trae aparejado en sus ingresos.

La eficacia de este empeño de resarcimiento depende del poder de que se dispone. En los estratos superiores en los cuales la oferta de calificaciones es limitada, el resarcimiento es en gran parte espontáneo como en el caso de la remuneración de los empresarios. Pero conforme se desciende en la estructura social, la fuerza de trabajo tiene que acudir de más en más a su poder sindical para resarcirse.

Estas formas de reversión no se circunscriben a la fuerza de trabajo de las empresas sino que generan también presiones de resarcimiento en la fuerza de trabajo de los servicios personales y los servicios del Estado, a medida que se desenvuelve la demanda recíproca de bienes y servicios. Pero conviene subrayar especialmente la incidencia de estos fenómenos sobre las empresas, pues allí se desenvuelve la dinámica del excedente, de tanta importancia en el funcionamiento del sistema.

### *Efectos distributivos de la diversificación*

Como hemos visto, los aumentos de ingresos que se generan gracias al crecimiento de la productividad y la propagación de sus efectos, tienen influencia decisiva en la composición de la demanda. Sobre ella influye la incesante diversificación de bienes y servicios.

Conviene recordar que las técnicas de diversificación, combinadas con las primeras, constituyen una característica muy importante del capitalismo.

Al sobrevenir nuevos bienes y servicios y nuevas modalidades de ellos, sus precios resultan superiores a los de los bienes y servicios precedentes. No

se trata evidentemente de aumentos inflacionarios sino provenientes de la mayor eficacia de esos bienes y servicios, tanto intrínsecamente cuanto por responder a aspiraciones de jerarquía social.

En el consumo de estos bienes y servicios, los estratos superiores imitan a los centros y los estratos intermedios imitan a aquellos otros. Así se van generalizando y extendiendo hacia abajo las aspiraciones de consumo. Y ello constituye un resorte cada vez más fuerte en el empeño de compartimiento del fruto del adelanto técnico en los diferentes estratos sociales, aunque con grandes disparidades.

Pero no es eso solamente. Pues este proceso trae consigo otro fenómeno de difusión del fruto de la productividad del cual no habíamos hablado aún. En efecto, las empresas que promueven y captan estos cambios en la composición de la demanda derivan ganancias que no se deben al aumento de productividad de tales empresas sino a la explotación de las innovaciones diversificadoras y a la limitación de la competencia que suele ocurrir entre las empresas por la índole misma de tales innovaciones. No hay aquí un fenómeno de excedente, sino una consecuencia de la difusión del fruto de la mayor productividad del sistema. Es claro que si las empresas diversificadoras acrecientan también su productividad, como sucede casi siempre, a esa ganancia proveniente de la captación de nuevas formas que demanda se agrega nuestro conocido fenómeno del excedente. Es importante, sin embargo, comprender esta diferenciación conceptual.

## 2. LAS DIFERENCIAS FUNCIONALES

¿Cómo se insertan en todo ello las diferencias de capacidad y dinamismo? Se trata de diferencias funcionales en contraste con aquellas otras estructurales. Recuérdese que, gracias a la acumulación de capital, tanto en bienes físicos como en formación humana, aumenta la productividad y el empleo, y se van desplazando hacia arriba los distintos estratos de ingresos, aunque con diferente intensidad. Pero quedan en el fondo del sistema los estratos inferiores que no se desplazan, o apenas lo hacen, por manifestarse allí principalmente los efectos de la insuficiente acumulación y el fuerte ritmo de crecimiento demográfico.

En esos desplazamientos de carácter estructural se insertan los desplazamientos de carácter funcional. Individuos surgidos en el mismo estrato se elevan con más celeridad que los otros, debido a su superior capacidad y dinamismo, o descienden de estrato por su inferioridad. Este fenómeno se

presenta tanto en la función empresarial como en la actividad de la fuerza de trabajo.

En la función empresarial ciertos individuos con el mismo poder económico que otros, influyen más que éstos sobre la productividad o la diversificación de los bienes, por su mejor aptitud para decidir y aumentar sus inversiones, su mayor destreza en combinar los medios productivos, organizar la producción, y aprovechar las oportunidades del mercado, tomar decisiones y asumir riesgos. Son los elementos dinámicos del sistema y su contribución suele ser de gran importancia dentro del ámbito limitado del desarrollo.

Lo mismo cabe decir del poder social de una parte limitada de la fuerza de trabajo. Individuos con las mismas posibilidades de formación que otros mejoran más rápidamente por su capacidad y dinamismo. Y aquellos que no han tenido estas posibilidades se destacan por su mayor eficacia productiva en virtud de sus condiciones personales y la experiencia que adquieren en el curso de su trabajo. Pero al llegar arriba les ocurre algo parecido a lo que sucede con quienes se destacan en el campo empresarial, pues al subir van mejorando su aptitud para compartir el fruto del avance de la técnica y van insertándose en los privilegios del sistema, entre ellos, el poder social. Ocurre pues un fenómeno muy importante de movilidad social que permite a ciertos individuos superar las relaciones de poder que resultan de la estructura social, cualquiera que fuere el lugar originario. Cuando esto ocurre, sin embargo, terminan por insertarse en los privilegios del sistema, contribuyendo a las consecuencias excluyentes y conflictivas que lo caracterizan, y no obstante su aportación positiva al desarrollo.

Las teorías neoclásicas atribuyen a estas diferencias funcionales la explicación fundamental de las disparidades de ingresos. De acuerdo con ellas, cuando rige la libre competencia, tanto en los empresarios como en la fuerza de trabajo, las consecuencias del incremento de productividad tienden a propagarse a todo el sistema; si no ocurre así, lo atribuyen a las imperfecciones del mercado, a intervenciones perturbadoras del Estado, entre ellas la protección aduanera y los subsidios, así como a la violación de las leyes del mercado por el poder sindical y político de la fuerza de trabajo. En consecuencia, para los economistas neoclásicos, si no fuera así el sistema tendería a alcanzar posiciones de equilibrio en que la remuneración de todos los factores se ajustaría a su aportación al proceso productivo, salvo el caso de la renta del suelo.<sup>1</sup>

Construcción que, por muy armoniosa y seductora que fuere, ignora com-

<sup>1</sup> Véase la crítica a las teorías neoclásicas en la Sexta Parte de este libro.

pletamente la realidad de la estructura social y las relaciones de poder. Son precisamente estos fenómenos estructurales los que impiden explicar la distribución y el desarrollo con una simple teoría económica.

Una teoría simplemente económica no nos permite explicar las tendencias excluyentes y conflictivas del capitalismo periférico, tendencias que conducen tarde o temprano a la crisis del sistema.

### 3. SIGNIFICACIÓN DE LA HIPERTROFIA DEL ESTADO

Las teorías neoclásicas postulan al Estado prescindente. Compréndese pues el ardor con que sus adeptos censuran la hipertrofia del Estado, no sólo por esas intervenciones arbitrarias en la actividad económica, sino por los recursos que substraen a la acumulación de capital. La insistencia que ha tomado este argumento en los últimos tiempos en nombre del liberalismo económico, justifica detenerse un momento para exponer nuestro punto de vista.

Bien sabemos que el poder político de la fuerza de trabajo, además de su poder sindical, trata de corregir en parte las fallas absorbentes y distributivas del sistema mediante el desenvolvimiento de los servicios sociales. Y que también se acude al poder político para acrecentar los ingresos y el empleo más allá de lo que exigirían los servicios del Estado si respondieran a consideraciones estrictas de economicidad. Esto concierne tanto a los servicios del Estado propiamente dichos como a las empresas públicas. En fin de cuentas, trátase de formas políticas de participar en el fruto de la productividad del sistema para lograr lo que las leyes del mercado no permiten conseguir espontáneamente.

La empresa pública constituye un caso especial que, por su gran significación, no podríamos omitir en este examen. Además de las razones ideológicas que en algunos casos promueven su creación, se ha impuesto frecuentemente como alternativa a la empresa transnacional, o como medio para contrarrestar el poder económico y político de los estratos superiores. Pero al mismo tiempo, y aun cuando ello no hubiera sido inicialmente un objetivo primordial, no podría negarse que ha representado a menudo la vía política para participar en el excedente que se genera en la empresa, y que se dedica en parte a elevar las remuneraciones y facilitar el acceso del personal superior a la sociedad privilegiada de consumo. Pero también suele disiparse el excedente propio en aquella absorción espuria de fuerza de trabajo, cuando ello no se hace a expensas del excedente del resto de la

economía. Fenómeno, éste, que se agrava por otras formas de mal funcionamiento de las empresas.

No se interpreta correctamente la índole de los fenómenos reales cuando se critican aisladamente estos factores de expansión del Estado, sin reconocer que ello es consecuencia en gran parte de la ineficiencia social del sistema.

No cabe duda que los recursos cuantiosos que se desvían en esta forma podrían dedicarse a acrecentar la acumulación y contribuir a la progresiva corrección de las fallas del sistema.

Si admitimos por un momento que así suceda, habría que preguntar si la menor presión sobre el excedente y los ingresos de los grupos sociales favorecidos, les llevaría a acrecentar la acumulación o a dar más impulso a la sociedad privilegiada de consumo.

Olvidase, por lo demás, el desperdicio del potencial de acumulación que ocurre en esta última, así como el que acontece por la succión exagerada de ingresos periféricos en las relaciones de poder con los centros. Mal podríamos singularizarnos con el Estado desconociendo estas otras fallas fundamentales. Todas ellas contribuyen a la insuficiente acumulación de capital en desmedro de la integración social de los estratos inferiores: flagrante manifestación de la desigualdad fundamental del sistema.

Además del papel que desempeña el Estado en cuanto a empleo y a los servicios sociales, su crecimiento se explica también por las mismas exigencias del desarrollo. Responde a la complejidad creciente de este último y al hecho de que en las actividades del Estado se manifiesta asimismo la influencia de las técnicas de diversificación, como sucede en la órbita del mercado. Sólo que en ésta prevalecen consideraciones de economicidad que no tienen el mismo rigor en la órbita del Estado. En verdad, el Estado responde a su propia dinámica, en donde se combinan el poder burocrático y el poder político y también el poder militar, así como la utilización de medios técnicos cada vez más complejos y costosos.

En esta dinámica propia el poder burocrático tiende, además, a multiplicar las intervenciones y reglamentaciones, sobre todo cuando la vulnerabilidad exterior o la inflación trastornan el sistema.

Es muy complejo, en verdad, el aparato del Estado y no cabría examinarlo en profundidad en este trabajo. Sin embargo, conviene mencionar la influencia de diversos grupos de poder económico, social y político para difundir y promover sus intereses valiéndose del aparato del Estado.

Todas estas consideraciones explican la tendencia a la hipertrofia del Estado que se manifiesta frecuentemente en fenómenos de verdadera obesidad, una obesidad que gravita pesadamente sobre la eficacia de aquél en

menoscabo de sus funciones reguladoras. Punto éste de gran importancia en la teoría de la transformación.

Por supuesto que estoy muy lejos del concepto del Estado prescindente. Creo que el Estado periférico, a pesar de aquellas serias deformaciones, ha contribuido en diferentes maneras al aumento de la productividad, tanto más cuanto mayor es la eficacia de sus servicios sociales, sin desconocer la importancia de los otros.

También es ambivalente el Estado como la misma técnica. Ésta tiende a aumentar incesantemente la productividad, pero trae consigo el deterioro del medio ambiente y la dilapidación de recursos naturales agotables. El Estado contribuye también indirectamente al aumento de productividad, pero al mismo tiempo desperdicia una parte del potencial de acumulación proveniente del aumento de productividad de las empresas. Pero no se puede prescindir ni de la técnica ni del Estado. Hay que exaltar su papel positivo y evitar en lo posible sus consecuencias negativas. Se trata fundamentalmente de un problema de racionalidad.

Antes de terminar esta parte y a manera de preparación de la que viene en seguida, conviene subrayar un fenómeno que permitirá comprender cabalmente la tendencia a la crisis del sistema. No cabe duda que la hipertrofia del Estado es factor importante en esta crisis, cuando los impuestos de aquél recaen sobre los ingresos de la fuerza de trabajo o el precio de sus consumos, como sucede generalmente; si la fuerza de trabajo tiene suficiente poder espontáneo o poder político, pugna por resarcirse de ello mediante el aumento de sus remuneraciones, con la consiguiente elevación de los costos. Y en esta forma suele atribuírsele la responsabilidad de provocar la crisis del sistema sin tener en cuenta la responsabilidad que corresponde al Estado y que suele ser considerable.

Anótese finalmente que cuando el Estado acude a impuestos que gravan directamente el excedente, sin que ellos recaigan sobre los costos, esos impuestos tienen también efectos que impulsan en una u otra forma la tendencia hacia la crisis. Como quiera que fuere, se trata de fenómenos en que se manifiesta la ausencia de un principio regulador en el juego de las relaciones de poder.

#### 4. EL SISTEMA Y LA CORRUPCIÓN

Finalmente conviene mencionar otro aspecto de la distribución: las desigualdades al margen de la ley. La corrupción es un fenómeno que trasciende

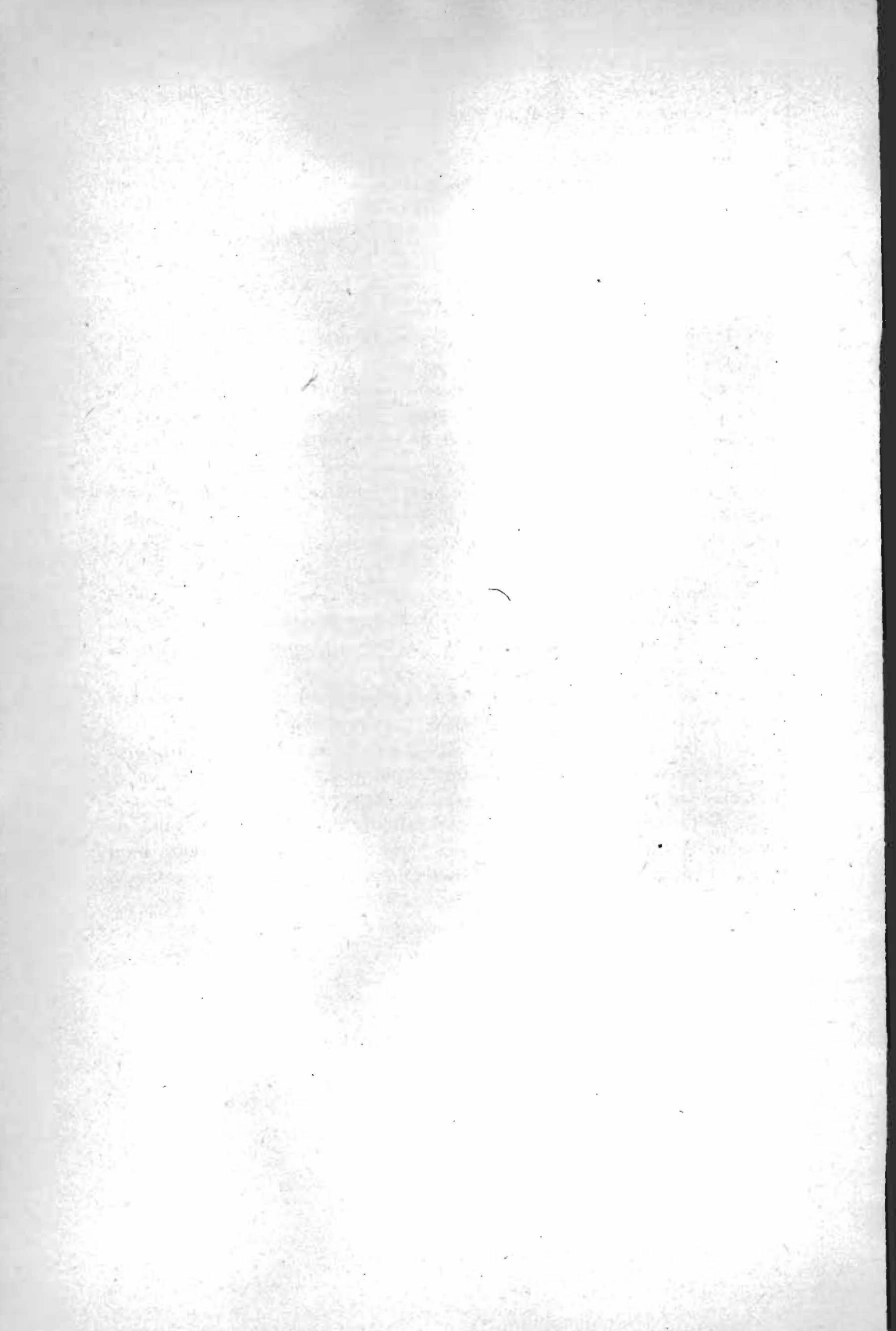
los sistemas y que no podría explicarse solamente por un análisis como el que venimos realizando. Hay factores psicológicos más profundos. Pero no cabe duda que la forma de funcionamiento del capitalismo periférico contribuye a agravarlos, a veces de un modo muy intenso, perturbador y notorio.

Este fenómeno se manifiesta sobre todo en las relaciones del aparato político y administrativo del Estado con la economía privada, si bien aparece también en el seno de esta última. El espectáculo de la sociedad privilegiada de consumo y la imagen del poder financiero suelen seducir a quienes en la órbita del Estado tienen que tomar decisiones que favorecen en una u otra forma a individuos o grupos de individuos, ya se trate de protección o subsidios, de contratos o de reglamentaciones que traban el desenvolvimiento de los negocios. Estas y otras formas de colusión proliferan frente a las grandes disparidades sociales. Proliferan además en el curso de la inflación y cuando se acelera el desarrollo y amplía la desigualdad, sea por factores internos o por el derrame de abundantes recursos del exterior.

En el otro extremo, la corrupción responde a un fenómeno de inequidad social. Tal es el caso típico de quienes se encuentran abajo y mal remunerados en el aparato del Estado o en la actividad privada y tratan de mejorar en esta forma sus precarios ingresos.

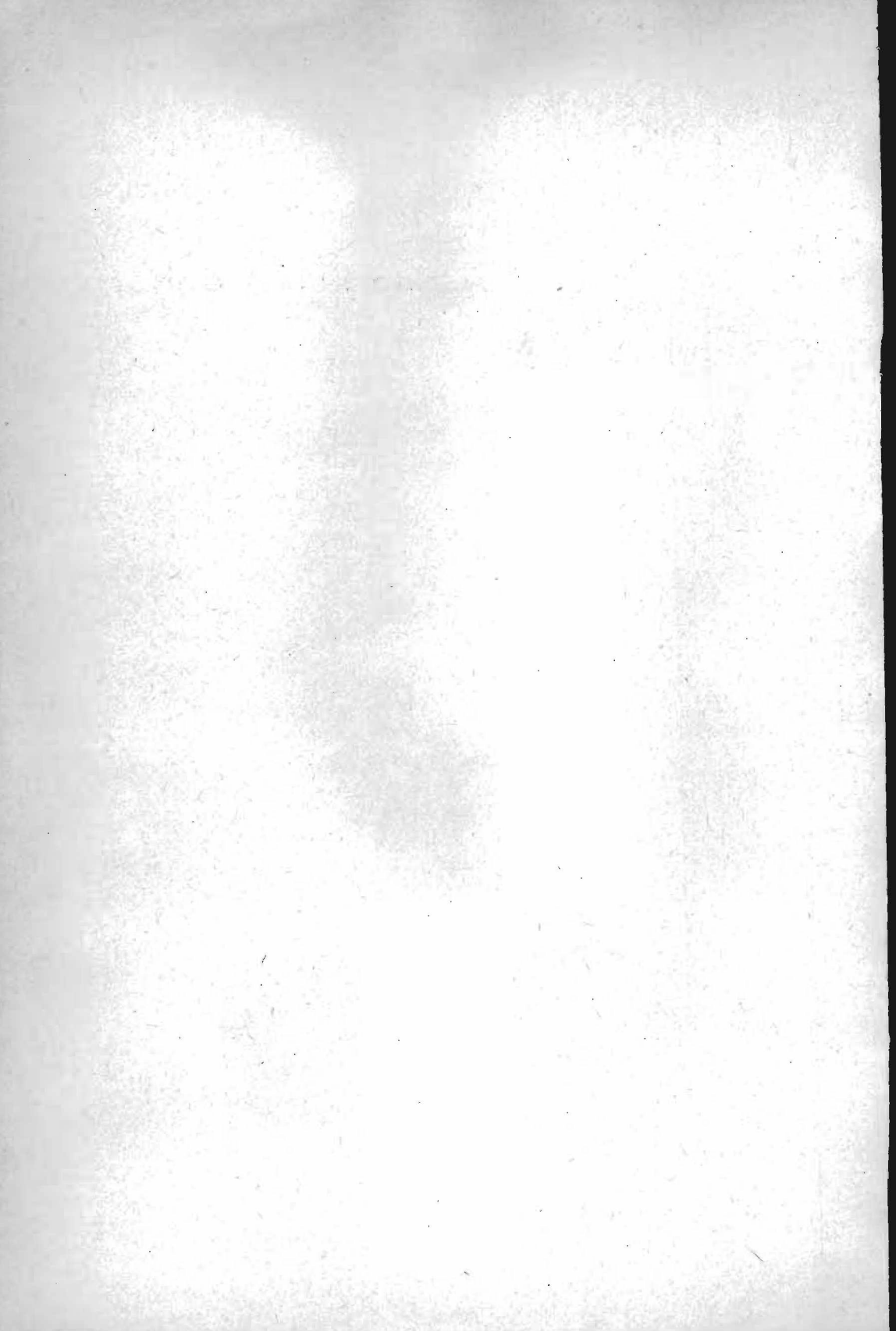
Cuando en los niveles superiores del Estado se desenvuelven notoriamente aquellas formas de colusión no tardan en propagarse hacia abajo.

La ética del sistema es indivisible. Las grandes fallas de ética distributiva que caracterizan al capitalismo periférico, por más que se asienten en la legitimidad formal, terminan por engendrar otras irregularidades al margen de esa legitimidad, las cuales una vez introducidas son muy difíciles de desarraigar. Lo primero es de suyo muy serio. Y cuando se propagan estas últimas, contribuyen a socavar las bases mismas del sistema y su cohesión moral.



*Tercera Parte*

La apropiación, redistribución y crisis  
del sistema



Nos HEMOS referido en otro lugar al origen estructural del excedente, pero sin haber explicado cuál es el mecanismo que permite a los propietarios de los medios productivos apropiarse de él y acrecentarlo gracias a sucesivos incrementos de productividad. Trataremos de hacerlo ahora.

Este es un mecanismo de la mayor importancia en el capitalismo periférico. Responde sobre todo a los intereses dominantes de los estratos superiores, a la concentración de su poder económico y social y su considerable gravitación política.

Trátase de un mecanismo que se basa en una gran desigualdad social y permite el funcionamiento regular del sistema mientras rijan plenamente las leyes del mercado.

¿En qué consiste ese mecanismo? Corresponde a la dinámica del proceso productivo. Adelanto aquí el sentido de mi explicación. En esa dinámica, la producción de bienes finales se desenvuelve con más celeridad que la ocupación de donde procede y que los correspondientes ingresos, gracias a una creciente productividad. En consecuencia, si la demanda de tales bienes proviniera de estos ingresos, bajarían los precios en la medida en que aumentara la productividad. Sin embargo, la demanda no resulta de tales ingresos pagados anteriormente en el curso de la producción de tales bienes, sino de los ingresos mayores emergentes de la producción en proceso de una cuantía más grande de bienes que saldrán después al mercado. Así pues, la demanda proveniente de esos mayores ingresos impide el descenso de los precios.

Ahora bien, para pagar los ingresos que surgen en el curso de la producción en proceso las empresas acuden a la creación de dinero por el sistema bancario. Esta creación es inherente al proceso productivo. No podría considerársela en forma aislada sin sacrificar irremisiblemente la interpretación de la dinámica del desarrollo.

No basta pues demostrar la índole estructural del excedente. Hay que saber también por qué no tiende a desaparecer por la competencia como lo suponen los economistas neoclásicos. Atribuyen, en efecto, la perduración de la ganancia a las combinaciones empresariales que restringen o eliminan la competencia y a otras imperfecciones del mercado, como suelen decir.

Sostengo, por el contrario, que el excedente tiende a crecer continuamente a través de sus fluctuaciones, aun en un estado de competencia irrestricta e ilimitada.

Esta conclusión reviste a mi juicio una importancia primordial. Porque el crecimiento continuo del excedente es una exigencia dinámica esencial del sistema y de este crecimiento depende fundamentalmente la acumulación de capital y también el desenvolvimiento de la sociedad privilegiada de consumo.

Justifícase pues dedicar un primer capítulo a la explicación del

mecanismo de apropiación. Explicación un tanto tediosa, si se quiere, pero sin la cual no sabría comprenderse la índole del capitalismo periférico. Advierto a tiempo que al limitar el ámbito de mi interpretación no quiero decir que en los centros no se presenten fenómenos similares. Pero insisto en que me abstengo de penetrar en ellos sino en cuanto fuere necesario para comprender la periferia.

Corresponde a la autoridad monetaria regular la creación del dinero requerido por la dinámica del proceso productivo. Se vale para ello de ciertas reglas de juego tradicionales. Enseñan estas reglas cómo evitar que la creación de dinero se vuelva inflacionaria o deflacionaria. Pero hay una condición esencial: estas reglas sólo pueden aplicarse en plena vigencia de las leyes del mercado. Cuando se fortalece el poder sindical y político de la fuerza de trabajo y se contraponen a ellas va perdiendo cada vez más eficacia la autoridad monetaria. Tal sucede cuando se desenvuelve sin trabas el proceso de democratización en el curso avanzado de las mutaciones estructurales. Sobreviene así un nuevo tipo de inflación, de una inflación social que se combina frecuentemente con la inflación de tipo tradicional.

La autoridad monetaria termina entonces por volverse impotente. Y en su empeño de combatir la inflación social, a la luz de principios ortodoxos, provoca el receso o la contracción de la economía sin detener la espiral inflacionaria. Éste y otros aspectos se examinarán en el segundo capítulo.

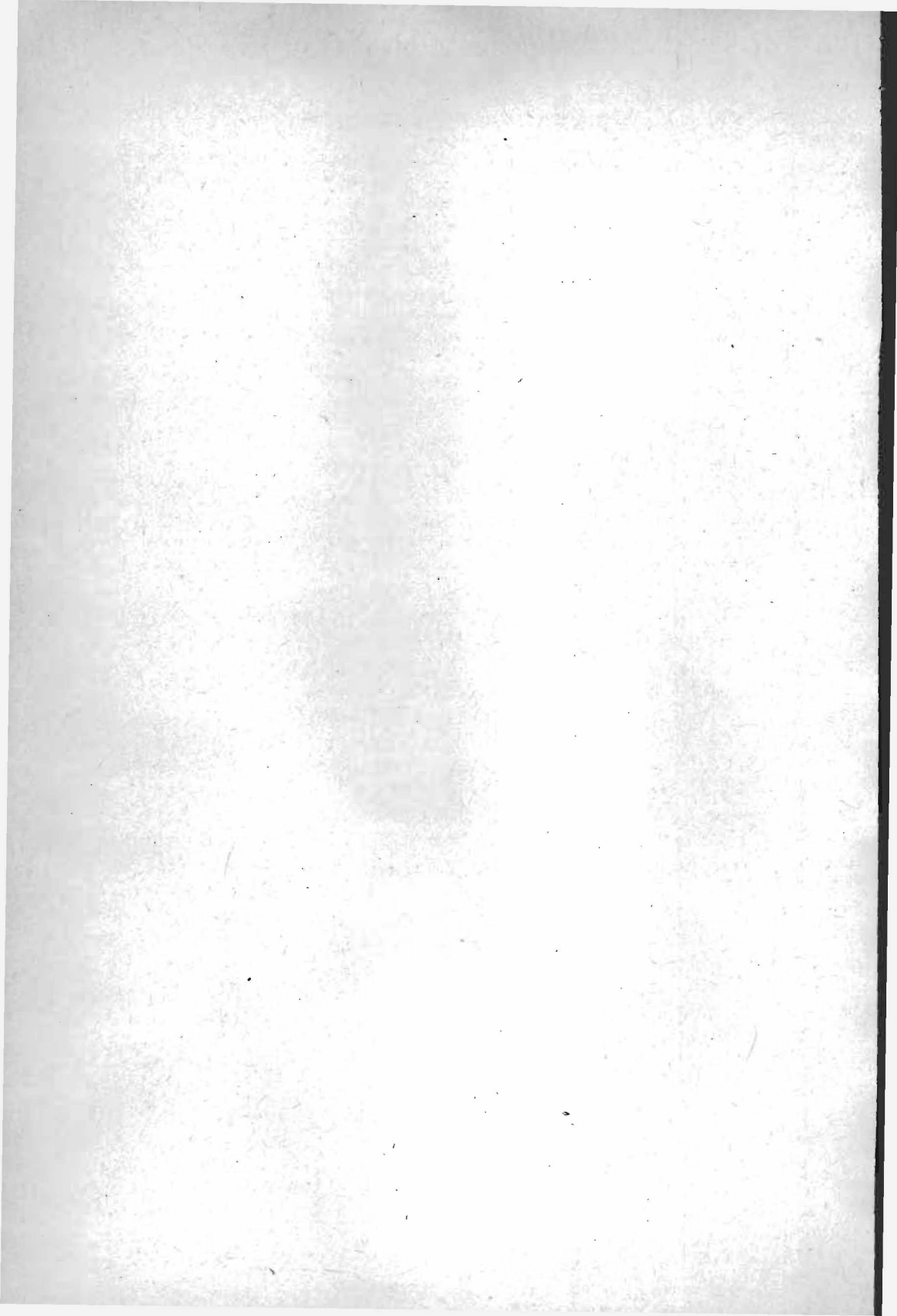
La coexistencia de la espiral y el receso o contracción es un fenómeno que intriga y desconcierta a quienes siguen prescindiendo en sus teorías de la estructura social y sus mutaciones. No podríamos comprenderlo sin examinar previamente, en el primer capítulo, la creación monetaria inherente a la dinámica del proceso productivo.

También trataremos de dilucidar en el segundo capítulo otro fenómeno de apariencia paradójica. La creación de dinero obedece también con frecuencia al déficit fiscal. Suele suponerse que para contrarrestar sus efectos inflacionarios es necesario restringir el crédito a la actividad productiva, pues hay plétora de dinero a raíz de ese déficit. Si se comprendiera la índole del mecanismo de apropiación del excedente y las exigencias del proceso productivo se verían las consecuencias contraproducentes de esa política restrictiva, tanto más serias cuanto más se hubiera fortalecido el poder redistributivo.

La impotencia de la autoridad monetaria lleva a una grave regresión del sistema. Dado que el proceso de democratización no se concilia a la larga con la exigencia dinámica de acrecentar continuamente el excedente, los intereses dominantes acuden a manipular el proceso apoyándose sobre la represión del Estado o favoreciendo el empleo directo de la fuerza para doblegar el poder político y sindical. Se restablece así la dinámica del excedente aun cuando no se sofoque necesariamente la inflación. Todo ello con un ingente costo político y social. Ésta será la materia del tercer capítulo.

Tal es la tesis fundamental de estas páginas. La inflación social se ha vuelto intratable en el régimen vigente de acumulación y distribución basado en el excedente y en el juego de relaciones de poder que dimanar de una cambiante estructura social. Es una tesis relativa al capitalismo periférico y concierne a su especificidad. Pero acaso pueda ayudar a interpretar aspectos importantes de la inflación de los centros. Nos corresponde en la América Latina el mérito muy discutible de ser los precursores de este nuevo tipo de inflación, a la que no estarían ajenos los centros, por más que haya en ellos otros factores de considerable significación.

Finalmente, en un cuarto capítulo volveremos sobre la ortodoxia monetaria y el papel que le correspondería en una transformación del sistema.



# I. RETENCIÓN, ACRECENTAMIENTO Y CIRCULACIÓN DEL EXCEDENTE

## 1. EL PROCESO PRODUCTIVO

LA DINÁMICA del sistema se basa en el excedente y su aumento incesante. De ello depende la acumulación de capital de donde surge una productividad cada vez mayor que, a su vez, permite acrecentar la acumulación con nuevos incrementos de productividad. Y así sucesivamente.

El excedente representa aquella parte de los incrementos de productividad que, al no transferirse a la gran masa de la fuerza de trabajo, debido a la heterogeneidad de la estructura social, se apropia principalmente por los estratos superiores de aquélla, quienes concentran la mayor parte de los medios productivos.

Explicaremos ahora el mecanismo por el cual se apropia el excedente, se retiene por aquellos estratos y se acrecienta, esto es, el mecanismo que se opone a que el aumento de productividad se difunda socialmente por la baja de precios. La apropiación por las empresas en forma de excedente del incremento de productividad que no se transfiere a la fuerza de trabajo es un fenómeno esencialmente dinámico que se combina con la índole estructural del excedente.

Conviene partir de una consideración muy simple. Si la demanda global de los bienes finales que afloran al mercado en cierto período proviniera de los ingresos pagados anteriormente a la fuerza de trabajo para obtenerlos, dicha demanda sería insuficiente para absorber la oferta acrecentada por el incremento de productividad. En consecuencia descenderían los precios y se disiparía el excedente.

¿Qué es entonces lo que impide este fenómeno? Pues, sencillamente, que los ingresos de donde surge la demanda de una determinada cuantía de bienes finales no son los mismos que se han pagado para obtenerlos, sino que proviene de nuevos ingresos que se pagan para obtener mayores bienes finales después de cierto tiempo. Por eso decíamos que se trata de un fenómeno esencialmente dinámico, el cual no se daría si la producción fuera estacionaria.

Entendemos por proceso productivo la serie de operaciones que se desenvuelven desde el producto primario hasta los bienes finales, pasando por sucesivas etapas en el curso del tiempo.

Para obtener una cuantía futura de bienes finales es indispensable iniciar anticipadamente su proceso productivo pagando los correspondientes ingresos a la fuerza de trabajo. Ahora bien, en el curso creciente de la producción esos ingresos son superiores a los que las empresas pagaron anteriormente en las diferentes etapas de producción de los bienes finales que se ofrecen en el mercado en un determinado período. De estos ingresos superiores surge la mayor demanda global que permite absorber la oferta global de bienes finales proveniente del aumento de ocupación y el incremento de productividad. Sin estos ingresos crecientes que surgen de la producción en proceso destinada a obtener bienes futuros, la demanda sería insuficiente para absorber la oferta presente y el incremento de productividad se traduciría en un descenso de los precios y se desvanecería el excedente.<sup>1</sup>

Dicho en otra forma, si nos detenemos en un periodo determinado encontraremos un proceso que termina en el mismo periodo con una oferta de bienes finales, mientras otro proceso comienza y los demás se encuentran en curso e irán terminando en periodos futuros. En el movimiento ascendente de la producción, en cada uno de estos diferentes periodos hay más ocupación e ingresos que en las correspondientes etapas del proceso que termina en dicho periodo. En consecuencia se genera mayor demanda que la que correspondería a los ingresos contenidos, por decirlo así, en los bienes finales que afloran en el período en cuestión.

Tal es la dinámica del proceso productivo. En resumen gracias al incremento de productividad, los bienes finales que salen al mercado crecen más que la ocupación de la fuerza de trabajo empleada en su proceso productivo y los ingresos respectivos. Y si tales bienes pueden absorberse sin descenso de precios, se debe a la mayor ocupación y los mayores ingresos correspondientes al proceso productivo de una creciente cuantía de bienes futuros.<sup>2</sup>

Quizás lo que acaba de explicarse sería mejor comprendido si, a riesgo de algunas repeticiones, recordáramos aquella vieja Ley de Juan Bautista Say, según la cual la oferta creaba su propia demanda; o sea que los ingresos generados en la producción se transformaban en demanda de los

<sup>1</sup> Armando Di Filippo, en un penetrante comentario de una versión anterior de estas ideas, sostiene que sin estas explicaciones acerca de la demanda no podría darse la realización de la plusvalía en Marx. (Véanse en el Apéndice 1 las explicaciones pertinentes de A. Di Filippo.)

<sup>2</sup> En el Apéndice 2 de este capítulo se presenta una explicación gráfica del excedente.

bienes producidos. Se trata de un caso típico de razonamiento estático, como suele ocurrir en los razonamientos neoclásicos.

En la dinámica del desarrollo los ingresos crecientes generados en la producción de los bienes finales que en un momento dado se ofrecen no crean la demanda presente de dichos bienes, sino que han creado la demanda de bienes finales que han aparecido antes en el mercado. Esto concierne al tiempo que dura el proceso productivo. En efecto, la oferta de hoy de bienes finales no genera la demanda de estos bienes; ha generado demanda anticipadamente, demanda que no se refiere a los bienes de hoy, sino a los de ayer, para decirlo en forma esquemática.

Continuemos nuestro razonamiento. Podría interpretarse que el excedente se presenta en el momento en el cual se venden los bienes finales. Esto sucedería si una sola empresa abarcara las diferentes etapas del proceso productivo. Pero no es así en realidad. Se trata de diferentes empresas en las etapas sucesivas del proceso productivo. Y la creciente demanda de bienes finales en la última etapa del proceso se propaga a las etapas precedentes de una nueva producción en proceso hasta llegar a la etapa primaria. En esta forma se estimula el crecimiento de la producción en anticipación a una demanda futura que ha de seguir elevándose. De esta manera, las empresas de cada etapa aumentan su demanda de bienes en proceso de la etapa precedente. Y gracias a esta mayor demanda, se absorbe la producción de las diferentes etapas, junto con el aumento de productividad que en ellas ha ocurrido, que se transforma en excedente. Se trata pues de un fraccionamiento del excedente. Y los excedentes parciales se agregan a los ingresos que en cada etapa se pagan a la fuerza de trabajo. Son los dos elementos de la demanda global.

## 2. LA EXPANSIÓN MONETARIA INHERENTE AL PROCESO PRODUCTIVO

¿Con qué se pagan los ingresos en que se traduce el aumento de la demanda a que nos venimos refiriendo? Aquí encontramos el ingrediente monetario de nuestra explicación.

Trátase de un aspecto que suele omitirse en las teorías convencionales, como si la creación de dinero pudiera aislarse del proceso productivo.

Por el contrario, el fenómeno de esta índole es inherente al acrecentamiento de la producción.

Hasta este momento, nos hemos limitado a decir que el crecimiento de la demanda generada por los ingresos que se pagan en el curso de la pro-

ducción en proceso permitía absorber los bienes finales. Pero el fenómeno es más complejo, y pasamos a explicarlo.

Las empresas acuden a la expansión monetaria para pagar tales ingresos, incluidos tanto la remuneración empresarial como los excedentes parciales que van surgiendo en las distintas etapas del proceso. Se trata de una operación que cabe dentro de los principios ortodoxos del sistema y de acuerdo con ciertas reglas en que tales principios se traducen.

Esa expansión monetaria acompaña pues a la demanda, y ésta tiene que ser por lo menos suficiente para absorber los bienes finales sin descenso de los precios. Pero no toda esta demanda se dirige inmediatamente a estos últimos. Una parte se orienta en efecto a los servicios, tanto personales como del Estado. El dinero correspondiente circula así en esta esfera y va retornando gradualmente a la esfera de los bienes finales.

De esta manera las empresas recuperan el dinero con el cual habían pagado los diferentes ingresos ya mencionados en el curso de su producción. Y como estos ingresos son superiores a los contenidos en los bienes que terminan en el mismo período, en virtud del incremento de productividad, la diferencia vuelve a las empresas en forma de un correspondiente incremento del excedente.<sup>3</sup>

El excedente que así se va formando y acrecentando no se evapora, pues, por el descenso de los precios, sino que se transforma a su vez en demanda de bienes y servicios; y circula tanto en la esfera de unos y otros, así como los ingresos pagados a la fuerza de trabajo y los ingresos correspondientes a la remuneración empresarial.

### *Capital circulante y masa monetaria*

A medida que acontecen estos fenómenos crece la masa monetaria en circulación. Su cuantía, en cuanto se refiere al fenómeno que examinamos, corresponde a las remuneraciones que pagan las empresas en el curso de la producción en proceso y a los excedentes parciales que anticipan en las distintas etapas. Esta masa monetaria es la contrapartida de la masa de bienes en proceso, o sea el capital circulante de las empresas.

Cuanto más larga es la duración del proceso productivo y más fuerte el ritmo de crecimiento de la producción en proceso, tanto mayor resulta la exigencia de capital circulante y de aumento de la masa monetaria.

<sup>3</sup> No consideramos aquí los aumentos de remuneraciones para no complicar nuestra explicación. Lo haremos en el capítulo siguiente.

Al capital circulante se agregan continuamente, por un lado, nuevos incrementos y, por otro, se sustraen los bienes finales que salen al mercado. Y a la masa circulatoria se agregan nuevos incrementos de dinero exigidos por el crecimiento de la producción en proceso y se sustrae el dinero que vuelve a las empresas en la adquisición de bienes finales.<sup>4</sup>

Toda acumulación de capital, sea fijo o circulante, exige una cantidad equivalente de ahorro, o sea el acto por el cual se deja de consumir una parte del ingreso que se dedica a la acumulación.

Pues bien: ¿Dónde está el ahorro requerido por el capital circulante? Está precisamente en los ingresos que se desvían hacia la demanda de servicios y que dejan momentáneamente de adquirir bienes, como acaba de explicarse.

Conviene aclarar que, por importantes que sean en esta esfera de los servicios las necesidades de inversión en bienes físicos y en formación técnica y profesional, en ellas no se requiere capital circulante comparable al que necesita el proceso productivo de bienes. En otras palabras, mientras la expansión monetaria es inherente a este proceso productivo, no sucede lo mismo en la órbita de servicios: no hay servicios cuyo proceso pueda compararse en duración al proceso productivo.

Hay otro fenómeno de desviación de la demanda, pero dentro del propio proceso productivo de bienes. Es de orden espacial. Me refiero a los bienes que tienen que importarse, cualquiera que sea su grado de elaboración. Parte de la expansión monetaria se dedica a realizar esas importaciones de bienes, con lo cual los países de donde proceden recuperan los ingresos pagados en su propio proceso productivo, más el excedente que les corresponde, en tanto que los países importadores alivian su presión monetaria. Por otro lado, la expansión monetaria se acrecienta con las exportaciones.

En conclusión, para comprender estos fenómenos hay que introducir los conceptos de tiempo y espacio; a saber, el tiempo que dura el proceso productivo y el espacio en que circulan los ingresos que allí se generan, antes de traducirse en demanda de los bienes que surgen de tal proceso.

<sup>4</sup> La relación entre el capital circulante y la masa monetaria en circulación tiene gran importancia coyuntural. Cuando ocurre un receso o una contracción, y se debilita el crecimiento de la producción en proceso, el dinero que sale de la masa monetaria supera al que entra, y al dedicarse a adquirir bienes van disminuyendo las existencias que el receso o la contracción han dejado sin vender. Conforme disminuyen en esta forma los inventarios, se va preparando espontáneamente la recuperación, pues llega un momento en que, animadas las empresas por este hecho, emprenden un nuevo acrecentamiento de la producción en proceso. Véase además, en el Apéndice 3 la nota sobre el *Ciclo y el excedente*.

*El papel de la autoridad monetaria*

Corresponde entonces preguntarse: ¿Qué es lo que asegura la correspondencia entre demanda y oferta de bienes finales? No existe, por cierto, ningún mecanismo de ajuste exacto. Se trata más bien de tanteos en los cuales la autoridad monetaria demuestra su aptitud reguladora en el juego espontáneo de las leyes del mercado, esto es, cuando el poder sindical y político de los estratos desfavorecidos no se contraponen al poder económico y social de los estratos favorecidos en la distribución del ingreso.

La autoridad monetaria se guía por síntomas internos y externos. Si la demanda global resulta inferior a la oferta global, la retención de bienes finales y su proceso en las existencias y el aflojamiento de los precios lleva a aquella a alentar la expansión del dinero y generar un aumento correspondiente de la demanda, ya sea estimulando el ritmo de incremento de la producción en proceso, expandiendo el crédito para inversiones de capital fijo o acudiendo a otras formas de política expansiva. Y si la demanda resulta excesiva y los precios tienden a subir, con el consiguiente déficit exterior, la autoridad monetaria aplica un freno a la expansión.

Estos movimientos de precios internos se relacionan a los precios internacionales. Si éstos suben inflacionariamente, como sucede ahora, se ofrece un margen mayor al crecimiento del excedente interno, margen que ya no se debe a incrementos de productividad.

### 3. LAS LIMITACIONES DE LA COMPETENCIA

En mis discusiones académicas, cuando explico la apropiación del excedente, suele aducirse que si los precios no descienden, se debe a la intervención de combinaciones monopólicas u oligopólicas que restringen la competencia, al abrigo de la protección aduanera, de patentes o licencias u otras prácticas limitativas de aquélla.

Estas prácticas son frecuentes. Y si en los bienes a que ellas se refieren los precios resultan mayores a los que de otro modo ocurriría la demanda que a tales bienes se dedica se haría en detrimento del resto de bienes. Y al suceder así, se debilitaría en ellos la demanda necesaria para que sus precios no desciendan conforme al aumento de productividad. En consecuencia, las limitaciones de la competencia en algunos bienes tenderían a bajar los precios de los otros bienes. Todo lo contrario de aquella afirmación. Para evitar el descenso se necesita una mayor creación de dinero.

Hay algo más que decir acerca de este aspecto. En el curso de la incesante diversificación productiva, nuevos bienes o nuevas formas de bienes que surgen de las innovaciones tecnológicas, atraen fuertemente la demanda. Las patentes o licencias hacen posible limitar la oferta y dan ganancias relativamente cuantiosas a las empresas. Como se explicará en otro lugar, trátase de ganancias diferentes de las que forman el excedente pues no provienen del aumento de productividad de los bienes respectivos sino del resto de los bienes. Tales ganancias se explican por la atracción creciente de la demanda hacia tales bienes diversificados y a la limitación de su oferta; si bien pueden añadirse a esas ganancias aumentos de productividad en las mismas empresas.

Ahora bien, la expectativa de nuevas ganancias provocada por el desplazamiento de la demanda y la limitación de la oferta se transmite también hacia atrás en el proceso productivo y en sus distintas etapas y, de este modo, tales ganancias se anticipan, lo mismo que en el caso del excedente. Y para que ello pueda realizarse se necesita también una mayor creación de dinero en la producción en proceso, que se añade a la demanda y la fortalece.

De esta manera, el crecimiento de la demanda no sólo hace posible absorber el incremento de productividad, como se ha explicado más arriba, sino también el aumento de los bienes que se diversifican y cuyo valor se abulta por la ganancia en esas etapas de su proceso productivo.

Es importante hacer una distinción conceptual entre la ganancia correspondiente al incremento de productividad y que va formando el excedente global, y esas ganancias derivadas de la diversificación de la producción. El excedente, en efecto, se incorpora a la demanda global, se acrecienta y circula continuamente. Es tanto que esa ganancia constituye un fenómeno transitorio. En efecto, cuando se divulgan los procedimientos de fabricación y se presentan continuamente en el mercado nuevos bienes, o nuevas formas de bienes, debido al proceso de diversificación, tales ganancias se van reduciendo por el desplazamiento de la demanda a estos últimos.

#### *Fenómenos parciales y globales*

Hay que hacer una distinción entre el examen de los fenómenos parciales que acontecen en el desenvolvimiento de las empresas tomadas aisladamente y los fenómenos globales a que nos hemos referido en este capítulo.

Así, cuando una empresa aislada acrecienta su producción en proceso y

los ingresos pagados a la fuerza de trabajo, la demanda proveniente de esos mayores ingresos se esparce en todo el ámbito de la economía y no influyen perceptiblemente sobre los precios del bien final en cuestión.

Pero cuando el acrecentamiento de la producción es general, como ocurre en la dinámica del desarrollo, la demanda proveniente de la serie de incrementos de ingresos pagados a la fuerza de trabajo en el curso de la producción en proceso, contrarresta la tendencia a la disminución general de los precios en virtud del descenso de los costos, y se genera un excedente que tiende a retenerse y circular, según se ha explicado. Ignorar este fenómeno de carácter global representa, pues, una falla muy seria en el razonamiento, falla que acaso haya impedido penetrar en los fenómenos que estamos explicando.

#### *El excedente y la renta del suelo*

Si bien el excedente circula y se desplaza en la dinámica del sistema, hay un caso muy importante, donde el excedente no se desplaza, sino que tiende a radicarse y cristalizarse en el valor de la tierra, por decirlo así. La tierra es un medio productivo de limitada disponibilidad en el cual aparece el fenómeno característico de la renta, así rural como urbana. El aumento de la demanda, proveniente en última instancia del aumento de productividad y del crecimiento de la población, se dirige en parte hacia los productos de la tierra y eleva su renta, fenómeno por demás conocido sobre el cual sería ocioso explayarse. Hay que subrayar, sin embargo, que en esta forma una parte del fruto de la mayor productividad de todo el sistema se desplaza hacia los terratenientes, por el solo hecho de tener la tierra escasa en sus manos.

Además, la renta del suelo se acrecienta cuando el progreso técnico penetra en ella misma y eleva allí su productividad. Si la demanda de los bienes respectivos es intensa, este aumento de productividad genera excedente, y éste se traduce en una mayor renta del suelo. En cambio, cuando la tierra es abundante y la demanda crece en forma relativamente lenta, ese aumento de productividad tiende a transferirse fuera de la agricultura mediante el descenso de los precios.

El aumento de la demanda global, la limitación de la tierra disponible y, a la vez, el fenómeno de concentración urbana, explican la elevación persistente de la renta en las ciudades. Como en el caso anterior, se desplaza también hacia la tierra urbana la demanda proveniente de la mayor

productividad en el sistema. Y la renta se acrecienta asimismo por el progreso técnico en los transportes y en la construcción.

Pero en ninguno de estos dos casos se destruye porción alguna del excedente. Tampoco aquí el excedente se evapora.

### *La apropiación histórica del fruto del progreso técnico*

El fenómeno del excedente ha impulsado al capitalismo en forma muy diferente de la que supone la teoría neoclásica; me atrevo a afirmar que el capitalismo nunca ha funcionado en los centros como supone esta teoría. No escapa pues a una constante histórica, que es la apropiación del fruto del progreso técnico bajo diferentes formas, gracias a la concentración de los medios productivos por unos pocos, en detrimento del resto de la colectividad. Antes de la revolución industrial el excedente se concretaba en la tenencia del suelo, sea por el poder económico, militar o teocrático; y, a partir de la revolución industrial, como resultado del portentoso progreso técnico, gracias al mecanismo de apropiación, se capta sobre todo por los propietarios de los medios productivos en los cuales se manifiestan las innovaciones que acrecientan de más en más la productividad.

### APÉNDICE 1

#### *La tesis del excedente y la realización de la plusvalía en Marx*

*Comentario de Armando Di Filippo*

Parecen existir en la tesis del Dr. Prebisch sobre el excedente económico implicaciones que ponen de relieve algunas insuficiencias del análisis teórico de Marx sobre la realización de la plusvalía. A un nivel más profundo estas ideas contribuyen a poner en tela de juicio la teoría del valor trabajo en cuanto a su valor explicativo con respecto al proceso de formación de los precios relativos.

Es necesario formular con claridad la interrogante principal a la cual queremos dar respuesta. Con tal objeto supongamos un sistema económico sin conexiones con el exterior compuesto socialmente por dos grandes clases: los capitalistas —propietarios de un lado, y los trabajadores que sólo

poseen su fuerza de trabajo, del otro lado. Para desarrollar el proceso productivo las empresas capitalistas utilizan el capital-dinero que controlan, propio o adquirido en préstamo, para comprarse recíprocamente medios productivos. Otra parte de ese capital-dinero emerge de la órbita empresarial y se convierte en ingresos que bajo la forma de rentas y salarios remuneran a los propietarios de tierra y a los trabajadores. Dentro de cada periodo productivo esos ingresos expresan exactamente el valor del producto social a costo de factores. Los perceptores de esos ingresos —rentistas y asalariados— utilizan el poder adquisitivo así obtenido para demandar el producto social, que es la contrapartida física del ingreso y posee el mismo valor monetario. En consecuencia, bajo las condiciones estáticas aquí expuestas la ganancia no puede lógicamente existir como magnitud macroeconómica, pues las empresas no pueden recibir en su conjunto una demanda superior al valor corriente del ingreso total que ellas mismas han puesto en circulación.

Sin embargo, en la historia del desarrollo capitalista la tasa media de ganancia asumió un valor positivo salvo en épocas depresivas del ciclo económico.

La ganancia macroeconómica definida como la diferencia entre el valor de realización del producto final y su valor a costo de factores,<sup>5</sup> es el objetivo esencial que impulsa, a nivel de las motivaciones, el proceso de acumulación, “motor” del desarrollo capitalista.

Por lo tanto si no explicamos la génesis *recurrente* de la ganancia, entendida como un *excedente* que captan las empresas capitalistas, habremos dejado sin explicar el tema medular que otorga viabilidad histórica al proceso capitalista.

Bajo condiciones de competencia perfecta, los neoclásicos concuerdan que la posición de equilibrio general corresponde a un punto en que la ganancia es cero. A nivel macroeconómico aceptan la Ley de Say de acuerdo con la cual la oferta crea su propia demanda. Lo que, expresado de otro modo, significa que el ingreso total del sistema es igual al valor del producto al costo de factores y permite adquirirlo sin carencias ni excesos de demanda efectiva.

Así, los neoclásicos “solucionan” el problema de una tasa media de ganancia igual a cero simplemente aceptando el hecho y restándole toda trascendencia teórica.

<sup>5</sup> La ganancia media por unidad de producto en un sistema económico sin gobierno ni comercio exterior, sería la diferencia entre el nivel medio de precios y de costos *unitarios* del producto final.

De este modo eliminan completamente el tema del excedente, que podría poner en tela de juicio la equidad del sistema.

Dentro de la concepción marxista de la plusvalía y de la ganancia el problema se mantiene; Marx toma conciencia de él y propone algunas soluciones que, en mi opinión, no parecen del todo satisfactorias.

Para el caso —históricamente irrelevante— de la reproducción simple, sugiere que el poder adquisitivo adicional para realizar la plusvalía —y permitir una tasa de ganancia positiva en el sistema— proviene de los propios capitalistas quienes lanzan una suma de dinero para fines de consumo que se adiciona a la utilización del capital-dinero ya considerada. Aunque éste es un caso puramente teórico cabría preguntarse a través de qué mecanismo logran los capitalistas lanzar la cantidad exacta de dinero que requieren para realizar la cuota de plusvalía. De lo contrario, la “cuota de plusvalía” expresada en unidades monetarias podría ser distinta a la cuota de plusvalía expresada en unidades de trabajo. Por ejemplo, si la demanda monetaria de los capitalistas para fines de consumo es superior al costo de los bienes que encarnan el excedente de bienes de consumo, los capitalistas captarán parte de los “bienes salarios” y apropiarán, en términos de dinero, una cuota de plusvalía superior a la que “les corresponde” en unidades de trabajo social. Esto afectará la estructura de precios relativos que dejaría de corresponderse con la estructura de “valores unitarios relativos” correspondiente a la “Ley del valor” en Marx.<sup>6</sup>

Para el caso de la reproducción ampliada —en que se incrementa la capacidad productiva del sistema y, presumiblemente, la cantidad de trabajadores ocupados— Marx se interroga sobre la *fuerza* del dinero adicional requerido para realizar esa masa creciente de excedente que generan las empresas. Explora diversas posibilidades tales como una disminución en el nivel general de precios, la compensación de pagos a través de la práctica mercantil, etc. También menciona la producción acrecentada de oro —o la importación de este metal a nivel de un país determinado— en el supuesto de que el oro circulara directamente como dinero mercancía. Finalmente termina admitiendo la necesidad del crédito para la expansión del proceso productivo y para la realización de las mercancías adicionales.<sup>7</sup>

<sup>6</sup> Carlos Marx, *El capital*, Fondo de Cultura Económica, México, 1968. Tomo II, Cap. 17.

<sup>7</sup> Dice Marx: “Queda resuelto de este modo el absurdo problema de si la producción capitalista (incluso considerada solamente desde este punto de vista) podría mantenerse con su desarrollo actual sin el sistema de crédito, es decir, a base de una circulación puramente metálica. No podría mantenerse evidentemente. Tropezaría, por

Surgen aquí dos dificultades no resueltas. La primera sigue siendo la realización de la plusvalía, la segunda atañe al cumplimiento de la ley del valor y al papel cumplido por el dinero en el proceso económico. Las analizaremos por orden.

Con respecto a la realización de la plusvalía, el problema no radica en la *fente* de donde brota el dinero adicional requerido para expandir la producción capitalista que se desenvuelve en las empresas. Si suponemos que las empresas capitalistas son la fuente única y original de los *ingresos* que circulan en el sistema, aunque aceptemos que el capital-dinero movilizadopor ellas provenga en parte del crédito, lo que interesa explicar es cómo puede *retornar* a las empresas bajo la forma de demanda final un valor monetario de ingresos, requerido para realizar el excedente, que sea superior al puesto en circulación por las mismas empresas.

En su tesis sobre el excedente de las empresas, Prebisch nos dice que el proceso productivo se desfasa temporalmente con respecto al proceso circulatorio del producto final. A despecho de la "Ley de Say" la producción de la oferta de bienes finales no genera ingresos capaces de crear su propia demanda, sino que esos ingresos se utilizan para demandar la oferta producida en períodos anteriores, la que afluye con cierto retardo al mercado de bienes finales.<sup>8</sup> Pero según este autor, dicho desfase no sería suficiente para explicar la ganancia si el sistema se estuviera reproduciendo circularmente idéntico a sí mismo. En su tesis sobre el excedente de las empresas, Prebisch presume una situación expansiva en la capacidad productiva del trabajo humano, en el empleo total de fuerza de trabajo, en el producto y los ingresos reales que está generando el sistema.

Prebisch nos dice, en suma, que el desarrollo económico es "el modo de ser" del capitalismo; que la existencia de un excedente de las empresas es el resultado de esa dinámica; y que dicho proceso es incompatible con una apropiación socialmente generalizada de los incrementos de la productividad. En consecuencia, sólo en el marco de la teoría del desarrollo económico es posible explicar el excedente que se expresa en la ganancia de las empresas.

el contrario, con obstáculos en el volumen de la producción de metales preciosos." *El capital, op. cit.*, Tomo II, Cap. 17, pág. 310.

<sup>8</sup> El crédito al consumo (expresado en las ventas al consumo con pago de cuotas periódicas que proviene de las propias empresas o del sistema financiero), beneficia tanto a la clase capitalista-propietaria como al asalariado. De ese modo las empresas no sólo se apropian del ingreso presente, sino también del ingreso futuro —aun no ganado— por los adquirentes. El mecanismo del crédito al consumo acentúa así el desfase temporal entre ingreso y producto.

Por último, el Dr. Prebisch reconoce la necesidad de una sistemática expansión de la cantidad de dinero para movilizar aquel crecimiento de la producción, la productividad, la acumulación, y el empleo. Aquí corresponde aludir a la temática del valor económico que constituye la segunda dificultad observada en el planteamiento de Marx. En efecto, mientras circulan los metales preciosos —oro, plata, etc.— la vigencia de la ley del valor puede teóricamente postularse en el sentido de que la cantidad de trabajo contenida en cada mercancía vendida, equivale a la cantidad de trabajo contenida en las unidades de *dinero-mercancía* utilizadas para adquirirla. Pero el significado de esta equivalencia desaparece cuando se remplazan los metales preciosos por las diferentes formas de crédito y del *dinero-signo*.

Éste no es un problema “puramente” monetario, pues legítimamente atañe a la teoría del valor económico. Cuando se introducen el crédito y el dinero-signo, no sólo se ve afectado el nivel general de precios sino también la estructura de precios relativos de la que aquél es un mero promedio.<sup>9</sup>

La distribución del crédito entre las empresas afecta las modalidades en la acumulación de capital, la incorporación de progreso técnico, y la composición de la oferta. La distribución del ingreso dinerario entre las personas, afecta la composición de la demanda y, por esa vía, la estructura de precios relativos del producto final. Indirectamente la composición de la oferta también depende, al menos en parte, de la distribución del ingreso dinerario, pues las empresas responden a las necesidades sociales *solventes* de los perceptores de ingresos ubicados en diferentes escalones de la pirámide distributiva.

Así, la estructura de precios relativos no depende del contenido relativo de trabajo de cada mercancía, sino que, al menos en parte, responde a las complejas relaciones de poder que afectan la distribución del capital-dinero entre las empresas y la distribución del ingreso dinerario entre las personas.

Esta causación que sobre el proceso económico ejercen en última instancia las relaciones de poder que surgen de la estructura social es, en mi opinión, la tesis central que preside la concepción del desarrollo capitalista presentada por el Dr. Prebisch en este trabajo.

<sup>9</sup> He intentado desarrollar más detenidamente este tema en “El desarrollo económico y las teorías del valor”, *Revista de la CEPAL*, núm. 11, agosto de 1980.

APÉNDICE 2

*Representación gráfica de la captación*

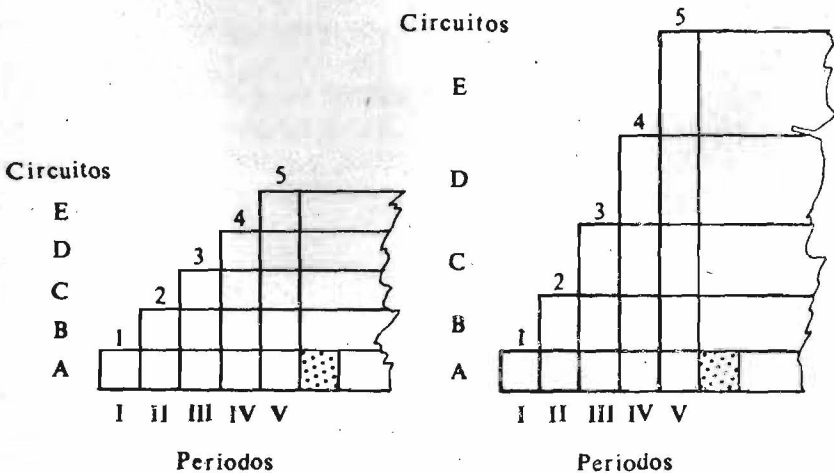
Para mayor claridad de nuestra exposición acudamos a una representación gráfica. Trátase de una aproximación un tanto burda de la realidad, pero que no sacrifica la lógica del razonamiento. Para no complicarlo prescindimos de la acumulación del capital fijo.

Examinaremos dos casos diferentes. En el primero, la producción es constante, mientras que en el segundo la producción se acrecienta en forma continua, de manera que de cada nuevo proceso productivo surgen ingresos superiores a los del proceso precedente.

Cada proceso está representado por barras horizontales, en las cuales, en el curso del tiempo que toma cada proceso, se suceden sus distintas etapas, hasta terminar en un determinado periodo con los bienes finales que salen al mercado. Así, el proceso A se ha iniciado en el periodo I y ha avanzado hasta concluir en el periodo V. En el mismo periodo V está en curso el proceso B, que se ha iniciado en el periodo II, así como los procesos B, C y D, y el proceso E, que inicia su primera etapa.

**Producción constante**

**Producción creciente**



Gráfica I

Todos ellos terminaron en periodos posteriores al V (no representados para simplificar las gráficas).

Los ingresos pagados a la fuerza de trabajo durante dicho período V en los diferentes procesos, quedan representados en la barra vertical correspondiente, o sea la 5.

Ahora bien, en el caso de producción constante, esta barra vertical es de igual dimensión que la barra horizontal A, lo que significa que la demanda generada por los ingresos pagados durante dicho periodo equivale a los ingresos pagados anteriormente para lograr los bienes del proceso A que ha terminado.

Para volver a la Ley de Say. La oferta A no genera su propia demanda, pues los ingresos que se pagaron para producirla se transformaron en demanda de bienes producidos antes. Quienes recibieron tales ingresos durante el tiempo que dura el proceso no esperaron que éste termine para ejercer su demanda. Por el contrario, la demanda que absorbe la oferta del proceso A en el período V se genera en los ingresos pagados en los procesos B, C, etc., durante el mismo periodo, destinados a la producción futura.

Por consiguiente, la coincidencia entre oferta y demanda no se debe a lo que había supuesto la Ley de Say sino a la concepción estática del problema, que en éste, como en otros casos, ha trastornado la interpretación del fenómeno real.

Si en este caso estacionario aumentara la productividad, la demanda representada por la barra vertical 5 no sería suficiente para absorber la oferta del proceso A, acrecentada por la mayor cuantía de bienes que representamos por la superficie punteada, que se agrega a la oferta de A. Esta insuficiencia llevaría necesariamente al descenso de los precios.

Pasemos ahora al segundo caso de producción creciente. Cada proceso productivo tiene un espesor mayor que el precedente debido al aumento de la ocupación y a los ingresos que ella devenga.

De esta manera los ingresos pagados en los diferentes procesos productivos durante el período V ya no son iguales a los ingresos pagados durante el tiempo que ha durado el proceso A, iniciado en el período I, sino superiores, tanto más cuanto más intenso fuera el aumento de la producción en proceso destinada a los periodos siguientes. La demanda que generan estos ingresos en el período 5 supera pues a los ingresos antes pagados para obtener los bienes finales del proceso A. Y es precisamente esta mayor demanda lo que permite absorber sin mengua de los precios el incremento de bienes resultante del crecimiento de la productividad, representada también por la superficie punteada.

Tanto en el caso de producción constante como en el de producción creciente la masa de bienes en proceso constituye el capital circulante de las empresas. A este capital se agregan continuamente nuevos bienes primarios y en proceso, por un lado y, por otro, van saliendo los bienes finales. Su cuantía es superior a la de estos bienes finales y depende de la duración del proceso productivo en sus diferentes etapas y del ritmo de acrecentamiento de la producción.

### APÉNDICE 3

#### *Nota sobre el ciclo y el excedente*

Nos hemos referido en el texto a la desviación interna de la demanda hacia la esfera de los servicios. Un fenómeno similar de desviación acontece en las relaciones de los centros con la periferia. Parte de la creación de ingresos en el proceso productivo de los bienes destinados a la exportación corresponde a la periferia. Y cuando los centros adquieren tales bienes para cumplir con su propio proceso, los empresarios periféricos recuperan los ingresos pagados por ellos mismos, más el excedente que se transmite hacia atrás desde la etapa final hasta la etapa primaria.

Estas observaciones conciernen también a los movimientos cíclicos; y me refiero a ellos aquí para evitar una excesiva simplificación de mi razonamiento. En verdad, el ciclo es la forma de crecer de la economía capitalista y no podríamos omitir algunas simples observaciones acerca de ello en el presente trabajo.

El ciclo periférico ha sido, en verdad, muy poco explorado. En los tiempos del desarrollo hacia afuera, era un movimiento provocado por el ciclo de los centros, sobre todo del centro dinámico principal de entonces. Pero el desenvolvimiento progresivo de la industrialización tiende a generar ciertos movimientos internos que se superponen a los de origen exterior, acentuándolos o atenuándolos, según las circunstancias, con efectos correspondientes sobre el excedente.

La principal manifestación en la periferia del movimiento cíclico de los centros es el incremento de las exportaciones primarias. El aumento de sus precios y también de su cuantía, aunque generalmente con menor intensidad, da un mayor impulso al proceso productivo.

Como consecuencia de esta acentuación del ritmo de la expansión interna

aumenta el excedente lo cual, a su vez, estimula el crecimiento de las inversiones, con el consiguiente aumento de la productividad. No se trata de un desplazamiento estructural del coeficiente de inversiones, sino de uno de índole coyuntural.

El ascenso cíclico va acompañado de un crecimiento de las importaciones que, aunque tiende a superar el ritmo de incremento del ingreso global, va a la zaga de las exportaciones. Así pues, hay una expansión monetaria neta de origen exterior que se agrega a la expansión interna inherente al proceso productivo.

Lo contrario ocurre en el descenso cíclico. Se acentúa entonces la contracción si se deja operar espontáneamente a las fuerzas de la economía. Lo cual es más bien una imagen del pasado, como se verá en seguida.

Durante la fase expansiva, el Estado suele aumentar sus recaudaciones con extraordinario ritmo. Tentación irresistible para acrecentar sus gastos e inversiones, entre ellos los que responden a la presión política de carácter redistributivo, a la absorción espuria de fuerza de trabajo, y a otros factores.

Pues bien, cuando sobreviene la contracción cíclica, además de tener efectos directos sobre el empleo en el proceso productivo, ésta afectará los recursos fiscales. La disminución de ellos llevaría a comprimir correlativamente los gastos o inversiones si la presión política no impidiera hacerlo, al menos con la intensidad exigida por una estricta ortodoxia monetaria. La contracción acarrea asimismo trastornos que agravan la arbitrariedad del régimen distributivo. Trátase de otra de las consecuencias del juego espontáneo de la economía, esta vez en el plano internacional.

Conviene subrayar que el aumento del excedente, durante la fase expansiva, se debe tanto al incremento de la productividad, como a la subida cíclica de los precios. Lo inverso ocurre en el descenso cíclico. Todo lo cual incide en la pugna distributiva.

## II. EL COMPARTIMIENTO DEL FRUTO DE LA PRODUCTIVIDAD Y EL LÍMITE CRÍTICO DEL SISTEMA

### 1. SIGNIFICADO DE ESTE CAPÍTULO

EN EL capítulo precedente hemos explicado el mecanismo dinámico de apropiación del fruto de la creciente productividad de donde surge el excedente. Ahora vamos a considerar los fenómenos de compartimiento de ese fruto por la fuerza de trabajo y de resarcimiento de lo que hubiera perdido, o sea de la redistribución del ingreso.

El crecimiento del excedente global resulta de dos movimientos opuestos. Por un lado, aumenta por sucesivos incrementos de productividad; por otro, disminuye por la redistribución.

La redistribución tiene un límite crítico más allá del cual no podría cumplirse la exigencia dinámica de acrecentar en forma continua el excedente para que el sistema pueda funcionar regularmente.

Nos ocuparemos ahora del compartimiento que logra la fuerza de trabajo mediante el aumento de sus remuneraciones y su incidencia sobre los costos de producción, para considerar después el compartimiento del Estado cuando toma directamente una porción del excedente y de los ingresos de los estratos superiores, sin incidir sobre aquellos costos.

Conviene dilucidar desde un comienzo la significación del compartimiento de la fuerza de trabajo. Nos interesa distinguir tres formas principales.

La primera atañe a los aumentos de remuneraciones que obtiene la fuerza de trabajo de las empresas, sea en el juego del mercado o gracias a su poder sindical, participando así en el fruto de la creciente productividad.

La segunda concierne a la fuerza de trabajo que acrecienta su empleo y sus remuneraciones en los distintos servicios del Estado, en virtud de la demanda de ella y su poder político.

La tercera forma se refiere a los diversos servicios sociales que logran del Estado, por su presión política, tanto la fuerza de trabajo de las empresas como la del mismo Estado.

Para hacer frente a la segunda y tercera forma de compartimiento, así como a la adquisición en el mercado de los bienes que requiere para su funcionamiento, el Estado recurre a gravámenes; o en su defecto, al déficit inflacionario que se considerará en otro lugar.

En la medida, ciertamente considerable, en que estos gravámenes recaen de una u otra manera sobre la fuerza de trabajo, ésta procura resarcirse, ya se trate de la fuerza de trabajo de las empresas o del Estado. En este último caso, sin embargo, el Estado tiene que aumentar aquellos gravámenes, lo cual, en la medida en que incide sobre la fuerza de trabajo de las empresas, hace recaer sobre ella el costo creciente del Estado.

Dicho de otro modo, el compartimiento del fruto de la productividad que consigue la fuerza de trabajo del Estado, así como lo que éste requiere para sus adquisiciones, se realiza en gran parte a través de la fuerza de trabajo de las empresas. Ésta viene a constituir un mecanismo de transmisión. Llegan a confundirse, de esta manera, el empeño genuino de compartimiento de esta última con el empeño de resarcirse de los gravámenes del Estado que recaen sobre sus ingresos. Y la fuerza de trabajo de las empresas aparece disfrutando así del incremento de productividad a pesar de tratarse de un simple resarcimiento.

Este empeño de resarcimiento concierne tanto a la fuerza de trabajo que en virtud de sus calificaciones tiene poder espontáneo para conseguirlo en el juego de las leyes del mercado, como a la fuerza de trabajo desfavorecida que necesita recurrir a su poder sindical y político.

No se olvide, finalmente, que el aumento de los ingresos de la fuerza de trabajo que desempeña servicios personales en la órbita del mercado también incide sobre la fuerza de trabajo de las empresas y del Estado y estimula su acción de resarcimiento. Tales son las relaciones de interdependencia que existen entre estos distintos grupos sociales.

Esta acción de resarcimiento concierne a alzas de precios y remuneraciones que ocurren dentro del proceso redistributivo. Hay además alzas de precios por factores externos o internos que actúan al margen de este proceso pero que terminan incidiendo sobre él y provocan así el empeño de resarcirse cuando se ha desenvuelto el poder de la fuerza de trabajo. Por lo general, no tiene intensidad suficiente para manifestarse en una espiral inflacionaria; pero cuando ésta se desenvuelve contribuyen a acentuar su intensidad. Nos ocuparemos de ello al final de este capítulo.

Entraremos ahora en el examen de cómo se desenvuelve este proceso redistributivo y cómo desemboca finalmente en la inflación social. Todo ello gira en torno al excedente. El excedente, bien lo sabemos, es la fuente primordial de acumulación. De ahí esa exigencia dinámica fundamental del sistema: tiene que crecer continuamente para que también se acreciente la acumulación y, asimismo, el consumo privilegiado. El cumplimiento de esta exigencia dinámica se vuelve cada vez más difícil, hasta llegar a ser

imposible, cuando se despliega con vigor el poder de compartimiento de la fuerza de trabajo y su aptitud de resarcimiento.

Sobreviene así la inflación social, con el andar del tiempo, cuando el sistema trata de restablecer la dinámica del excedente con la subida de los precios, a la cual sigue el alza de las remuneraciones en la consabida espiral. Nada positivo puede hacer la autoridad monetaria para combatir la espiral en el curso avanzado de las mutaciones estructurales y de las relaciones de poder que de ellas dimanar. Los principios ortodoxos se estrellan contra una realidad incontrastable.

No podríamos comprender estos fenómenos sin examinar la evolución del excedente y el juego de relaciones de poder que dimanar de las mutaciones de la estructura social. Es lo que haremos en seguida. Después de ello explicaremos las diferencias entre la inflación social que surge en el curso de esta evolución y la inflación tradicional, esto es, la inflación en que la ortodoxia monetaria resulta plenamente eficaz. No así en el caso de la inflación social: clara expresión de la crisis del sistema. El empleo de la fuerza procura eliminarla suprimiendo el poder redistributivo de la fuerza de trabajo.

Si a pesar de ello el proceso continúa se debe a la persistencia de formas tradicionales de inflación o a factores internos o externos que elevan los precios. Procuraremos explicar todo esto para terminar después con algunas reflexiones atinentes a la esencia misma del sistema y la necesidad de su transformación mediante una disciplina de acumulación y distribución de que carece ahora el sistema. En tal caso, la ortodoxia monetaria y también la fiscal, tendrían un gran papel que desempeñar.

## 2. EL EXCEDENTE Y SU LÍMITE CRÍTICO

### *El aumento de las remuneraciones y la actitud de la autoridad monetaria*

El ritmo de crecimiento del excedente tiene importancia decisiva en el funcionamiento del sistema. Recordemos que el excedente se debe fundamentalmente a la competencia regresiva de la gran masa de fuerza de trabajo que se encuentra en capas técnicas de escasa productividad. Cuando parte de esa fuerza de trabajo es absorbida con creciente productividad, a medida que se acrecienta la acumulación de capital, aquella competencia impide que sus ingresos mejoren correlativamente. La falta o debilidad de esta aptitud espontánea de mejoramiento se va corrigiendo con el desenvolvimiento

del poder sindical y político de la fuerza de trabajo —el poder redistributivo— en el curso de las mutaciones estructurales del sistema.

Los fenómenos que vamos a examinar ahora son un tanto complicados. Pero he tratado de simplificar su explicación prescindiendo de algunos aspectos que, si bien son interesantes, no añaden nada esencial a la comprensión de aquéllos.

El desenvolvimiento regular del sistema exige aumentar continuamente la acumulación de capital y la productividad. Hay una estrecha interdependencia entre estos dos elementos. La acumulación trae consigo incrementos de productividad y estos incrementos permiten acrecentar la acumulación.

Para que esto se desenvuelva sin trastornos, es esencial que la productividad genere excedentes de donde saldrá la acumulación. Éste es el papel del mecanismo de apropiación que se ha explicado en el capítulo precedente. Este papel se cumple en la dinámica de la producción en proceso. De esta producción en proceso se deriva una corriente creciente de ingresos que, transformada en demanda, permite que los incrementos de productividad se recojan en forma de incrementos de excedente por los propietarios de los medios productivos.

Para responder al crecimiento de los ingresos las empresas requieren una corriente creciente de dinero creado por el sistema bancario. Al venderse los bienes finales este dinero vuelve a las empresas en una cuantía mayor que la de los ingresos pagados anteriormente para obtener esos bienes finales. Esa mayor cuantía de dinero es lo que permite apropiarse del incremento que se agrega al excedente global que también retorna a las empresas.

Esos ingresos que así recibe la fuerza de trabajo, más el excedente, se transforman nuevamente en demanda de bienes finales.

No se trata, como es obvio, de un proceso estacionario sino creciente. Así pues, el crecimiento de la producción en proceso exige aumentar la ocupación y los ingresos correspondientes, lo cual requiere a la vez nueva creación de dinero por el sistema bancario. Si no hubiera esta creación adicional de dinero los incrementos de productividad no podrían apropiarse en forma de excedente sino que se traducirían en descenso de los precios.

A su vez, la autoridad monetaria tiene que suministrar a las empresas el dinero necesario para el crecimiento de dicha corriente.

Al explicar ese mecanismo hubiese sido prematuro introducir el aumento de remuneraciones. Lo haremos ahora.

Conviene tener presente que el excedente está sujeto a dos movimientos

contrarios. Por un lado, aumenta por los incrementos sucesivos de productividad. Y, por otro, disminuye por el compartimiento de esta productividad por la fuerza de trabajo y el Estado. La dinámica del sistema exige el crecimiento continuo del excedente en este doble movimiento.

Ahora vamos a explicar los fenómenos de la inflación social, esto es la inflación que tiene su origen en la pugna redistributiva del ingreso, para cuya comprensión conviene tener presente la dinámica del proceso productivo y de la expansión monetaria que le es inherente.

Para acrecentar la producción de bienes finales, después de un cierto tiempo, es necesario aumentar la ocupación de fuerza de trabajo en las distintas etapas de la producción en proceso (además de la acumulación de capital). Ahora bien, el acrecentamiento de la producción genera ingresos de la fuerza de trabajo superiores a los ingresos contenidos en los bienes finales que afloran al mercado. Estos mayores ingresos, transformados en demanda, permiten a las empresas recoger el incremento de productividad en forma de incremento de excedente de que se apropian los propietarios de los medios productivos. El incremento de excedente se agrega al excedente global que venía formándose.

Para no complicar nuestro análisis habíamos supuesto que no aumentaban las remuneraciones. Pero si ellas aumentasen las empresas tendrían que ampliar la corriente creciente de dinero exigida por la producción en proceso. Aquí interviene la autoridad monetaria. De lo que ella decida dependerá si las empresas pueden o no contrarrestar las mayores remuneraciones mediante la elevación de los precios.

Si decide ampliar la corriente de dinero que venía creciendo, la mayor demanda hará posible que el mercado absorba la oferta de bienes finales abultada por los precios más elevados.

Si, por lo contrario, la autoridad monetaria se niega a conceder la ampliación, las empresas se verán obligadas a pagar las mayores remuneraciones a expensas del descenso de costos provenientes del incremento de productividad.

En el primer caso, el alza de precios será seguida de la elevación de las remuneraciones cuando la fuerza de trabajo ha adquirido suficiente poder redistributivo, sea para compartir el incremento de productividad o para resarcirse principalmente de las cargas del Estado. Estamos considerando precisamente los fenómenos que ocurren cuando se ha logrado este poder en el curso de las mutaciones estructurales. Entonces, se habrá iniciado la espiral inflacionaria.

En el segundo caso, la autoridad monetaria se niega a conceder la am-

pliación de la corriente a fin de mantener la estabilidad de la moneda. ¿Cuáles son las consecuencias de esta actitud? ¿Hasta qué punto será posible conseguir ese propósito estabilizador?

Llegamos ahora al problema tan importante que queríamos examinar. La negativa de la autoridad monetaria lleva necesariamente a las empresas a emplear una parte de la corriente monetaria en pagar las mayores remuneraciones en detrimento del dinero que hubiera debido dedicarse a aumentar la acumulación de capital —gracias al excedente— y la ocupación a fin de acrecentar la producción en proceso. O sea que en la medida en que aumentan las remuneraciones disminuye el ritmo de crecimiento de esos elementos esenciales del proceso productivo.

Veamos las consecuencias. Al disminuir el ritmo de la ocupación y de la acumulación disminuirá el ritmo de la productividad.<sup>1</sup> Esto tiene una gran significación para las empresas puesto que, por un lado, disminuye el ritmo de la productividad debilitando así el ritmo de crecimiento del excedente y, por otro, este ritmo se debilita más aún al desviarse parte de la corriente monetaria en pago de las mayores remuneraciones.

Dos movimientos adversos actúan así sobre el ritmo del excedente, lo cual tiene efectos negativos a su vez, sobre el ritmo de acumulación de capital.

Expresado en otra forma, el aumento de remuneraciones, ante la negativa de la autoridad monetaria de ampliar la corriente de dinero, lleva a disminuir el ritmo de la producción en proceso, esto es, el ritmo de crecimiento de la economía. Tal es el costo de la política de estabilidad monetaria cuando crecen el poder redistributivo de la fuerza de trabajo y la presión del Estado, dado el régimen vigente de apropiación y redistribución.

Las consecuencias dependen, desde luego, de la intensidad que adquieran los fenómenos a que nos hemos venido refiriendo. Detengámonos un momento en este aspecto del asunto.

Decíamos anteriormente que al desviarse la corriente monetaria hacia las mayores remuneraciones se debilita el ritmo de ocupación y el ritmo de acumulación necesaria para acrecentar la ocupación.

Ahora bien, es muy importante examinar la incidencia de este fenómeno sobre la absorción del incremento de fuerza de trabajo. Si el debilitamiento del ritmo de ocupación sólo permite absorber con creciente productividad

<sup>1</sup>No necesitamos complicar nuestro razonamiento introduciendo el supuesto de un aumento independiente del ritmo de la productividad.

una parte de ese incremento de la fuerza de trabajo, lo que queda sin absorber vendrá a acentuar la tendencia excluyente del sistema.

Para comprender este fenómeno conviene recordar la significación de lo que hemos llamado el límite crítico del sistema. El límite crítico es aquel en que deja de crecer el excedente y en que la desviación de la corriente de dinero hacia el aumento de remuneraciones impide que siga aumentando la ocupación. Más aún, el traspaso de ese límite disminuye también la cuantía absoluta de la acumulación. Estos dos efectos no ocurren necesariamente en forma simultánea, pero ello no tiene importancia.

Si hablo de límite es para señalar la secuencia lógica de los fenómenos. Pero antes de llegar a tal límite van aumentando las tensiones del sistema. En la fuerza de trabajo ha habido un desplazamiento de la demanda. Los que continúan ocupados han podido acrecentar su demanda efectiva gracias al aumento de las remuneraciones. En tanto que ha disminuido en forma correspondiente la demanda de los que hubieran podido emplearse de no ocurrir la desviación de la corriente, lo cual va generando una creciente presión social. Al mismo tiempo, la disminución del ritmo del excedente se traduce en el descenso de la rentabilidad de las empresas. Estas dos consecuencias adversas llevan combinadamente a una presión cada vez mayor sobre la autoridad monetaria antes del límite crítico y si ésta logra resistir, le será de más en más difícil hacerlo cuando se sobrepase ese límite. Pues entonces ya no se trata solamente de descenso del ritmo de ocupación sino de descenso absoluto de la ocupación. A lo cual se agregan los efectos desfavorables de la contracción del excedente sobre la acumulación de capital.

En consecuencia, los acontecimientos forzarán a la autoridad monetaria a hacer lo que se había negado a hacer anteriormente, esto es, ampliar la corriente monetaria. Las mayores remuneraciones podrán entonces trasladarse sobre los precios. Y la espiral que se había tratado de evitar con la restricción tomará vuelo. El alza de los precios permitirá a las empresas recuperar el excedente, mientras no vuelvan a subir las remuneraciones. Pero como esto no tarda en ocurrir por la presión de resarcimiento de la fuerza de trabajo, el excedente vuelve a comprimirse en desmedro de la acumulación. De nuevo se resiente el ritmo de crecimiento, en tanto que se agravan los bien conocidos trastornos sociales que la espiral inflacionaria trae consigo.

Sucede entonces un hecho que suele caracterizar este fenómeno. Anteriormente se había presionado a la autoridad monetaria para que abandone su política restrictiva a fin de contrarrestar el desempleo. Y cuando la es-

piral adquiere cada vez más intensidad se espera de ella que frene la inflación. Como quiera que fuere, la autoridad monetaria se ve impulsada a hacer algo. Y lo único que puede hacer es volver a restringir la creación de dinero.

Ahora bien, al restringir el crédito se obliga a las empresas, como en el caso anterior, a emplear parte de la corriente monetaria a hacer frente al aumento de remuneraciones en el curso de la espiral. Los efectos adversos sobre la acumulación y la ocupación, así como la productividad serán similares a los del caso anterior.

Expresado en otros términos, en la medida en que se restringe la corriente de dinero se debilita el ritmo de la producción en proceso, esto es, se habrá iniciado el receso de la actividad económica. Y si continúa la presión redistributiva se habrá traspuesto aquel límite crítico más allá del cual el receso de la economía se transforma en contracción.

¿Pero qué habrá sucedido mientras tanto con la espiral? Trataremos de explicarlo. La restricción monetaria habrá traído consigo una contención de la demanda. Pero como en el caso precedente, su composición social será diferente. La demanda de la fuerza de trabajo ocupada crecerá a expensas de la demanda que habrían tenido aquellos que sufren las consecuencias del debilitamiento del ritmo de la ocupación. Y en la medida que lo uno se hubiera compensado con lo otro, el aumento de remuneraciones no podría trasladarse sobre los precios. De ser completa la compensación, la espiral habría llegado a extinguirse.

Podría extraerse la conclusión de que la autoridad monetaria habría por fin logrado contener la inflación gracias a la firmeza de su actitud. Sería, sin embargo, una conclusión incorrecta. Pues la contención de la demanda se ha conseguido a costa primero de la disminución del ritmo de la oferta y después de la contracción de ésta al continuar la presión redistributiva. Dicho en otra forma, se habría contenido la demanda, pero el receso y la contracción de la oferta llevarán a una nueva elevación de los precios.

¿Y qué pasaría si para frenar esta elevación de los precios la autoridad monetaria decidiera restringir la corriente monetaria con más intensidad aún? Sin duda que la restricción monetaria obligaría a las empresas a disminuir más aún el ritmo o la cuantía —según los casos— de la ocupación y la acumulación de capital. O sea que por un lado sufriría la demanda, mientras por otro sufriría la oferta en forma equivalente. Por donde continuaría la presión inflacionaria con el alza consiguiente de los precios.

Antes de proseguir, conviene una breve digresión. Decíamos que el límite crítico se alcanza cuando la presión redistributiva toma todo el incremento

de productividad. Podría entonces extraerse la conclusión de que si la presión se detuviera allí, se evitaría la espiral inflacionaria, en caso de que no hubiera comenzado anteriormente. En virtud de esta consideración podría atribuirse a la incontinencia de la fuerza de trabajo la responsabilidad de aquélla. Sin embargo, no se tiene en cuenta que cuando se ha llegado al límite crítico, la cuantía del excedente se encuentra en su nivel máximo. ¿Cómo frenar entonces el empeño de compartimiento genuino de la fuerza de trabajo? ¿Cómo impedir que trate de resarcirse de las consecuencias del crecimiento del Estado? ¿Cómo evitar que éste deje de absorber espuriamente fuerza de trabajo que no se emplea en la actividad privada debido en gran parte a la insuficiente acumulación de capital? ¿Será imperativo hacerlo a fin de que los estratos superiores sigan aumentando su acumulación y su consumo privilegiado?

He aquí el problema profundo de equidad social que el régimen vigente de apropiación y redistribución no permite resolver. Se vuelve en verdad irresoluble en el curso avanzado de las mutaciones estructurales. La espiral no es ciertamente una solución. Es una salida, una salida cada vez más trastornadora.

En suma, la ortodoxia monetaria resulta contraproducente pues no logra contener la espiral, aunque sí atenuarla si no se presentan otros factores adversos; y a la vez provoca un encogimiento de la actividad económica. De ahí el fenómeno paradójico de inflación y desempleo que las teorías convencionales, por más que se propongan, no consiguen corregir en forma alguna.

Tal es la índole de la crisis del sistema. No hay como superarla con medidas monetarias. Como quiera que éstas sean, ocurren trastornos cada vez más agudos en los cuales se manifiestan la dislocación de la economía y su desintegración social. Sobreviene entonces el empleo de la fuerza. Se restablece así la dinámica del excedente y, cumplido este designio, se vuelve tolerable la inflación a los grupos sociales dominantes. Esta es la materia del Capítulo III.

Este análisis tan sucinto de un fenómeno muy complejo termina en una conclusión definitiva. El juego de relaciones de poder, conforme avanza el proceso de democratización, lleva fatalmente a la espiral inflacionaria. Y no hay tratamiento monetario que pueda suprimirla, como que los factores que la provocan radican en la misma estructura social.

En verdad, a la luz de principios tradicionales era sencillamente inadmisibles ese empeño de la fuerza de trabajo en mejorar sus remuneraciones o resarcirse de los efectos adversos de impuestos o gravámenes o de otros

factores internos o externos que encarecían sus consumos. ¡Era una flagrante violación de las leyes del mercado! Y correspondía a la autoridad monetaria aplicar firmemente aquellos principios toda vez que el Estado no hubiera acudido oportunamente a la represión sindical o la cooptación de sus dirigentes.

Es cierto que la creencia de que es posible contrarrestar la espiral provocando el receso o la contracción de la economía se basa acaso en la esperanza de que la desocupación que así se origina terminará por quebrar el poder de la fuerza de trabajo forzándole a comprimir sus remuneraciones. De este modo se restablecería la dinámica del excedente.

Sin embargo, esta esperanza se ve frustrada cuando ha alcanzado gran vigor el poder sindical y político de la fuerza de trabajo.

Las teorías ortodoxas surgieron en condiciones muy diferentes de las que hoy prevalecen en el capitalismo. Eran teorías correctas en aquellos tiempos en que no se daban fenómenos de inflación social. No es que las viejas reglas del juego sean malas en sí mismas. Por el contrario. Sigo creyendo en ellas, tal vez por haber contribuido a aplicarlas con cierto éxito en tiempos lejanos, si bien con adaptaciones impuestas por la vulnerabilidad exterior de la periferia. Son reglas ortodoxas que sirven para combatir la inflación tradicional pero no la inflación social que prevalece ahora, combinada generalmente con aquella otra.

### *La pugna por el consumo*

Hay que reconocer que la redistribución del ingreso que ha venido practicándose en el capitalismo periférico, si bien ha logrado mejoras positivas para la fuerza de trabajo antes de llegar al límite crítico, permitiéndole participar en la imitación del consumo de los centros, ha estado muy lejos de enfrentar, no digo resolver, el problema de acumulación. No ha sabido contrarrestar las tendencias socialmente excluyentes del sistema. Y ha acentuado cada vez más sus tendencias conflictivas.

Si bien se mira, la pugna distributiva ha sido en realidad una pugna por el compartimiento del consumo. La fuerza de trabajo desfavorecida por las leyes del mercado trata de ampliar su consumo privado o social valiéndose de su poder sindical y político, tanto en la órbita de las empresas como en la del Estado. Y termina por vulnerar la exigencia dinámica de acrecentar incesantemente el excedente, exigencia que responde a la vez a la necesidad de acumular y al consumo privilegiado. Porque así es el sis-

tema. Y nada hay en él que tienda a la equidad, pues el juego de relaciones de poder lleva a una distribución estructural que dista mucho de corresponder a la aportación de los individuos al proceso productivo, como suponen los economistas neoclásicos. Y tampoco tiende a aquel equilibrio ideal que tanto les seduce. Salvo que por equilibrio se entienda aquel estado de cosas en que se suprime el poder sindical y político de las masas a fin de restablecer la dinámica del excedente.

El sistema carece de racionalidad tanto desde el punto de vista de la distribución como de la acumulación. A no ser que la racionalidad se circunscriba al ámbito limitado de la sociedad privilegiada de consumo. No es, por cierto, la racionalidad que ha de buscarse en la transformación del sistema.

### 3. EL COMPARTIMIENTO DIRECTO DEL ESTADO

#### *Impuestos inflacionarios*

Hemos examinado el compartimiento que incide sobre los costos de producción. Proseguiremos ahora refiriéndonos brevemente a la segunda forma de compartimiento, esto es, la que realiza directamente el Estado.

Como ya sabemos, los impuestos que recaen en una forma u otra sobre la fuerza de trabajo desfavorecida por las leyes del mercado alientan el empeño de resarcimiento de ésta cuando dispone de suficiente poder sindical para hacerlo. Son impuestos que tienden, entonces, a volverse inflacionarios.

Pero hay también impuestos que recaen directamente sobre el excedente y los ingresos de los estratos superiores y que no afectan los costos. El Estado recurre a estos impuestos cuando la fuerza de trabajo en el curso del proceso de democratización, ha logrado suficiente poder para desplazar sobre tales estratos una parte de la carga tributaria.

Tales impuestos tienen consecuencias muy importantes sobre la dinámica del sistema. Sea que disminuyan el ritmo de crecimiento del excedente, así como de aquellos otros ingresos de los estratos superiores, afectarán adversamente el ritmo de acumulación de capital. Más serios serán los efectos si el impuesto no sólo toma una porción del incremento de productividad sino también del excedente que ya se había formado.

Es obvio que al ocurrir esto disminuiría necesariamente el ritmo de absorción de la fuerza de trabajo en desmedro principalmente de los estratos inferiores y se acentuaría la tendencia hacia la hipertrofia del Estado, sobre

todo por la presión política de la fuerza de trabajo que busca allí emplearse espuriamente.

Es cierto que si el Estado dedicara los recursos del impuesto a la acumulación productiva dentro de las empresas se podría llegar a la misma acumulación de antes, o aun elevarla, si se tiene en cuenta la necesidad de corregir las fallas fundamentales del sistema. Pero éste no funciona así, si bien ello pudiera significar un comienzo de transformación.

Es cierto que la técnica impositiva permitiría hacer recaer especialmente la carga fiscal sobre el consumo de los estratos superiores antes que sobre la acumulación. Pero no se trata solamente de un problema técnico sino esencialmente político. Los estratos superiores se esforzarán de todos modos en evitar medidas de esta índole que menoscaben su enriquecimiento y la sociedad privilegiada de consumo.

Tratarán pues de que esa carga fiscal siga incidiendo sobre la fuerza de trabajo. O empujarán al Estado hacia el déficit fiscal cuyas consecuencias recaen también sobre ella y además inflan el excedente.

Compréndese que para comprimir el consumo privilegiado sería necesario un cambio muy importante en la estructura del poder político. De lo contrario la resistencia sería muy fuerte y el Estado tendría que limitarse a tomar una parte moderada del incremento de productividad.

En tal caso las consecuencias sobre el ritmo de acumulación serían menos serias. Pero de todos modos tenderían a acelerar la marcha hacia el límite crítico del sistema, si la fuerza de trabajo hubiese adquirido gran poder sindical y político. En efecto, se habría estrechado el margen de descenso de los costos por el incremento de productividad; y el empeño de compartimiento y resarcimiento llevaría necesariamente a la elevación de los precios con la consiguiente espiral inflacionaria.

Por donde se ve que el sistema no admite la redistribución más allá de cierto límite, no obstante las grandes dimensiones del excedente. Cualquiera que sea la forma de compartimiento termina fatalmente por estrellarse contra la exigencia dinámica del crecimiento continuo de aquél.

### *La inflación de origen fiscal y la restricción crediticia*

Nos hemos ocupado anteriormente de la política restrictiva de la autoridad monetaria y de sus consecuencias cuando se ha fortalecido el poder redistributivo. Igualmente graves son estas consecuencias cuando se trata de combatir la inflación provocada por el déficit fiscal con esa misma política

aconsejada por la ortodoxia monetaria. Es posible que tras de esta actitud se encuentre la creencia de que la abundancia de dinero de origen fiscal hace innecesario crear cantidades adicionales para el crecimiento de la producción en proceso. Conviene explicar por qué esta creencia es totalmente infundada.

Sostengo que, por el contrario, esa abundancia de dinero de origen fiscal requiere una creación mayor de dinero para las empresas, o sea, la ampliación de la corriente monetaria, aun cuando esto parezca sencillamente paradójico.

Para comprender este fenómeno hay que recordar la dinámica de la producción en proceso. En un determinado periodo de tiempo, esa demanda inflacionaria proveniente de la creación de dinero de origen fiscal se dirige a los bienes finales y de allí se propaga a las diferentes etapas de la producción en proceso, con el alza consiguiente de precios en las etapas precedentes y de costos en las etapas siguientes hasta la etapa de los bienes finales.

Pues bien, esta propagación continúa desplegándose mientras sigue el impulso inflacionario del déficit fiscal. Y de esta suerte, los bienes que estaban en proceso avanzan hacia su etapa final a precios y costos más elevados, que obligan a seguir ampliando la corriente monetaria hasta lograr el ajuste consiguiente.

Dicho en otra forma, la cuantía de los bienes en proceso se va abultando inflacionariamente. Y al completarse el ajuste correspondiente a cada incremento de dinero de origen fiscal, habrá sido necesario crear una cantidad de dinero tanto mayor cuanto más alta fuera la relación de capital circulante-producto final. Si la relación es de 2 a 1, la creación de dinero habría sido el doble del impulso inflacionario. Ahí está la explicación de este fenómeno.

Al continuar así la inflación ocurren sucesivamente ajustes similares, con la consiguiente expansión inflacionaria exigida por la producción en proceso. Y en esta forma se acentúa el impulso inflacionario inicial proveniente del déficit del Estado. No cabe duda que ello trae una más intensa elevación de los precios.

Ahora bien, si frente a esa necesidad de ampliar la corriente de dinero que requieren las empresas la autoridad monetaria se niega a hacerlo, las empresas no tienen otra solución que dedicar una parte de esa corriente a fin de pagar los mayores precios provenientes de la inflación de origen fiscal o de emplear el excedente con tal propósito. Se presentaría pues un caso similar al que acontece cuando se trata de frenar con medidas res-

trictivas la mayor demanda de dinero provocada por el aumento de remuneraciones. Sólo que ahora se trata de aumentos directos de precios. Y las consecuencias son las mismas. Las empresas se ven forzadas a desplazar una parte de la corriente monetaria a fin de satisfacer la necesidad de mayor dinero requerida por la inflación del excedente, en desmedro del crecimiento de la producción en proceso y con el consiguiente receso o contracción de la economía, los que serán tanto más serios cuanto mayor fuere la amplitud del déficit fiscal y la intensidad de la política ortodoxa.

Compréndese que la autoridad monetaria acuda a esta política para atenuar la inflación aunque no logre corregirla. Pero el costo económico y social resulta exorbitante.

#### 4. DEFENSA DE LA ORTODOXIA

En las fases de las mutaciones estructurales en que no existía o era incipiente el poder de compartimiento de la fuerza de trabajo, la inflación se debía principalmente al abuso crediticio, tanto en la esfera privada como en la del Estado. Y era posible atacarla eficazmente.

En la esfera privada, la expansión inflacionaria provenía del empleo abusivo de crédito tanto para hacer frente a los requerimientos exagerados de la producción en proceso, como para responder a inversiones de capital fijo no cubiertas con ahorro genuino, o a inversiones especulativas. Y también para responder a un afán desorbitado de consumo. La restricción crediticia aconsejada por la ortodoxia frenaba la demanda y traía consigo la acumulación de existencias de bienes invendibles en todas las etapas del proceso productivo, con la consiguiente compresión del excedente hasta que llegara la recuperación.

Ésta sobrevenía espontáneamente al retornar a la demanda de bienes el dinero que se había desviado a los servicios o que había salido en pago de importaciones, según se explicó en el lugar pertinente.

Retorna este dinero en forma de demanda de bienes finales y contribuye a liquidar los inventarios que se habían acumulado durante el receso. A medida que ello ocurre se van preparando las condiciones para que las empresas inicien nuevamente el aumento de la producción.

Agréguese a ello que los desocupados, que el receso o la contracción traía consigo, se volvían a absorber durante la recuperación. Se corregían de esta manera en el aparato productivo las deformaciones que la inflación había provocado.

Cuando se trata de una inflación de esta naturaleza no hay en verdad otra forma de terminar con ella.

En el caso de la inflación provocada por el Estado se trata en el fondo de un fenómeno parecido. Pero aquí corresponde a la ortodoxia fiscal un papel importante. En la medida en que no se comprimen los gastos hay que acudir al aumento de impuestos a fin de terminar con la inflación. Sólo que cuando la fuerza de trabajo carece de suficiente poder, la mayor carga tributaria recae principalmente sobre sus espaldas sin que tenga la posibilidad de resarcirse dentro de ciertos límites.

En cuanto a la compresión del gasto, sea por una restricción crediticia o por una decisión del mismo Estado, provoca también desocupados y la recuperación tiene las mismas consecuencias que en el caso anterior.

Si escribo estas líneas en apoyo de la ortodoxia monetaria y fiscal en los casos mencionados, es por dos razones: primero, para establecer una clara diferencia entre la inflación social resultante del juego de relaciones de poder en el compartimiento del excedente y la inflación de tipo tradicional. Y segundo, para subrayar el papel de la cooperación financiera internacional. Esperar a que el receso o contracción de la economía manifieste sus resultados antes de otorgarla significa someter a un país a las consecuencias adversas en una política restrictiva sin brindarle los recursos que hubieran permitido atenuar esas consecuencias y superar las dificultades estructurales de una recuperación.<sup>2</sup>

Mucho más serio es el problema cuando la inflación social se combina con la tradicional, provocada por el déficit del Estado. La ortodoxia se impone para corregir esta última. Pero los fenómenos de la inflación social escapan completamente a ella.

##### 5. ALZAS DE PRECIOS AJENAS A LA PRESIÓN REDISTRIBUTIVA

Mencionaremos ahora, en forma sucinta, los principales factores que provocan alzas de precios independientemente de la presión redistributiva que hemos explicado anteriormente. Sin embargo, esas alzas contribuyen también a la espiral cuando se ha desenvuelto el poder redistributivo. Pues el perjuicio que sufre la fuerza de trabajo le lleva a resarcirse mediante el au-

<sup>2</sup> El Banco Mundial acaba de iniciar esta política a fin de cooperar con los gobiernos dispuestos a introducir estos cambios estructurales. ¡No bastan las fuerzas del mercado! Véase una referencia a este asunto en la llamada (1) de la parte sobre Reflexiones Finales.

mento de las remuneraciones. Los factores de que se trata son de origen externo o interno. Tiene significación esta diferencia, por cuanto en el primer caso el alza de precios es la expresión de un quebranto para el conjunto de la economía, en tanto que el segundo, el de los factores internos, se trata principalmente de una transferencia interna de ingresos.

Como quiera que fuere, en el juego de las leyes del mercado el perjuicio afecta sobre todo a la fuerza de trabajo. Y ésta se empeña en resarcirse a expensas del excedente, sea de su ritmo de crecimiento o en desmedro de su misma cuantía, según fuere el avance estructural.

### *Los factores externos*

Hemos mencionado varias veces la vulnerabilidad exterior de la periferia. Bajo la influencia del ciclo de los centros, a una fase de ascenso sigue otra de contracción. La contracción provoca o acentúa el déficit fiscal y éste trae consigo una presión inflacionaria que provoca el desequilibrio exterior y lleva finalmente a la depreciación monetaria.

Pero no es esto solamente. La contracción pone de manifiesto la tendencia persistente al estrangulamiento externo del desarrollo, sobre lo que volveremos al ocuparnos de las relaciones centro-periferia. Para corregir esta tendencia se acude a la sustitución de importaciones y al estímulo de las exportaciones y la depreciación cumple este propósito. Pero en forma transitoria mientras no se reajustan las remuneraciones, además de otro efecto adverso que se mencionará a su tiempo. Tiene entonces que efectuarse deliberadamente una nueva depreciación o acudir a la protección o el subsidio, según el caso.

Como quiera que fuere, el encarecimiento resultante de los precios recae principalmente sobre la fuerza de trabajo. Ésta es la que paga el costo del reajuste externo mientras carezca de poder de resarcimiento.

Es cierto que, gracias a este reajuste, el desarrollo puede tener un ritmo superior al que de otro modo hubiera tenido, o sea que hay un aumento neto de ingreso. Y si el costo de tal reajuste tiende a recaer sobre la fuerza de trabajo, como dijimos, se debe a la inequidad esencial del sistema.

El sistema funciona así. El alza de precios es la forma de defender el excedente a fin de que pueda cumplirse aquella exigencia dinámica de acrecentarlo continuamente, y a que tantas veces nos hemos referido.

En el caso de la contracción de origen exterior, la depreciación monetaria tiene la virtud de corregir o al menos atemperar el descenso de

precios de las exportaciones. Y este restablecimiento del excedente de los productores influye también favorablemente sobre todo el excedente. Pero no es nuestro propósito adentrarnos en esta materia, sino mencionar un fenómeno importante: el deterioro de la relación de precios de las exportaciones.

A veces este deterioro es transitorio y a veces es una tendencia persistente. Ésta ocurre cuando la oferta, sobre todo por el incremento de la productividad, aumenta más allá de lo que permite el incremento de la demanda internacional. El debilitamiento que así suele ocurrir en el crecimiento de las exportaciones acentúa la tendencia hacia el estrangulamiento exterior. Y obliga a mayores reajustes estructurales sobre cuya incidencia ya nos hemos referido.

El mismo problema se plantea cuando el deterioro se debe al encarecimiento de las importaciones. Es lo que viene sucediendo debido al alza de los precios del petróleo y de la subida inflacionaria del precio de las importaciones provenientes de los centros. Hay dos aspectos muy serios en este problema. De un lado, sus efectos internos sobre costos y precios. Aun cuando en regímenes de fuerza se hayan comprimido las remuneraciones, estos efectos han contribuido notablemente a amplificar la espiral inflacionaria, como se verá en otro capítulo. De otro lado, sus efectos externos. El desequilibrio exterior impone reajustes extraordinarios que dan más vuelo a la espiral. Estos reajustes, en el estado precario en que se encuentra la economía internacional, son muy difíciles y prolongados. Y mientras se cumplen tiene que acudir a recursos financieros internacionales, tanto para cubrir el desequilibrio como para hacer frente a las inversiones que tales reajustes exigen. Recursos cuyo alto costo agregan un elemento más a la presión inflacionaria. Evidentemente, el sistema no está preparado para el reparto equitativo de las consecuencias adversas de todo esto.

#### *Los factores internos*

En otro lugar se ha mencionado la tendencia a la elevación de los arriendos que el aumento del ingreso y la concentración urbana han traído consigo. Esto suele significar una considerable transferencia de ingresos en favor de los propietarios de la tierra. Y contribuye a dar más intensidad a la presión redistributiva, ya sea porque sus efectos desfavorables recaen directamente sobre la fuerza de trabajo o porque inciden sobre los costos de producción y elevan los precios.

Un fenómeno parecido acontece a veces en el caso de la tierra agrícola. La renuencia al progreso técnico, que suele ocurrir cuando la propiedad se concentra en pocas manos o se dispersa en el minifundio, contribuye a dar gran rigidez a la oferta de productos. De tal modo que, cuando la demanda crece persistentemente, suben los precios con efectos análogos a los del caso anterior.

En uno y otro caso se acrecienta la renta del suelo. En última instancia es el incremento de la productividad en el resto de la economía y el crecimiento de la población lo que explica este fenómeno. De todos modos el alza directa o indirecta de los precios afecta en gran parte a la fuerza de trabajo y cuando ésta ha adquirido poder redistributivo acentúa la espiral.

Las consecuencias inflacionarias de estos fenómenos de rigidez de oferta, a los que podrían agregarse los que surgen de combinaciones que limitan la competencia restringiendo la producción, despertaron justificada atención en los primeros estudios de la CEPAL. Comenzó a verse entonces que la inflación no sólo provenía de abusos crediticios del Estado o de la actividad privada, sino que resultaba asimismo de serios factores estructurales como los que se han mencionado, así como de otros, especialmente los que surgían de la gran vulnerabilidad exterior de la economía.

Esta primera visión de la influencia de factores estructurales habría de llevarnos, con el andar del tiempo, a encontrar las raíces de la inflación social en la conformación y mutaciones de la estructura social y en las relaciones de poder que de ellas se desprenden.

### III. EL RESTABLECIMIENTO DEL EXCEDENTE Y LA INFLACIÓN BAJO UN RÉGIMEN AUTORITARIO

#### 1. LAS CRISIS ESTRUCTURALES Y LAS CRISIS COYUNTURALES

MÁS DE una vez se me ha preguntado si el empleo de la fuerza con que se pretende salir de la crisis estructural del sistema no significa la repetición del fenómeno que tantas veces ha ocurrido en la historia de nuestros países. Si volvemos la mirada hacia atrás comprobamos, en efecto, que los grupos dominantes cuyo poder político venía debilitándose por la participación creciente de los estratos intermedios, aprovechan los trastornos del sistema para recuperarlo acudiendo a la fuerza, cuando no podían hacerlo por las vías institucionales.

No cabe duda que este empeño en recuperar una hegemonía debilitada es también una manifestación de la crisis estructural del sistema. Pero hay en ello un elemento nuevo: el poder redistributivo que adquiere la fuerza de trabajo antes desfavorecida cuando avanza sin trabas el proceso de democratización. He procurado demostrar que, dada la índole del sistema, la solución de la crisis depende de la eliminación de ese poder mediante el empleo de la fuerza, esto es, de un verdadero retroceso en el movimiento de democratización que acontece en el curso avanzado de las mutaciones estructurales. Por eso hablamos de una crisis estructural.

Hay que distinguir esta crisis estructural de las crisis coyunturales a que el sistema está siempre expuesto. Me refiero principalmente a fenómenos provocados por la coyuntura exterior o por la inflación de tipo tradicional. Estos fenómenos ocurren en las distintas fases de las mutaciones estructurales, tanto en aquellas en las cuales no hay poder redistributivo o es muy débil, hasta las fases avanzadas que antes decíamos, en las que el poder redistributivo es muy fuerte. En este último caso contribuyen esas crisis coyunturales a agravar la crisis estructural.

Estas crisis coyunturales suelen ir acompañadas también de cambios políticos en las distintas fases de la evolución del sistema.

Cuando domina sin mayor contrapeso el poder de los estratos superiores estos cambios son simples desplazamientos dentro de tales estratos, ya sea por vías institucionales o el recurso a la fuerza, recurso en que se manifiesta generalmente la inmadurez política de nuestros países.

En la evolución del sistema se forman y fortalecen los estratos interme-

dios y se despierta su conciencia política. Pero los grupos sociales dominantes se resisten a que este proceso se abra paso en la estructura de poder. Lo hacen para preservar la integridad de su poder económico, social y político y la constelación de valores que suele rodearlos. El proceso de democratización, cuando pugna por desenvolverse, está sujeto a manipulaciones y falsamientos que tratan de contrarrestarlo a fin de asegurar la continuación hegemónica de tales estratos. Y si al avanzar las mutaciones estructurales no se ofrecen vías institucionales que permitan la inserción de los estratos intermedios en la estructura del poder político, suele acudir al empleo de la fuerza para lograrlo, esto es, para impulsar progresivamente la democratización.

Nótese de pasada en contraste con lo anterior, que en la crisis estructural el empleo de la fuerza es regresivo, pues su propósito es suprimir el poder redistributivo que en el curso del tiempo han ido adquiriendo principalmente los estratos intermedios.

Como quiera que fuere, los grupos que llegan al poder, en una u otra forma, se proponen superar las crisis coyunturales. Se recurre entonces a medidas que recaen en gran parte sobre las masas populares. Pero como éstas carecen de poder redistributivo es posible restablecer después de cierto tiempo el funcionamiento regular del sistema. No hay que suprimir un poder redistributivo que sencillamente no existe o es incipiente. El empleo de la fuerza responde esencialmente a designios políticos y si se mantiene después de superar la crisis coyuntural no es por una exigencia dinámica del sistema sino para volver al disfrute del poder.

Bastan estas escuetas consideraciones para persuadirse que la crisis estructural que se manifiesta en la inflación de tipo social es muy diferente. Y si después de esta crisis estructural se vuelve de alguna manera a la así llamada normalidad institucional no con ello habrán desaparecido los factores que han traído la crisis. Como que son factores estructurales que no podrían erradicarse sin la transformación del sistema.

La afirmación que acabo de hacer será sin duda desconcertante para quienes creen que el ingente costo político y social del empleo de la fuerza es inevitable si se ha de dar al sistema un impulso decisivo que, con el andar del tiempo, permita resolver los graves problemas de inequidad social.

En verdad, se concibe que el sistema adquiera gran vigor y ha habido casos concretos en que parecía haberse emprendido un camino definitivo hacia la eliminación de los grandes obstáculos que se oponen al desarrollo. Todo está en que la comprensión de las remuneraciones no sólo restablezca sino acreciente el excedente. Con lo cual es posible acumular más y, a la

vez, exaltar la sociedad privilegiada de consumo. ¿Pero por qué no se ha podido proseguir ese camino? No se trata solamente del ritmo de desarrollo sino de la misma inflación. ¿Por qué no ha logrado extirparse a pesar del empleo de la fuerza?

Me propongo contestar estas preguntas. Advierto desde ahora que me abstengo de examinar lo que sucede en tal o cual país, no porque este examen carezca de interés —que lo tiene muy grande— sino porque estoy ocupándome en general de la dinámica de un sistema y sus trastornos. Espero, sin embargo, que mi análisis, en este como en otros aspectos, permita interrogar correctamente la realidad de cada caso concreto.

## 2. EL ESTABLECIMIENTO DEL EXCEDENTE Y LA INFLACIÓN

### *El interés de los grupos dominantes*

Uno de los objetivos primordiales del uso de la fuerza ha sido combatir la inflación, lo cual tendría la virtud de restablecer aquella exigencia dinámica fundamental de acrecentamiento continuo del excedente. Pues bien, se logra cumplir con mayor o menor eficacia esta exigencia dinámica, pero sin extirpar la espiral inflacionaria. Ésta ha probado ser muy obstinada, si bien se consigue a veces atenuar su intensidad.

He llegado a esta conclusión que no vacilo en exponer sin ambages. Lo que interesa básicamente a los grupos sociales dominantes es restablecer y acrecentar el excedente. Este propósito se cumple comprimiendo las remuneraciones por el Estado y dejando que los precios busquen su propio nivel de acuerdo con las leyes del mercado. Si se procede con gran firmeza en materia de remuneraciones el alza de los precios permite restablecer el excedente y conseguir aún su crecimiento.

De ocurrir así, la autoridad monetaria podría recuperar el papel estabilizador que había perdido en el curso avanzado de la inflación social. Sin embargo, hay intereses de poderosos grupos sociales que se sobreponen a aquélla, si es que realmente se proponía cumplir ese papel.

Impulsadas por esos intereses continúan o sobrevienen otras formas de inflación. Se trata generalmente de una violación de principios de ortodoxia fiscal y monetaria cuya aplicación podría evitar o eliminar esas formas viciosas de inflación, que se manifiestan en diferentes maneras. Las principales conciernen al déficit fiscal y al abuso crediticio a favor de intereses privados.

Además de estas formas viciosas de inflación, intervienen aquellos factores externos e internos que mencionamos en el capítulo precedente, los cuales, si bien son ajenos a la presión redistributiva, contribuyen a veces con gran intensidad a la espiral inflacionaria. El sistema, por su naturaleza, no está preparado para hacer frente a esos fenómenos.

Suele presentarse en todo ello cierto dogmatismo en la concepción de medidas con las que se pretende combatir la inflación, así como la aplicación irracional de ciertos principios. Pasaremos ahora a examinar primero tales formas viciosas de inflación.

### *El déficit fiscal*

La compresión de las remuneraciones, por más que permita atacar la inflación de índole social, no resulta eficaz para eliminar la inflación debida al déficit del Estado. Y si no se corrige el déficit, puede continuar la inflación, siempre que no vulnere el crecimiento del excedente. Cumplida esta condición el sistema demuestra tolerancia a este tipo de inflación dentro de ciertos límites.

La corrección del déficit, en la medida en que no se reducen los gastos e inversiones del Estado haría necesario, en plena ortodoxia fiscal, aumentar la carga tributaria. Pero los estratos superiores son renuentes a afectar en esta forma la plenitud del excedente. Y si hay resistencia asimismo a la reducción de los gastos e inversiones del Estado, sólo queda seguir cubriendo inflacionariamente el déficit.

En fin de cuentas, esta inflación es claramente regresiva. Pues mientras se evita comprimir con el impuesto el consumo de quienes están en condiciones más holgadas para soportarlo, se comprime el de la fuerza de trabajo y otros grupos sociales. Tal es la consecuencia socioeconómica de un hecho político: la supresión del poder distributivo de la fuerza de trabajo.

Sin embargo, por más fuerte que sea el régimen autoritario no podría escapar a ciertos límites en la compresión regulada de las remuneraciones. Ya éstas han debido retroceder, no sólo en lo que habían logrado genuinamente en su presión de compartimiento, sino también para resarcirse de las consecuencias adversas de la hipertrofia del Estado.

Recuérdese en efecto, que aunque el Estado haya avanzado en ese compartimiento mucho más que la fuerza de trabajo, el retroceso no es proporcional al avance. En la medida en que no se comprimen los gastos e inver-

siones de aquél, la fuerza de trabajo se ve forzada a reducir su propio consumo para restablecer el excedente.

Esto es lo que interesa fundamentalmente a la dinámica del sistema. Como quiera que haya sido el compartimiento se restablece esta dinámica a expensas de la fuerza de trabajo. Por cierto que esta forma de inflación podría evitarse si los gravámenes recayeran directamente sobre la fuerza de trabajo, acentuando el desmedro ya sufrido en sus remuneraciones y sin que ella pueda resarcirse. Pero resulta más expeditivo proseguir el camino de la espiral inflacionaria, pues si bien suben los precios, se mantiene siempre la ilusión de resarcimiento por el alza de las remuneraciones.

Más aún, al excedente que proviene del aumento de la productividad se agrega ahora un suplemento inflacionario debido a la expansión monetaria con que se cubre el déficit. Razón de más para que los grupos dominantes no objeten la solución inflacionaria, al menos mientras no lleve a graves trastornos.

Bien sabemos que la espiral tiende a ampliarse continuamente. Pero ello no tiene por qué afectar la dinámica del excedente genuino mientras se mantenga, o se dilate, el margen entre precios libres y remuneraciones reguladas.

Suele atribuirse al populismo la responsabilidad del déficit fiscal. Hay mucho de verdad en ello: otro argumento más para preconizar el empleo de la fuerza. El populismo acrecienta los gastos del Estado para aumentar espuriamente el empleo o los ingresos de sus clientelas electorales. Pero al mismo tiempo beneficia inflacionariamente a quienes se apropian del excedente, abultado esta vez por el alza de precios. Así es el populismo ambivalente. Sus consecuencias recaen en última instancia sobre la fuerza de trabajo aunque no en forma homogénea, como bien se sabe.

La inflación no es un instrumento de equidad distributiva. Y siempre favorece a los grupos dominantes y hace surgir nuevos grupos, especialmente financieros y especulativos, que se agregan a los que ya existían. Son los grupos influyentes que, en un régimen de fuerza, resisten las medidas que la ortodoxia monetaria aconseja correctamente para vencer la inflación de origen fiscal.

Compréndese pues la persistencia de la inflación tradicional bajo un régimen de fuerza. Persistencia explicable sobre todo por haberse eliminado el poder político de gran parte de la masa perjudicada.

*El abuso del crédito en la esfera privada*

Lo mismo podría decirse de la inflación que surge de la demanda abusiva de crédito en el sector privado: clara violación de la ortodoxia monetaria. Pues ésta se opone a la expansión crediticia para costear inversiones de capital fijo o acrecentar el consumo. Sigue siendo válido el viejo principio según el cual estas operaciones tienen que cubrirse con ahorro genuino. Y si este principio se viola se debe a que la autoridad monetaria no ha sabido o no ha podido resistir a la presión de intereses.

Como observación de pasada conviene anotar que el desarrollo de la industria automotora y de otros bienes duraderos suele tener una gran influencia en este tipo de abuso crediticio destinado al consumo. El propósito de las empresas de estimular o mantener sus ventas y la presión de ciertos grupos sociales lleva a una expansión claramente inflacionaria de la cual es muy difícil salir.

En efecto, ocurre una deformación del aparato productivo en perjuicio de los vastos grupos sociales perjudicados por el alza de precios. Corregir esta deformación, como explicamos en otro lugar, lleva necesariamente a un receso o una contracción que, si bien son transitorios perjudican a la fuerza de trabajo y, además, a las empresas afectadas. He aquí el costo inevitable de la violación de la ortodoxia monetaria. ¡Pero guardémonos de generalizar!

*Otros factores de continuación de la inflación*

Ya nos hemos referido en el capítulo anterior a los factores externos e internos que traen consigo la subida de ciertos precios independientemente de la presión redistributiva. Se trata de alzas directas de precios o indirectas, a través del encarecimiento de los costos de las empresas.

Recuérdese que cuando la presión redistributiva no se presenta todavía o es muy débil, esos aumentos recaen sobre la fuerza de trabajo desfavorecida. Ésta no puede resarcirse salvo cuando este fenómeno se presenta súbitamente y con gran intensidad.

En cambio, cuando es fuerte el poder redistributivo el reajuste de las remuneraciones acentúa la espiral que acompaña a la inflación social, si bien en ciertos casos sería suficiente para provocar aquélla.

Estos factores externos o internos explican también, como en el caso anterior, la continuación de la inflación a pesar de haberse sofocado el poder redistributivo. Es cierto que una mayor compresión de las remuneraciones

permitiría hacer recaer sobre la fuerza de trabajo las consecuencias adversas de estos factores.

Si ello no sucede se debe a lo que explicamos en el caso del déficit fiscal. La inflación continúa y resulta tolerable a los grupos sociales dominantes siempre que deje un creciente margen entre precios y remuneraciones para que pueda cumplirse la exigencia dinámica de acrecentar el excedente. El permitir el alza de remuneraciones, también en este caso, ofrece un alivio periódico a la fuerza de trabajo desfavorecida. Y aunque una nueva subida de los precios compensa este resarcimiento, se mantiene siempre la ilusión de un nuevo reajuste de remuneraciones. Tal es uno de los aspectos interesantes de la psicología de la inflación.

No podría omitir la mención de otros motivos de continuación de la inflación. Mencionaré dos de ellos. El retardo en la corrección de ciertas manifestaciones de inflación reprimida y la indización.

Lo primero concierne sobre todo al tipo de cambio. Si no se ha reajustado cuando se comprimieron las remuneraciones, lo cual hubiera permitido hacer incidir directamente sus efectos sobre la fuerza de trabajo, su reajuste posterior lleva a continuar la espiral por las consideraciones que acabamos de formular. Lo mismo sucede en materia de subsidios o precios fijados a artículos y servicios de consumo y en otros casos muy conocidos de inflación reprimida.

La indización ha llegado a constituir un elemento de inflación institucionalizada. Si suben los precios por obra de esos factores internos o externos que se dijo o por éstos u otros reajustes postergados, la indización contribuye a dar mayor impulso a la espiral inflacionaria. Y es claro que ello conduce fatalmente a reajustar las remuneraciones siempre que no afecten el crecimiento del excedente.

También se discurre acerca de las expectativas inflacionarias. Y no se carece de razón. Las empresas, principalmente, se acostumbran a anticipar la subida de los precios y con ello imprimen más intensidad a la espiral. Y cuando se acude a la ortodoxia para combatir la espiral, como se verá en seguida, suele pensarse que una brusca e intensa restricción terminará quebrando esas expectativas. Acaso sea así. Pero como a esa restricción sigue una nueva expansión crediticia, resulta que la autoridad monetaria no sólo pierde prestigio sino credibilidad.

## 3. LA RESTRICCIÓN CREDITICIA EN UN RÉGIMEN DE FUERZA

Hemos procurado explicar por qué continúa la inflación a pesar de la supresión del poder redistributivo. Trátase de elementos que se combinan en diversas formas en la realidad.

Como quiera que fuere, creo que lo explicado es suficiente para comprender por qué continúa la inflación con gran desconcierto de quienes esperaban que la compresión de las remuneraciones terminaría con ella.

¿Qué puede hacer en tales circunstancias la autoridad monetaria? Si la continuación de la inflación se debiera solamente a la violación de los principios ortodoxos en lo que atañe a la actividad privada, esos mismos principios aconsejan cómo terminar con ella. Pero esta violación, cuando existe, suele agregarse al déficit fiscal y a aquellos otros factores externos o internos que tanto influyen en la prolongación del proceso inflacionario. Todo ello contribuye a que la espiral adquiera gran amplitud y se vuelva cada vez más difícil la posición de la autoridad monetaria. No puede ésta sobreponerse al Estado y a las fuertes presiones que gravitan sobre él, a fin de aplicar medidas fiscales para eliminar el déficit. Ni tampoco puede contrarrestar aquellas alzas de precios que, si bien son ajenas a la presión redistributiva, traen consigo el aumento de remuneraciones.

En tales condiciones, la autoridad monetaria deja que la espiral siga su curso. Pero los trastornos crecientes que ésta trae consigo la deciden a intervenir mediante una restricción crediticia. Ya se trate de la espiral provocada por el déficit o por aquellos aumentos de remuneraciones, los efectos son contraproducentes. Veámoslo en seguida. En lo que concierne al déficit, continúa el proceso, aunque en algunos casos se atenúe, y sobreviene el desempleo. No repetiremos aquí la explicación que dimos en el capítulo anterior. Basta recordar que la creación de dinero proveniente del déficit fiscal origina la necesidad de crear más dinero —y no menos dinero— para ampliar la corriente monetaria que requieren las empresas a fin de acrecentar la producción en proceso. Y si no se obtiene esta ampliación sobreviene el receso o la contracción con el consiguiente desempleo de fuerza de trabajo.

He aquí un hecho paradójico. No se extirpa el déficit para evitar la desocupación en la órbita del Estado. En tanto que la acentuación de la inflación termina provocando desocupación en la órbita del mercado. Sólo que en un caso los que siguen ocupados tienen en gran parte poder social, además de conllevar cierto poder político. Mientras que los desocupados se han visto privados de poder sindical y político en el Estado autoritario.

También son contraproducentes las consecuencias de la restricción crediticia cuando en la espiral intervienen aquellos factores externos o internos de aumentos de precios que llevan al aumento de las remuneraciones aun en un régimen de fuerza. La restricción crediticia no logra eliminar esos aumentos de precios pero trae también el receso o la contracción como en el caso anterior, aun cuando se hubiera eliminado el déficit.

Bajo un régimen de fuerza la autoridad monetaria tampoco escapa a un trágico dilema. Si deja seguir su curso a la espiral, se le responsabiliza de la inflación. Y si restringe el crédito con algún efecto moderador de aquélla en el mejor de los casos, se le acusa de provocar el desempleo. Y cuando la presión de la fuerza de trabajo y de las empresas (y acaso un remordimiento de conciencia) lleve posteriormente a la autoridad monetaria a relajar los resortes del crédito con la consiguiente acentuación del impulso inflacionario, se dirá que aquélla es vacilante y carece de persistencia de propósitos.

Al escribir estas líneas confieso que hay en mí un fondo recóndito de simpatía hacia quienes deben afrontar una enorme responsabilidad sin disponer de los medios eficaces para desempeñarla, tal vez por haber tenido yo la misma responsabilidad en tiempos ya muy lejanos y propios a la ortodoxia monetaria. Y extendiendo asimismo esta actitud a los expertos del Fondo Monetario Internacional. Lo hago con la esperanza de que, unos y otros, examinen con profunda objetividad estos problemas. Abrigo la esperanza de convencerles de que no hay salida en el presente régimen de apropiación y redistribución del excedente. Y si no se convencen de ello: ¿cuál sería la solución? Si la encuentran y ella es compatible con la equidad distributiva y la democratización, ¿no está dicho que no pueda convertirme!

Confieso, sin embargo, que mi simpatía se desvanece frente a ciertas técnicas con las que se aplica a veces la restricción monetaria.

#### 4. LAS ABERRACIONES DE LA LUCHA CONTRA LA INFLACIÓN

##### *La elevación de las tasas de interés y el aperturismo financiero*

¿Qué tipo de política restrictiva se escoge para contener la inflación? Atañe esta pregunta, tanto a las restricciones que se aplican directamente reduciendo el ritmo de la expansión monetaria o disminuyéndola, según las circunstancias, como a la que se persigue mediante la elevación de las tasas de interés. La elevación de las tasas ha adquirido importancia en algunos

casos. Sin embargo no significa necesariamente que disminuya la demanda de dinero. Tenderá más bien a aumentar por el mayor costo que ello significa para las empresas y que éstas tratarán de trasladar a los precios.

¿Por qué se acude entonces a la elevación de las tasas? Creo que hay en esto una lamentable confusión teórica impulsada frecuentemente por la presión de ciertos intereses.

Se habla en efecto de la necesidad de tasas reales de interés no sólo para contener la expansión inflacionaria, sino para dar incentivos al ahorro protegiéndolo de las consecuencias de la inflación.

Este argumento parecería correcto; pero sólo hasta cierto punto. Pues no todo el dinero que prestan los bancos proviene del ahorro. Gran parte es el resultado de su propia creación de dinero. Así pues, el alza de las tasas de interés acompañada de un creciente volumen de crédito engrosa extraordinariamente las ganancias de aquéllos.

Pero no es eso solamente. Las tasas elevadas atraen recursos del exterior. Y estos recursos alivian o compensan los efectos de la política restrictiva. A las ganancias extraordinarias de los bancos se agregan entonces las de las compañías financieras y las grandes empresas que tienen acceso directo al mercado de euromonedas.

Si realmente se persigue aplicar una política restrictiva, sería preferible aplicar directamente estas restricciones, sin elevar desmesuradamente las tasas de interés. Sin embargo, se pretende evitar la ganancia extraordinaria de las empresas productoras haciéndoles pagar esas tasas elevadas. Pero en cambio se da gran impulso a las ganancias extraordinarias de los bancos y las empresas financieras.

Como quiera que fuere, cabe preguntar quiénes pagan en última instancia estas ganancias extraordinarias. En la medida en que el alza de interés se traslada sobre los precios y las remuneraciones siguen reguladas por el Estado, el costo de esta política de tasas elevadas recae sobre la fuerza de trabajo desfavorecida. Dicho en otros términos, la elevación de las "tasas reales" de interés lleva a una mayor compresión de las "remuneraciones reales". Por más que el Estado comprima estas remuneraciones, la continuación del déficit sigue elevando los precios, con lo cual las tasas reales de interés tendrán que seguir siendo muy altas. ¿Hasta qué punto podrán seguir descendiendo las remuneraciones reales? Aun bajo gobiernos de fuerza no es posible hacerlo más allá de ciertos límites. Tendrá pues que sobrevenir un reajuste con la consiguiente espiral.

Pero no es sólo la presión social lo que impulsa este reajuste, sino la de las empresas productoras de bienes para la fuerza de trabajo desfavorecida.

En efecto, la distribución regresiva del ingreso que este tipo de política restrictiva ha traído consigo, lleva a una seria deformación de la estructura productiva. Se ven favorecidas las industrias y demás actividades que responden a la demanda de los grupos sociales favorecidos, mientras ocurre lo contrario en lo que atañe a los grupos sociales perjudicados. Compréndase pues que las empresas que sufren las consecuencias adversas de este fenómeno apoyen las exigencias del reajuste de las remuneraciones. Se alienta nuevamente la espiral con sucesivas alzas de precios y de remuneraciones siempre que no se vulnere el margen del excedente genuino.<sup>1</sup>

Desde otro punto de vista, la técnica de elevación de tasas de interés trae como consecuencia otro fenómeno impresionante de hipertrofia, que ya no es del Estado, sino del aparato bancario, financiero y especulativo. Esas ganancias tan abultadas de bancos y empresas financieras dilatan exageradamente su personal y sus ingresos. Y además llevan a operaciones especulativas de toda suerte, especialmente las de tierras rurales y urbanas y las construcciones de lujo, lo cual acentúa la hipertrofia; operaciones que suelen promoverse también con la expansión crediticia.

Como quiera que fuere, aquellas diferencias de interés que se obtienen gracias a recursos del exterior, así como las que provienen de recursos internos, traen consigo un verdadero fenómeno de expropiación capitalista, un tanto singular porque es expropiación de un grupo capitalista por otro. En efecto, las empresas financieras mediante los elevados tipos de interés expropián a las empresas productoras favorecidas por la recuperación del excedente gracias a su compresión de las remuneraciones. Y como esta compresión no suele resultar suficiente, las empresas productoras, para sobrevivir, tratarán de elevar los precios dando nuevo impulso a la espiral. Y en la medida en que la afluencia de dinero del exterior sólo compensa una parte de la restricción crediticia, las empresas que más sufren esta restricción, a saber las medianas y pequeñas, tendrán que reducir más aún el ritmo o la cuantía de la producción en proceso, a costa del empleo de fuerza de trabajo.

Este fenómeno tiene una significación que va más allá de una simple manipulación financiera. Pues pone de manifiesto un importante cambio estructural. Gracias a aquellas ganancias, los grupos favorecidos adquieren una poderosa gravitación en el Estado autoritario; tan poderosa que prevalece sobre el desconcierto de quienes se ven perjudicados en sus intereses. Mientras se resiente la actividad económica se incorporan así a la sociedad privilegiada de consumo esos nuevos grupos favorecidos, así como quienes

<sup>1</sup> Véase al respecto en el Apéndice a este capítulo los interesantes comentarios de Reynaldo Bajraj.

forman parte de la formidable constelación de intereses que se mueve en torno a ellos. En consecuencia, no habría que ver en esto sólo una contradicción en una política monetaria que, por un lado se propone restringir y, por otro, alienta la afluencia de recursos exteriores. Se trata en verdad de una contradicción que beneficia a aquellos grupos bancarios y financieros, o sea de una operación bien articulada de participación de los nuevos grupos sociales en la recuperación del excedente de las empresas productoras. Participación insospechada que contribuye notablemente al prestigio de la tecnocracia dirigente en los círculos financieros internacionales.

Y también al prestigio interno de todos los que disfrutan así en una u otra forma de la sociedad privilegiada de consumo. Digo esto porque aquella afluencia de recursos exteriores permite una amplia liberalización de las importaciones, por más que perjudique a la industria por la rebaja de aranceles.

Es la exaltación de la sociedad privilegiada de consumo, merced al mercado de euromonedas.

Es claro que la salida de divisas contribuye a atenuar la expansión inflacionaria de dinero, lo cual no deja de intrigar a quienes razonan con cierta objetividad. Se alienta primero la expansión con el flujo de recursos exteriores, y después se la atenúa con su reflujo. Y entre esos dos movimientos opuestos, ¡se impulsa el consumo imitativo de los centros!

### *La sobrevaluación monetaria*

Diré algunas palabras ahora acerca de la sobrevaluación monetaria. Muy extraño es que se haya vuelto a caer en esta práctica que en tiempos pasados ha perjudicado el comercio exterior y el desarrollo. Es una práctica de inflación reprimida. Mientras suben los precios internos se trata de mantener estables los tipos de cambio. Práctica condenada con toda razón por la ortodoxia monetaria.

Pues bien, para atenuar la inflación, según se dice, se recurre nuevamente a la sobrevaluación. Es cierto que cuando están reguladas las remuneraciones de la fuerza de trabajo, ello podría compensar los efectos adversos de la sobrevaluación sobre las exportaciones y la producción interna que compite con las importaciones. Pero dentro de ciertos límites que suelen sobrepasarse. Suelen sobrepasarse sobre todo cuando las remuneraciones tienen que cargar con las consecuencias de las altas tasas de interés. Todo ello resulta muy pesado en ciertos casos. Y no obstante la supresión del

poder sindical y político, el Estado se ve precisado a autorizar ciertos reajustes de remuneraciones como se ha explicado en otro lugar. Así, las empresas se ven comprimidas entre dos fuerzas contrarias: por un lado la sobrevaluación y la elevación de las tasas de interés, por otro, esos reajustes de remuneraciones. No es extraño que tengan que reducir la producción con el desempleo consiguiente.

No puede ser más contraproducente esta política, por donde se la mire. Pretende atenuar la inflación con el aumento del ritmo de importaciones y el debilitamiento de las exportaciones en desmedro del ritmo de la producción, esto es, de la oferta, mientras crece inflacionariamente la demanda.

### *El aperturismo comercial*

Hay algo más que decir acerca de los efectos adversos de ciertas medidas que se toman en nombre de la ortodoxia. En ciertos casos, además de la manipulación de los tipos de cambio, se ataca la protección industrial bajo el signo de las leyes del mercado en el campo internacional.

Se está volviendo a la teoría pretérita de la división internacional del trabajo y se reniega de la protección. Que ésta haya sido exagerada y abusiva, lo venimos diciendo de mucho tiempo atrás, como hemos impugnado también su asimetría: proteger con subsidio las industrias sustitutivas sin estimular igualmente las actividades exportadoras. Pero no se trata de eliminar el subsidio ni a la una ni a la otra, sino volverlo racional. En otros capítulos reiteramos las razones que nos asisten para afirmarlo.

Bástenos subrayar aquí que la protección tiene que ser moderada. No cabe duda que hay que sanear la industria estimulando su eficiencia. Pero no se logra este propósito destruyéndola en desmedro del gran esfuerzo cumplido, y sobre todo del ritmo de desarrollo y de ocupación. Recuérdese que el ritmo de desarrollo de la América Latina desde la gran depresión mundial de los años treinta ha sido muy superior al ritmo de las exportaciones gracias a la sustitución de importaciones. El mayor costo de la producción interna ha sido ampliamente superado por el crecimiento mucho mayor del producto social.

Por donde se mire se trata de una política extraviada. Atráigase a nuestras playas la industria más eficiente del mundo brindándole una moderada protección para compensar la estrechez del mercado. Bien. Pero sométasela en seguida a elevados tipos de interés y, además, a una fuerte dosis de sobrevaluación monetaria a fin de que se desenvuelva sanamente. Sólo podrá

sobrevivir, si se comprimen más y más las remuneraciones de la fuerza de trabajo a fin de llegar a un mínimo de rentabilidad. ¡Libre juego de las leyes del mercado y remuneraciones fuertemente reguladas!

Sin embargo, mal podría generalizarse. Hay otros países en que no se han resucitado aquellas teorías pretéritas que creímos superadas. Se sigue una política de franco estímulo a las exportaciones y, al mismo tiempo, no sólo se apoya a las industrias existentes, sino que se crean nuevas industrias sustitutivas. Gracias a ello se ha podido proseguir el desarrollo, si bien con ritmo menor, a pesar de la adversidad de las condiciones exteriores.

En mi larga existencia he visto las más variadas manifestaciones de dirigismo, provocado a veces por la vulnerabilidad exterior y a veces por simple intervencionismo insensato. ¡Pero confieso que no había visto jamás un dirigismo que se practicara paladinamente bajo la égida de los principios neoclásicos, la ortodoxia monetaria y el concepto del Estado prescindente!

#### APÉNDICE

##### *El sentido de la política económica restauradora*

*Comentario de Reynaldo Bajraj*

En la descripción del capitalismo periférico y su funcionamiento el Dr. Prebisch encuentra útil hacer, entre otras cosas, una clasificación de empresas por tamaño y por grado de avance técnico; a ella sugiero agregarle una distinción según los estratos sociales a los que está dirigida su producción. Y esto no por dar más riqueza de detalle a la descripción, ni mucho menos por el solo gusto de clasificar, sino porque permite explicar una característica del ciclo de avances democráticos, acompañados por el menoscabo del excedente —inflación y desequilibrio externo— recurso a la fuerza —restauración del excedente— posterior avance de la democratización y el compartimiento, etc., al que alude varias veces el Dr. Prebisch. En efecto, en el escenario latinoamericano típico por él descrito, observamos empresas cuya producción directa e indirectamente está dirigida de modo preponderante a los estratos sociales inferior e intermedio, por oposición a aquellas que dependen de la demanda de los estratos superiores. Las primeras atienden quizás a la mayoría numérica de la población, pero a una fracción minoritaria del poder adquisitivo, digamos que a menos de la mitad del consumo

y a nada de la inversión y las exportaciones. El otro tipo de empresas atiende la mayor parte de la demanda, es decir más de la mitad del consumo y todos los otros componentes de la demanda final.

El primer grupo de empresas entra en auge cuando aumenta el compartimiento del excedente por parte de los estratos inferior y medio, o sea, en los períodos políticos democráticos. Su tasa de ganancia es mayor cuando la tasa de ganancia promedio de la economía se reduce y eso las diferencia fuertemente tanto en las actitudes como en las preferencias de las empresas del segundo grupo.

No obstante, cuando llega la fase de agudización de la inflación y del desequilibrio externo, las empresas del primer grupo son afectadas por el descalabro económico concomitante de modo no menos fuerte que las del segundo grupo. Esto, unido a su menor fuerza relativa, hace que no quieran ni puedan contrarrestar la tendencia empresarial dominante de recurrir a una ruptura institucional, con recurso a la fuerza, para restablecer el "orden" y el excedente; aunque sepan que serán las más golpeadas por la fase recesiva y la redistribución regresiva que sigue al cambio político.

Hasta aquí la distinción de los dos tipos de empresas no parece agregar mucho a la descripción y explicación del ciclo. Sin embargo, el papel de las empresas dedicadas al mercado interno de los estratos inferior y medio se vuelve muy activo en una fase subsiguiente del ciclo. Nos muestra el Dr. Prebisch cómo el restablecimiento de la dinámica de acumulación engendra, a partir de las capas intermedias y el poder sindical de algunos sectores inferiores, el refloreamiento de las tendencias a compartir el excedente, asociadas a formas políticas más o menos democráticas. En este movimiento tienden a participar también las empresas del primer grupo, oponiéndose a las del segundo, que no ven razón para cambiar el estado de cosas predominante en la fase política autoritaria. Mientras estas últimas tienen razón para temer, aun en lo inmediato, los efectos negativos de un alza en los salarios, las primeras, las que venden a los asalariados, visualizan por razones de corto plazo que es tiempo de recuperar niveles de actividad y ganancia, y se asocian a los esfuerzos políticos y sindicales para inaugurar una nueva etapa expansiva y de redistribución progresiva.

El peso que el primer grupo empresarial coloca en el platillo de los que pugnan por la democratización suele ser decisivo, y de allí su importancia política. Son contribuyentes importantes a la mecánica y repetición del ciclo.

Ahora bien, esto parece haber sido percibido por el resto del estrato superior, los que han llegado a la conclusión que, tras una etapa de restauración del excedente mediante el uso de la fuerza, le es conveniente

eliminar, entre otros, también a aquel primer grupo empresarial, por su influencia en la repetición del ciclo. Así, en varios casos nacionales identificables, se ha producido una verdadera batalla en el interior del estrato superior, en la que un sector de él, el sector no ligado al mercado de los estratos inferior y medio, decide que al sector empresarial como conjunto le conviene "amputarse" algunos de sus miembros, aquellos que precisamente por razones estructurales tienen tendencia a apoyar los esfuerzos de compartimiento de los estratos inferior y medio.

Las expresiones "saneamiento de la economía" y "cambios profundos" tienen así ahora un sentido sustantivo, más que retórico, y aluden al convencimiento de que la estructura productiva del país tiene que cambiar si ha de persistir el grado deseado de apropiación primaria del excedente. Dicho de otro modo, después de un período prolongado o varios períodos cortos de democracia y alto compartimiento por los estratos medio e inferior, queda una composición de la capacidad de producción instalada que corresponde precisamente a esa distribución más progresiva del ingreso, y los titulares de la parte de esa capacidad instalada diseñada para el mercado de estratos medio e inferior, las empresas del primer tipo, tenderán a la larga a presionar por la restauración de esa pauta distributiva, si ésta ha sido dañada por el recurso a la fuerza y las políticas de recomposición del excedente. Lo que los sectores del segundo grupo empresarial encuentran necesario ahora, para perpetuar la pauta distributiva que ellos desean, es eliminar esos sectores productivos anómalos, contradictorios. Hacer que la estructura de producción se adapte a la pauta de distribución deseada es el precio a pagar para evitar el fenómeno opuesto, es decir, que la pauta de distribución tenga que ser modificada y hecha más progresiva para acomodarse a la estructura productiva existente. De ahí que el "saneamiento económico" no sólo signifique el descenso de los salarios y la recuperación del excedente, sino también la literal desaparición de una parte de las empresas.

Para ello se las estigmatiza como "ineficientes", se las expone sin atenuantes a la competencia externa con la brusca desaparición de la protección arancelaria, y se las priva, en lo político, de las relaciones con sus aliados sindicales y partidos políticos, mediante el total bloqueo de las actividades de dichos interlocutores.

Esta "depuración" en el capitalismo periférico (que, se admite, sólo es dable observar con nitidez en aquellos países que más anticipadamente transitaron las etapas de industrialización) tiende a consolidarlo, pues se elimina una importante contradicción interna. Abre la puerta a muy dilatados

periodos de alta apropiación primaria del excedente, que se fundamentan en estructuras productivas adecuadas a la desigual distribución que se lleva a cabo; se producen más bienes para la clase alta, ya sea directamente o bien por la vía periférica tradicional de producir bienes primarios e intercambiarlos por bienes de consumo producidos en el centro. Y todo esto se consolida por el recurso *permanente* a la fuerza, que se legitima en regímenes políticos autoritarios, que ya no se conciben como transitorios sino, en principio, de duración indefinida.

Creo que esta interpretación permite entender mejor la etapa actual del capitalismo periférico en varios países de la región y al mismo tiempo hace más necesario y más difícil el hallazgo de la teoría y la *praxis* de la transformación que reclama el Dr. Prebisch.

## IV. HACIA UNA NUEVA ORTODOXIA MONETARIA

### 1. EL PAPEL PRETÉRITO DE LA ORTODOXIA

Como he expuesto ideas sobre la inflación y la política monetaria que, sin duda alguna, suscitarán fuertes objeciones, he creído conveniente resumirlas y acompañarlas de ciertas reflexiones que contribuyan a su mejor comprensión.

Comenzaré recordando el papel que la ortodoxia impone a la autoridad monetaria. Corresponde a ésta satisfacer la demanda de dinero exigida por el crecimiento de la producción en proceso en forma de asegurar la estabilidad del nivel de precios.

La creación de dinero tiene que ser suficiente para que los precios no bajen debido al incremento de productividad. Al proceder de esta manera, el instrumento monetario desempeña un papel fundamental en el sistema. Pues gracias a ello los propietarios de los medios productivos se apropian, en forma de excedente, de gran parte del fruto del progreso técnico. Responde así el instrumento monetario a los intereses, sobre todo, de quienes concentran el poder económico en los estratos superiores de la estructura social.

Obsérvese, al pasar, la contradicción entre este papel del instrumento monetario de evitar el descenso de los precios de acuerdo con el incremento de productividad, y el supuesto neoclásico de baja de precios en la medida en que tal incremento de productividad no se manifiesta en aumento de remuneración.

Pero también tiene la autoridad monetaria la responsabilidad de evitar que el excedente se dilate inflacionariamente. Y si no ha podido hacerlo por la presión de intereses económicos y políticos, dispone de resortes para suprimir la inflación de tipo tradicional cuando los trastornos que trae esta última permiten la aplicación de las reglas del juego. Por más que la autoridad monetaria no haya podido evitar anteriormente su violación, llega tarde o temprano el momento propicio para seguir esas reglas. Tal es la significación de la ortodoxia monetaria.

Un elemento primordial en estas reglas es la restricción crediticia. Y la restricción trae transitoriamente el receso o la contracción de la economía. Tal es el costo inherente a la violación de las reglas del juego: el costo de restablecer la estabilidad monetaria.

La ortodoxia monetaria es plenamente eficaz cuando se trata de fenómenos inflacionarios provocados internamente por el abuso crediticio. Estos fenómenos se manifiestan en la exageración inflacionaria del excedente que la autoridad monetaria puede suprimir con la restricción crediticia. Pero no sucede así cuando el proceso es totalmente inverso, o sea, cuando el poder redistributivo va comprimiendo el excedente hasta provocar la crisis del sistema, pues la autoridad monetaria no puede doblegar el poder redistributivo y hacer retroceder las remuneraciones.

Sin embargo, la ilusión de recuperar la eficacia que ha perdido le lleva a restringir el crédito como en otros tiempos. Pero la restricción no termina con estos fenómenos: cuando más los atenúa. En cambio trae el receso o la contracción con un considerable desperdicio de factores productivos.

Esa ilusión se apoya en la creencia pretérita de que el desempleo termina por forzar el descenso de remuneraciones. Aunque así fuera, sería necesario alentar el restablecimiento de la economía con una expansión crediticia. ¿Qué es lo que podría evitar entonces que volviese a surgir el poder redistributivo? ¿No se presentará entonces el mismo fenómeno que había llevado a la restricción?

He llegado a la firme convicción de que, por más que se busque, no es posible encontrar la solución de este problema bajo el régimen vigente de apropiación y redistribución en el curso avanzado de las mutaciones estructurales. No cabe esperar de la política monetaria lo que ella no puede ofrecer.

En verdad, la concepción de la política monetaria que tan sucintamente presentamos al comenzar esta sección corresponde a ciertas fases de la evolución estructural. Carece de valor permanente. Es una categoría histórica. Corresponde a esas fases en que el poder de apropiación del excedente se opera sin contrapeso alguno. El desenvolvimiento del poder redistributivo termina por superar esa categoría histórica y no se ha encontrado aún la manera de atacar la inflación social de un modo compatible con el proceso de democratización.

### *Los neoclásicos y el poder redistributivo*

Razón aparente tienen los economistas neoclásicos cuando atribuyen al poder redistributivo la responsabilidad de la inflación. Es claro que si la presión redistributiva se detuviese al llegar el sistema a su límite crítico, no se daría la inflación social. Pero esto es, sencillamente, una imposibilidad

funcional del sistema. Puesto que en el límite crítico, vuelvo a repetirlo, el excedente ha llegado a sus máximas dimensiones, con todo el esplendor de la sociedad privilegiada de consumo. ¿Cómo podría entonces predicar continencia a la fuerza de trabajo, poniendo freno tanto a su compartimiento o a su resarcimiento de los gravámenes del Estado como a otros factores de alza de precios ajenos al mecanismo del excedente?

Si por un esfuerzo de imaginación supusiéramos que ello pudiera conseguirse, habría quedado un aspecto muy importante del problema sin resolver: el de comprimir aquel consumo privilegiado, elevar el ritmo de acumulación y acelerar la absorción de fuerza de trabajo y el ritmo de crecimiento del ingreso, requerimiento insoslayable de la distribución dinámica de este último.

Por lo demás, cuando los neoclásicos impugnan el poder sindical y político de la fuerza de trabajo, suponen implícitamente —y a menudo en forma explícita— que el sistema, en un régimen de libre competencia, tiende continuamente a posiciones de equilibrio en que la remuneración de los factores obedece a su aportación al proceso productivo. Si así fuera, si la competencia entre empresarios hiciera bajar los precios correlativamente a la productividad, en la medida en que no hubieran subido las remuneraciones cabría esperar como aquéllos que las leyes del mercado resolvieran el problema de la equidad. Pero bien sabemos que aunque la competencia rija plenamente —lo cual no es así— el fruto creciente de la productividad se apropia en gran parte por quienes tienen los medios productivos en forma de excedente; y éste ha de crecer continuamente para que el sistema funcione regularmente.

Tendrían pues los economistas neoclásicos no sólo que impugnar el poder redistributivo, sino también el poder de apropiación. Lo cual tendría acaso la virtud de convencerles que el juego de relaciones de poder lleva fatalmente a la crisis del sistema.

### *El restablecimiento de la dinámica del excedente*

Hemos visto que el empleo de la fuerza para conjurar la crisis permite restablecer la dinámica del excedente pero no sofoca la inflación. Hemos visto también que la explicación principal de esta persistencia inflacionaria radica en el déficit fiscal. La inflación provocada por el déficit permite desplazar sobre las masas el costo de la hipertrofia del Estado y, además, tiene la virtud de abultar inflacionariamente el excedente para mayor solaz y espar-

cimiento de la sociedad privilegiada de consumo. Y si bien las masas populares soportan muchas adversidades bajo un régimen de fuerza, conviene ofrecerles periódicamente cierto alivio, aumentando sus remuneraciones, y dejando sin embargo que los precios adquieran "su propio nivel" después de un tiempo no muy largo.

Lo esencial es que siga creciendo el excedente genuino gracias a la compresión de las remuneraciones. Que el excedente inflacionario se reduzca de tiempo en tiempo no es cosa de mayor preocupación mientras no menoscabe al primero. Y tiene además la virtud de ofrecer a las masas perjudicadas la ilusión de un momentáneo mejoramiento.

Decíamos anteriormente que la eficacia de la política monetaria ortodoxa representa una categoría histórica ya superada. Pero no por la ortodoxia en sí misma, sino por su incompatibilidad con el poder redistributivo de la fuerza de trabajo.

Sobre estas consideraciones tan escuetas se basa mi tesis acerca de la transformación del sistema. No digo, por supuesto, que la transformación se impone para dar validez a la política monetaria. Sino que ésta volverá a tener un papel muy importante en el desenvolvimiento regular del nuevo sistema.

## 2. TRANSFORMACIÓN Y ORTODOXIA

Conviene anticipar brevemente el significado de la transformación para que se comprenda lo que se acaba de decir.

Las fallas fundamentales del sistema vigente radican en la apropiación privada del excedente y en las decisiones individuales acerca de lo que se hace con él. Para corregir estas fallas se requieren decisiones macroeconómicas inspiradas en consideraciones de racionalidad colectiva, con el propósito de elevar el ritmo de acumulación de capital y mejorar progresivamente la distribución del ingreso.

La distribución presente resulta de una contienda cada vez más intensa entre los grupos sociales que se apropian del excedente y los vastos grupos sociales que quieren compartirlo, además del proceso de compartimiento del Estado.

Este compartimiento, así como el resarcimiento de la fuerza de trabajo, se realizan mediante el aumento de las remuneraciones, que incide sobre el costo de producción de las empresas y lleva fatalmente a la crisis.

Además, ni el compartimiento ni el resarcimiento están regidos por prin-

cipio regulador alguno: responden al juego cambiante de relaciones de poder.

Para corregir estas fallas considero que la redistribución tiene que efectuarse sin que incida sobre el costo de las empresas, mediante una transferencia directa de una parte del excedente global a la fuerza de trabajo, en la medida en que no se destine a la mayor acumulación y a los servicios del Estado. Esta transferencia redistributiva deberá ir corrigiendo progresivamente las grandes disparidades estructurales en la distribución. Subrayo la expresión estructural pues las disparidades funcionales son de primordial importancia en la dinámica de cualquier sistema.

Véase lo que esto significa para la política monetaria. Puesto que la redistribución se cumple mediante transferencias directas de parte del excedente global, en forma que no incidan sobre el costo de producción, la autoridad monetaria no tiene por qué preocuparse de las remuneraciones. Habrá desaparecido este factor de alzas generales de precios que impulsa la espiral inflacionaria.

Sin embargo, no podrán evitarse las alzas parciales que, como se recordará, obedecen a factores internos o externos ajenos al mecanismo del excedente. Para que estas alzas no lleven al aumento de las remuneraciones, será necesario que las transferencias provenientes del excedente global o de los ingresos más favorecidos, compensen en mayor o menor grado los efectos adversos sobre la fuerza de trabajo sin desatar la espiral.

¿Qué papel desempeñaría entonces la política monetaria? Un papel muy importante: el de regular la creación de dinero para acompañar el crecimiento de la producción en proceso de manera a evitar tanto la subida de los precios como su descenso. Un papel similar al de otros tiempos, pero con una diferencia fundamental. En esos otros tiempos dominaba el poder de apropiación de los grupos dominantes y no se había desenvuelto aún la contienda distributiva; en tanto que en el nuevo sistema este poder habría en gran parte desaparecido y se habría eliminado la contienda mediante una disciplina distributiva.

Nos encontramos nuevamente en plena ortodoxia. La creación de dinero tiene que combinar los requerimientos de la producción en proceso con exigencias de estabilidad monetaria. Y en tal caso, como en tiempos pretéritos, no cabría crear dinero para inversiones de capital ni para cubrir gastos e inversiones del Estado: ortodoxia monetaria combinada con ortodoxia fiscal.

*Política monetaria y vulnerabilidad exterior*

Esto nos lleva a mencionar otra vez la vulnerabilidad exterior de la periferia. El déficit fiscal no siempre se debe a incontinencia financiera del Estado, sino que con frecuencia ha ocurrido durante las contracciones de origen exterior. En tales casos la ortodoxia fiscal sería contraproducente, pues llevaría a disminuir los gastos e inversiones del Estado o aumentar impuestos en plena depresión. Puedo atestiguar que antes de Keynes —al menos en el campo limitado de mi experiencia personal— los defensores a ultranza de la ortodoxia monetaria sostenían la necesidad de ajustarse estrictamente a las consecuencias de la contracción exterior, mediante una contracción interna que corrigiera el desequilibrio exterior y preservara la estabilidad monetaria. Y confieso que me encontraba entre quienes preconizaban el aumento de impuestos o la drástica compresión del presupuesto para lograr ese propósito. Estos errores juveniles, que no se prolongaron mucho tiempo, me sirvieron para convencerme acerca de la necesidad de una política anticíclica en la periferia latinoamericana.

No es éste el lugar para explayarse acerca de ello. Pero sí para afirmar que uno de los elementos de esta política tiene que ser una prudente expansión monetaria que, junto con la creación de dinero exigida por el déficit fiscal, propenda a mantener el nivel de la demanda interna, substra-yéndola a las consecuencias adversas de la contracción exterior. El mantener la demanda, mientras se contraen las exportaciones, provocaría un déficit exterior que comprometería la estabilidad monetaria. Ello impone, además de ciertos reajustes, la necesidad de comprimir por medio del impuesto que aquella parte de la demanda que provoca el déficit exterior se desvíe inflacionariamente hacia el mercado interno.

Una sabia política monetaria no consiste simplemente en evitar la creación inflacionaria de dinero sino también su disminución deflacionaria. Pero es claro que la simple creación de dinero para contrarrestar la deflación tiene que ir unida a otras medidas como las que acabamos de mencionar. La política monetaria debiera apoyar a esas medidas pero en ningún caso sustituirse a ellas. Y para preservar la estabilidad monetaria, tiene que saber contenerse cuando la expansión compensatoria ha surtido sus efectos.

Bien se sabe que la contracción de origen externo agudiza la tendencia hacia el desequilibrio exterior a la que nos hemos referido en el capítulo precedente. De tal modo que la compresión de las importaciones tiene que dar lugar a medidas sustitutivas por un lado y, por el otro, a medidas de promoción de exportaciones. Y mientras estas medidas surten sus efectos

positivos, el recurrir a créditos exteriores permite hacer frente sin consecuencias inflacionarias al exceso de demanda interna provocado por la expansión monetaria.

Recalco este punto para señalar la diferencia con aquel empeño en atraer créditos externos con una política restrictiva acompañada de muy elevadas tasas de interés. En este caso se provoca deliberadamente la contracción y luego se acude a los recursos exteriores. En tanto que en el otro se los necesita temporalmente para hacer frente a una contracción que nos viene de afuera.

## V. LOS ACTORES Y LA CRISIS DEL SISTEMA

¿HAY DETERMINISMO en el sistema? Hemos discurrido acerca de las diversas formas de poder y de las relaciones entre ellas, y explicado también cómo el juego de esas relaciones conduce, con el andar del tiempo, a la crisis de aquél.

Pero nada hemos dicho hasta ahora acerca de los actores del desarrollo, salvo algunas consideraciones acerca de la movilidad social. Las diversas formas de poder se expresan a través de diferentes actores, y entre ellos se destacan quienes tienen mayor capacidad y dinamismo en el desempeño de su papel, tanto para aprovechar las condiciones favorables al desarrollo —así en el campo interno como en el ámbito internacional— cuanto para tratar de sobreponerse y contrarrestar los cambios desfavorables de esas condiciones.

Trátase, en realidad, de una acción deliberada de los actores para responder a sus aspiraciones e intereses según sea la intensidad de su poder y sus aptitudes. De todos modos, esto se desenvuelve dentro del sistema y en correspondencia con las mutaciones estructurales que en él se operan.

En el curso del desarrollo de los centros han surgido ciertos principios, y sus correspondientes reglas de juego, que la periferia ha tratado de seguir para lograr el funcionamiento regular del sistema. Pero los mismos no son automáticos; la oportunidad y la manera de aplicarlos depende de la decisión y aptitud de los actores. Y esto se refiere tanto a su funcionamiento regular; como a las reglas que deben seguirse cuando el sistema ha sido perturbado por las violaciones de aquellos principios.

Según sean las fases estructurales varía considerablemente la posibilidad de observar estos últimos. En última instancia depende de la intensidad del poder de compartimiento, por parte de los estratos intermedios, y eventualmente, por parte de los estratos inferiores, del fruto de la mayor productividad así como del comportamiento del Estado.

Cuando no existe, o es exiguo, tal posibilidad es muy grande. En cambio, no lo es cuando en el curso de las mutaciones estructurales ese poder se acrecienta de tal modo que, al confrontarse con el poder de los estratos superiores, se exagera la pugna distributiva y sobreviene la espiral inflacionaria. En tal caso, aquellas reglas del juego se vuelven inaplicables; o sencillamente no existen para hacer frente a la crisis del sistema.

Parecería pues que éste, en su evolución, está sujeto a un cierto determi-

nismo donde el restablecimiento del sistema depende del empleo de la fuerza, esto es, de la intervención de nuevos actores antes al margen del sistema.

### 1. EL PAPEL DE LOS DIFERENTES ACTORES

Decíamos más arriba que los actores expresan las diversas formas de poder y los cambios que ocurren en sus relaciones. Se mueven en dos escenarios diferentes, aunque estrechamente vinculados: el del mercado y el del Estado. Y cuando se registran esos cambios en las relaciones de poder, a los actores que desenvuelven su papel en ambos escenarios durante las primeras fases de las mutaciones estructurales se van agregando otros nuevos en el curso de ellas, cuya acción influye, a su vez, sobre tales mutaciones.

Como ya sabemos, durante los períodos de crecimiento hacia afuera dominan los estratos superiores por su poder económico y su poder social en el escenario del mercado, y también por su gran poder político, en el escenario del Estado. Los resortes de este último sirven a los estratos superiores, tanto para asegurar y defender las bases del sistema, como para lograr a su favor los servicios de aquél y desplazar la carga fiscal hacia los estratos inferiores, según quedó explicado.

Son los actores políticos quienes de esta forma responden a los intereses y aspiraciones de los estratos superiores. Y al cumplir este papel comparten también, de una u otra forma, el fruto de la mayor productividad, y simultáneamente, emplean los resortes del Estado para insertar sus clientelas electorales, en gran parte en forma espuria, formadas principalmente por las clases medias tradicionales. Pero ello no es expresión del avance del proceso de democratización durante la fase de crecimiento hacia afuera, sino una de las maneras de contenerlo.

Al ampliarse los estratos intermedios surgen los actores sindicales, quienes responden a los intereses y aspiraciones de la fuerza de trabajo en el escenario del mercado; y en el del Estado, aparecen nuevos actores políticos. Pero, el poder de compartimiento que unos y otros representan es limitado tanto por la debilidad de la democratización, como por las diferentes combinaciones de manipulación, represión, movilización de clientelas y cooptación de esos actores que contienen o entorpecen el avance genuino de aquélla. De esto ya nos hemos ocupado en otra parte, mas conviene recordarlo para mejor comprender nuestras explicaciones.

Estos nuevos actores sindicales y políticos adquieren creciente influencia cuando las mutaciones de la estructura social abren paso con más desenvol-

tura al proceso de democratización. Los impedimentos que restringían la actuación de aquéllos se van disolviendo, y a medida que esto sucede se va acrecentando el poder de compartimiento de los estratos intermedios, y asimismo, su capacidad para defender lo que habían logrado compartir durante la pugna.

A esta fase, como se recordará, sigue otra durante la cual los actores sindicales y políticos llevan a tal punto ese poder que la espiral inflacionaria se torna inherente al sistema.

Surgen, entonces, los actores de la disidencia; son quienes repudian todo el sistema. En aquel compartimiento muy poco han participado los estratos inferiores, si es que en algo han participado en realidad. Esta grave manifestación de injusticia social y la anarquía de compartimiento que se manifiesta en quienes han logrado de un modo u otro las ventajas del desarrollo, son elementos activos en esa disidencia. Es muy importante, en este sentido, el papel de absorción espuria que cumple el Estado. Ello tiene sus límites: y más allá de este límite queda a veces sin absorber una fracción significativa de jóvenes de nuevas generaciones que se han preparado para la actividad profesional, científica o tecnológica. Suele atribuirse este hecho a la mala orientación de la enseñanza, lo cual no podría negarse. Pero lo fundamental está a mi juicio, en la insuficiente acumulación de capital, agravada, precisamente, por la absorción espuria.

No necesita subrayarse la importancia política de estos elementos frustrados. Ni hay que sorprenderse que se transformen en críticos acerbos del sistema. No solamente porque cierra su horizonte vital, sino por la misma pugna distributiva y la precaria situación de los estratos inferiores.

La pugna distributiva basta por sí misma para llevar al desquicio del sistema, aunque esos estratos continúen inactivos. Pero conforme avanza en ellos el proceso democrático, o por lo menos algunas de sus manifestaciones, se acelera la pugna y la tendencia al desquicio.

Compréndese que tales circunstancias son propicias al inconformismo y rebeldía de esos elementos frustrados. Pero no son ellos los que desatan la pugna distributiva ni la precariedad de las masas relegadas. No nos confundamos. La inestabilidad del sistema está dada por aquella disparidad entre el proceso económico y político. Y ella tiene su propia dinámica, en los hechos y en los hombres. Aquéllos, sin embargo, suelen introducir factores de violencia que aceleran y complican la tendencia hacia el desquiciamiento del sistema.

Circunstancias son todas éstas cada vez más propicias a la aparición de los actores finales, esto es, de quienes tienen en sus manos otros resortes

del Estado, los de la fuerza, hasta entonces potenciales, y que se vuelven efectivos y se emplean deliberadamente para restablecer el funcionamiento regular del sistema. Sin embargo, la concentración de las desigualdades sociales ofrece nuevamente campo propicio a la disidencia, y no a la subversión.

## 2. LOS ACTORES Y LA INFLACIÓN

Decíamos más arriba que cuando sobreviene la fase crítica del desarrollo se pone de manifiesto la imposibilidad de conseguir regularizar este funcionamiento por la sola aplicación de las consabidas reglas del juego para atacar la inflación.

No sucede así en aquellas fases del desarrollo en que el poder sindical y político de los estratos intermedios no existe, o es incipiente. La inflación pretérita, como es sabido, ha sido frecuente, pero ella ha obedecido a un tipo de presiones muy diferentes a las que surgen después cuando se desenvuelve el poder de los estratos intermedios.

Se trata de presiones inflacionarias que no obedecen a factores derivados de estos últimos estratos, sino de ciertos grupos de los estratos superiores. A estos grupos responden actores políticos cuyo poder vence la resistencia, más o menos intensa, de la autoridad monetaria, para conseguir una expansión inflacionaria del crédito o que violan por sí mismos los principios de continencia financiera del Estado con similares consecuencias.

La débil o ninguna reacción de los estratos intermedios y de los inferiores permite en esta forma ampliar inflacionariamente el excedente. Pero no puede seguirse así indefinidamente, pues aquéllos y otros perjudicados en los mismos estratos superiores, terminan por hacer sentir su desasosiego y hasta provocar un cambio de actores políticos que restablece la continencia monetaria y financiera. Y para ello se recurre nuevamente a las reglas del juego que habían sido violadas.

Véase ahora la diferencia entre este fenómeno inflacionario con el que acontece cuando ha adquirido gran importancia el poder de compartimiento del excedente por los estratos intermedios. Cuando el proceso empuja hacia el límite crítico del sistema, el alza de precios y la consiguiente espiral se vuelven inevitables, por más que la autoridad monetaria se empeñe en evitarlo, según se ha explicado ya en el lugar pertinente. Este fenómeno de inflación social se acentúa más aún si va acompañado de aquellas otras formas de inflación tradicional.

En este último caso, las autoridades monetarias y financieras suprimen

la inflación y el excedente se reduce a las dimensiones correspondientes al funcionamiento regular del sistema. En el otro caso, el de la inflación social, nada hay realmente eficaz para detener el curso de la espiral, salvo frustradas tentativas. Aquellas autoridades se han vuelto impotentes, por más que en el escenario político vuelvan a gravitar actores que tratan de contener el desquicio económico y la desintegración social. Antes bien, con frecuencia terminarán apoyando las reivindicaciones de los grupos perjudicados, o dejarán su lugar a otros actores dispuestos a hacerlo, por donde se imprime nuevos impulsos a la espiral.

### 3. LA ACCIÓN DELIBERADA DE LOS ACTORES

Si en la fase crítica del sistema muy poco puede hacerse para evitar esas graves consecuencias, cabría preguntarse si en fases anteriores de la evolución sería posible influir deliberadamente sobre el curso de los acontecimientos para evitar que el sistema se encamine hacia aquella fase crítica.

Creo que el esfuerzo combinado de actores políticos y económicos, con capacidad y dinamismo, puede tener gran influencia sobre el ritmo de desarrollo y su regularidad durante ciertas fases estructurales. Sin embargo, esta influencia positiva se va debilitando hasta desaparecer cuando se exacerba la pugna distributiva.

Dicha influencia positiva, en cuanto a los actores políticos, se manifiesta cuando éstos demuestran tener la aptitud de discernir con previsión las exigencias del desarrollo, sobre todo en materia de infraestructura, formación humana, administración ordenada y eficiente, y adecuada cooperación exterior. Y si saben aplicar juiciosamente las reglas del juego monetario y financiero sobre todo cuando no existe, o es muy débil, el poder sindical y político de los estratos intermedios.

En lo que atañe a los actores económicos, recuérdese que de su capacidad y dinamismo, así como de su decisión de acumular, depende la introducción de nuevas capas técnicas. Y ello a su vez requiere gran aptitud para incorporar a las empresas individuos que respondan a las crecientes exigencias de la propagación de la técnica, punto sobre el que tanto se ha insistido en otro lugar.

No se olvide a este respecto que el excedente, además del elemento estructural, encierra un elemento dinámico. Pues bien, el elemento dinámico depende fundamentalmente de esos diferentes actores en el escenario del Estado y en el escenario del mercado.

## 4. EL SISTEMA Y SUS ELEMENTOS INTEGRADOS

Es indudable que la acción combinada de actores de gran capacidad y dinamismo, tanto en el escenario del Estado como el del mercado, pueden acelerar el ritmo de desarrollo y el crecimiento del excedente, sobre todo en circunstancias externas favorables. Pero esa acción combinada, por eficaz que fuere, va acompañada con el transcurso del tiempo de mutaciones estructurales y cambios correspondientes en las relaciones de poder que ponen frente a aquellos actores los nuevos actores del movimiento político y sindical. Tal es la lógica interna de un sistema abierto cada vez más a los fenómenos de propagación e imitación de los centros.

Propagación de nuevas capas técnicas y de las formas de consumo de los centros; grave contradicción a la que se agrega la succión de una parte del excedente por parte de las transnacionales, cuyos actores contribuyen notablemente a formarlo.

Pero no es eso solamente, sino que desde los mismos centros se propagan asimismo aquellos adelantos científicos y tecnológicos que defienden y prolongan la vida humana, tanto más, cuanto más dinámicos y capaces son los actores que se mueven en este campo de actividad social.

Así es el sistema. Todos esos elementos son parte integrante del mismo y no podrían separarse arbitrariamente y dejarse de lado algunos de ellos para explicar su funcionamiento. El sistema tiene su lógica interna, como antes se dijo, y cuando en el curso de sus mutaciones estructurales surgen en los estratos intermedios los actores políticos y sindicales y se acrecienta su poder, este poder se emplea cada vez más para contrarrestar las consecuencias adversas de las leyes del mercado sobre las remuneraciones y la ocupación de la fuerza de trabajo.

Aquí también se manifiesta la capacidad y el dinamismo de los actores políticos y sindicales animados por otro fenómeno de propagación de los centros. Difúndense en ese medio propicio las ideas e instituciones democráticas cuyo avance es indispensable para que esos actores puedan cumplir su papel en el desenvolvimiento de los estratos intermedios. Mas tampoco estos estratos son por cierto inmunes a la propagación de las formas de consumo de los centros. No hay un cordón sanitario en torno a los estratos superiores; por el contrario, los estratos intermedios —sobre todo en los tramos más altos— también tratan de imitarlos valiéndose de la pugna distributiva. Y la empresa pública suele ser una manera de hacerlo por la vía política, además de su papel en la absorción espuria de fuerza de trabajo.

Si el poder creciente de esos actores políticos y sindicales sobrepasa el

límite crítico del sistema, éste termina por desquiciarse y desintegrarse socialmente. Porque, como se ha explicado, la dinámica del sistema no admite menoscabar el excedente, por mucho que su cuantía haya permitido el florecimiento de la sociedad de consumo. Aparecen entonces en el escenario político los actores de la fuerza a falta de una acción deliberada para transformar el sistema.

El excedente, por lo demás, está expuesto a las consecuencias adversas del estrangulamiento exterior. El crecimiento relativamente lento de las exportaciones debido a las disparidades estructurales entre centros y periferia disminuye el ritmo del excedente, lo cual trae consigo el descenso del ritmo de desarrollo con todas sus consecuencias negativas.

Más serias son aún las consecuencias cuando el estrangulamiento exterior se acentúa por el deterioro de la relación de precios de las exportaciones. Si los actores políticos que representan los intereses de los exportadores se empeñan en restablecer el excedente mediante la devaluación monetaria, el costo social de esta otra operación recaerá sobre todo en la fuerza de trabajo y no sólo sobre una parte de ella. Y en este caso, como en el anterior, si el poder de los estratos intermedios no permite restablecer la plenitud del excedente, la supresión de este poder, gracias al empleo de la fuerza hará posible dar nuevo impulso a la dinámica del sistema, con el ingente costo social y político sobre el cual no huelga insistir.

##### 5. LA TECNOBUROCRACIA Y LA PLANIFICACIÓN

La tecnoburocracia suele ser clara consecuencia de la penetración de la técnica en el desenvolvimiento del Estado. No se trata de actores políticos, pero suelen influir sobre ellos; y lo hacen con distintos grados de competencia técnica con el fin de obrar deliberadamente sobre el desarrollo.

La tecnoburocracia tiene, entre otras responsabilidades, la de aplicar las reglas del juego, que no son de carácter automático. Requieren discernimiento, sentido de previsión y capacidad de resistencia a las diversas presiones de intereses económicos y políticos, las que aumentan con la complejidad del desarrollo.

Por esta misma complejidad, hace un cuarto de siglo, comenzó a verse en la planificación un instrumento eficaz de desarrollo. Eficaz en el diagnóstico, y también, como se esperaba, en persuadir a los actores políticos a fin de obrar deliberadamente sobre el curso de los fenómenos; consideraciones, todas éstas, que llevaron a la CEPAL a preconizar la planificación.

Se suponía que ella corrigiera dos grandes fallas del mercado, para que éste pudiera funcionar correctamente: su falta de horizonte temporal y de horizonte social.

Con respecto al primer aspecto, se creía que la planificación permitiría anticipar los cambios estructurales que debían introducirse previsora­mente en la infraestructura económica y social, en la composición de la producción para contrarrestar ciertas tendencias persistentes al desequilibrio interno y externo, y además fortalecer la economía periférica elevando simultáneamente su ritmo de desarrollo. Desenvolvimiento ordenado e interno de la industrialización y a la vez introducción del progreso técnico en la agricultura, para lo cual debía darse gran impulso a la acumulación de capital. Los recursos financieros internacionales servirían para estimular la acumulación propia. Y todo ello exigía planificar. Ya estábamos a comienzos del decenio de los años sesenta. Era claro que la acumulación de capital era insuficiente ante las consecuencias del aumento de productividad que la introducción de nuevas capas técnicas traía consigo y del fuerte ritmo de crecimiento demográfico comenzado dos decenios antes.

Todo esto mostraba tanto más necesaria la planificación, esto es, la acción deliberada y sistemática para obrar sobre las fuerzas del desarrollo y estimular la iniciativa individual a fin de que contribuyese a la realización de los grandes objetivos del plan.

A la euforia de los primeros momentos sucedió la desilusión y la indiferencia, cuando no la negación misma del concepto de planificación. Varios factores contribuyeron a ello y merecen recordarse porque son los mismos que conducen a la crisis del sistema.

La acumulación insuficiente llevó a la CEPAL, a comienzos de aquel decenio, a presentar algunas proyecciones que procuraban demostrar estadísticamente la mayor posibilidad de acrecentar su ritmo, elevar el del desarrollo y lograr mayor intensidad en la absorción de fuerza de trabajo, principalmente la de los estratos inferiores. Pero esto requería sacrificar el consumo o el incremento del consumo de los estratos superiores. Fue éste el primer ataque, muy prudente y circunspecto, por cierto, a la sociedad consumista. Ello haría posible una distribución dinámica, antes que estática, del ingreso, sin perjuicio de algunas medidas redistributivas inmediatas.

Pero muy poco se hizo para cumplir estos objetivos, a pesar del empeño puesto por esclarecidos actores políticos. Y mientras tanto la pugna distributiva se fue exacerbando en los países que habían entrado en la fase avanzada de desarrollo periférico. No es posible planificar en el desquicio económico y la desintegración social.

Pero otro factor contribuyó notablemente a ello. Acabamos de referirnos a la tendencia al desequilibrio exterior. Pues bien, el desarrollo en los años de bonanza que preceden al receso económico de los centros pudo cumplirse en un ambiente exterior muy favorable. Mejoró la relación de precios del intercambio, se lograron éxitos en una política de fomento de las exportaciones de manufacturas y fue caudalosa la corriente de recursos financieros internacionales. No debe extrañar entonces que se creyese superada la tendencia al desequilibrio exterior. Más aún, se negaba que existiese semejante tendencia considerándola un engendro maléfico de la CEPAL para justificar la sustitución de importaciones que ella propiciaba. No es extraño pues que al desaparecer la preocupación de tiempos anteriores por el estrangulamiento exterior se haya debilitado otro de los justificativos de la planificación.

## 6. LOS ACTORES DEL POPULISMO

Como ya se expresó, la acción deliberada de los hombres muy poco puede hacer para contrarrestar el desenvolvimiento de la crisis que la pugna trae consigo. No es posible hacerlo con el empleo de los resortes del Estado por los actores políticos ni por los actores económicos. Por más que éstos hayan adquirido gran capacidad y experiencia, resultan impotentes para detener el proceso, a falta de un consenso político.

Si en tales circunstancias no es dado obrar positivamente sobre el curso de los acontecimientos surge, sin embargo, una oportunidad propicia para otro género de actores políticos, los del populismo.

Tratan éstos de aprovechar para sí, para sus clientelas electorales los resortes del Estado. Y violan las leyes del juego, cuando podrían tener vigencia, y acentúan los trastornos del sistema cuando la pugna distributiva torna imposible la aplicación de aquéllas. Y a veces su incontinencia financiera origina la espiral inflacionaria, y la acentúa si venía desenvolviéndose.

Se mueven estos actores en todas las fases estructurales, y en todas suelen encontrarse con grupos de empresarios y financieros predispuestos al abuso, a la especulación o a la colusión de intereses con aquéllos.

Como se ha explicado en otro capítulo ciertas aberraciones monetarias en que se cae para combatir la inflación social dan lugar a la exaltación de actividades: los actores financieros que se incorporan simultáneamente a la sociedad privilegiada de consumo. Y lo hacen no sólo a expensas de la pugna de trabajo sino de las empresas productoras.

¿Cómo surgen esos actores en el sistema? Los elementos acerca de los

cuales hemos venido discuriendo en estos escritos no nos dan la clave, la que quizás puede encontrarse en las teorías paretianas del movimiento ondulatorio de los grupos dirigentes. ¿O habrá que realizar exploraciones antropológicas para comprender estos fenómenos de la conducta humana?

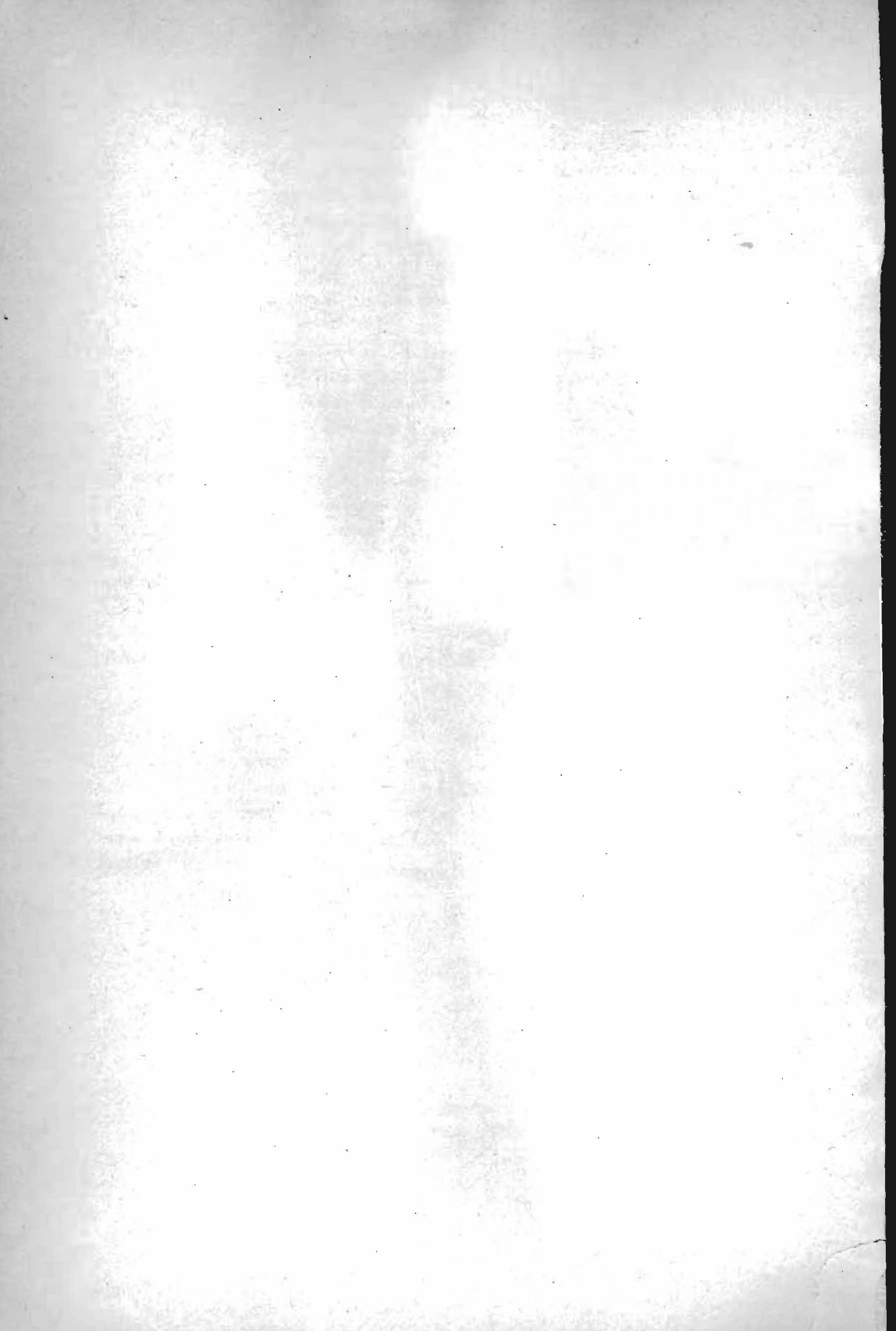
#### 7. LOS ACTORES DEL LIBERALISMO ECONÓMICO

En un régimen de fuerza de planificación podría ser instrumento positivo para alentar el desenvolvimiento de la sociedad de consumo, pero como con este régimen suele florecer el liberalismo económico, la resistencia doctrinaria a la planificación ha sido muy fuerte.

Este florecimiento se explica sobre todo porque a la luz de ciertas interpretaciones del neoclasicismo el poder sindical y político de la fuerza de trabajo constituye el factor más importante que contraría la tendencia inmanente del sistema a su equilibrio; en consecuencia debe suprimirse lisa y llanamente ese poder.

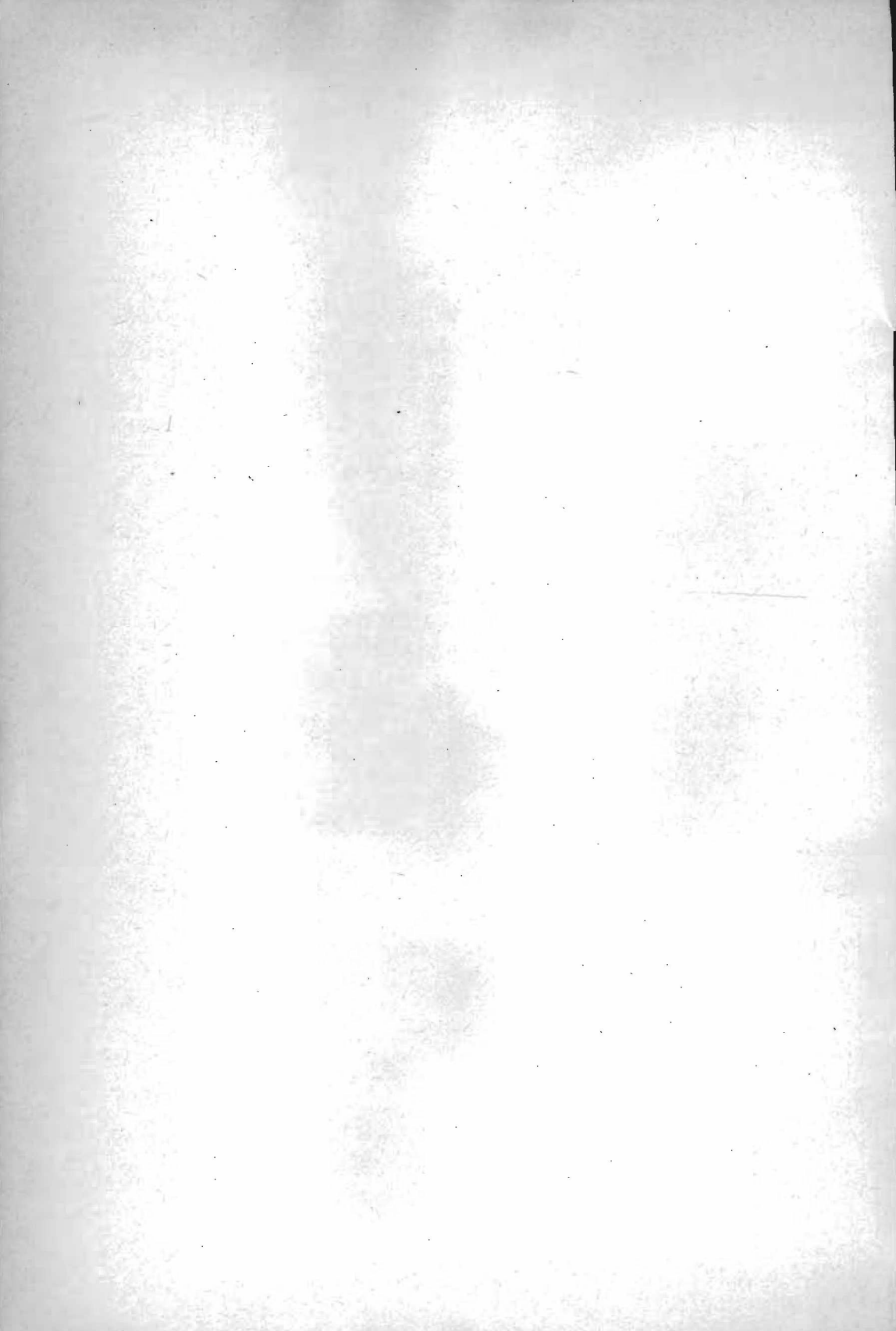
Cumplido ese propósito primordial, nada obsta para que los principios del liberalismo económico se aderecen convenientemente para responder a intereses dominantes, o a la particular concepción de ciertos tecnócratas acerca de las exigencias de la realidad. Hay en esto toda una gama de actitudes donde se combinan la capacidad teórica y la pericia práctica de la nueva constelación tecnoburocrática que suele compartir la responsabilidad del sistema con quienes han resuelto hacer uso de la fuerza.

Entre otros aspectos, la forma en que se lucha contra la inflación lo expresa claramente. Las autoridades monetarias, que antes se habían vuelto impotentes, vuelven a recuperar su poder, aunque no siempre demuestran comprender cabalmente la índole de este nuevo tipo de inflación. Trátase ahora de una inflación social que difiere del fenómeno tradicional, si bien éste suele acompañarlo con frecuencia.



*Cuarta Parte*

Las disparidades estructurales entre  
los centros y la periferia



DECÍAMOS en la Introducción que dos grandes mitos del capitalismo se desvanecen. El de su expansión planetaria, que llevaría a todas partes las ventajas del sistema. Y el otro mito del desarrollo periférico a imagen y semejanza de los países avanzados.

No es, ni ha sido así el capitalismo. Ha sido claramente centrípeta en los países avanzados. En su desarrollo histórico éstos han tendido a concentrar la industrialización en su propio ámbito, sin propagarla hacia el resto del mundo. A los centros sólo les interesaba fundamentalmente la producción primaria de la periferia para satisfacer a bajos precios sus necesidades cada vez mayores.

Asimismo, cuando la industrialización se desenvuelve con gran retardo en la periferia, la índole centrípeta del capitalismo no favorece su participación en el caudaloso intercambio de bienes industriales.

Tal es el poderoso freno exterior al desarrollo de los países periféricos. La industrialización es una exigencia ineludible de ese desarrollo. Y exige el intercambio con los países avanzados. Pero la índole centrípeta de su capitalismo impide hacerlo en la medida necesaria para impulsar el ritmo de desenvolvimiento de aquéllos.

Pero no hay que atribuir solamente a este fenómeno, de suyo muy importante, la responsabilidad de lo que ha ocurrido con aquel otro mito del desarrollo a imagen y semejanza de los centros. Ya sabemos lo que ha pasado y hemos tratado anteriormente de explicarlo. El desarrollo, por intenso que haya sido en algunos casos, ha resultado excluyente y conflictivo. La industrialización se ha desarrollado principalmente en torno a la sociedad privilegiada de consumo, clara expresión de la desigualdad social. Grupos dominantes de los centros, articulados a los grandes intereses de la exportación primaria de la periferia se opusieron inicialmente a este cambio estructural. Pero la industrialización se impone al fin en las crisis de aquéllos. Y los centros terminan por plegarse finalmente a ella y participar en sus ventajas.

A poco andar se presentaría una gran contradicción. Este nuevo interés en la industria periférica no vino acompañado de una actitud favorable a la activa participación de la periferia en el intercambio de manufacturas; sigue prevaleciendo la índole centrípeta del capitalismo avanzado. La industrialización no puede realizarse en compartimientos cerrados; necesita importar y exportar. Pero los países avanzados no han sabido responder a esta exigencia del desarrollo periférico. Hay algo más que esto. El papel apéndice que correspondió a los países periféricos en aquel esquema pretérito de la división internacional del trabajo que excluía a la periferia de la industrialización, llevó a estos países a converger separadamente hacia los avanzados. La índole centrípeta del capitalismo contribuyó a mantener esta fragmentación en el desenvolvimiento industrial de la periferia con muy serias consecuencias.

Confluyen, pues, factores internos y externos que dificultan sobre-

manera la dinámica de la industrialización; su aptitud para dar empleo con creciente productividad y crecientes ingresos a la gran masa de la fuerza de trabajo. Es bien sabido que la exportación primaria no podría hacerlo, pues el empeño de acrecentarla más allá de la capacidad receptiva de los centros traía inevitablemente la tendencia al deterioro de los precios relativos. Así, la producción primaria sólo ha requerido una proporción limitada de la fuerza de trabajo.

Y sólo la intensa creación de empleo productivo en la industria y otras actividades absorbentes podía corregir esta debilidad congénita de la producción primaria, especialmente la de bienes agrícolas. Más aún, ello era necesario para que el fruto de su mayor productividad se trasladara progresivamente a los ingresos de los trabajadores y no se expresara en la degradación de los precios o en la elevación de la renta del suelo.

Este papel dinámico dista mucho de haberse cumplido plenamente. De haberse cumplido así, se hubieran ido estrechando las grandes diferencias internas de técnica y productividad y el sistema habría marchado progresivamente hacia su homogeneidad técnica y social. Pero se hubiera requerido utilizar intensamente el potencial de acumulación de capital en un capitalismo austero. No lo ha sido el capitalismo periférico. Y de haberlo sido, no habría podido trasponer aquel límite crítico impuesto por la exigencia dinámica de acrecentar continuamente el excedente.

El retardo histórico en la industrialización periférica ha ido acentuando la superioridad técnica y económica de los centros y haciendo cada vez más difícil alcanzar la homogeneidad con ellos. Se abrieron las puertas a las transnacionales para acelerar este proceso; también para compensar, al menos en parte, la insuficiente acumulación de capital en la sociedad privilegiada de consumo a la que se vincularon estrechamente aquellas empresas. Sin embargo, la succión de ingresos por los centros, en gran parte por las transnacionales, terminó finalmente por agravar la insuficiencia y acentuar aquella contradicción en el intercambio que antes señalamos. Pero no fué esto solamente, sino que con las transnacionales surgieron nuevas formas de dependencia en desmedro de la autonomía del desarrollo periférico.

Fenómeno éste de la dependencia en que se manifiesta la hegemonía de los centros en sus relaciones con la periferia. Una hegemonía secular que, si bien experimenta cambios históricos tanto en el desplazamiento de su centro principal como en sus modalidades, responde siempre a esa superioridad técnica y económica de los centros y a su poder militar. Y se manifiesta en una combinación de intereses económicos, políticos y estratégicos de fuerte gravitación en el desarrollo periférico.

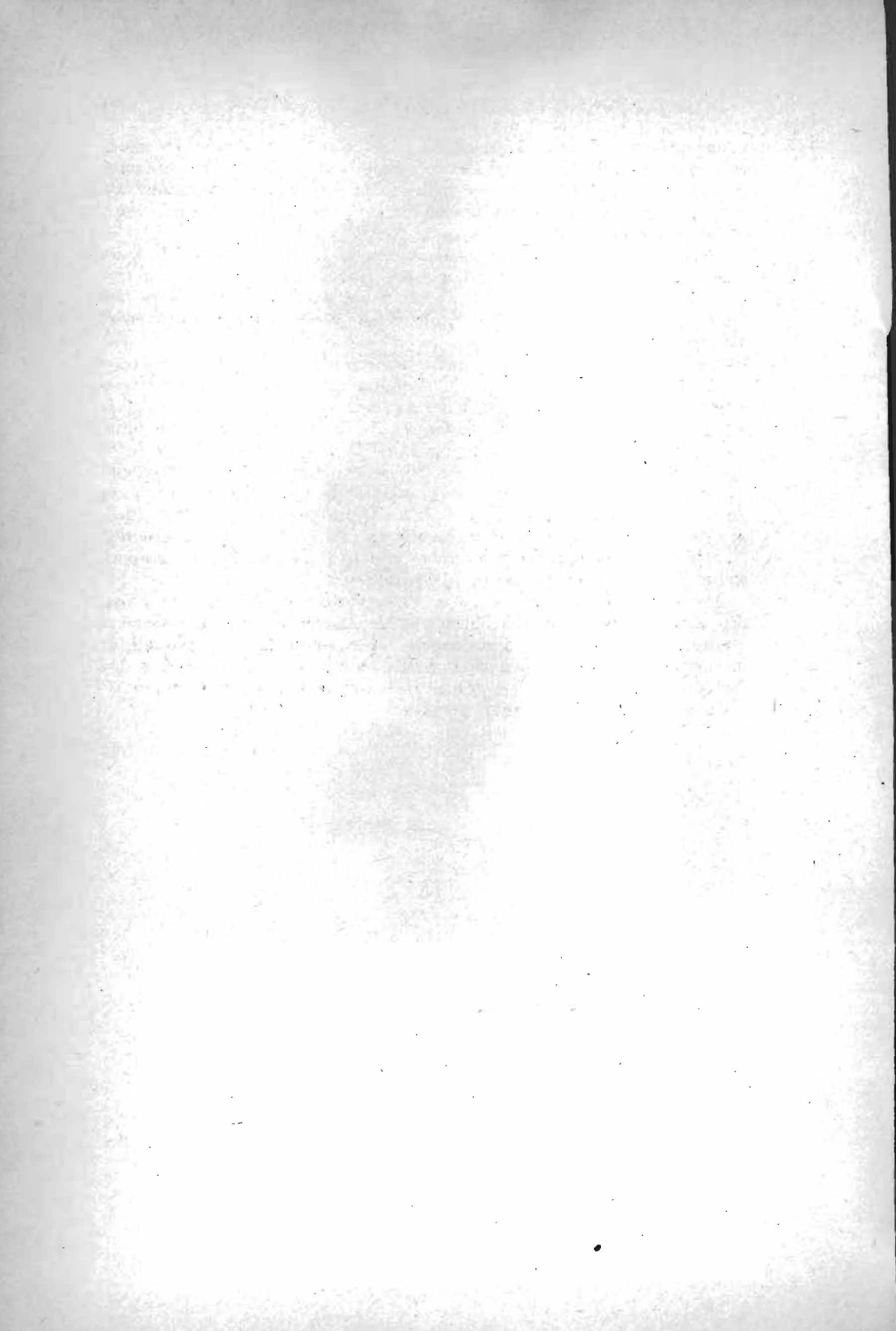
Conjúganse en todo ello cambiantes relaciones de poder. Bajo el influjo de esa superioridad técnica y económica, grupos dominantes en los centros, principalmente en el centro principal, se articulan a sus

congéneres de la periferia. Y así, además de su propio poder en aquéllos, que es muy fuerte por cierto, esos grupos comparten en diversos grados el poder económico y político de los grupos dominantes de la periferia. Lo cual resulta ser un factor primordial en las relaciones de dependencia.

Nunca se comprueba más patentemente la índole de estas relaciones que cuando un país periférico pretende reaccionar en una u otra forma. Muévase en su contra aquella constelación de intereses de los centros para aplicar medidas punitivas que a veces desembocan en el empleo de la fuerza.

Desde otro punto de vista, las relaciones de dependencia presentan un fuerte contenido ideológico. Cualquiera que haya sido su origen, si ciertas ideologías del desarrollo tienen gran persistencia se debe a la gravitación de intereses dominantes, sea de los centros o de la periferia. Y suelen constituir un serio obstáculo en la interpretación de los fenómenos de la *praxis* del desarrollo. No se trata solamente de ideologías capitalistas, sino también de otros sistemas de desarrollo. Tienen éstos escasa ponderación económica en la periferia pero su influencia ideológica es considerable. Y al repercutir en ella la rivalidad de sistemas, aparece una vez más la propensión imitativa, la carencia de autenticidad del desarrollo periférico y sus ideologías.

De todo ello nos ocuparemos en el capítulo I de esta Cuarta Parte. En el II examinaremos la hegemonía de los centros y la dependencia periférica. Y en el III destacaremos la especificidad del capitalismo periférico en el sistema mundial. En los capítulos IV y V haremos una breve referencia a la crisis por la que atraviesan los centros y su repercusión sobre el desarrollo periférico.



## I. LA NATURALEZA DE LAS RELACIONES ENTRE CENTROS Y PERIFERIA

### 1. LA ÍNDOLE CENTRÍPETA DEL DESARROLLO AVANZADO

NO DEJARÁ de sorprender mi afirmación acerca de la índole centrípeta del capitalismo avanzado, pues éste, como otros fenómenos del desarrollo, escapa a las teorías convencionales. Se debe fundamentalmente a un fenómeno estructural que lleva a los centros a retener los frutos de su progreso técnico. Bien sabemos que estos frutos no se difunden al resto del mundo a través de la disminución de los precios conforme aumenta la productividad.

Como quiera que tales frutos se hayan distribuido dentro de los mismos centros en el desenvolvimiento de sus cambiantes relaciones de poder, la demanda así generada impulsa su propia dinámica, salvo aquella fracción de ella que se dedica a adquirir productos primarios en la periferia. Más aún, los ingresos periféricos generados por las exportaciones a los centros se traducen en demanda de bienes industriales de los mismos centros, en los tiempos pretéritos de desarrollo hacia afuera, antes que en la promoción del desarrollo periférico.

Estos bienes industriales se diversifican incesantemente en virtud del progreso técnico y las correspondientes inversiones. No hubo en aquellos tiempos ningún incentivo para realizar estas inversiones en la periferia, y ellas se llevaron a cabo en los mismos centros, donde se desenvuelve el proceso diversificador estimulado por aquella expansión continua de la demanda.

Tales son los fenómenos centrípetos que explican el retardo del desarrollo periférico. Conviene examinar este retardo con cierta perspectiva. La periferia desempeña inicialmente un papel pasivo y subordinado. En realidad constituye entonces una prolongación apendicular de los centros para suministrarles, a bajo costo, los productos primarios que necesitan. A ello se limita principalmente la propagación de la técnica productiva en aquella fase pretérita en que el desarrollo periférico se basa fundamentalmente en la producción primaria exportable.

Y el desarrollo periférico depende de la intensidad con que este papel pasivo se cumple, intensidad que en algunos casos fue muy notable y creó condiciones favorables a una industrialización ulterior.

A pesar de ciertos brotes de industrialización en algunos países en la fase de crecimiento hacia afuera, la periferia desempeña la función específica

que le corresponde en el esquema pretérito de la división internacional del trabajo, fragmentada en múltiples compartimientos que convergen aisladamente hacia aquéllos, con muy escaso intercambio entre sí.

Reflexiónese sobre lo que todo esto significa. En tanto que la industrialización va cambiando progresivamente la estructura social de los centros y difundiendo hacia abajo los frutos del progreso técnico, la estructura social de la periferia queda cada vez más rezagada en el proceso de crecimiento hacia afuera.

Es cierto que sus estratos superiores compartían con los centros, aunque en distintos grados, los frutos del progreso técnico en lo que atañe principalmente a la producción primaria, pero esos frutos no llegaban o llegaban muy menguados a la gran masa de la población.

## 2. LA INDUSTRIALIZACIÓN PERIFÉRICA Y EL INTERCAMBIO EN LOS CENTROS

### *Las dos opciones en el intercambio*

Dos condiciones esenciales tienen que cumplirse para impulsar el desarrollo. Por un lado, la acumulación de capital en bienes físicos y formación humana, de lo cual ya nos hemos ocupado. Por otro lado, el intercambio de bienes, que consideraremos ahora.

El intercambio es condición esencial porque el desarrollo exige importar bienes que un país periférico no puede producir por carencia o limitación de recursos naturales, o por su inferior capacidad técnica y económica.

Tiene pues que exportar para procurarse esos bienes (y también para poder realizar otros pagos exteriores). La producción primaria es generalmente insuficiente para cumplir este papel; la razón es muy simple, aunque no siempre se tiene presente. Consiste en aquella conocida disparidad con que crece la demanda cuando aumenta el ingreso por habitante. Explicamos en otro lugar cómo la diversificación incesante de la demanda deja atrás los bienes primarios, especialmente los alimentos, en tanto que favorece de más en más los bienes industriales (y también los servicios calificados); compréndese pues que las exportaciones primarias, salvo excepciones, tiendan a crecer con relativa lentitud frente a la demanda de bienes industriales cada vez más diversificados que provienen de los centros.

Por consiguiente, se impone la exportación de manufacturas. Y aquí se encuentra un muy serio escollo, pues los centros son renuentes a admitir manufacturas periféricas en la medida necesaria a la indispensable elevación

de su ritmo de desarrollo. Digo indispensable, a fin de que se pueda cumplir el papel primordial de la industria y otras actividades en la absorción de fuerza de trabajo.

¿Qué es lo que podría exportar la periferia, además de bienes primarios, mientras no supere su inferioridad técnica y económica? Evidentemente, bienes manufacturados en que ha adquirido o podría adquirir en corto tiempo las aptitudes técnicas necesarias. Se trata principalmente, sin embargo, de bienes en que la demanda de los centros crece con relativa lentitud frente a la demanda intensa en la periferia de bienes cada vez más diversificados provenientes de aquéllos. Sería a todas luces ventajoso para los centros exportar estos últimos a la periferia, pues en ellos tiene grandes ventajas comparativas, e importar desde la periferia aquellos otros en que no tiene tales ventajas, o son muy inferiores. Y la misma conveniencia tendría la periferia, desde su punto de vista. Se trata de una conveniente reciprocidad que se nos viene enseñando desde mucho tiempo atrás. ¿Qué es entonces lo que explica la renuencia de los centros a abrir francamente sus puertas a las manufacturas periféricas?

No cabe duda que la competencia de estas manufacturas tendría efectos adversos sobre las correspondientes industrias de los centros, si bien no hay que exagerar al respecto. Compréndese pues que empresarios y sindicatos se opongan a ello. Lo mismo sucede también en los centros con ciertos productos agrícolas. Trátase de grupos sociales de importante gravitación política. Y no basta persuadirles que la fuerza de trabajo que quedaría desempleada se transferiría a aquellas y otras actividades absorbentes. ¿Pero es que es así en realidad?

Desde luego que no lo es en la crisis presente de los centros. Aparte de ello tengo dudas de que, en general, el capitalismo de los centros acumula en la medida suficiente el necesario capital reproductivo (valga aquí también la diferencia dinámica con el no-reproductivo). Téngase en cuenta, además, que aquel intercambio contribuiría al incremento de la productividad, lo cual exigiría elevar más aún el ritmo de acumulación de capital. Creo que el razonamiento que a este respecto expusimos en la Segunda Parte es también válido para los centros.

En los largos años de bonanza de estos últimos, que terminan en la primera mitad de los setenta, el desempleo se redujo, por lo general, a bajos niveles, lo cual no cambió sustancialmente la actitud de aquéllos; más aún, se presentó en algunos casos cierta escasez de trabajadores. Se prefirió entonces compensarla con trabajadores inmigrantes antes que con una política favorable a las importaciones periféricas.

Esta actitud de los centros ha obligado a la periferia a producir internamente lo que le hubiera sido posible importar ventajosamente a cambio de sus exportaciones de bienes industriales y de productos de agroindustrias. Recuérdese que las exportaciones tradicionales de productos primarios tienen una baja elasticidad ingreso de la demanda en tanto que la demanda de importaciones de bienes industriales tiene una elasticidad relativamente alta. De ahí la tendencia inmanente hacia el estrangulamiento exterior en el desarrollo periférico. Sólo hay dos formas de corregir gradualmente esta disparidad de elasticidades: exportar otros bienes a los centros, además de los tradicionales, a fin de poder importar bienes que no es dable producir por carencia o limitación de recursos o por inferioridad técnica y económica; o acrecentar el ritmo de producción interna para lograr de esta manera aquello que por falta de medios no es posible importar. Ya se dijo que lo primero es lo más conveniente. Pero si no es posible seguir esta opción, no queda más que la segunda para impulsar el desarrollo.

#### *La sustitución de importaciones*

La segunda opción se impuso intensamente en la periferia durante las grandes crisis de los centros, especialmente la gran depresión mundial y la segunda guerra. Más que por designio, la caída violenta de las exportaciones primarias hizo necesario dar vuelo a la industrialización estableciendo nuevas industrias o impulsando resueltamente las que habían aparecido anteriormente al abrigo de derechos fiscales. Así se inicia la industrialización sustitutiva.

No se había dado, en efecto, un designio industrializador. Ya se hizo notar que los centros no tenían interés en promover la industrialización periférica y se opusieron a ella aduciendo las ventajas de aquel esquema prerterito de división internacional del trabajo en que a la periferia correspondía el papel de exportar bienes primarios y a los centros, bienes industriales. Se comprende que así haya sido debido al interés de los grupos dominantes en los centros. Pero, ¿por qué esperó tanto tiempo la periferia para iniciar este proceso? Hay que buscar también la respuesta en una estructura social en donde los grupos dirigentes se desenvolvían y prosperaban al abrigo de este esquema, que debaja al margen gran parte de la fuerza de trabajo. Se oponían, asimismo, a la industrialización porque ella haría subir los precios de lo que se importaba tan liberalmente.

Como se dijo más arriba, cuando las crisis de los centros impusieron la

opción sustitutiva no podía pensarse en la exportación de manufacturas. Pero después, con el andar del tiempo, las disparidades persistentes de elasticidad de la demanda pudieron haber llevado a explorar la opción exportadora, combinándola con la sustitutiva. Sin embargo, hubo generalmente gran inercia en la continuación de la política sustitutiva. Acaso la CEPAL fue la primera en llamar la atención acerca de este hecho.<sup>1</sup>

En los escritos de aquélla se ha reconocido más de una vez la responsabilidad de la periferia por haber concentrado todos sus esfuerzos en la sustitución de importaciones, sin conceder suficiente atención a las exportaciones de manufacturas. Pero, al mismo tiempo, ha subrayado también la responsabilidad de los centros, afirmando que no habría bastado poner a la producción exportable en el mismo pie de igualdad que la producción sustitutiva interna. Se hubieran necesitado medidas convergentes que facilitaran en los centros ciertas importaciones industriales provenientes de los países en desarrollo, dando a éstos mayor capacidad para importar precisamente aquellos productos donde son mayores las diferencias de costos. Se habría des-

<sup>1</sup> Así, en un trabajo publicado en 1961, se llamó la atención acerca de la "excesiva orientación de la industria hacia el mercado interno", debido a la "política de desarrollo seguida por los países latinoamericanos y la falta de estímulos internacionales para sus exportaciones industriales".

Y se expresaba que "la política de desarrollo ha sido discriminatoria en cuanto a las exportaciones. En efecto, se ha subsidiado —mediante aranceles y otras restricciones— la producción industrial para el consumo interno, pero no la que podría destinarse a la exportación. Se ha desenvuelto así la producción de numerosos artículos industriales de costos muy superiores a los internacionales, cuando pudo habérselos obtenido, con diferencias de costos mucho menores, a cambio de exportaciones de otros artículos industriales que podrían haberse producido más ventajosamente. Lo mismo podría decirse de nuevas líneas de exportación primaria y aun de líneas tradicionales dentro de ciertos límites relativamente estrechos". CEPAL, *Desarrollo económico, planeamiento y cooperación internacional*, publicación de las Naciones Unidas. La cita corresponde a la versión publicada en la serie conmemorativa del XXV Aniversario de la CEPAL, Santiago, 1973, p. 19 y ss.

Y se agrega en otro trabajo, algo posterior, que "la protección ha sido desde luego indispensable en los países latinoamericanos. Pero no se ha otorgado con moderación ni ha habido en general una política trazada racionalmente y con sentido de previsión indispensable para atenuar —si es que no evitar— las crisis de balance de pagos".

Para decir después que "la industrialización cerrada por el proteccionismo excesivo, y así también los aranceles desmesurados sobre ciertos productos agrícolas importantes, han creado una estructura de costos que dificulta sobremanera la exportación de manufacturas al resto del mundo..." R. Prebisch, *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1963, pp. 86-87.

arrollado así en el campo industrial aquella conveniente división del trabajo a que antes nos referimos, muy diferente del esquema tradicional de intercambio de bienes primarios por productos industriales.

Sin embargo, ni los centros alentaron las exportaciones de manufacturas de la periferia ni ésta resolvió emprender una política francamente favorable a las mismas, hasta que el agotamiento de las posibilidades de sustitución fácil y el ritmo extraordinario de desarrollo alcanzado por los centros, a medida que avanzaba el decenio de los años sesenta, demostró la posibilidad de hacerlo.

Las consecuencias de la prosperidad de los países avanzados se manifestaron tanto en las exportaciones periféricas de productos primarios como, sobre todo, en las de manufacturas. Estas últimas se desenvuelven en algunos casos con gran celeridad, y no sólo se debilita la política sustitutiva de importaciones sino que llega a renegarse de ella.

Durante esos años queda encubierta en cierto modo la tendencia centrípetas del capitalismo, pero ésta no desaparece. En efecto, el gran esfuerzo exportador que desenvuelve la periferia no alcanza la medida exigida por sus crecientes necesidades de importación y el pago de servicios financieros.

La periferia apenas participa marginalmente en el caudaloso crecimiento del intercambio industrial de los centros, alentado por una franca política de liberalización entre ellos. Sus nuevas exportaciones industriales conciernen principalmente a bienes donde las innovaciones han dejado de serlo gracias a nuevos avances de la técnica, o se limitan a fragmentos de bienes avanzados producidos por empresas que aprovechan los bajos salarios, pero sin el designio de introducir formas avanzadas de industrialización integral.

Sin embargo, como antes se dijo, la periferia podría enviar a los centros bienes técnicamente menos avanzados en los cuales va adquiriendo condiciones competitivas, y ha demostrado aptitud para hacerlo por el empeño de sus propias empresas. Pero a estos bienes no ha llegado la política de la liberalización, sino todo lo contrario.

Esto concierne a la etapa presente del desarrollo periférico. Pero no significa en modo alguno que si se diera una nueva política de industrialización no pudiera abordarse la producción y exportación de bienes de creciente complejidad técnica. Tal es la dinámica del desarrollo.

En esta materia se presenta una manifiesta paradoja en las relaciones centro-periferia. En la Ronda Kennedy, como así en la Ronda Tokio, se ha liberalizado aquello donde la periferia no tiene por ahora ventajas comparativas debido a la superioridad técnica y económica de los centros. Se trata de industrias que interesan sobre todo a las transnacionales. Y escapan

en gran parte a la liberalización —defendidos por diferentes formas de proteccionismo— aquellos bienes manufacturados (y también primarios) donde la periferia tiene ventajas comparativas, o podría adquirirlas fácilmente en sus propias empresas de raigambre nacional. Y surgen nuevas manifestaciones de un proteccionismo inveterado en los centros industriales.<sup>2</sup>

Pero no toda la responsabilidad radica en los centros. Los países latinoamericanos también la tienen en alto grado. Los resultados estimuladores de la política exportadora de algunos países demuestran cuánto se ha perdido al no haberla emprendido de tiempo atrás. Sobrevaluación crónica de la moneda y trabas innecesarias han perjudicado seriamente las exportaciones y sobre todo ha faltado y sigue faltando decisión para aplicar con vigor y clarividencia medidas estimuladoras del intercambio recíproco dentro de la periferia latinoamericana; medidas que, al reducir los costos, habrían dado aliento, por añadidura, a las exportaciones industriales hacia los centros y el resto del mundo.

Si el desenvolvimiento industrial de la periferia hubiera sido paralelo al de los centros, si no se hubiese dado aquel serio retardo histórico cada vez más pronunciado le hubiera sido posible suplir con su propia diversificación y el intercambio industrial con aquéllos, la exigencia de bienes industriales que la elevada elasticidad-ingreso de su demanda habría traído consigo.

Nada importante se ha hecho en los centros, durante sus épocas de prosperidad, para alentar las importaciones industriales provenientes de la periferia así como las importaciones primarias que encuentran considerables obstáculos cuando compiten con bienes de los centros. Es bien sabido que el régimen de preferencias, logrado tras largos años de negociación, ha resultado tener escasa significación por las serias limitaciones que entraña.

A todo ello se agregan las consecuencias adversas de la crisis por la que atraviesan los centros. Tiende a debilitarse el ritmo de crecimiento de las exportaciones periféricas y, a pesar de ser aún relativamente elevada su cuantía, dista mucho de ser suficiente para que la tasa de desarrollo se eleve nuevamente. Es necesario hacerlo a fin de evitar el agravamiento de las tendencias excluyentes y conflictivas del sistema, con muy serias consecuencias sociales y políticas. Problemas de solución hartó difícil si se tiene presente, asimismo, la necesidad de elevar más aún las exportaciones para cubrir el encarecimiento del petróleo sin acudir indefinidamente al endeudamiento exterior.

<sup>2</sup> Véase el artículo de Pedro Mendive, "Proteccionismo y desarrollo. Nuevos obstáculos de los centros al comercio internacional", *Revista de la CEPAL*, núm. 6, Segundo semestre de 1978.

## 3. LAS TRANSNACIONALES Y LA INDUSTRIALIZACIÓN

No fueron pocos quienes creyeron que la penetración de las transnacionales en la periferia contribuiría notablemente a la exportación de manufacturas a los centros. Las transnacionales serían instrumentos poderosos que, gracias a la internacionalización de la producción, nos permitirían participar en aquel caudaloso intercambio industrial que mencionamos. Sin embargo, los hechos no han ocurrido así. Las transnacionales han promovido con gran intensidad, la internacionalización del consumo en la periferia, antes que la internacionalización de la producción. No han contribuido en medida suficiente a crear nuevas modalidades de inserción en la división internacional del trabajo industrial con los centros. La periferia queda de nuevo en gran parte marginada, como ya había quedado otrora al margen del proceso de industrialización. Tal es la consecuencia de la disparidad estructural en las relaciones centro-periferia.

Sin embargo, las transnacionales han contribuido notablemente a la industrialización sustitutiva con su reconocida eficiencia. En los primeros tiempos fueron renuentes a exportar; sus plantas aprovecharon el mercado interno pero no buscaron espontáneamente oportunidades de exportar hasta que se dieron subsidios y otras posibilidades para hacerlo.

Cabe preguntarse por qué, en este empeño exportador, las transnacionales han puesto el acento sobre las exportaciones a otros países periféricos antes que a los centros. Como se dijo antes, la dinámica de éstos se vincula estrechamente a esas innovaciones diversificadoras; y no parecería por tanto que las transnacionales estuviesen interesadas en emprenderlas en la periferia, al menos por ahora y salvo algunas excepciones. Pero, en cambio, les conviene explotar allí principalmente aquellos bienes de segunda línea, que están siendo superados en los centros por los nuevos bienes en que se manifiestan sucesivamente aquellas innovaciones.

Es comprensible que las transnacionales, llevadas espontáneamente por su propio interés, prefieran invertir en los mismos centros donde ocurren aquellas innovaciones incesantes y donde se concreta una demanda cada vez más diversificada.

Pero, ¿por qué las transnacionales no habrían de usar la periferia como base desde la cual ir lanzando siquiera una parte de esas innovaciones de vanguardia? Me inclino a creer que el estímulo de los bajos salarios no tiene influencia ponderable, salvo en casos como los señalados más arriba, pues en esos bienes avanzados, lo esencial, además del mercado creciente de los mismos centros, es la infraestructura científica y tecnológica y la formación

humana, que en todo momento es cada vez más exigente en los niveles de la técnica.

La penetración de las transnacionales se ha venido profundizando con el persistente aliento de los centros; habría que aceptarla, a juicio de algunos, a fin de remover los obstáculos externos al desarrollo latinoamericano. Este objetivo no se ha logrado, según ya se expresó, pero la dependencia es mayor.

No sabríamos decir si las empresas transnacionales podrían contribuir eventualmente a corregir esa tendencia centrípeta exportando a los centros bienes cada vez más avanzados técnicamente. No lo han hecho hasta ahora con gran amplitud, si bien han tenido un papel importante en las exportaciones a otros países periféricos. Podrían tenerlo mucho más aún si la sustitución se cumpliera en el ámbito regional —punto éste sobre el que volveremos oportunamente— en vez de circunscribirse al ámbito nacional.

Este hecho y la succión de ingresos periféricos explican que las transnacionales, si bien contribuyen primero a corregir el desequilibrio externo con la sustitución de importaciones, tienden después a acentuarlo en las relaciones con los centros cuando la transferencia de sus ganancias y otros pagos hacia el exterior excede sus nuevas aportaciones de capital, al mismo tiempo que se van agotando las posibilidades de nuevas sustituciones.

No quisiera aparecer en una actitud negativa con respecto a las transnacionales; su importancia técnica y económica es ingente. Se necesita su colaboración en la periferia de acuerdo a nuevas reglas del juego y conforme a una política selectiva. Hay campos, como el de las exportaciones, en que su papel ha llegado a ser significativo en las relaciones con otros países periféricos. Acaso este campo se extienda hacia los centros. Pero hay otros campos en que no se justifican: la adquisición de industrias en que la periferia ha llegado a adquirir la técnica o podría adquirirla, o la penetración más allá de ciertos límites estrechos en las actividades bancarias u otras actividades internas, con la consiguiente succión de ingresos.

#### 4. PROTECCIONISMO PERIFÉRICO Y RECIPROCIDAD

La superioridad técnica y económica de los centros que se fue acentuando con el retardo del desarrollo periférico, explica la necesidad de protección a la industrialización sustitutiva y de subsidios a las exportaciones industriales. Es bien sabido que estos estímulos han sido exagerados, cuando no abusivos, bajo la influencia de poderosos intereses. En nombre de las leyes

del mercado, se ha pretendido a veces brindar estos estímulos mediante la devaluación monetaria; pero no nos anticiparemos a lo que se dirá al respecto en lugar pertinente.

Los centros se han opuesto siempre a la protección y a los subsidios en vez de alentar su aplicación racional. Y, en consecuencia, insisten acerca de la necesidad de reducirlos o eliminarlos en sus negociaciones con los países periféricos. Esgrimen la vieja tesis de la reciprocidad, según la cual cualquier liberalización de las importaciones provenientes de la periferia debiera acompañarse de una liberalización similar de las importaciones de ésta.

No se ha comprendido —o acaso no se quiere comprender— el papel dinámico de la industrialización en el empleo de fuerza de trabajo. Ya dijimos que la exportación primaria sólo absorbe una proporción relativamente pequeña de esta última. En consecuencia, para desarrollarse y vencer la tendencia al estrangulamiento exterior la periferia necesita exportar manufacturas o nuevos productos de las agroindustrias para satisfacer sus crecientes necesidades de importación. Y en la medida en que no pueda hacerlo, tiene ineludiblemente que avanzar en la sustitución de importaciones mediante una razonable protección. Y cuanto más liberalicen los centros sus importaciones provenientes de la periferia, tanto menos necesitará esta última avanzar en la protección a nuevas industrias sustitutivas. Y en cuanto a las industrias sustitutivas ya existentes la eliminación de la protección a las mismas significaría desandar lo andado, esto es acentuar la tendencia al estrangulamiento exterior en desmedro del empleo de fuerza de trabajo. Compréndase pues la significación de las grandes disparidades estructurales entre centros y países periféricos para darse cuenta que la reciprocidad sería sencillamente contraproducente.<sup>3</sup> Pero ello no quiere decir que

<sup>3</sup> Parece oportuno, pues, recordar lo que dijimos en 1963:

"Los países periféricos están en posición diametralmente opuesta a la de los centros en materia de reciprocidad en el intercambio. Éstos exportan manufacturas cuya demanda tiende a crecer en forma intensa con el crecimiento del ingreso periférico; en tanto que aquéllos exportan productos primarios que tienden a crecer con lentitud con el ingreso de los centros.

"En consecuencia, los centros no necesitan sustituir importaciones desde este punto de vista, pues el desequilibrio comercial con la periferia tiende a ser positivo, esto es, a un exceso de exportaciones.

"En cambio, la tendencia al desequilibrio negativo en los países periféricos les impone la sustitución dentro de las pautas presentes de intercambio para evitar el déficit en el balance de pagos.

"Más aún, si los centros, por otras razones justificables o no, sustituyen importaciones provenientes de los países periféricos, agravan esa disparidad de la demanda internacional. En cambio, la sustitución de importaciones provenientes de los centros

no haya que introducir medidas de racionalidad así en la protección que ha sido generalmente abusiva, como en los subsidios.

La reciprocidad es aplicable cuando se ha alcanzado cierta homogeneidad técnica entre los países y no hay en algunos de ellos fenómenos persistentes de desocupación. Pero esto concierne al futuro, además de que a esa homogeneidad será difícil llegar si no se transforma el régimen de acumulación y distribución.

Podría pensarse que en países en que las exportaciones son cuantiosas y crecen con alto ritmo, como los petroleros, no sería necesario alentar otras exportaciones con subsidios o sustituir importaciones con protección. Pero no es así, por cuanto esas exportaciones de energía emplean escasa fuerza de trabajo. Hay pues un problema de empleo que sólo puede resolverse con la industrialización y el desarrollo de otras actividades absorbentes, tanto más cuanto más penetre el progreso técnico en la agricultura. Claro es que aquellos recursos provenientes del petróleo constituyen un instrumento formidable para hacerlo. ¿Pero se ha sabido sembrar el petróleo, según la acertada fórmula? ¿Y se sabrá hacerlo ahora con esos recursos extraordinarios? ¿O se exaltará más la sociedad privilegiada de consumo, la succión de ingresos por los centros y la hipertrofia del Estado?

Todo esto es harto conocido en el seno de la CEPAL. Y si lo recuerdo ahora, es para acercar a la realidad a algunos de nuestros economistas que en los países periféricos, tiende a corregir la disparidad para hacer posible el desarrollo.

"Esta desigualdad fundamental exige la revisión del concepto hasta ahora vigente de reciprocidad, pues si los centros reducen o eliminan sus aranceles, los países periféricos podrán aumentar sus exportaciones a ellos. Y al suceder así, también, acrecentarán sus importaciones, en virtud de la intensa demanda que para ellas existe.

"Exigir a un país en desarrollo concesiones arancelarias equivalentes significaría lesionar su industrialización en claro desmedro de su desarrollo económico."

En seguida se aclaraba que la idea de reciprocidad implícita no suponía que se dejara de lado la corrección de los abusos del proteccionismo. Todo lo contrario... "es necesario rebajar en forma gradual los aranceles frente al resto del mundo, guiándose por conceptos de economicidad, y a fin de que la industria se vea continuamente estimulada por la competencia exterior a reducir sus diferencias de productividad con los grandes centros.

"Es claro que una reforma de esta naturaleza no podría cumplirse en condiciones de estrangulamiento progresivo. Antes tiene que venir el alivio exterior, la aceleración del ritmo de las exportaciones. En otros términos, la racionalidad de la tarifa arancelaria tiene que ser parte de un plan internacional de expansión de intercambio sobre nuevas bases. No podrá adelantarse a esta política, sino ser consecuencia de ella." Téngase en cuenta que esto se decía antes de la UNCTAD. *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano*, op. cit., pp. 89 y ss.

viven en un mundo aséptico donde incuban sus doctas elucubraciones. Discurren así sobre internacionalización de la producción y apertura exterior. ¡Excelente!, ¡pero que los centros comiencen primero! Largos años de lucha, principalmente en la UNCTAD, no lograron modificar la actitud restrictiva de los centros. ¿Creen acaso que podrán conmovierlos con el espectáculo de industrias que disminuyen su producción o cierran debido a la apertura exterior?

Que hay ciertas industrias que deben aumentar su productividad o desaparecer, no cabe duda alguna; trátase de industrias que por su considerable desventaja comparativa no debieran haberse establecido. Pero sería un grave error desbaratarlas mientras una mayor acumulación de capital reproductivo y la elevación del ritmo de desarrollo no permita reabsorber el desempleo. Es un problema de oportunidad y tiempo. Primero hay que hacer avanzar la estructura productiva, sea para exportar o para sustituir importaciones, ateniéndose a las ventajas o desventajas comparativas; y después abordar el reajuste a fondo de la protección abusiva. No destruir hasta poder construir mejor.

Si se encaran estos problemas con perspectiva dinámica no cabría esperar que, aunque pudiera lograrse una política de franca liberalización en los centros, ello constituiría la solución definitiva del problema del estrangulamiento periférico. Este problema tenderá a alcanzar dimensiones muy importantes a medida que avance el proceso de industrialización en el ámbito mundial y se extienda con intensidad a países donde está en sus comienzos. Y no es fácil concebir que los centros, para hacer frente a ese desequilibrio potencial de la periferia, amplíen considerablemente su coeficiente de importaciones provenientes de ella más allá de ciertos límites.

De todas maneras, la periferia no ha realizado todavía un esfuerzo vigoroso y persistente para aprovechar las considerables posibilidades de intercambio recíproco.

No ha sido capaz de romper el pretérito esquema de intercambio en que cada país periférico convergía aisladamente hacia los centros, y modificar en forma correspondiente su estructura productiva.

### *La fragmentación económica de la periferia*

Por el contrario, en los centros el cambio en la estructura productiva ha sido intenso y continuo. Pero ningún país ha pretendido producir intensamente todo lo que exigían las mutaciones de su demanda; por el contrario,

se ha dividido el trabajo entre los distintos países avanzados desarrollando en forma extraordinaria el intercambio.

Tal ha sido el significado dinámico de las dos rondas de liberalización que ya se han mencionado.

Sin embargo, los países periféricos no han sabido establecer formas racionales de división del trabajo entre ellos. En la medida en que no les ha sido posible exportar suficientemente a los centros, cada país ha desenvuelto su producción industrial casi con prescindencia del intercambio con los restantes. Es indispensable por ello que la sustitución se cumpla en el ámbito latinoamericano sin descuidar el potencial de intercambio con otros países en desarrollo.

Desde los primeros escritos de la CEPAL, a comienzos de los años cincuenta y antes del Mercado Común Europeo, hemos llamado la atención acerca de la tendencia al agotamiento de las sustituciones fáciles y la necesidad de pasar a una producción técnicamente más compleja, y que exigía mercados mucho más amplios que los compartimientos estancos de los diferentes países.

Surgió así la idea del mercado común latinoamericano, basado tanto en la reducción progresiva de aranceles y otras restricciones, como en acuerdos de especialización industrial concertados entre los gobiernos.

Es cierto que los centros, y sobre todo el centro dinámico principal del capitalismo, no vieron con simpatía los esfuerzos que en ese sentido realizaron los países periféricos en los primeros tiempos; pero después los apoyaron, cuando advirtieron que ellos ofrecerían un campo promisor a las transnacionales; insistieron, sin embargo, en que debiera realizarse sin intervención alguna de los gobiernos. Les costaba reconocer que las rebajas arancelarias no bastarían para conseguir una distribución racional de la producción de bienes de capital y bienes intermedios.

Como quiera que sea, las transnacionales y también las empresas nacionales han desempeñado un papel muy importante en las exportaciones de manufacturas entre países periféricos gracias a esas rebajas arancelarias y a los subsidios de exportación.

Pero los gobiernos no se han preocupado mayormente por asegurar la reciprocidad. Los países industrialmente más avanzados de la periferia latinoamericana están exportando en cantidades crecientes a países menos avanzados, aunque sin concertar medidas que permitan a estos últimos desenvolver sus propias exportaciones industriales. En consecuencia, los países menos avanzados han tendido a desplazar algunas importaciones provenientes de los centros en favor de los países más avanzados de la periferia, aliviando

así, el déficit comercial de éstos. No parecería, sin embargo, que ésta fuese la manera más racional de resolver el problema del estrangulamiento exterior.

La resistencia de los centros ha sido un factor adverso en los primeros tiempos, pero lo que más ha influido después en el desaliento de la marcha hacia el mercado común ha sido el ritmo extraordinario de desarrollo de aquéllos. No me refiero tanto al intercambio de la periferia con estos últimos sino al comercio entre diferentes países periféricos, fuertemente estimulados por las repercusiones de aquel otro proceso.

Vuelve a plantearse ahora el mismo problema de sustitución de importaciones en el ámbito latinoamericano. No creo en forma alguna que tenga que recurrirse a las fórmulas originarias. ¡Ha pasado mucha agua bajo los puentes! Hay que extraer enseñanzas de la experiencia y llegar a fórmulas que, entre otros aspectos, aseguren la distribución equitativa de ventajas, tanto para los países más desarrollados como para los menos desarrollados y los de mediano desarrollo.

Es necesario superar la fragmentación económica de nuestros países. Es ésta otra de las manifestaciones del retardo histórico de su desarrollo provocado por la índole centrípeta del capitalismo. Como se dijo en otro lugar, cada país periférico convergía separadamente de los otros en el abastecimiento de productos primarios a los centros. Y cuando sobrevino la industrialización como consecuencia de las crisis de estos últimos, no se supo romper el viejo esquema centro-periferia con una división racional del trabajo.

Este esquema sigue vigente en gran parte en las relaciones entre nuestros países.<sup>4</sup> Se impone cambiarlo ahora que se ha disipado nuevamente el mito de la expansión indefinida del capitalismo de los países avanzados.

##### 5. LA VULNERABILIDAD PERIFÉRICA

El desarrollo capitalista se cumple en forma cíclica. Y el ciclo se refleja en la periferia con mayor intensidad que en los centros, debido al papel dominante que siguen teniendo las exportaciones primarias cuyos precios fluctúan con más intensidad que los de los bienes finales por constituir la primera etapa en el proceso productivo.

En las fases de bonanza, las fluctuaciones cíclicas suelen hacer perder de vista en la periferia la tendencia latente hacia el estrangulamiento exterior;

<sup>4</sup> Véanse los artículos de Aníbal Pinto, en especial, "La internacionalización de la economía mundial y la periferia", *Revista de la CEPAL*, núm. 9 (diciembre de 1979).

en tanto que en las fases declinantes esa tendencia vuelve a presentarse en forma generalmente más difícil de contrarrestar por la sola decisión autónoma de los países.

Tales fenómenos son consecuencia del retardo estructural. Si la periferia participara activamente en el intercambio industrial, lo mismo que los centros, la proporción de sus exportaciones primarias en el conjunto de exportaciones hubiera declinado en forma persistente. Y de esta suerte el movimiento cíclico del conjunto de las exportaciones habría reducido su amplitud, pero no ha sucedido así.

Esta situación presenta además otra consecuencia importante. Los países periféricos, en general, no sólo han exagerado el proceso sustitutivo de importaciones, sino que con frecuencia han sustituido bienes finales, especialmente en renglones de menor complejidad técnica, en detrimento de los bienes de otras etapas. Han introducido de esta manera un elemento de gran rigidez en las importaciones, cuya consecuencia se comprueba sobre todo durante los períodos de declinación. En efecto, la sustitución de bienes finales ha disminuido en forma considerable su proporción sobre el total de importaciones, las que están integradas principalmente por materias primas e intermedias y bienes de capital, o sea por renglones cuya compresión tendría serios efectos sobre el empleo, aun cuando los bienes finales sean prescindibles o postergables. O también por renglones, como los alimentos y otros bienes esenciales de consumo, donde la política sustitutiva no se ha inspirado por lo general en previsoras consideraciones de largo alcance.

Pues bien, al perder en esta forma su flexibilidad, se vuelve cada vez más difícil una política expansiva, por cautelosa que fuere, para atenuar en el desarrollo interno la incidencia adversa de la contracción de las exportaciones. Ha desaparecido en gran parte, si no totalmente, el margen comprimible de importaciones de bienes finales. Y la periferia no tiene otro recurso, si se empeña en seguir esa política expansiva, que acudir a préstamos internacionales. Ya no se trata principalmente de operaciones destinadas a aumentar la acumulación de capital, sino a cubrir, en última instancia, las exigencias del consumo y el servicio de la deuda externa. Por consiguiente, el crecimiento de esta deuda no va acompañado de una ampliación correlativa de la capacidad productiva. Huelga subrayar la seriedad de estos hechos, en sí mismos, cuando adquieren ciertas dimensiones, y más aún si se reflexiona acerca de su significación en las relaciones de dependencia.

*La relación de precios de intercambio*

Es ésta una tesis primigenia de la CEPAL sobre la cual se apoyaba, entre otras consideraciones, la necesidad ineludible de la industrialización. Expuesta de una manera un tanto simple, despertó críticas que, a veces, contribuyeron a depurarla. Paso a exponer sus elementos primordiales.

Como punto de partida hay que recordar nuestras ideas acerca del compartimiento del fruto del progreso técnico por la fuerza de trabajo. Hay dos conclusiones que conviene subrayar. Primero, que la gran masa de fuerza de trabajo que se emplea con creciente productividad gracias a la acumulación de capital no tiene aptitud para elevar correlativamente sus remuneraciones; y, segundo, que la que no se absorbe en esta forma queda en gran parte en los estratos inferiores con muy baja productividad y exiguos ingresos.

La tendencia al deterioro de la relación de precios se debe fundamentalmente a que la insuficiente acumulación de capital, por un lado, y el crecimiento extraordinario de la población, por otro, impiden absorber con gran intensidad esa fuerza de trabajo en capas técnicas de superior productividad.

Supongamos por un momento que esa intensa absorción se cumpliera. En tal caso, la elevación del ritmo de acumulación de capital iría absorbiendo la fuerza de trabajo de los estratos inferiores en capas técnicas de superior productividad. Y al reducirse en esta forma su competencia regresiva con los trabajadores que han sido absorbidos, se iría fortaleciendo la aptitud de todos para mejorar sus remuneraciones compartiendo el fruto del progreso técnico. Se concibe así que, después de un período de transición más o menos largo, toda la fuerza de trabajo se encontrara en aquellas capas técnicas. Se habría llegado a la homogeneidad de la técnica y habrían desaparecido las diferencias estructurales en la distribución del ingreso de la fuerza de trabajo.

Dos efectos resultarían entonces de este proceso. Por un lado ocurriría un cambio en la estructura de la ocupación de las actividades en que había abundancia de fuerza de trabajo, especialmente la producción primaria—con el consiguiente debilitamiento del ritmo de su oferta— la que se transferiría hacia la industria y otras actividades absorbentes. Y, por otro, subirían las remuneraciones en las actividades antes desfavorecidas, principalmente la producción primaria. Y al suceder así, habría un mejoramiento de la relación de sus precios con los industriales y los de los servicios calificados.

Es evidente que esta hipótesis está muy lejos de cumplirse en el desarrollo periférico debido a la insuficiente acumulación y a la presión demográfica,

Por lo demás, no se cumpliría tampoco en un capitalismo austero por las razones expuestas en otro lugar.

Sin embargo, este razonamiento hipotético tiene la virtud de llamar nuestra atención acerca del funcionamiento del sistema, sesgado en contra de la producción primaria. Si la absorción cada vez más productiva de fuerza de trabajo es relativamente lenta y queda una gran masa sin absorber, no tienen por qué subir las remuneraciones de su fuerza de trabajo y los precios de sus productos. Y así continuaría sucesivamente su debilidad congénita.

En tal caso los precios primarios no se elevarían y se mantendría la misma relación de precios que existía al iniciarse la industrialización, salvo que la escasez de tierra disminuyera el ritmo de la oferta de bienes primarios. Subiría entonces la renta del suelo mientras las remuneraciones no podrían compartir el fruto del progreso técnico.

¿Cómo se desenvolvería entonces la tendencia al deterioro de la relación de los precios primarios? Se trata de algo que nos ha preocupado mucho en la CEPAL desde los primeros tiempos.

En pocas palabras, si el incremento de productividad en la producción primaria acrecienta su oferta más allá de lo que exige la demanda —habida cuenta de su elasticidad— tenderán a bajar los precios. Este fenómeno podría mitigarse si se cumpliera con gran intensidad el papel absorbente de la acumulación de capital, sobre todo por la industrialización. Pero éste no es el supuesto sobre el cual se basa el razonamiento.

Por el contrario, hay otro factor que puede contrarrestar la tendencia al deterioro, a saber, la limitación de la tierra accesible. La oferta no crecería entonces en la misma forma y se retendría en la producción primaria el fruto de su progreso técnico, pero de un modo francamente regresivo. En efecto, este fruto acrecentaría la renta del suelo pero no las remuneraciones de la fuerza de trabajo.

Creo que la lógica de esta tesis es impecable. Pero se ha pretendido en algunos casos demostrar estadísticamente su falsedad, aunque en otros parecería comprobarse lo contrario. Confieso que por más que me interesan estas investigaciones estadísticas habría que tener en cuenta que esa tendencia al deterioro, en las condiciones mencionadas, ocurre cuando actúan plenamente las leyes del mercado. Hay que examinar entonces lo que sucede cuando se contrarresta el juego de estas leyes.

El caso más importante en la periferia corresponde a la sustitución de importaciones mediante la protección o el estímulo a las exportaciones gracias al subsidio. La mayor rentabilidad de estas actividades atrae hacia ellas

capital y fuerza de trabajo en desmedro de la producción primaria adversamente afectada por el deterioro relativo de sus precios. Se opera en esta forma un fenómeno parecido, aunque no igual, al que ocurriría en la estructura de la ocupación y del aparato productivo cuando es muy intenso el papel absorbente de la acumulación de capital.

La industria cumple así, aunque en forma muy parcial, la función dinámica que le corresponde en el desarrollo periférico.

Además de este fenómeno general, hay otros casos de restricción de la oferta primaria sea por limitación de la competencia en ciertos productos o por presión sindical en favor del aumento de remuneraciones, para no citar sino las más importantes.

Los centros han impugnado siempre la tesis del deterioro. Sospecho que no es tanto por la tesis en sí misma, sino porque si se aceptara ella sería un argumento muy favorable a medidas de cooperación internacional destinadas a corregir la debilidad congénita de la producción primaria.

Por cierto que esa impugnación se basa en el respeto de las leyes del mercado en el plano internacional. Hay en esto una gran ambivalencia de actitudes, para decir lo menos. ¿Qué significa en los Estados Unidos la vieja política de paridad de los precios agrícolas con los precios industriales? ¿Se habría justificado esta política si no se hubiera dado una tendencia al deterioro en virtud del progreso técnico en la agricultura?

Pero no es eso solamente. En ese mismo país se restringe deliberadamente la producción de grano para defender los precios en el mercado internacional. Y también se ha disminuido en otros tiempos la oferta comercial vendiendo grano a países periféricos sin que éstos tengan que emplear sus divisas para pagarlos.

Está asimismo muy arraigada una política semejante en la Comunidad Económica Europea. Se trata en este caso de mejorar los ingresos de los productores restringiendo las importaciones y otorgándoles subsidios. Mejoramiento interno, pero no internacional. Por el contrario, ocurre un grave deterioro internacional cuando se lanzan al mercado sobrantes de producción en menoscabo de los otros países productores, especialmente los de la periferia.

Más de una vez he observado que los países grandes no violan ciertos principios. Cuando no les vienen bien, los cambian simplemente por otros. ¡Por donde las violaciones resultan ser siempre periféricas!

Volviendo ahora a nuestro razonamiento. ¿A quiénes se transfiere internamente y en mayor o menor grado, el fruto de la mayor productividad cuando no se contrarresta esa tendencia al deterioro? Tiende a transferirse a los inter-

mediarios en el proceso productivo o a los consumidores de los bienes finales que surgen de este proceso.

Cuando se trata de productos primarios de exportación la transferencia tiende a realizarse hacia afuera, por el deterioro relativo de los precios de tales productos comparado con el de los bienes diversificados que se importan. Esto concierne a las leyes del mercado. En tal caso, la tendencia hacia el deterioro restringe el crecimiento que de otro modo podrían tener las exportaciones, con claro detrimento del desarrollo periférico, según mencionamos más arriba. Lo cual no significa que tal tendencia no existe. Tal es, en esencia, la tesis cepalina.

El deterioro coyuntural de la relación de precios contribuye a acentuar en la periferia su insistencia en conseguir medidas que mejoren de modo persistente esa relación.

En las fases de bonanza, al mejorar coyunturalmente la relación de precios y la relación de ingresos en las actividades exportadoras, se eleva el excedente de los propietarios de la tierra y también los ingresos de la fuerza de trabajo calificada. Aumenta pues su demanda de bienes diversificados y se adquieren nuevos hábitos de consumo. Cuando sobreviene el descenso, se torna muy difícil comprimir el consumo así acrecentado. Protéstase entonces contra la inequidad distributiva en el plano internacional, sin que suela pararse mientes en la inequidad interna.

Expresado de otra manera, la relación de precios se refiere a los bienes que antes se importaban y no a los nuevos bienes técnicamente más avanzados; éstos tienen por lo general precios más altos y en rigor son otros bienes. Es, desde luego, muy explicable que quienes los adquieren habiendo recuperado los mismos ingresos que antes, consideren que su situación ha empeorado. La relación de precios pudo haberse mantenido estable a través de las fluctuaciones cíclicas, pero se habrá deteriorado la relación de consumo entre centros y periferia.

Los centros se oponen a esas interferencias en las leyes del mercado, llamadas artificiales, sosteniendo que beneficiarán a los grandes terratenientes que disfrutan de una cuantiosa renta del suelo. Si bien no sucede así en todos los casos, pues también participan numerosos productores medianos, y aun pequeños, en las actividades exportadoras, no podría negarse que ese argumento posee una cierta razón cuando se encara este problema bajo un prisma de equidad social del desarrollo. Con todo, habría formas de atenuar, si no evitar esto último en los acuerdos de estabilización.

Además, quienes obtienen esa cuantiosa renta del suelo forman parte de los estratos superiores sobre los que se sustenta la sociedad privilegiada

de consumo; y bien sabemos que los centros tienen con ella una estrecha vinculación.

Nueva prueba es ésta de cierta incongruencia de los centros. Pues las fluctuaciones de los precios, y mucho más su deterioro, comprometen seriamente el desenvolvimiento regular de la sociedad privilegiada de consumo.

## II. LA HEGEMONÍA DE LOS CENTROS Y LA DEPENDENCIA PERIFÉRICA

### 1. LA ÍNDOLE DE LA HEGEMONÍA

DECÍAMOS en otro lugar que la tendencia centrípeta del capitalismo explicaba el retardo del desarrollo periférico. Y hemos explicado también las principales consecuencias que ello entraña, salvo las que atañen a las relaciones de poder, a las cuales nos dedicaremos ahora.

Mientras los centros acrecientan cada vez más su poder tecnológico, económico y político, la periferia queda siempre a la zaga. Y este creciente poder va acompañado de ideas, ideologías y nuevas formas culturales que tienden a extenderse a la periferia en esos procesos de propagación e irradiación a los que tanta importancia hemos atribuido en la dinámica de su desarrollo.

Trátase, en fin de cuentas, del fenómeno histórico de hegemonía económica, política y estratégica de los centros, sobre todo del centro dinámico principal que se ha convertido en superpotencia capitalista.

En la hegemonía de los tiempos pretéritos, en que el Reino Unido era el centro dinámico principal, no entraban en juego diferencias fundamentales de sistema económico y social. Pero ahora gravitan fuertemente, y la superpotencia socialista encuentra en la hegemonía de aquella otra, así como en el carácter conflictivo y excluyente del capitalismo periférico, un flanco muy importante para atacar ideológicamente a la superpotencia capitalista.

En la promoción y defensa de sus intereses, los centros hegemónicos capitalistas se valen de muy diferentes formas de acción y persuasión: concesiones comerciales, recursos financieros, sea por cauces bilaterales o multilaterales, ayuda militar, ciertos medios de influir manifiesta o encubiertamente sobre la opinión pública y los gobiernos y, eventualmente, medidas punitivas que terminan a veces con el empleo de la fuerza.

Los centros, especialmente la superpotencia capitalista, emplean esas distintas formas de acción y persuasión de tal manera que los países periféricos, en muy diversos grados, se encuentran sometidos a decisiones tomadas en aquéllos o se ven constreñidos a tomar decisiones que de otro modo no tomarían, o a dejar de tomarlas, aunque se trate de decisiones que convienen a sus intereses. Tal es el fenómeno de la dependencia que no ha de confundirse con otros elementos en las relaciones centro-periferia.

Bien sabemos el papel principal que desempeñan en todo ello las transnacionales. En su torno existe en los centros una constelación de intereses, entre los cuales hay un común denominador de solidaridad que, si no siempre es visible, aparece notoriamente cuando sobrevienen de tiempo en tiempo ciertos rozamientos conflictivos en las relaciones centro-periferia.

La gravitación de las transnacionales sobre los gobiernos de los centros se encuentra siempre en el trasfondo de estas relaciones. Gracias a ello y a su superioridad económica y tecnológica, su influencia en la periferia suele ser considerable; y adquieren también gran poder político interno, aun cuando no participan manifiestamente en el juego de partidos; poder político que a veces sobrepuja al de las empresas del país e influye considerablemente sobre las decisiones de los gobiernos periféricos.

Las transnacionales tienen asimismo fuerte gravitación en la prensa y demás medios masivos de difusión social.

Esta influencia trasciende la esfera de los intereses económicos y se proyecta a veces en promoción o defensa de ciertos intereses políticos o estratégicos sobre todo de la superpotencia capitalista, ya se trate de apoyo manifiesto o de discreta renuencia a críticas perturbadoras. Todo ello, por supuesto, con la colaboración de algunas agencias noticiosas internacionales muy diestras en la selección o presentación de informaciones o en la orientación sutil del comentario.

En cuanto atañe a los intereses económicos de las transnacionales, las decisiones más importantes de éstas se toman en los centros atendiendo a sus intereses globales, que pueden o no coincidir con los intereses del desarrollo de la periferia. Así, desde este último punto de vista, en un determinado país periférico podría ser económicamente conveniente promover ciertas ramas de producción o de exportación, aunque otros países tengan condiciones más favorables. Compréndese que las transnacionales elijan estos últimos debido a la globalidad de sus intereses, sin tener en cuenta el interés de aquel país periférico.

Hay casos en que las decisiones no se toman por las transnacionales sino por los gobiernos de los centros guiados por sus propios intereses y sin considerar su incidencia desfavorable sobre los intereses periféricos. Vienen siempre al recuerdo disposiciones de aquellos que prohíben exportar a determinados países o utilizar materias provenientes de países a los que el centro principal, seguido o no de los otros, aplica medidas punitivas. Como tampoco podrían olvidarse aquellas instrucciones que, inspiradas en razones de desequilibrio exterior, llevaron inoportunamente a repatriar ganancias obtenidas en la periferia.

Países de grandes dimensiones y extensos mercados, o que tienen abundantes recursos naturales escasos en el mundo, se encuentran en mejores condiciones para circunscribir esa penetración a determinados campos de actividad y negociar las condiciones en que ello se hace. Tanto más si sus dirigentes tienen gran sentido del interés nacional, y saben emanciparse de aquellas concepciones doctrinarias que exaltan a las transnacionales y les atribuyen un papel muy diferente al que en realidad tienen en el desarrollo periférico.

Es notorio el empeño de los gobiernos de los centros de alentar la expansión periférica de las transnacionales. Ponderan su significación dinámica, tanto en la así llamada modernización de los países, como en la internacionalización de la producción.

Gracias a su superioridad económica y tecnológica, en las concesiones para la explotación de recursos minerales o petrolíferos, las transnacionales han podido captar una parte considerable del excedente. Y si bien los países periféricos han adquirido, con el andar del tiempo, una aptitud negociadora que antes era muy débil, la imagen pretérita de las transnacionales sigue proyectándose adversamente en la opinión pública, ya se trate de recursos naturales o de la penetración de aquéllas en la industria y otras actividades internas.

En la industria, a la capacidad bien reconocida para generar excedentes se añade con frecuencia la protección o el subsidio, aunque se justifiquen menos que en el caso de la empresa nativa debido a la mayor productividad de las transnacionales.

Por lo demás, el hecho mismo de explotar sus innovaciones permite a tales empresas limitar la competencia y ensanchar sus ganancias. Y la extensión de sus operaciones a múltiples países hace posible ciertos arreglos o prácticas que suscitan muy explicables interrogantes por su posible incidencia adversa al desarrollo. A todo esto contribuye el secreto que rodea tales operaciones y la suspicacia que trae consigo y que suele agrandarse por las dimensiones impresionantes de las transnacionales.

Decíamos que las innovaciones facilitan las restricciones de la competencia interna. Pero además, en el comercio exterior, suele haber entendimientos tácitos o explícitos entre empresas en materia de precios o de márgenes de operación en favor de sus ganancias.

Sería muy incorrecto pensar que la periferia se resigna siempre a considerar que éstos y otros problemas constituyen una realidad incontrastable en la cual hay que vivir. Llámese nacionalismo o no, lo cierto es que la conciencia de la propia identidad y de la autonomía de sus decisiones suele manifestarse sobre todo cuando avanza la democratización en la periferia.

Pero son muy diferentes las posibilidades de traducir esa conciencia en actitudes concretas.

No corresponde realizar aquí un examen sistemático sino mencionar algunos casos muy significativos, como el de países que tratan de atraer las transnacionales en ciertas líneas de su industrialización, en tanto que dejan reservada a la empresa pública la explotación de ciertos recursos o actividades básicas. Conviene destacar asimismo el resultado positivo que se ha logrado al establecer la condición de exportar una determinada cuota de la producción de ciertas transnacionales a fin de que puedan disfrutar de un mercado interno creciente y promisor.

Es claro que la fragmentación de la periferia constituye un serio obstáculo a una política de esta naturaleza, así como al papel eficaz que las transnacionales podrían tener en el desenvolvimiento de ciertas líneas importantes del intercambio recíproco.

## 2. SUBDESARROLLO Y DEPENDENCIA

Hemos presentado nuestro concepto de las relaciones de dependencia para prevenir confusiones que no son infrecuentes. Atribúyese así el llamado subdesarrollo a la dependencia. Es confundir dependencia y subdesarrollo.

En la periferia se presentan a la vez los fenómenos de dependencia y las tendencias excluyentes y conflictivas que caracterizan al subdesarrollo. Como se dijo en otro lugar, si desaparecieran los primeros por arte de encantamiento, subsistirían aquellas tendencias.

Por el contrario, si la dinámica del capitalismo fuera como suele imaginársela y las transnacionales invirtieran y reinvirtieran indefinidamente en la periferia, se acentuaría la capacidad absorbente del sistema y se eliminaría progresivamente el subdesarrollo. Por donde se llegaría a esta conclusión paradójica: ¡cuanto mayor fuera la dependencia, tanto mayor sería la eficacia social del sistema!

Pero el sistema no funciona así. Y las transnacionales no persiguen el designio de conseguir esa eficacia social sino de recoger tarde o temprano la cosecha de sus inversiones.

Decíamos hace un momento que se atribuye a la dependencia, como quiera que se la interprete, la responsabilidad del subdesarrollo. Traducido esto a nuestro lenguaje, significa que la pobreza de las grandes masas excluidas del desarrollo habría sido creada por la acción de los centros.

Nada se gana en el campo de la teoría, como así tampoco en el de la

*praxis*, con este género de afirmaciones, lo cual no significa negarles eficacia en el adoctrinamiento político.

Hay que distinguir entre la existencia de la pobreza y su persistencia. Cuando comenzó a penetrar la técnica de los centros en las actividades exportadoras de la periferia, gran parte de la población se encontraba en la pobreza, y ésta ha ido disminuyendo conforme la técnica penetraba más allá de aquellas actividades. Pero los frutos de la técnica, en vez de capitalizarse plenamente, dan impulso a la sociedad privilegiada de consumo y a la succión de ingresos por los centros, así como a la hipertrofia del Estado, con lo cual sobreviene la tendencia excluyente del sistema, cuya explicación huelga repetir aquí. De donde proviene la persistencia de la pobreza, acentuada por el intenso crecimiento demográfico.

Los centros y sus relaciones de dependencia no crean la pobreza, pero sí contribuyen a hacerla perdurar debido a la índole centrípeta del capitalismo. Podría decirse que ello ocurre precisamente por no cumplirse el mito de la expansión planetaria de aquél. Por cierto que de haberse hecho realidad este mito hubiera sido en gravísimo desmedro de la autonomía periférica, por precaria que ella fuese ahora.

No carguemos, pues, a responsabilidades ajenas lo que corresponde a la misma periferia. La responsabilidad de los centros es muy grande; también la de la periferia. Es una responsabilidad compartida. Carece de objetividad pensar en otra forma. Pero no cabe duda que al reflejarse en la periferia la controversia ideológica de las dos superpotencias no deja de ser un argumento político persuasivo atribuir el subdesarrollo a la dependencia.

La dialéctica tiene en verdad recursos inagotables. Puesto que la técnica y las formas de consumo vienen de los centros —se nos dice— a éstos se debe en última instancia el subdesarrollo periférico.

¿Y por qué no ir más lejos y atribuir el mal a los científicos de los centros, a cuyo esfuerzo se debe el estupendo desenvolvimiento de las técnicas de producción y consumo? ¿Y también las técnicas que defienden y prolongan la vida humana!

Igualmente peregrina es otra idea según la cual la prosperidad de los centros se debe a la succión de ingresos de la periferia. Esto último tiene gran importancia para esta última, como lo hemos subrayado con insistencia. Pero atribuirle esa prosperidad significa ignorar las consecuencias del enorme progreso tecnológico de aquéllos, no exento, desde luego, de los males característicos de su ambivalencia.

También suele discurrirse con frecuencia de la dependencia tecnológica. En verdad, es inconmensurable la herencia científica, tecnológica y cultural

que ha recibido la periferia. El problema no está allí sino en la subordinación de esta última, en el carácter francamente imitativo de su capitalismo. No se trata de prescindir de esa herencia que se agranda y renueva incesantemente sino de aprovecharla con sentido de adaptación creadora.

Hay economistas y sociólogos que extienden el concepto de dependencia a todas las relaciones centro-periferia. No habría nada que objetar si examinaran con claridad las diferentes consecuencias de la índole centrípeta del capitalismo, como hemos tratado de hacerlo en páginas anteriores. Pero con frecuencia no sucede así; por ello nos hemos esforzado en este esclarecimiento.

### *La dependencia cultural*

Cabe por cierto aquella adaptación creadora en la técnica, según ya se expresó. Pero lo fundamental está en aprovechar a fondo su potencial de acumulación. En nuestro afán de desarrollarnos a imagen y semejanza de los centros, no se ha sabido crear formas propias y auténticas para influir deliberadamente y con claros objetivos sobre las fuerzas del desarrollo.

Es cierto que los fenómenos de propagación e irradiación de los centros son cada vez más intensos. No aparecen solamente en el campo de la economía sino también en muy diversas manifestaciones culturales gracias, principalmente, a los medios masivos de comunicación y difusión social. Problema éste muy serio, del cual se han ocupado pensadores que tienen una autoridad de que yo carezco. Pero me aventuro, sin embargo, a anotar unas breves observaciones.

El vigor de la personalidad de un país periférico depende en gran parte de su aptitud para aprovechar aquella herencia cultural a que hacíamos referencia y contribuir con capacidad creadora a elaborar su propia cultura. Sin negar en modo alguno que en ello hay factores internos de gran significación, no cabría desconocer la influencia de esos medios técnicos de comunicación y difusión social. Propagan e irradian las manifestaciones intelectuales y artísticas de los centros, no solamente por su valor intrínseco, sino también por la superioridad de tales medios técnicos, por el sentido de interés económico que suele guiarles y también por su intención ideológica. Es tarea muy difícil aunque no imposible sobreponerse a estos fenómenos de propagación, sobre todo en una periferia fragmentada.

Si hemos discurrido siempre sobre propagación e irradiación es para señalar una distinción importante. La propagación obedece a un fenómeno deliberado, en el cual aquellos medios masivos son poderosos, en tanto

que la irradiación es espontánea. Con frecuencia, sin embargo, estas dos formas se combinan de un modo inextricable.

### *La dependencia ideológica*

Tal es el caso que nos atañe muy de cerca, esto es, las ideas e ideologías de los centros. Ha sido y sigue siendo muy fuerte la irradiación espontánea de lo que se piensa y escribe en ellos. Pero también hay una acción deliberada y sistemática de propagación.

Data de mediados del siglo XIX la irradiación intelectual de las teorías neoclásicas sobre las cuales se basa la versión contemporánea del liberalismo económico.

El neoclasicismo, además de su sentido intrínseco, significa una alternativa a las teorías marxistas. Es y sigue siendo poderosa la irradiación espontánea de estas dos teorías en la periferia. Pero es también muy intensa la propagación deliberada por la contienda ideológica entre las dos grandes superpotencias.

No se comprende generalmente en la superpotencia capitalista que el liberalismo económico, dada la estructura social de la periferia, y las relaciones de dependencia, es incompatible con el avance de la democratización y el ejercicio inseparable de los derechos humanos. Para los muchos que sufren las consecuencias de esta incompatibilidad son un gran alivio las manifestaciones de solidaridad humana que han llegado sobre todo del centro principal del capitalismo, cuando se violan esos derechos. Y con alguna imaginación, con alguna esperanza piadosa, podría verse en ellos indicios de cambios fundamentales de actitud frente a la periferia, y, si se quiere, a las transformaciones de fondo que ella requiere para hacer compatible el vigor y la equidad del desarrollo con un genuino proceso de democratización. La prédica democrática es de suprema importancia pero dista mucho de ser suficiente. Como no bastan actos de exorcismo internacional para eliminar aquellas violaciones de los derechos humanos, sobre todo cuando la represión hace posible restablecer en algunos casos la armoniosa articulación de las transnacionales a la sociedad privilegiada de consumo.

Tal es la opción del liberalismo económico.

No es extraño pues que seduzca la opción opuesta. Pero es notoria, a la luz de la experiencia, la angustiada perplejidad de quienes esperaban que la concentración y gestión de los medios productivos en manos del Estado traería consigo el desenvolvimiento de la democracia y todo lo que ella

representa para la libertad personal. Bien sabemos, sin embargo, que ello exige una concepción muy diferente del régimen político y de los derechos humanos.

Entre esas dos opciones tan opuestas, alentadas por la contienda ideológica de las dos grandes superpotencias, se presenta la irradiación ideológica de la democracia redistributiva. Los partidos políticos que en Europa occidental encarnan esa ideología, han emprendido también un esfuerzo de propagación y de apoyo a los partidos que en la periferia se empeñan en lograr el restablecimiento institucional, cuando impera un régimen de fuerza, o para prevenir su irrupción. Esta tendencia a la internacionalización democrática podría tener un valor incalculable, además de su significación inmediata. Sin embargo, lo que se justifica plenamente en la Europa occidental no responde del todo a las exigencias de la realidad periférica. Salir de un régimen de fuerza y restablecer la normalidad institucional abriendo paso a una democracia redistributiva sin transformaciones fundamentales del sistema, sería exponerse nuevamente al advenimiento de otra crisis, en el curso posible de otro ciclo político. Se impone la transformación del sistema, no sólo para redistribuir, sino sobre todo para acumular con mucha más intensidad que ahora; o, en otros términos, para aprovechar a fondo el potencial de acumulación del excedente y cambiar la composición del capital que se acumule. Tal tiene que ser el punto de partida de una distribución dinámica y racional del ingreso sin perjuicio de medidas inmediatas de mejoramiento de los estratos inferiores. Transformación del sistema y transformación institucional del Estado.

Se requiere un esfuerzo tenaz de persuasión hacia afuera, pero tendremos que comenzar a persuadirnos a nosotros mismos. Persuadirnos de que es posible transformar el sistema para hacer compatible la equidad, el vigor del desarrollo y el avance y consolidación del proceso democrático.

### III. LA ESPECIFICIDAD DEL CAPITALISMO PERIFÉRICO

#### 1. EL CAPITALISMO IMITATIVO

PODRÍA preguntárseme ahora, ¿por qué una teoría de la transformación? ¿No sería posible reproducir en la periferia el desarrollo capitalista de los centros?

Esta pertinaz ilusión de desarrollarnos a imagen y semejanza de aquéllos podía justificarse hace algunos decenios, pero no ahora. En tales países el bienestar se ha difundido a las grandes masas de la población (aunque tampoco del todo) y se ha desenvuelto vigorosamente el proceso de democratización (aunque no exento de defectos).

¿Qué diferencia a nuestro capitalismo imitativo del capitalismo desarrollado e innovador? Hemos tratado de explicarlo anteriormente. Y ahora parece conveniente subrayar los rasgos específicos del capitalismo de nuestras tierras, que en verdad son muy importantes. Lo haremos a riesgo de algunas repeticiones.

Hemos caracterizado el desarrollo periférico como un proceso de irradiación y propagación desde los centros de técnicas, modalidades de consumo y demás formas culturales, ideas, ideologías e instituciones. Todo ello en una estructura social fundamentalmente diferente. Allí se encuentra la raíz de las contradicciones de donde surgen las grandes fallas internas del capitalismo periférico.

Este proceso imitativo se cumple bajo el signo histórico de la hegemonía de los grandes países desarrollados, principalmente de los Estados Unidos, bajo el impulso de un capitalismo cuyo carácter centrípeto ha tenido y sigue teniendo relevante significación, como que es el origen de las contradicciones que también se presentan en las relaciones con aquéllos países y que acentúan las grandes fallas del desarrollo periférico.

La especificidad que caracteriza la estructura social periférica concierne principalmente a la técnica y al consumo, a las disparidades en la estructura productiva, al grado de desarrollo y la democratización, a la tenencia de la tierra, a la formación del excedente, y al crecimiento demográfico.

## 2. TÉCNICA Y CONSUMO

Debido a la gran heterogeneidad de la estructura social de la periferia, el fruto de la penetración de la técnica se apropia, principalmente, por los estratos favorecidos. No niego, por supuesto, que haya pasado lo mismo durante la evolución histórica del capitalismo. La diferencia está en que, gracias a esa forma de apropiación se adoptan en la periferia modalidades de consumo que en los centros se han desenvuelto gradualmente, conforme la acumulación de capital permitía a la técnica penetrar cada vez con mayor profundidad en la estructura social. En la periferia, por el contrario, imitamos esas formas de consumo cuando la acumulación no basta para cumplir la función absorbente de fuerza de trabajo. De ahí su carácter excluyente. Y esto se agrava con la succión de ingresos que los centros realizan por su supremacía técnica y económica y por la gravitación de su hegemonía. Compréndasenos bien, la especificidad no está tanto en la imitación del consumo de los centros, que es en rigor un fenómeno planetario, sino en las dimensiones que este fenómeno adquiere en la periferia, gracias a la flagrante desigualdad distributiva. En otros términos, la especificidad atañe al carácter privilegiado de la imitación.

Ello se acentúa porque el progreso técnico de los centros no favorece alternativas técnicas que respondan mejor a las condiciones periféricas; de donde resulta una de las más graves contradicciones del desarrollo imitativo. Ello hace tanto más necesario, aprovechar a fondo el potencial del excedente.

## 3. DISPARIDADES EN LA ESTRUCTURA PRODUCTIVA

Debido a la índole centrípeta del capitalismo avanzado y el retardo consiguiente en la industrialización de la periferia, se presentan grandes disparidades en su estructura productiva con respecto a los centros.

Estas disparidades se manifiestan, asimismo, en la demanda. En la periferia, la demanda de importaciones industriales provenientes de los centros tiende a crecer con relativa celeridad, en tanto que sus exportaciones primarias a aquéllos tienden a crecer con relativa lentitud, salvo excepciones.

De ahí la tendencia al estrangulamiento exterior inherente al desarrollo periférico. En los centros ocurre todo lo contrario: son importantes las consecuencias de estas diferencias.

En efecto, cuanto más importan los centros desde la periferia, ésta acrecienta tanto más sus importaciones desde aquéllos. No así a la inversa: el

aumento autónomo de las importaciones industriales de la periferia no tiene la virtud de provocar un incremento correspondiente en las compras de productos primarios por los centros.

Para vencer la tendencia al estrangulamiento exterior, clara especificidad del desarrollo periférico, sustituye la periferia importaciones en la medida en que no puede exportar manufacturas, además de productos primarios. Necesita hacerlo a fin de abastecerse de bienes que no puede producir económicamente, sea por limitación de recursos naturales o por inferioridad técnica y económica.

Sin embargo, la índole centrípeta del capitalismo avanzado, y su proteccionismo, le impide hacerlo en la medida necesaria al desarrollo periférico.

Esta actitud de los centros, agravada por errores frecuentes de los países periféricos, no les permite, a unos y otros, disfrutar plenamente de las ventajas del intercambio recíproco de la división internacional del trabajo, especialmente en bienes industriales. El excedente de unos y otros podría ser mayor.

Esta limitación externa al desarrollo periférico, junto a la limitación interna de la insuficiente acumulación, además de frenar el ritmo de desarrollo, influye en forma importante en la distribución internacional del fruto de la productividad.

En efecto, la absorción insuficiente de fuerza de trabajo impide en la agricultura el alza de remuneraciones correlativamente a su progreso técnico. Y el fruto de éste tiende a trasladarse al exterior en los bienes exportados cuando no se radica en la renta del suelo. La protección industrial tiende a corregir este fenómeno, entre otros factores. Pero, en todo caso, el deterioro de la relación de precios contribuye a frenar las exportaciones de productos primarios.

Se trata de un fenómeno específico de la periferia, como que dimana en última instancia de la índole centrípeta del capitalismo avanzado. Si bien se da también, en algunos casos, en el desarrollo interno de los centros en donde se toman medidas para contrarrestarlo. A pesar de ello suele negarse la tendencia al deterioro en lo que atañe a la periferia.

#### 4. GRADO DE DESARROLLO Y DEMOCRATIZACIÓN

El proceso de democratización se abrió paso en los centros cuando se había conseguido una considerable acumulación de capital. En tanto que la democratización periférica se desenvuelve antes que la acumulación responda

a las exigencias dinámicas del desarrollo; además la democratización toma un sesgo esencialmente distributivo, y también conflictivo.

Adviértase que no estoy deplorando una democratización prematura, sino subrayando las serias consecuencias de haberse empeñado en una distribución inmediata dejando de lado la ineludible exigencia de acumulación de capital.

Por otra parte, la tendencia a la desmesurada expansión de los servicios del Estado, también responde en gran parte a las diferentes formas de presión distributiva y de absorción espuria de fuerza de trabajo. Pero no podría olvidarse que a ello suele añadirse la fuerte presión de los gastos militares. No ha de sorprender, en consecuencia, que los gastos del Estado representen una proporción del producto que los países desarrollados tardaron mucho tiempo en alcanzar.

##### 5. LA TENENCIA DEL SUELO

Desde otro punto de vista, no cabe duda que el régimen prevaleciente de tenencia de la tierra ha sido y sigue siendo un obstinado obstáculo al desarrollo, como tantas veces lo ha expresado la CEPAL. En los centros industriales se había logrado eliminar tempranamente este obstáculo con favorables consecuencias sociales y técnicas. Pero no así en la periferia, donde la industrialización se superpone a un régimen de tenencia que suele frenar la penetración de la técnica y la productividad, en detrimento del desarrollo y su eficacia social. He aquí otro rasgo de especificidad del desarrollo periférico que pasamos a examinar.

Al discutir acerca de la estructura productiva, nos hemos referido a la diversificación de la demanda. Esto concierne sobre todo a los bienes industriales y los servicios calificados, pero no a la agricultura, donde la diversificación es muy limitada. La demanda tiende pues a orientarse de más en más hacia esos bienes y servicios en desmedro de aquélla. Y la ocupación tiende a desplazarse a las actividades diversificadas. Desciende pues la proporción de la agricultura en la estructura productiva y la ocupación. Esa tendencia al desplazamiento de fuerza de trabajo se acentúa a medida que se eleva la productividad.

Pero no es sólo esto. La distribución regresiva del ingreso y la insuficiente acumulación de capital, en perjuicio principalmente de los estratos inferiores, explican que la demanda de alimentos sea relativamente débil a pesar de la manifiesta deficiencia del consumo.

Esto lleva con frecuencia a frustrar las consecuencias favorables que podría tener el aumento de productividad; en la agricultura no hay demanda para absorber la mayor cuantía de bienes. Y la tendencia al deterioro de la relación de precios que ello trae consigo desalienta el aumento de la producción.

Véase, pues, aquí, una de las más flagrantes contradicciones del sistema en la periferia. La desigual distribución desplaza el crecimiento de la demanda hacia bienes cada vez más diversificados, en detrimento de bienes menos diversificados o de escasa o ninguna diversificación, como son los bienes agrícolas.

Si se aprovechara a fondo el potencial de acumulación del excedente, la demanda y la estructura productiva adoptarían una conformación diferente en favor de los estratos sociales relegados.

Sin embargo, no todo es cuestión de demanda. El régimen prevalente de tenencia de la tierra, parece innecesario decirlo, tiene primordial importancia cuando prevalece la concentración de la gran propiedad. Según sucede generalmente en América Latina, la cuantiosa renta que se deriva de la tierra, desmesurada por su misma extensión, vuelve indiferentes a muchos propietarios a las posibilidades que ofrece el progreso técnico, sobre todo en materia de rendimientos. Por eso les atrae más la mecanización, pues no necesitan dedicar a la tierra todo el tiempo que exige la aplicación de técnicas biológicas.

Es cierto que durante los decenios recientes estas técnicas se estuvieron extendiendo con ponderables efectos sobre la productividad. Pero el gran propietario, renuente a hacerlo, comprueba que aumenta el valor de su predio en virtud de su mayor capacidad potencial. He ahí un hecho muy importante que caracteriza también la tierra urbana: la valorización del suelo por el trabajo ajeno, además del crecimiento de la población.

Reflexiónese sobre el contraste que ello representa con el capital físico, para comprender mejor el caso de la agricultura. El propietario de capital físico, que se abstiene de seguir el progreso técnico, no ve aumentar el valor de lo que posee sino todo lo contrario, pues termina por ser desalojado por empresarios más alertas.

Parecería, como acaba de expresarse, que en materia de productividad agraria hay un avance perceptible en América Latina. Pero conforme se va eliminando una de las grandes fallas va surgiendo otra. Es cierto que al difundirse el progreso técnico en la agricultura se acrecienta el excedente; en buena hora así sea. Pero, desgraciadamente, la cuantía exagerada del excedente que se dedica a la sociedad privilegiada de consumo se gira al

exterior, tiene efectos negativos sobre la acumulación de capital en detrimento de la absorción de trabajadores que el progreso técnico deja redundantes.

El excedente agrícola, por lo demás, se refleja en el valor del suelo, si se me permite la expresión. Y con ello agrava el fenómeno de concentración de la riqueza.

La agricultura presenta pues características muy especiales. Si no se introduce el progreso técnico, el excedente resulta inferior al que podría lograrse. Y si se introduce y acrecienta el excedente, se malogra parte de su potencial de acumulación. En uno y otro caso son francamente desfavorables las consecuencias sobre la absorción de fuerza de trabajo y la distribución del ingreso.

Más serias son aún esas consecuencias cuando se introduce la mecanización y se desperdician las posibilidades de acumulación por el mayor excedente que trae aparejado. Aun cuando la mecanización respondiera a estrictos criterios de economicidad, ese desperdicio impide emplear la fuerza de trabajo que se desocupa y contribuir a la absorción de la que tenía escasa productividad, en virtud del poder multiplicador del capital reproductivo.

En consecuencia, al desperdicio del potencial de acumulación se añade el desperdicio de potencial humano, ya sea que permanezca redundante en el campo, o vaya a engrosar las filas de los pobres en las ciudades.

Esta observación concierne también a quienes, al aducir que la mecanización no se puede introducir en pequeños predios agrícolas, preconizan la gran propiedad. ¿Pero a dónde iría la gente desplazada? No se quiere ver la otra cara de la economicidad. Téngase en cuenta, por lo demás, que en la pequeña propiedad, así como en la mediana, los rendimientos por unidad de tierra suelen o podrían ser más elevados que en las grandes propiedades, sobre todo si es eficaz la acción técnica del Estado. Es una forma socialmente eficiente de retener al menos una parte de la fuerza de trabajo en el campo hasta que la aceleración del desarrollo —la transformación del sistema— haga posible la solución de fondo de este grave problema.

## 6. LA EUTANASIA DEL EXCEDENTE

Volvamos ahora a fijar nuestra atención en el excedente en torno al cual han girado nuestras explicaciones teóricas. No es por cierto su apropiación un fenómeno periférico, sino universal del capitalismo; pero también aquí

se manifiesta la especificidad periférica. Conviene detenerse aquí un instante, por ser esto de bastante significación.

Hemos explicado fundamentalmente este fenómeno estructural por la competencia regresiva de la fuerza de trabajo que permanece en capas técnicas de menor productividad, cuando nuevas capas técnicas de mayor productividad se sobreponen a estas últimas.

Reflexiónese bien sobre las consecuencias. Gracias a la acumulación de capital que el excedente posibilita, la técnica ha penetrado en profundidad en los centros y, al absorber fuerza de trabajo de menor productividad de los estratos inferiores, ha ido atenuando espontáneamente en el sistema la competencia regresiva que impide a la fuerza de trabajo mejorar sus remuneraciones correlativamente a la creciente productividad.

Así, pues, el excedente tendería a disminuir y, finalmente, a desaparecer, conforme va atenuándose la heterogeneidad de la técnica. Se concibe así un grado de desarrollo en que toda la fuerza de trabajo esté empleada en capas superiores con las técnicas más avanzadas que se dan en un momento determinado. Se habría extinguido entonces el excedente por haberse eliminado en el sistema una fuente importante de aumento de productividad, además de la presión creciente que ejerce sobre el mismo el intenso acrecentamiento de los servicios del Estado.

Quedaría, sin embargo, otra fuente importante: el aumento de productividad proveniente de sucesivas innovaciones.

Al aproximarse el sistema a su homogeneidad sobrevendría la eutanasia del excedente, y los economistas neoclásicos podrían regocijarse con la ilusión de haber alcanzado esa fase ideal en que la competencia entre empresarios haría desaparecer rápidamente el fruto de aquellos sucesivos incrementos de productividad por el aumento de remuneraciones. Más aún, podrían señalar las consecuencias favorables del juego irrestricto del mercado, sin necesidad de poder sindical y político. Pero la ilusión podría ser muy fugaz, pues la eutanasia del excedente plantearía un serio problema de acumulación. En efecto, nada hay en el sistema que lleve espontáneamente a la fuerza de trabajo a compensar con su propia acumulación lo que ya no podrían seguir haciendo los estratos superiores.

Esta digresión nos permite comprender mejor la índole estructural y esencialmente dinámica del excedente. En resumidas cuentas, se trata de una categoría histórica en el desarrollo del capitalismo.

Por supuesto que la periferia dista mucho de esta situación debido tanto a su gran heterogeneidad estructural como al desperdicio del potencial de acumulación. Este desperdicio dificulta sobremanera la absorción de los es-

tratos inferiores y de los estratos intermedios de la fuerza de trabajo que se insertan espuriamente en el sistema. He aquí este otro elemento de especificidad periférica.

Y como hemos explicado en otro lugar, la doble presión del Estado y de la fuerza de trabajo sobre el excedente en la periferia tiende a llevar al sistema, mucho antes de un lejano fenómeno de eutanasia, a una fase crítica, pues cuando esa doble presión llega a vulnerar la clave dinámica del sistema en desmedro de la acumulación y el consumo privilegiado de los estratos superiores, el sistema reacciona con el alza de precios, lo cual lleva fatalmente a la espiral inflacionaria. Y la espiral no trae consigo, por supuesto, un nuevo régimen de acumulación. No digo que los centros escapen a esa tendencia aunque allí suele darse en condiciones diferentes.

#### 7. ESPECIFICIDAD DEL CRECIMIENTO DEMOGRÁFICO

Cuando los adelantos técnicos que defienden y prolongan la vida humana hacen descender la tasa de mortalidad de los centros, las mutaciones de su estructura social, y las consecuencias psicosociales que traen aparejadas, favorecen también el descenso en las tasas de natalidad. En tanto que la rápida penetración de esas mismas técnicas en la periferia ocurre en una estructura social donde tienden a prevalecer elevadas tasas de natalidad especialmente en los estratos inferiores. De ahí el extraordinario crecimiento de la población durante los últimos cuatro decenios.

Constituye este fenómeno otro rasgo de especificidad periférica. Agrava a veces con gran intensidad el problema de la insuficiente acumulación de capital, tanto en lo que atañe a la absorción de fuerza de trabajo como a las inversiones que se requiere realizar antes de que esta última alcance la edad productiva.

#### 8. POBREZA Y ESTRUCTURA PRODUCTIVA

Las consideraciones antes formuladas acerca de la agricultura, nos ayudan a comprender el problema de la pobreza en el contexto general del desarrollo: otro rasgo de especificidad periférica. Pues la pobreza rural se manifiesta en forma impresionante, así como entre los grupos sociales desplazados hacia las ciudades.

Frente a este problema de la pobreza, estamos presenciando cierta efer-

vescencia en torno a una de esas fórmulas seductoras que, esta vez, no brota de nuestra exuberancia insustancial de economistas subdesarrollados, sino de ciertas tierras nórdicas, a mi juicio tal vez erróneamente. Desde allí se nos recomienda ahora con celo apostólico combatir la pobreza y satisfacer las necesidades básicas de la colectividad. ¡Se ha descubierto un tanto tardíamente la pobreza del mundo en desarrollo y se nos demuestra que este execrable fenómeno social también existe en nuestras tierras!

Ignórase, desde luego, a la CEPAL, y no sé en verdad si es preferible ignorarla que atribuirle lo que jamás dijo o propuso, como suele hacerse con frecuencia. Se desconocen en los centros sus trabajos, o se los conoce de segunda o tercera mano, manos no siempre bien inspiradas, y frecuentemente desdeñosas de nuestras formas de pensar. De mucho tiempo atrás la CEPAL viene señalando la persistencia de la pobreza y la necesidad ineludible de elevar el ritmo de acumulación para emplear los estratos inferiores con creciente productividad y mayores ingresos.<sup>1</sup> En otros términos ha preconizado la distribución dinámica del ingreso, según lo explicamos en otro lugar.

Sucede, sin embargo, que quienes se proponen desarraigar la pobreza presentan generalmente su fórmula sin enunciar explícitamente la manera de aplicarla. ¿Se trata de una redistribución simple y directa? ¿Podría resolverse el problema de la equidad social sin tocar el sistema? Compréndese que esto último sea realizable en países donde se ha logrado al cabo de mucho tiempo una gran capacidad de acumulación de capital, en contraste con las dimensiones relativamente reducidas de la pobreza. Pero en los países periféricos, donde esos términos son notoriamente diferentes, no cabría eludir la necesidad de elevar con la mayor intensidad posible el ritmo de acumulación. Y ya sabemos que, más allá de cierto límite, ello no es compatible con la dinámica de la sociedad privilegiada de consumo.

Si se trata, por el contrario, de una redistribución dinámica, si se reconoce la necesidad de una transformación del sistema, habrá que decirlo, y decirlo lisa y llanamente. Y no parecería ser éste el caso.

Como quiera que fuere, el ingenio de los promotores de esta fórmula se dedica sobre todo a discurrir acerca de qué necesidades han de satisfacerse para eliminar la pobreza. Y es claro que ya por esta senda generosa, la euforia va muy lejos, hasta compilar una extensa lista de necesidades básicas del género humano y no solamente las inherentes a la pobreza.

Reconozco, sin embargo, que acercándose algo más a los hechos tangibles,

<sup>1</sup> *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1963.

algunos admiten la necesidad de cambios en la estructura productiva. Pero no se pasa de esto, imaginando tal vez que esos cambios sobrevendrán de alguna manera, sobre todo si el Estado asume la responsabilidad de aquélla.

Me excuso, sin embargo, por no presentar aquí un capítulo elocuente acerca de las necesidades básicas. Algún ingenio tendría yo también para hacerlo; pero he preferido emplearlo, tal vez por ser el mío escaso, en la crítica del sistema y su posible transformación.

Pienso a veces, y discúlpeleme cierta suspicacia, que algunos de quienes, desde los centros, ofrecen esas fórmulas a la periferia lo hacen para eludir los problemas del nuevo orden económico internacional. ¿Por qué escuchar toda esa retórica perturbadora de la periferia en vez de atacar directamente la pobreza? ¿No sería más fácil cederle para ello algunos recursos financieros?

Sería injusto, sin embargo, sostener que todos piensan así. Hay quienes creen sinceramente en esta solución del problema de la pobreza. Mientras otros, sin caer en ilusiones, consideran que sólo así, utilizando la imagen de la desnutrición, las enfermedades y la ignorancia de la periferia, se podrá despertar el adormecido sentido ético de los centros.

Supóngase por un momento que con esa magia benévola pudiera desarraigarse la pobreza sin necesidad de acumular más capital para absorber con creciente productividad los estratos inferiores. En el mejor de los casos se habrían corregido precariamente las tendencias excluyentes del sistema, pero no sus tendencias conflictivas. Antes bien, estas últimas podrían agravarse.

Por cierto que hay países afortunados con otra magia en sus manos: abundantes recursos financieros provenientes de su riqueza natural agotable. Si en vez de disipar esos recursos en la sociedad privilegiada de consumo se dedicaran en la mayor medida posible a la acumulación cabría atacar con eficacia al problema de la pobreza. Y una más alta proporción del excedente podría dedicarse a satisfacer las presiones de consumo inmediato de los estratos sociales desfavorecidos. Sin embargo, ya está visto y comprobado que la opulencia, y no solamente la escasez de recursos, suele perturbar la racionalidad del desarrollo.

Conviene tener siempre a la vista la distinción, tan importante, entre las tendencias excluyentes y conflictivas del sistema. Pues la crisis de éste no proviene tanto de la presión de los estratos inferiores con escaso o ningún poder redistributivo, sino de los estratos intermedios que han ido adquiriendo una creciente aptitud para compartir el excedente. Es claro que si también adquieren poder redistributivo aquellos estratos inferiores, se acentúa la intensidad de la espiral con todas sus consecuencias.

Hay, pues, dos males que atacar, dos males estrechamente ligados entre

sí que no admiten arbitraria segregación. Sin embargo, unos ponen toda su atención en la pobreza y otros en la espiral; todo depende del cristal con que se mira. Y unos y otros se abstienen generalmente de penetrar en las raíces profundas de esos males. Sospecho que si lo hicieran, no podrían escapar a la conclusión irrecusable de que hay que transformar el sistema.

### 9. ESPECIFICIDAD Y TRANSFORMACIÓN

A la luz de lo que acabamos de exponer sucintamente se justifica este afán de explorar nuevas vías en el desarrollo periférico.

Nos hemos apartado decididamente de las enseñanzas neoclásicas; y no encontramos en la teoría marxista la clave de nuestra transformación. Para aquéllas el problema de la acumulación se resuelve espontáneamente en el juego irrestricto del mercado. Y para Marx la acumulación era un resultado espontáneo y automático del desarrollo capitalista. La periferia no entraba en su horizonte intelectual.

Acumular deliberadamente por obra del Estado ha sido, sin embargo, una preocupación dominante en la *praxis* del socialismo ortodoxo. Un socialismo basado fundamentalmente en la socialización y gestión por el Estado de los medios productivos. Hubo en ello autenticidad, en respuesta a un designio de llegar a un socialismo acorde con las condiciones objetivas de una realidad diferente de la que suponía la crítica marxista al capitalismo. Pero sobre fundamentos políticos muy distintos de los que quisiéramos en esta parte del mundo.

Hay también una necesidad ineludible de autenticidad en la transformación periférica; por eso precisamente hemos subrayado la especificidad del capitalismo vigente.

Como quiera que fuere, hay que precaverse una vez más de otra ilusión imitativa. Hay mucho que aprender de la experiencia de los demás y aprovecharla para llegar a la síntesis entre socialismo y liberalismo. Esta síntesis sería la respuesta de la periferia a la especificidad de su transformación.

## IV. LA CRISIS DEL CAPITALISMO EN SU CENTRO DINÁMICO PRINCIPAL

### 1. UNA PRIMERA VISIÓN

LA CRISIS presente del capitalismo es muy compleja, y más difícil de resolver que la gran depresión de los años treinta.

Trátase, a mi juicio, de una crisis provocada por el mismo vigor del capitalismo. Éste se ha salido de madre, ha desbordado sus propios cauces, y no ha encontrado aún cómo recuperar la regularidad de su desarrollo.

He tratado de comprender estos fenómenos que, además de la enorme importancia que revisten para los centros, repercuten intensamente sobre la periferia. Es la mía una interpretación desde esta última, vista a la distancia, y expuesta a errores que, así lo espero, no sobrepasen a los que suelen cometer quienes, desde los centros, dictaminan desprevenidamente sobre la periferia.

Antes de los trastornos de los últimos tiempos, se había llegado a un elevadísimo nivel de productividad y alcanzado un enorme producto global en los Estados Unidos, cuyas consecuencias se difundieron internacionalmente. Este hecho, sin embargo, encerraba un falso elemento, pues esa productividad se había logrado en parte gracias a técnicas depredatorias de recursos naturales agotables; además esas técnicas traían consigo un grave deterioro del medio ambiente. Se ha estado consumiendo el capital natural de la biosfera.

Exigencias crecientes de consumo, inversión privada y gastos del Estado acompañaron a ese aumento del producto, sin que en su asignación hubiera un criterio de compatibilidad, a tal punto que tales exigencias han superado el crecimiento del producto, y el exceso se ha cubierto a expensas del producto del resto del mundo. Esto ha podido lograrse a cambio de signos monetarios que han propagado internacionalmente la inflación interna, y a lo cual han venido a añadirse las consecuencias del encarecimiento del petróleo.

La corrección de ese falso elemento en la dinámica del desarrollo requerirá cuantiosas inversiones que, no obstante su positiva significación ecológica y social, no traerán consigo nuevos incrementos de productividad. Descenderá pues la productividad media.

Este descenso va a agregarse al que ya venía registrándose tanto por la

evolución orgánica del sistema como por ciertas inversiones que, por su índole y cuantía, venían deprimiendo también la productividad, junto a otros factores.

El sistema se encuentra ante una realidad en donde se ha desvanecido la ilusión de una prosperidad incesante; y también la ilusión del poderío ilimitado del dólar.

Que el sistema tiene una enorme vitalidad, no cabe duda. Pero sería necesario un período de transición, por ahora indefinido, para introducirle grandes reajustes a fin de superar sus trastornos.

Tendrá que reorientarse la técnica y también la acumulación de capital. Pero acumular capital cuando desciende la productividad plantea un problema nuevo y difícil al desarrollo capitalista. Problema que se agrava si también se ha de eliminar la inflación.

Será inescapable la disminución del ritmo de consumo en un país acostumbrado a su incesante expansión. Pero no parecería haber todavía clara conciencia de esta imposición de la realidad.

Mas no es eso solamente. Me pregunto insistentemente si los mecanismos vigentes de acumulación y distribución resultan adecuados a la solución de aquellos problemas. Tanto más cuanto que en ellos ya venían manifestándose ciertas perturbaciones en la evolución del sistema.

Vamos a desenvolver ahora las ideas que tan sucintamente se acaban de exponer.<sup>1</sup>

## 2. EXTRAORDINARIA PRODUCTIVIDAD A EXPENSAS DE LA BIOSFERA

Es posible ahora ver con mayor claridad que antes en el desarrollo capitalista de los centros. El extraordinario impulso de los últimos decenios hasta tiempos recientes no es sólo consecuencia de un impresionante adelanto técnico, sino también de la explotación irracional de recursos naturales, sobre todo del recurso energético.

En todo ello ha sido de importancia decisiva el poder hegemónico de los centros en la periferia de la economía mundial, sobre todo el de Estados Unidos. Los países exportadores de petróleo carecían de poder para contra-

<sup>1</sup> En las páginas siguientes he utilizado parte del trabajo sobre "Biosfera y desarrollo", publicado en la *Revista de la CEPAL*, núm. 12, diciembre de 1980. Sobre este tema véase en especial el artículo de Osvaldo Sunkel "La interacción entre los estilos de desarrollo y el medio ambiente en América Latina", en el mismo número de la *Revista de la CEPAL*.

restrar las consecuencias de esa hegemonía, si bien de tiempo atrás tenían clara noción de que este recurso agotable se estaba malbaratando. Hubieran encontrado grandes resistencias en cualquier empeño en contener esta explotación desorbitada y sólo pudieron restringir concertadamente el incremento de la producción en una coyuntura internacional que les permitió adquirir poder y enfrentar el poder de los centros.

Si bien se reflexiona, la irracionalidad en la explotación del recurso energético a consecuencia del empleo de nuevas técnicas y del incentivo de ganancias de las empresas petroleras se propagó a todo el sistema. El bajo costo del petróleo influyó considerablemente en la investigación tecnológica, orientándola hacia formas en extremo abusivas de utilización de este bien agotable, y también de otros recursos naturales. Todo ello, alentado por la distribución desigual del fruto de la creciente productividad de la técnica, debido a la índole centripeta del capitalismo avanzado.

Pero no se trata de eso solamente. La investigación tecnológica, hasta tiempos recientes, no se había preocupado de los efectos adversos de la técnica sobre el medio ambiente. Tal es la ambivalencia de la técnica: su enorme contribución al bienestar humano gracias al aumento incesante de la productividad, y a la vez, sus graves consecuencias sobre la biosfera.

Filósofos y humanistas se vienen ocupando desde hace tiempo de las consecuencias psicosociales de la técnica, pero los economistas han sido generalmente renuentes a insertar su ambivalencia en la interpretación de los fenómenos del desarrollo. La han considerado elemento exógeno, como a los elementos políticos, sociales y culturales de la realidad. Preocupados por una peculiar pureza doctrinaria, se han resistido a la inserción de estos elementos, y de las mutuas relaciones que existen entre ellos, en la dinámica del desarrollo.

### 3. EXIGENCIAS INCOMPATIBLES CON EL CRECIMIENTO DEL PRODUCTO

Decíamos que no obstante el crecimiento extraordinario del producto, éste no había sido suficiente para responder a exigencias que competían entre sí para captar una parte creciente de aquél en el centro dinámico principal del capitalismo. Se trata de la creciente magnitud de las inversiones internas y extranjeras, del gran impulso al consumo privado y de la expansión considerable de los servicios del Estado, entre ellos los servicios sociales y los gastos militares.

Este incremento de los gastos del Estado ha sido en gran parte infla-

cionario. El Estado, por comprensibles razones políticas, ha sido renuente al aumento de impuestos, y ha tenido que recurrir a la expansión monetaria para cubrir el déficit fiscal. Sin embargo, de haberlo hecho, las consecuencias también hubieran sido en gran parte inflacionarias. En efecto, si los impuestos hubiesen recaído, en una u otra forma, sobre la fuerza de trabajo, ésta hubiera tratado de resarcirse mediante el aumento de sus remuneraciones en desmedro del excedente económico, y ello habría traído consigo el alza de precios. De todos modos, si los impuestos hubieran gravado directamente al excedente, sus consecuencias habrían afectado desfavorablemente la acumulación de capital.

El financiamiento inflacionario del déficit ha provocado el alza de los precios; y el reajuste siguiente de las remuneraciones ha acentuado considerablemente la espiral inflacionaria que ya venía desenvolviéndose en forma moderada. Y a todo ello se agrega el nuevo impulso inflacionario provocado por la crisis energética y la defensa del medio ambiente.

Sin embargo, estas diferentes presiones se han aliviado gracias a que una parte de la expansión inflacionaria de la demanda ha podido satisfacerse con el incremento de las importaciones, esto es, a expensas del producto bruto del resto del mundo como se tiene dicho. En las dimensiones de este hecho, agravado con el aumento de las importaciones de petróleo y su considerable recargo de valor, ha influido de manera considerable la distribución regresiva del ingreso que ha acompañado a la inflación. En efecto, ha crecido intensamente la importación de aquellos bienes hacia los cuales se orienta con preferencia la demanda de los grupos sociales favorecidos por la inflación, sobre todo en detrimento del consumo de los grupos sociales de menor poder redistributivo y defensivo.

Este crecimiento de las importaciones por sobre las exportaciones y otros recursos exteriores, ha sido el factor más importante en el déficit crónico del balance de pagos de los Estados Unidos. Además de ello, cabe agregar las inversiones de las transnacionales en el exterior, en la medida en que no fueron cubiertas con sus propias ganancias externas.

Expresado esto en otra forma: la expansión de los gastos del Estado no se ha cubierto en detrimento del consumo —salvo el consumo de los grupos sociales perjudicados—, sino que se ha superpuesto a él y a las inversiones privadas. Y el exceso consiguiente de la demanda en relación al producto interno ha desbordado hacia afuera, y se ha satisfecho con importaciones.

## 4. DESCENSO ORGÁNICO DE LA PRODUCTIVIDAD

Para comprender el descenso de la productividad que acontece en el curso avanzado del desarrollo capitalista, debe tenerse en cuenta los dos hechos donde aquélla se presenta: las innovaciones tecnológicas que se incorporan continuamente al sistema, por un lado, y, por el otro, el aumento de productividad que ocurre por el desplazamiento de fuerza de trabajo de ocupaciones de menor productividad a otras de superior productividad.

Conforme crece la acumulación de capital en bienes físicos y formación humana, va disminuyendo progresivamente la proporción de fuerza de trabajo empleada con inferior productividad. Dicho de otro modo, hay una tendencia a la homogeneización de la técnica y de la productividad, con efectos importantes sobre los ingresos.

Ahora bien, a medida que se opera esta tendencia, habrá un descenso en la productividad media del sistema si no aumenta el ritmo de la productividad por sucesivas innovaciones. Tendría que elevarse este ritmo para compensar el efecto de la homogeneización de la técnica.

Pero hay algo más de mucha importancia. Como se ha explicado en otro lugar, el aumento de la productividad proveniente de la acumulación de capital reproductivo, estimula la diversificación incesante de bienes y servicios mediante la acumulación de capital no reproductivo. Se trata de técnicas que, si bien no aumentan la productividad, mejoran la eficacia y la aptitud de los bienes para responder a nuevas necesidades o a consideraciones de jerarquía social y consumo conspicuo.

Estas técnicas, así como la acumulación correspondiente, se combinan estrechamente desde luego con las de productividad, pero a medida que ello acontece, va aumentando la proporción de capital no reproductivo en menoscabo del capital reproductivo. Tal es una consecuencia lógica de la evolución orgánica del sistema: no tendría sentido aumentar la productividad acrecentando continuamente la disponibilidad de los mismos bienes y servicios. Pero es evidente que ello disminuye el ritmo de la productividad.

En consecuencia, el ritmo de la productividad media disminuye tanto por los efectos de la homogeneización de la técnica sobre el desplazamiento de la fuerza de trabajo, como por una proporción cada vez mayor de la fuerza de trabajo que así se desplaza y dirige, con la correspondiente acumulación de capital, a satisfacer la tendencia cada vez más intensa de la demanda por la diversificación de bienes y servicios.

Suele decirse a veces que el descenso de la productividad media se debe a que sube cada vez más la proporción de los servicios calificados en relación

a los bienes. Es correcto, pero no es suficiente para explicar este fenómeno. Pues, como se acaba de ver, también sube la proporción del capital que se dedica a la diversificación de bienes, cada vez más avanzados, en relación al capital que acrecienta la productividad.

Se expresó más arriba que la diversificación es una consecuencia de la creciente productividad del sistema; pero también tiene considerable influencia la distribución del fruto de la productividad. Así pues, los estratos sociales favorecidos por la distribución tienden a acrecentar la demanda de bienes y servicios diversificados mucho más intensamente que los estratos desfavorecidos, cuya demanda se concentra en bienes de menor diversificación. Este fenómeno se acentúa con los efectos regresivos de la inflación y agrava el descenso de la productividad media del sistema.

Finalmente, hay que añadir a todo esto un factor muy importante: la acumulación de capital para producir armamentos. Es obvio que esta acumulación contribuye también en el descenso de la productividad media, aunque no hay que olvidar, sin embargo, que las innovaciones en la técnica armamentista han tenido gran influencia en otras innovaciones del sistema.

Si abundamos al respecto, aunque en forma un tanto esquemática, es porque tiene gran importancia para comprender la incidencia del descenso de la productividad sobre el excedente económico, en donde se encuentra la clave dinámica del sistema, y también para abarcar la complejidad de los grandes reajustes exigidos por la crisis, sobre todo en el centro principal del capitalismo.

##### 5. EXCEDENTE Y DESCENSO DE PRODUCTIVIDAD

En el examen del capitalismo periférico hemos atribuido primordial importancia al fenómeno estructural del excedente que también se ha presentado en el desarrollo histórico del capitalismo de los centros. Pero en éstos, aquella tendencia a la homogeneización que antes señalamos, va estrechando el excedente en la medida en que no aumenta el ritmo de la productividad por sucesivas innovaciones. Cuanto más intensa es esta tendencia y disminuye tanto más la proporción de fuerza de trabajo en técnicas inferiores, más se fortalece su aptitud espontánea para mejorar sus remuneraciones.

Pero, al mismo tiempo, ha ido desarrollando su poder sindical y político, de manera que acrecienta cada vez más su presión sobre el excedente. Asimismo, el intenso desenvolvimiento de los servicios del Estado también

presiona, directa o indirectamente, sobre el excedente. Este último está pues sujeto a dos movimientos opuestos. Por un lado, nuevos incrementos de productividad y, por otro, esa doble presión del Estado y de la fuerza de trabajo. Nada hay en el sistema que regule esta doble presión.

Siendo ello así, se llega a una fase de la evolución del sistema en que esa doble presión debilita el papel dinámico del excedente. Pues esa doble presión se cumple en detrimento de la acumulación de capital. Tarde o temprano, las empresas suben los precios, a fin de restablecer el crecimiento del excedente o, si se quiere, el de sus ganancias, si se me permite en esta escueta presentación de un complejo fenómeno, identificar las ganancias con el excedente.

Cuando la fuerza de trabajo tiene gran poder sindical y político, como ha ocurrido en los centros, al aumento de precios sigue el de las remuneraciones. Tal es la significación de la espiral inflacionaria.

Me inclino a creer que la espiral que se desenvolvía moderadamente en los Estados Unidos, antes que alcanzar grandes dimensiones el déficit fiscal, era la consecuencia de estos fenómenos.

En la presentación que acaba de verse, hemos preferido sacrificar el rigor a la simplicidad del razonamiento.

#### 6. LAS EXIGENCIAS DE LA CRISIS Y EL RÉGIMEN DE ACUMULACIÓN Y DISTRIBUCIÓN

Todo indica que el centro principal, así como los otros centros continuarán teniendo un ritmo de crecimiento de la productividad media y el producto sensiblemente inferior al de aquellos años de ritmo extraordinario. Habrá pues un período de transición, después de los grandes reajustes que exige el sistema, sobre cuya duración sería aventurado opinar. Pueden ocurrir, sin embargo, grandes innovaciones tecnológicas, o la plena utilización de innovaciones recientes, que eleven nuevamente el ritmo de la productividad sin aquellos elementos de falsedad que indicamos al comienzo.

Sin embargo, la eliminación progresiva de tales elementos de falsedad va a requerir pesadas inversiones. Subirá pues la proporción de un nuevo tipo de acumulación energética y de defensa del medio ambiente en relación a la acumulación reproductiva. Si bien se trata de una acumulación de enorme importancia, ella no aumentará inmediatamente la productividad media del sistema; por el contrario, acentuará el descenso del ritmo de la productividad media y del ritmo de crecimiento del producto global.

Examinemos la incidencia de estos hechos. El descenso del ritmo del producto obligará inevitablemente a un descenso correlativo en el ritmo del consumo, pues si en vez de ello se comprimiera el ritmo de acumulación, haría más intenso aún el descenso ulterior del producto.

Esta incidencia adversa sobre el consumo plantea un difícil problema social y político. ¿A qué grupos sociales afectarían estos reajustes? ¿Qué mecanismos tiene el sistema para hacerlo?

Ante todo, téngase presente que aquellas inversiones relativas a la biosfera representan un mayor costo por unidad de producto, que las empresas trasladarán sobre los precios. En materia de petróleo, éstos han subido inmediatamente por el encarecimiento de las importaciones y una alza similar se reflejará progresivamente en el costo bastante más elevado de las nuevas fuentes energéticas.

Pues bien, dado el poder de la fuerza de trabajo sobrevendrá el alza de las remuneraciones y el empeño consiguiente de las empresas de proteger su excedente mediante una nueva elevación de los precios. ¿Habrà forma de evitarlo?

La espiral es, en verdad, la consecuencia de una confrontación de poder. La política monetaria sólo puede atenuarla si las consecuencias adversas de una restricción monetaria sobre el empleo debilitan el poder sindical y político de la fuerza de trabajo y el juego del mercado hace descender los salarios. No parece que sea éste el caso en los Estados Unidos, donde ese poder sindical y político, a pesar del desempleo, trata de contrarrestar el aumento de los precios con el de las remuneraciones. Más aún, éstas tenderán a subir si, además de la incidencia del petróleo, actúan otros factores que llevan al alza de precios, entre ellos las consecuencias inflacionarias de los subsidios a los desocupados y también de otros gastos fiscales. Es el nuevo fenómeno de receso e inflación, claro síntoma de los cambios que han sobrevenido en las relaciones de poder.

El problema podría resolverse momentáneamente si la fuerza de trabajo se abstuviera de compensar el alza de los precios con aumentos de remuneraciones. Sería lo que se proponen quienes preconizan alguna forma de pacto social. Reflexiónese, sin embargo, lo que ello significa. Este sacrificio de los ingresos con la consiguiente compresión del consumo, se haría para que los estratos sociales favorecidos pudieran seguir acrecentando su propio consumo y su acumulación. ¿Se concibe que esto fuera una solución perdurable?

Es claro que si la fuerza de trabajo compensara estos efectos adversos con su propia acumulación, continuaría el proceso acumulativo; lo mismo

podría decirse si el Estado desempeñara este papel compensador. Pero evidentemente, no es así como funciona el sistema.

De estas explicaciones se desprende una conclusión de la mayor importancia, que conviene recalcar. Los mecanismos de captación y retención del excedente respondían racionalmente a las exigencias dinámicas del sistema en una estructura social donde gravitaba sin mayor contrapeso el poder económico, social y político de los estratos superiores. Pero ha dejado de ser racional cuando, por las mutaciones de la estructura social, se desenvuelve y afianza el poder sindical y político de la fuerza de trabajo, y se dilatan considerablemente los servicios del Estado.

Por lo demás, no parecería que tales mecanismos estén preparados para que las empresas puedan absorber aquellos mayores costos de producción comprimiendo su excedente, pues allí se encuentra la clave dinámica del sistema, según expresamos en otro lugar. Por cierto, una clave muy sensible, y además muy importante por el poder político de quienes la tienen en sus manos, principalmente en los estratos superiores.

Carezco de la posibilidad de cuantificar las dimensiones de este complejo problema. Acaso no sean desproporcionadas con relación al elevado nivel de consumo personal de Estados Unidos; pero es éste sólo un elemento del problema, pues la sociedad de consumo, que se ha extendido sobre toda la estructura social, si bien con grandes disparidades, ha adquirido un notorio impulso. Sin embargo, no podrá mantenerse este impulso, por lo menos durante un período muy difícil de transición.

Difícil no solamente por los factores internos en juego, pues la euforia generada por aquella sociedad de consumo y las grandes dimensiones de los gastos del Estado han podido alcanzarse no sólo gracias a una extraordinaria productividad —a la cual ha seguido un franco descenso—, sino a expensas del producto del resto del mundo, como ya expresamos. Éste se vincula a otra de las grandes ilusiones que ahora se disipan: el poderío del dólar. Ha llegado, pues, el momento de abordar este aspecto.

## 7. REFLEXIONES SOBRE EL PODERÍO DEL DÓLAR

La crisis del centro dinámico principal del capitalismo es también una crisis del apogeo financiero de los Estados Unidos. Su dramática expresión es la caída del valor del dólar, cuya utilización como moneda internacional ha significado para los Estados Unidos una gran ventaja y una enorme responsabilidad.

Es la gran ventaja del señoreaje, es decir, el privilegio resultante de la creación de sus propios signos monetarios para responder al desenvolvimiento del intercambio mundial, según el régimen de Bretton Woods.

Esta gran ventaja lleva implícita la responsabilidad de regular la creación de aquellos signos monetarios con un claro sentido internacional, además de consideraciones internas.

Se cumplió con cierta eficacia esa responsabilidad antes de la inflación provocada principalmente por el déficit fiscal. Pero el déficit terminó por desquiciar todo el sistema monetario internacional y a ello se han agregado los efectos del alza del petróleo. Y el señoreaje se ha convertido en aquella ingente transferencia a Estados Unidos de una parte del crecimiento del producto mundial, como se dijo en páginas anteriores.

Ya se habían advertido de tiempo atrás las graves consecuencias del empleo del dólar como moneda internacional. Robert Triffin, el eminente profesor de Yale, lo advirtió con admirable insistencia.<sup>2</sup>

Dominaba en Estados Unidos la ilusión de un poderío ilimitado del dólar. Acaso esta ilusión contribuyó a que se acudiera a la expansión monetaria interna para cubrir los ingentes gastos de la guerra de Vietnam que vinieron a superponerse a los cuantiosos gastos sociales de la "gran sociedad" del Presidente Johnson. Guerra notoriamente impopular, hacía difícil recurrir al empréstito o al impuesto para financiarla. ¿Por qué hacerlo, en verdad, si en vez de hacer recaer todo su costo sobre el consumo interno, la creación de dólares permitía captar gratuitamente una parte del producto del resto del mundo?

Hubo pues una extraordinaria inundación de dólares fuera de los Estados Unidos. Se habló entonces de una gran liquidez internacional: eufemismo que no atempera por cierto las graves consecuencias de este fenómeno.

Pero no fue eso solamente, ya que los dólares que así flotaban, multiplicaron sus efectos inflacionarios en el mercado de eurodólares. En efecto, los depósitos en dólares a favor de los países con superávit se emplean para prestar especialmente a otros países, de tal modo que a sus depósitos originales se agregan nuevos depósitos, con lo cual se intensifica la presión inflacionaria.

Estas operaciones parecen similares a las que ocurren dentro de un país a raíz de un incremento de dinero creado por su banco central. Hay sin embargo una gran diferencia, pues mientras este último tiene los medios

<sup>2</sup> Véase su artículo "The International Role of the Dollar", *Foreign Affairs*, Vol. 57, núm. 2, invierno 1978-79, donde el profesor Triffin, frente al desorden monetario internacional, lamenta comprobar que sus oportunas y severas advertencias no hayan sido escuchadas.

para regular los efectos multiplicadores de esa creación inicial de dinero, tal mecanismo regulador no existe en el mercado de eurodólares.

Se ha llegado en esta forma a una verdadera aberración monetaria, que, además de los efectos referidos, llega a desvirtuar la política monetaria interna de los países.

Debe admitirse, sin embargo, que no todo ha sido negativo en el mercado de eurodólares; han tenido un papel útil para hacer frente a los desequilibrios externos resultantes del súbito encarecimiento del petróleo. Como el Fondo Monetario Internacional no estaba preparado para hacer frente a necesidades de tan inusitadas dimensiones, los países afectados pudieron conseguir financiamiento en aquel mercado. En esta forma pudieron evitar una restricción de importaciones de otros bienes esenciales para mantener su actividad económica.

También han recurrido a sus facilidades los países socialistas de Europa oriental, donde los gastos militares absorben una proporción considerable del producto global. En la Unión Soviética se calcula esta proporción entre 12 y 13%, o sea, cerca del doble de la proporción de los Estados Unidos. Es obvio que ello es incompatible con la aspiración muy generalizada de acrecentar el consumo de la población y las inversiones necesarias. Tales países han recurrido, pues, al mercado de eurodólares.

Y no deja de ser paradójico que la inflación provocada en gran parte por los gastos militares de los Estados Unidos haya contribuido a aliviar, en cierta medida, operaciones de financiamiento en la órbita socialista.

De todos modos, los Estados Unidos siguieron lanzando dólares al mundo para hacer frente al agravamiento de su desequilibrio externo debido al alza del petróleo. Es muy explicable esta preferencia, pues si hubiesen recurrido al mercado de eurodólares, habrían tenido que pagar interés por sus préstamos, como lo están haciendo los otros países deudores.

Desde otro punto de vista, los Estados Unidos insistieron acerca de la necesidad de que los países con superávit aumentaran sus importaciones provenientes de ese país para contribuir a la corrección de su déficit. Para que ello ocurriera, tales países hubieran debido expandir su crédito sobre la base de sus acrecentadas reservas monetarias, y esto habría acentuado las consecuencias de la inflación de origen externo. Es pues comprensible que se siguiese más bien una política monetaria cautelosa. Si se hubiese procedido de otro modo, los países con superávit hubieran devuelto a Estados Unidos dólares que habían salido anteriormente. Sin embargo, así como al salir tales dólares aliviaron la presión inflacionaria interna difundiendo la hacia afuera, al transformarse ahora en demanda de importaciones habrían

dado más intensidad a esa presión interna. De donde se comprueba una verdad muy antigua: no hay otra manera de corregir los efectos de la inflación provocada por el déficit fiscal que evitándola.

Acaba de decirse que los países con superávit habían optado por una política monetaria restrictiva. También tienen que acudir a ella los Estados Unidos en su empeño por frenar la inflación. En uno y en otro caso se sacrifica el crecimiento del producto que de otro modo se hubiera podido lograr. Tales son las consecuencias dinámicas contraproducentes por haber cubierto inflacionariamente el déficit fiscal: ¡agravar su incidencia sobre un producto que se encoge!

Sea como fuere, es indudable que el agravamiento de la inflación de aquel país no sólo ha dado cada vez mayor amplitud a la espiral interna, sino que ha desatado externamente la espiral inflacionaria del petróleo. En el aumento originario de los precios de este último había influido, desde luego, la inflación que ya venía desenvolviéndose. Pues bien, el alza de precios vino a acentuar esta inflación y el deterioro del valor internacional del dólar. De esta manera se erosionaron de nuevo aquellos precios y también el valor de las considerables tenencias de dólares de los exportadores de petróleo. Y es bien sabido que esto condujo a estos últimos a encarecer nuevamente los precios. Compruébase de esta manera que, así como la aptitud de la fuerza de trabajo para resarcirse de los efectos adversos de la inflación impulsa la espiral interna, el poder logrado por los países petroleros les permite también resarcirse dando impulso a la espiral internacional.

## V. LA INCIDENCIA DE LA CRISIS DE LOS CENTROS SOBRE LA PERIFERIA

### I. LA ARTICULACIÓN DE LA PERIFERIA CON LOS CENTROS

ANTES de abordar la materia principal de este capítulo conviene volver sobre algunos aspectos importantes de la vinculación entre los fenómenos internos del desarrollo de la periferia y las relaciones con los centros.

Hemos sostenido que la imitación de las formas avanzadas de consumo influye adversamente sobre la acumulación de capital y por tanto sobre la absorción de fuerza de trabajo. Sería necesaria una acumulación mucho más intensa para cumplir eficazmente este papel absorbente y corregir la tendencia excluyente del sistema. La sociedad privilegiada de consumo constituye pues un considerable freno interno al desarrollo.

A este freno interno se agrega el freno externo que, en última instancia, se origina en la índole centrípeta del capitalismo. En efecto, debido al retardo que ella ha traído consigo en la estructura productiva, la periferia encuentra grandes dificultades para responder a los cambios en la demanda que ocurren en el curso del desarrollo.

La demanda, en efecto, tiende continuamente a su diversificación. Pero la inferioridad económica y tecnológica de la periferia opone un serio obstáculo a tales cambios. Tiene pues que importarse de los centros los bienes correspondientes o los elementos para su producción. Y a medida que ello acontece, sobrevienen en aquéllos nuevos avances técnicos que acentúan la diversificación. Trátase de un proceso de gran dinamismo.

No es el único obstáculo, sin embargo. Hay también límites impuestos por la falta o escasez de recursos naturales. Los casos más típicos corresponden a los alimentos y la energía.

Así, pues, para satisfacer estas diferentes demandas los países periféricos tienen que acrecentar sus exportaciones a los centros. Y como en general las exportaciones primarias hacia ellos —salvo excepciones— tienden a crecer con lentitud, la periferia tiene que desenvolver sus exportaciones industriales.

Esta es la tesis que hemos expuesto en anteriores capítulos. Y hemos explicado también cómo la índole centrípeta del capitalismo avanzado no favorece esas exportaciones periféricas, como no había favorecido anteriormente la industrialización.

Las condiciones exteriores en que toma impulso la industrialización imponen la sustitución de importaciones. Gracias a ella, y a pesar de sus fallas, la sustitución ha permitido lograr un ritmo de crecimiento del producto global muy superior al de la capacidad de importar proveniente principalmente de las exportaciones primarias.

Ahora bien, la política sustitutiva no puede continuar indefinidamente. Es sólo una etapa del desarrollo en que se adquiere capacidad industrial en bienes relativamente simples; pero cuando se trata de bienes técnicamente más complejos aumentan las dificultades y los costos.

La América Latina iba así agotando sus posibilidades de sustitución fácil cuando sobrevienen los largos años de bonanza de los centros que terminan en la primera mitad de los setenta. Aumentan entonces las exportaciones primarias y sus precios, y una oportuna política de promoción de exportaciones de manufacturas encuentra resultados sumamente favorables.

Esta clara demostración de aptitudes exportadoras, con todas las consecuencias positivas que acarrea, lleva a hacer perder de vista la verdadera índole del problema de intercambio. Olvidase pues la tendencia inmanente al desequilibrio exterior, se niega la conveniencia de sustituir importaciones y se pone exclusivamente el acento en la exportación de manufacturas aprovechando la que se supone amplia capacidad receptiva de los centros. Y todo ello bajo el signo de las leyes del mercado y el empuje de las transnacionales.

La crisis presente de los centros obliga a replantear este problema. Antes de la elevación de los precios del petróleo pudo verse que los centros no estaban dispuestos a abrir resueltamente sus puertas a las exportaciones de manufacturas que la periferia latinoamericana necesitaba para mantener el ritmo de crecimiento que había alcanzado. Mucho menos para elevarlo y dar mayor impulso a la absorción de fuerza de trabajo.

Esta consideración nos lleva a subrayar nuevamente las limitaciones del capitalismo periférico y su característico impulso a la sociedad privilegiada de consumo. Por un lado el desenvolvimiento de ésta impide el pleno aprovechamiento del potencial de acumulación de capital que resulta de la creciente productividad del sistema. Y, por otro, tiende a acrecentar la importación de elementos necesarios para la sustitución de bienes cada vez más avanzados, pero mucho menos que los que corresponden a nuevas formas de diversificación de los centros. Y como las exportaciones no crecen en la medida necesaria, aparece nuevamente la tendencia al desequilibrio exterior, acentuada sobre todo por la succión de ingresos por las transnacionales.

He aquí en términos muy esquemáticos lo que venía sucediendo en los países que más habían avanzado en el proceso de industrialización.

## 2. LA TENDENCIA HACIA EL ESTRANGULAMIENTO EXTERIOR

¿Son inherentes estos fenómenos al desarrollo o sólo expresan consecuencias de la sociedad privilegiada de consumo?

Tiene gran significado el planteamiento de esta cuestión. No cabe duda que las grandes disparidades distributivas acentúan la tendencia a la diversificación de la demanda de los estratos favorecidos. Pero ello no quiere decir que una redistribución dinámica del ingreso debilitaría necesariamente la tendencia al desequilibrio exterior. Sin duda que disminuiría el ritmo de la demanda de bienes importados para esos estratos ahora favorecidos. Pero al aumentar la ocupación y los ingresos crecería la demanda de bienes importados o de elementos para su fabricación interna destinados a la gran masa de la fuerza de trabajo, sobre todo de alimentos y, en algunos casos, de otros bienes correspondientes a necesidades básicas. Y en la medida en que esta demanda tiene que satisfacerse con importaciones la compresión del consumo de los estratos superiores se compensaría, en mayor o menor grado, por la redistribución.

Trátase de un asunto que todavía no se ha explorado suficientemente. Más aún, el fuerte incremento inicial de la demanda de alimentos y otros bienes esenciales no se prolongaría indefinidamente. Pues sobrepasado cierto punto en la adquisición de esos bienes surgirían nuevas necesidades, necesidades tanto más diversificadas cuanto más aumentarían la productividad y los ingresos.

Téngase en mente, además, que aunque se debilitase la tendencia a la diversificación en favor de bienes técnicamente menos avanzados, sería necesario seguir importando bienes de capital y otros elementos productivos exigidos por la aceleración del desarrollo.

Nada concluyente podríamos decir en materia de importaciones de energía. Es muy notorio el desperdicio de ésta por los estratos sociales favorecidos. Pero no podríamos decir en qué medida la eliminación de este factor por medidas directas y de redistribución del ingreso podría compensar el crecimiento de insumos energéticos que el más alto ritmo de desarrollo traería consigo.

Me inclino a creer que la tendencia al desequilibrio exterior continuará cuanto más se eleve el ritmo de desarrollo. Pero estoy dispuesto a admitir

pruebas en contrario. Más aún, celebraría que así fuese pues ello haría menos complejo nuestro problema.

En consecuencia, resulta ineludible la necesidad de continuar acrecentando las exportaciones de bienes industriales y agroindustriales. No cabe duda que la crisis presente de los centros constituye un gran obstáculo, pero también ha contribuido a disipar la creencia en el aperturismo comercial. Había razones, sin embargo, para tener esperanzas antes de la crisis, en que continuaría la tendencia al aperturismo.

En efecto, se había presentado un hecho extraordinario que conviene mencionar. Los Estados Unidos habían reducido violentamente su coeficiente de importaciones durante la gran depresión mundial, acentuando un movimiento que venía de tiempo atrás. Pero en el período de prosperidad que termina en la primera mitad de los setenta, el coeficiente de importaciones fue ascendiendo hasta alcanzar una cifra muy elevada para aquel país. Cabe preguntarse, sin embargo, si se trataba de un fenómeno estructural auspicioso para el resto del mundo, y sobre todo para la periferia, o si era consecuencia de la inflación. Una inflación primero moderada y después de preocupante intensidad.

### 3. EL APERTURISMO DE LOS CENTROS

Ya he mencionado que la inflación habría contribuido a que la demanda superase el producto global y el exceso se satisficiera con importaciones provenientes del resto del mundo, y que no habría podido darse este fenómeno singular si el dólar no hubiera desempeñado el papel de moneda internacional.

Como quiera que fuese, si continuara la inflación y se propagara al resto del mundo sus consecuencias serían tan adversas que contrarrestarían las consecuencias estimuladoras de un aperturismo semejante.

Ahora bien, no es concebible que pudiera prevalecer una tendencia aperturista en el período indefinido de transición que tendría que transcurrir hasta que llegara a superarse la crisis del capitalismo avanzado. En efecto, el aperturismo no parecería compatible con el intenso debilitamiento del ritmo de crecimiento del producto global. He tratado de explicar en otra parte los factores que tienden a debilitar la acumulación de capital en los Estados Unidos. Y aunque se lograra contrarrestarlos a expensas del consumo, una parte importante de esa acumulación tendría que efectuarse en energía y en defensa del medio ambiente, lo cual es de gran importancia

ecológica pero no contribuye al aumento de la productividad. Y no se sabe cuanto tiempo demorarán los nuevos avances tecnológicos en traer incrementos compensatorios en la productividad.

El debilitamiento del ritmo de crecimiento del producto global y sus fluctuaciones según las vicisitudes de la política monetaria presentan un serio problema a los países no exportadores de petróleo de la periferia. Tienen en general un déficit considerable en su balance de pagos, en el cual se combinan los altos precios del petróleo y de las importaciones provenientes de los centros. Ocurre este déficit a pesar de haber descendido sensiblemente el ritmo de desarrollo. Mayor hubiese sido el descenso si no se hubiera acudido a la obtención de recursos en el mercado de eurodólares.

Se comprende pues el intenso esfuerzo que se está haciendo en algunos casos para mantener el ritmo de crecimiento que habían alcanzado las exportaciones, principalmente de manufacturas. Con todo, éstas resultan insuficientes frente a las dimensiones del desequilibrio exterior. ¿Hasta qué punto sería dable esperar la colaboración de los centros para resolver este problema? Crece en ellos la desocupación, y es manifiesta la renuencia a admitir mayores importaciones provenientes de la periferia. Cuesta creer que ello pueda cambiar fundamentalmente mientras no se recupere, por lo menos en parte, el impulso de crecimiento del pasado.

Como quiera que fuere, hay que encarar este problema con perspectiva dinámica. Sería muy importante que se lograra reducir fuertemente el desequilibrio presente. Sin embargo, ello no sería suficiente, pues sería necesario elevar las tasas prevalecientes de desarrollo que son insuficientes, en general, para absorber el incremento de fuerza de trabajo. Digo el incremento y no la fuerza de trabajo de escasos ingresos de los estratos inferiores, en donde suele ser fuerte el desempleo.

La conclusión es inescapable. Si bien es muy importante eliminar el desequilibrio exterior presente, ello no podría ser, de ninguna manera, el objetivo principal de una política de desarrollo. Sería apenas el de una etapa. ¿Qué hacer entonces para dar impulso al desarrollo? Si las perspectivas de los centros no son auspiciosas para el intercambio con la periferia ¿por qué seguir desperdiciando el considerable potencial de comercio recíproco? ¿Es razonable seguir insistiendo en una liberalización del intercambio con los centros cuando apenas hemos logrado liberalizar tímidamente el intercambio entre países de la periferia?

## 4. EL INTERCAMBIO RECÍPROCO EN LA PERIFERIA

Quisiera subrayar una vez más la importancia decisiva que atribuyo a la división racional del trabajo industrial mediante el intercambio recíproco. Insisto en que no podríamos pretender volcar sobre los centros todas las exportaciones de manufacturas que requiere el desarrollo. Y quisiera expresar brevemente las razones que me asisten.

Si bien se mira, el fuerte intercambio industrial de los centros no se basa en la especialización de sectores industriales sino de bienes de tales sectores, bajo la poderosa influencia del avance de la tecnología. Dicho en otra forma, el proceso de industrialización se caracteriza por la integración industrial, esto es, la combinación de una vasta gama de sectores, sin excluir la producción agrícola. A mi juicio nada indica que los centros se encuentren dispuestos a dismantelar sectores de su aparato productivo a fin de que la periferia pueda acrecentar sus exportaciones. La solución no está en esto sino en la especialización de productos.

Los países periféricos, conforme avanzan en su industrialización, también aspiran a la integración interna. A las industrias de bienes de consumo inmediato han seguido las de consumo duradero y después las primeras industrias de bienes intermedios y bienes de capital. Y en este proceso la especialización de productos, con la ampliación de los mercados y la correspondiente reducción de costos, debiera ser el objetivo del intercambio.<sup>1</sup>

¿Qué sucedería si los centros abandonaran importantes sectores industriales para dar lugar a las importaciones periféricas?

Pues cuanto más se exportara de esta manera a fin de importar bienes de sectores industriales avanzados, menos podríamos acercarnos al objetivo de la integración interna.

Reafirmo pues mi convicción de que en nuestras relaciones con los centros debiéramos poner el acento en la especialización de bienes cada vez más avanzados a medida que se fueran estrechando las grandes disparidades tecnológicas.

Y es en ello donde son enormes también las posibilidades de intercambio recíproco, o sea, las posibilidades de sustitución conjunta de importaciones, sobre todo en el ámbito regional y también en el ámbito mundial de la periferia. Intercambio recíproco para alentar la integración interna y no para desarticularla.

<sup>1</sup> Recuerdo que Aldo Ferrer, en uno de sus escritos, subrayaba la especialización de productos y no de sectores al discurrir sobre el intercambio recíproco en el ámbito latinoamericano.

Desgraciadamente los gobiernos latinoamericanos en general han sido y siguen siendo reacios a impulsar vigorosamente el intercambio recíproco. Más aún, se ha retrocedido en algunos casos, aunque también es cierto que no se ha tenido el apoyo de los centros. La actitud de éstos ha sido desconcertante. Cuando dirijo la mirada hacia mis tiempos de UNCTAD, tengo que recordar su actitud negativa; ni han liberalizado substancialmente su intercambio con la periferia ni han demostrado interés en apoyar medidas de intercambio recíproco dentro de la periferia. Llevados por el interés inmediato han considerado que ello afectaría desfavorablemente sus exportaciones. La misma actitud negativa que manifestaron en los primeros tiempos frente a la sustitución de importaciones.

Si digo esto no es para incurrir en recriminaciones, sino para subrayar la importancia que tendría en los próximos años, y también con vistas al futuro, un cambio fundamental de actitudes.

#### 5. UN PROGRAMA DE EMERGENCIA

Si los centros, por la crisis en que se encuentran, no pueden cooperar con la amplitud que venía esperándose de ellos en la solución de las graves dificultades con que tropieza el desarrollo de la periferia, ello no significa en modo alguno que no puedan participar activamente en un programa de emergencia de considerable significación dinámica. De emergencia, en cuanto podría aliviar la crisis de unos y otros; pero al mismo tiempo sería el comienzo de una política de largo alcance en materia de cooperación internacional.

Los recursos financieros sobrantes del petróleo podrían desempeñar un papel primordial en este programa. Compréndese muy bien que, preocupados por la preservación del valor real de estos recursos, los países tenedores hayan procurado colocaciones líquidas en el mercado de eurodólares o inversiones en países desarrollados, o realizar otras como las de inmuebles cuyo valor sube con la inflación. No se ha logrado todavía canalizarlos con creciente intensidad en operaciones de desarrollo periférico. Lo que se ha hecho es relativamente pequeño, a pesar de grandes posibilidades. El aprovechar estas posibilidades requiere una acción convergente de países petroleros, países desarrollados y países periféricos. Se trataría de invertir recursos en proyectos de desarrollo de estos últimos, recursos que en última instancia se emplearían en importaciones de bienes de capital y otros bienes productivos provenientes de los centros. Sería una reversión triangular de recursos a

estos últimos que permitiría pagar una parte creciente de las importaciones de petróleo con el aumento de sus exportaciones.

¿Cómo responder a las preocupaciones legítimas de los países petroleros en cuanto a la seguridad de sus inversiones? El Banco Mundial trata de atraer estos recursos pero, entre otras limitaciones, está la que establece una cierta relación entre el capital y la cuantía de los préstamos. El régimen de votación también constituye un obstáculo. Pero no se trata de obstáculos insalvables si principalmente los gobiernos de los centros se decidieran a apoyar una vigorosa política de inversiones.

El informe Brandt ha considerado también este asunto proponiendo una nueva organización financiera mundial en donde habría una adecuada gravitación de los contribuyentes petroleros. No se trataría tanto de competir con las entidades existentes sino de proveerlas de recursos.

Por otra parte, sería necesario defender a estas inversiones de las consecuencias de la inflación. Punto bien difícil de resolver con equidad, pero no imposible. Pues los países en desarrollo tienen que pagar mayores precios no sólo en el petróleo, sino también en sus importaciones provenientes de los centros, sin que les sea dado ajustar correlativamente los precios de sus exportaciones, sobre todo cuando la demanda sufre las consecuencias de la crisis.

¿Cuáles serían los campos preferentes de inversión? Todos concuerdan en la prelación de la energía y los alimentos. No así en lo que debiera ser también asunto de alta prioridad. Me refiero a las inversiones que contribuyan a corregir el desequilibrio exterior de los países periféricos no exportadores de petróleo mediante un intercambio recíproco. Muy poco se ha avanzado en ello. Dije en otro lugar que la bonanza de los centros no alentó esta política. Y ahora la crisis tampoco la favorece, tanto por la propensión muy comprensible a buscar soluciones inmediatas, como por los cuantiosos recursos financieros que habría que movilizar.

Un programa de cooperación tripartita como el que se ha mencionado tendría una importancia decisiva. Sería una gran oportunidad para formar compañías multinacionales en que se combinen recursos tecnológicos y financieros, mercados e iniciativas de empresas y gobiernos.

Todo esto, sin embargo, requiere tiempo. Y mientras tanto la situación de los países en desarrollo más afectados por la crisis del petróleo se vuelve insostenible. México y Venezuela concedieron condiciones favorables a países centroamericanos. Se justificaría extender cuanto antes medidas de esta naturaleza a países donde la situación es más seria, hasta que puedan acrecentar suficientemente sus exportaciones. En fin de cuentas, la proporción

del petróleo que importan todos los países en desarrollo sólo gira en torno de 15%.

Por razones obvias, he puesto el acento en los recursos financieros del petróleo. Pero también los centros tendrían que contribuir con sus propios recursos en esas nuevas multinacionales. Les conviene hacerlo. Y, asimismo, los países periféricos no exportadores de petróleo. Me refiero desde luego a la periferia latinoamericana, que constituye la materia principal de estas páginas. Tienen que emplear a fondo su potencial de acumulación. Al final de este trabajo me refiero a este objetivo, entre otros objetivos fundamentales que ha de perseguir la transformación del sistema. Pero estas ideas tardarán tiempo en abrirse paso y, mientras tanto, medidas como, por ejemplo, el impuesto progresivo al gasto podrían constituir un fuerte estímulo a la acumulación.

#### *La desvinculación de los centros*

Las referencias insistentes a los centros que hice en estas páginas me llevan a comentar brevemente la tesis de la desvinculación de aquéllos (*delinking*). Estaría completamente de acuerdo si esta tesis se refiriese a los hechos, esto es, a las consecuencias lamentables de la actitud negativa de los centros en sus relaciones con la periferia. Pero no lo estaría si de esta comprobación de los hechos se pasara a preconizar la desvinculación de ellos a fin de promover el desarrollo periférico.

Veamos este asunto con cierta perspectiva histórica. Que la índole centrípeta del capitalismo haya excluido a la periferia de la industrialización no significa que las exportaciones a los centros no hayan tenido una gran significación dinámica. Cuando fueron cuantiosas constituyeron un punto de partida muy favorable al proceso ulterior de industrialización, pues gracias a ellas se pudieron importar los elementos necesarios a esa industrialización.

El problema está en que no se ha logrado ensanchar la capacidad de importar debido a la renuencia de los centros a facilitar las importaciones provenientes de la periferia, así como al desperdicio de parte de esa capacidad en la sociedad privilegiada de consumo y en aquella succión de ingresos que suele sobrepasar exageradamente a la aportación de los centros al desarrollo de nuestros países.

Antes que desvincularse de los centros, la periferia tiene que redoblar sus esfuerzos para conseguir la ampliación de esa capacidad de importar.

Ésta debiera interesar fundamentalmente tanto a los centros como a los países periféricos. Pero en todo caso estos últimos tienen que aprovechar

racionalmente la capacidad que les fuera dado conseguir. Cuanto más se amplíe esa capacidad tanto más se elevará el ritmo de productividad y de desarrollo en unos y otros. Y tanto mejor podría realizarse el objetivo de comercio recíproco.

En otros términos, no creo que convenga desvincularse, ni considero que sea factible hacerlo, sino que hay que aprovechar mejor esa vinculación y esforzarse para superar progresivamente las relaciones de dependencia.

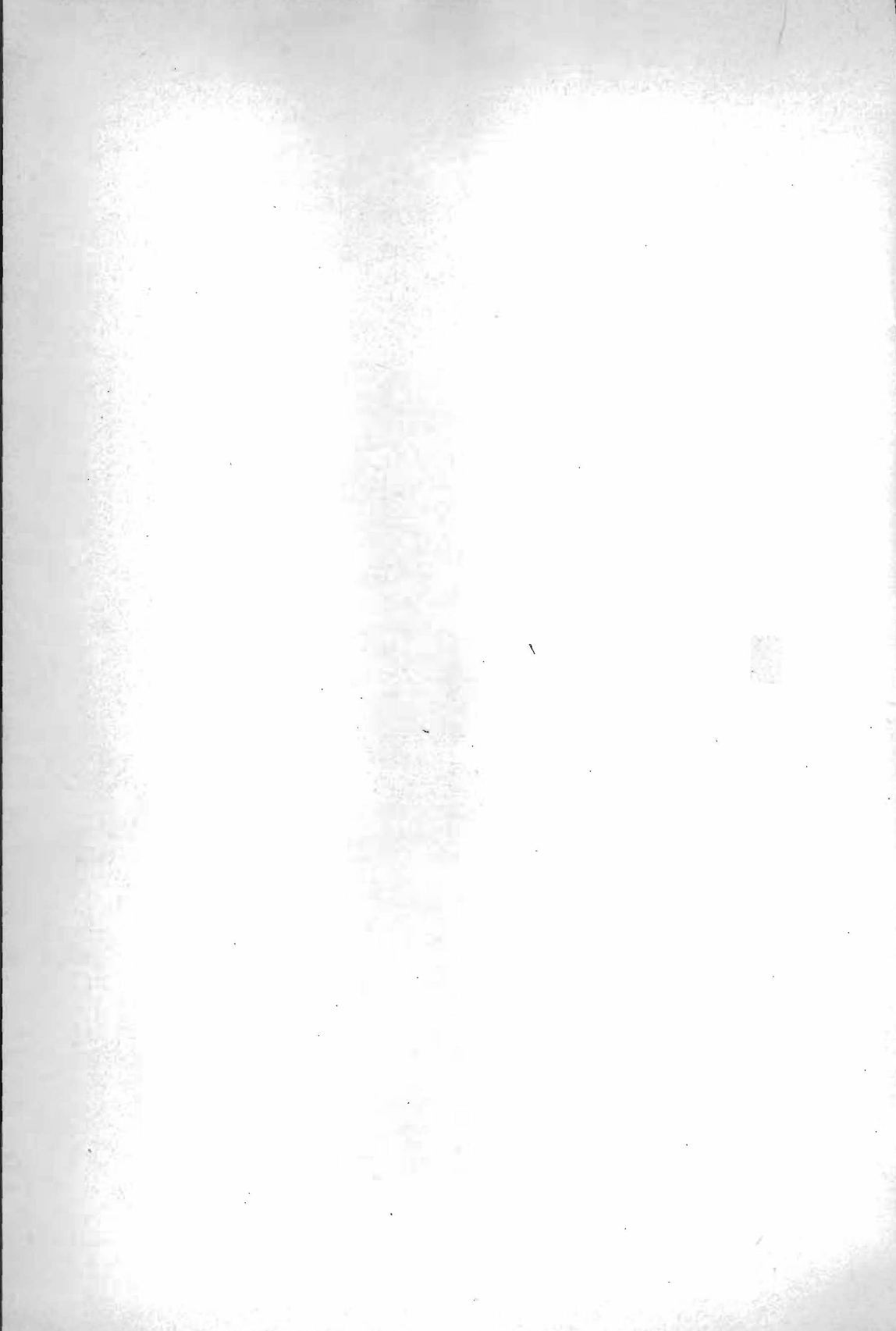
A propósito de estas relaciones, suele también hablarse de desvinculación tecnológica. Si por ello se entiende prescindir de la tecnología de los centros y crear tecnología propia, se trataría de una nueva fantasía. Tiene la periferia —y hay que reconocerlo francamente— el privilegio inconmensurable de tener acceso a una tecnología que los centros han tardado mucho tiempo en adquirir. El problema está en utilizarla bien, en adaptarla a las condiciones periféricas y tomarla como punto de partida de innovaciones propias. Asimismo, en mejorar las condiciones de acceso a esa tecnología. Y además, en emplear racionalmente el potencial de acumulación de capital que la tecnología reproductiva trae consigo.

Finalmente, no podría estar más de acuerdo si por desvinculación se entiende romper la dependencia ideológica de uno y otro lado, y buscar formas auténticas de desarrollo.



*Quinta Parte*

**Las teorías neoclásicas del liberalismo  
económico**



# I. LAS TEORÍAS NEOCLÁSICAS Y EL DESARROLLO INTERNO

## 1. LA FRUSTRACIÓN NEOCLÁSICA

EN ESTE trabajo he tratado de explorar nuevos caminos de interpretación del capitalismo periférico. ¿Por qué hacerlo? ¿Por qué no examinar este fenómeno a la luz de las enseñanzas neoclásicas? Y en vez de pensar en transformaciones fundamentales, ¿no estará la solución en adherirse firmemente a tales enseñanzas, en dejar que las fuerzas del mercado actúen sin intervenciones artificiales, a fin de lograr la asignación más eficaz de recursos productivos y la distribución racional del producto así logrado?

Como he afirmado reiteradamente, fui un neoclásico de hondas convicciones. Creí, y sigo creyendo, en las ventajas de una competencia ideal y en la eficacia técnica del mercado, y también en su gran significación política. Pero el capitalismo periférico es muy diferente de todo eso. Y la observación de la realidad me ha persuadido de que esas teorías no nos permiten interpretar, ni atacar, los grandes problemas que derivan de su funcionamiento.

He realizado un gran esfuerzo para escapar a esas teorías y explicar con independencia intelectual los fenómenos del desarrollo periférico: y al tratar de hacerlo he encontrado grandes resistencias, y las sigo encontrando.

Los neoclásicos trataron de sistematizar y dar consistencia lógica a las ideas medulares de sus precursores clásicos. Formularon así su gran concepción doctrinaria del equilibrio económico y la interdependencia de todos los elementos que intervienen en el juego de la economía.

Como alguna vez recordé, durante mi juventud estas teorías me sedujeron por su precisión y elegancia matemática. Y también por su fuerza persuasiva. Demostraban, en efecto, que el libre juego de las fuerzas de la economía, sin interferencia alguna, llevaba a la mejor utilización de los factores productivos en beneficio de toda la colectividad, tanto en el campo internacional como en el desarrollo interno.

Y había en ellas, además, un elemento ético subyacente que, sin duda alguna, ha contribuido a su prestigio intelectual.

Pero en su búsqueda de rigor, en el desdén que sus adeptos manifestaban por los que llamaban, en aquellos tiempos pasados, economistas literarios, lograron descartar de sus razonamientos elementos importantes de la reali-

dad social y política, de la realidad cultural y también del desenvolvimiento histórico de las colectividades.

Y al desplegar un esfuerzo pertinaz de asepsia doctrinaria, desarrollaron sus razonamientos en el vacío, fuera del tiempo y del espacio. Si cuando fueron elaborados parecían representar un avance científico significativo, considerados a la luz de la evolución capitalista entrañan una verdadera aberración científica, sobre todo cuando tratan de interpretar los fenómenos de la periferia.

Contienen esas teorías, de todos modos, elementos positivos que en forma alguna deberían desdeñarse.

No me sorprende el encandilamiento neoclásico de una pléyade de economistas latinoamericanos que, adoctrinados en ciertas escuelas de los centros, tratan ahora de aplicar sus enseñanzas a la *praxis* del desarrollo periférico. Y comprendo también su repudio a intervenciones que, lejos de corregir aquellas fallas del sistema, suelen volverlas más perturbadoras y llevan con frecuencia a su perversión burocrática.

Si los economistas neoclásicos se limitaran a elevar sus construcciones en el mundo etéreo, pero sin pretender que ésa es la realidad, ello constituiría un respetable esparcimiento intelectual, admirable a veces por el virtuosismo de algunos de sus eminentes expositores allende los mares. Pero muy otra es la situación cuando en estas tierras periféricas se pretende explicar el desarrollo prescindiendo de la estructura social, del retardo histórico del desarrollo periférico, del excedente y de todas las características del capitalismo periférico de que me he ocupado anteriormente. Pues resulta entonces claro y convincente que el juego espontáneo de la economía no puede conducir al equilibrio.

Se explica la capacidad de supervivencia intelectual de las teorías neoclásicas, sobre todo cuando su rigor lógico se demuestra mediante el sistema de ecuaciones que introdujeron a su tiempo Walras y Pareto, punto de partida de la evolución ulterior de tales teorías. Conviene recordarlo en estos momentos cuando surgen esos retoños vigorosos en algunos países latinoamericanos.

Deploro de veras que no pudiéramos valernos de aquellas doctrinas. Sería maravilloso dejar que las fuerzas de la economía lleven espontáneamente a la eficacia y equidad del sistema, con prescindencia del empeño deliberado y muy complejo de obrar sobre ellas. Más aún, confieso que estaría dispuesto a justificar transitoriamente ciertos sacrificios colectivos si con ello despejáramos en forma definitiva los obstáculos que se oponen al desarrollo.

Pero no es así, y siento la necesidad intelectual —y la responsabilidad

moral— de presentar las razones que me han llevado a abandonar la ortodoxia. Pero sigo siempre dispuesto al diálogo y lo procuro ansiosamente. Y no vacilaría en reconocer mi descarrío, capitular y enmendarme, si del diálogo surgieran motivos valederos para hacerlo.

Las razones por las cuales no concuerdo, desde hace mucho tiempo, con las teorías neoclásicas conciernen a la distribución del ingreso, la acumulación de capital, y al papel del mercado en lo referente al desarrollo interno y al intercambio internacional. Si bien supongo, y creo que fundadamente, que esas teorías también están lejos de explicar los fenómenos del desarrollo capitalista de los centros, me ceñiré exclusivamente a la periferia, ante todo porque creo conocerla mejor, y acaso por no tener que luchar en dos frentes simultáneamente, riesgo del que, desde luego, no estaría exento.

Abordaremos ahora el examen crítico de las teorías neoclásicas frente a la realidad del desarrollo periférico. Me propongo realizar un examen de conjunto, lo cual me ha llevado a ciertas repeticiones de lo que tengo explicado anteriormente en este trabajo.

## 2. EL SISTEMA Y SU EQUILIBRIO GENERAL

Recuérdese, ante todo, el principio básico de la teoría neoclásica, según el cual el sistema económico, dejado a su juego libre y espontáneo en un régimen de absoluta competencia, tiende a una posición de equilibrio general donde la remuneración de cada factor productivo está determinada por su producto marginal respectivo, y el precio de los bienes por su utilidad marginal. El producto marginal representa, como se sabe, la cantidad adicional de producto que se obtiene al añadir una unidad más del factor considerado.

Ello significa que, cualquiera sea la productividad, la fuerza de trabajo de igual calificación tendrá una misma remuneración. Para que esto se cumpla es esencial la competencia, tanto entre los empresarios que empleaban fuerza de trabajo como entre los integrantes de esta última en su afán de conseguir empleo. ¿Cómo actúa la competencia en el movimiento del sistema hacia el equilibrio? Para responder a esta pregunta conviene examinar el fenómeno dinámico siguiendo el método de razonamiento neoclásico.

Como quedó explicado en otro lugar, gracias a la acumulación de capital en el curso del desarrollo se superponen continuamente nuevas capas técnicas de creciente productividad, con la correspondiente demanda de fuerza de trabajo. La oferta proviene de la fuerza de trabajo empleada en capas

técnicas precedentes, así como de la que busca empleo al llegar a la edad activa.

Se dijo también que, en el capitalismo periférico, mientras la demanda de fuerza de trabajo es relativamente limitada por la insuficiente acumulación de capital, la oferta es relativamente abundante, tanto por la gran proporción de fuerza de trabajo empleada en capas técnicas de baja productividad, cuanto por su fuerte ritmo de crecimiento. No es abundante, desde luego, cuando se trata de las calificaciones cada vez más elevadas que requiere la propagación de la técnica y el avance del desarrollo.

Así pues, por grande que sea la diferencia entre la productividad media de las nuevas capas técnicas y la productividad marginal de la fuerza de trabajo de escasas calificaciones, o sin calificación alguna, empleada en las capas técnicas más bajas, será muy reducido el ascenso de las remuneraciones. Dicho en otra forma, cuanto menor sea la productividad marginal de la fuerza de trabajo empleada en las capas técnicas inferiores, tanto más difícil le será a la fuerza de trabajo de iguales calificaciones, absorbida en capas técnicas superiores, elevar su productividad marginal y sus remuneraciones en forma correlativa al aumento de su productividad media, debido a la competencia regresiva de la fuerza de trabajo que queda en las capas de escasa productividad, así como a su crecimiento vegetativo.

Es evidente que esa competencia regresiva va disminuyendo a medida que la demanda de fuerza de trabajo requiere calificaciones donde la oferta es cada vez más limitada conforme se sube en su escala. Y crece de esta manera la aptitud de la fuerza de trabajo para elevar su productividad marginal conforme al aumento de la productividad media.

El aumento de productividad que no se traslada a la fuerza de trabajo queda transitoriamente en las empresas en forma de ganancia. Recuérdese de paso este carácter transitorio de la ganancia en el razonamiento neoclásico en contraste con la persistencia del excedente en nuestro razonamiento.

Pues bien, el incentivo de la ganancia lleva a las empresas que la obtuvieron a acrecentar la producción, e induce asimismo a otras empresas a hacer otro tanto introduciendo esas nuevas capas técnicas. Esta competencia entre empresas se traduce, desde luego, en incremento de la demanda general de fuerza de trabajo; y en la medida en que la oferta es relativamente abundante e impide el aumento correlativo de las remuneraciones, el aumento de la producción significará el descenso de los precios hasta que el producto marginal y la remuneración se igualen en la posición de equilibrio. La ganancia entonces habrá desaparecido y sólo quedará la remuneración empresarial.

Esta es una conclusión de máxima importancia en la teoría neoclásica, pues significa que la mayor productividad se traslada, ya sea mediante el alza de remuneraciones —según la aportación productiva de cada cual, conforme a sus calificaciones— ya sea mediante la disminución de los precios en la medida en que lo anterior no ocurre, difundiendo así a través de toda la colectividad los frutos del desarrollo.

Compréndese de esta manera lo dicho en otro lugar, a saber, que en las teorías neoclásicas había un sentido subyacente de equidad, salvo el fenómeno especial de la renta del suelo. De todos modos, en este último caso, la equidad podría lograrse mediante el impuesto, sin perturbar el equilibrio del sistema.

Aspecto esencial de esa ética lo constituye el concepto de transitoriedad de la ganancia, que es diferente del concepto de remuneración de las tareas empresariales.

La remuneración también está sujeta al principio de la productividad marginal en un régimen de competencia. Cuando, según antes se dijo, la ganancia hubiera desaparecido en la posición de equilibrio, quedaría la remuneración empresarial.

Como bien se sabe, los neoclásicos hacen un distingo claro y neto entre la función empresarial y la propiedad de los medios productivos, estén unidas o no en la práctica. Desde el punto de vista conceptual es muy importante este distingo, pues en la posición de equilibrio general, los propietarios del capital no tienen ganancia, sino interés del capital. Punto éste que consideraremos más adelante.

El razonamiento es correcto, pero ignora el fenómeno del excedente y el de las relaciones de poder.

### 3. LAS TEORÍAS NEOCLÁSICAS Y EL EXCEDENTE

Parece innecesario extenderse acerca del fenómeno estructural del excedente que ha sido analizado en detalle en otro lugar. Sólo parecería oportuno recordar algunos puntos esenciales que difieren fundamentalmente del razonamiento neoclásico.

Ante todo, el fruto de la mayor productividad no se traduce en la disminución de los precios, en la medida en que no se hubiera trasladado a las remuneraciones de la fuerza de trabajo, sino que queda en manos de los propietarios de los medios productivos en forma de excedente.

No se ha registrado tal tendencia a la disminución de los precios en el

desarrollo periférico, a pesar del continuo aumento de la productividad. El excedente queda en manos de los propietarios y tiende a persistir en ellas debido a que, por la dinámica misma del proceso productivo, el aumento de ocupación necesario para acrecentar la producción futura genera un acrecentamiento presente de ingresos, de donde surge el incremento de demanda que permite absorber el incremento de productividad. Sin ello la competencia entre empresas haría bajar los precios como suponen los economistas neoclásicos.

Los sucesivos incrementos de demanda que acompañan a los incrementos de productividad se van sumando y circulan incesantemente en el sistema. No se evaporan. Sólo una parte se transfiere a la fuerza de trabajo y el resto va acrecentando el excedente global.

Síguese de aquí una conclusión de la mayor importancia. El concepto de excedente es similar al de ganancia, puesto que uno y otro se originan en el aumento de productividad, pero en tanto que la ganancia tiende a desaparecer, según los razonamientos neoclásicos, el excedente global es persistente.

El excedente global está sujeto a dos movimientos contrarios. Por un lado, crece por nuevos aumentos de productividad; por el otro, decrece al mejorar de una u otra manera la capacidad de compartimiento de la fuerza de trabajo en sus diversas formas y al aumentar el compartimiento del Estado. Si el compartimiento adquiere vigor y lleva al excedente a decrecer, el sistema reacciona mediante el alza de los precios con muy serias consecuencias, que, tarde o temprano, terminan en crisis.

#### 4. LA POSIBILIDAD DE UN EQUILIBRIO DINÁMICO

El sistema tiende pues a su crisis y no al equilibrio dinámico que supone la teoría neoclásica, aunque se cumpla sin restricción alguna la libre competencia. Es conveniente subrayarlo, pues los economistas neoclásicos suelen atribuir las grandes fallas del sistema al entorpecimiento o eliminación de la competencia —tanto entre empresarios como en lo que atañe a la fuerza de trabajo— como a las intervenciones arbitrarias del Estado.

La causa fundamental de esa crisis radica en que el potencial de acumulación del excedente se desperdicia en la sociedad privilegiada de consumo, y en la succión exterior. Si se dedicara a la acumulación, en un régimen de capitalismo austero, podría concebirse la posibilidad de un cierto equilibrio dinámico.

Expliquémoslo brevemente. Gracias a la más intensa acumulación iría debilitándose la tendencia del sistema a excluir los estratos inferiores. En efecto, las capas técnicas de bajo producto marginal, donde se encuentran esos estratos, tenderían a eliminarse, y las que se encuentran inmediatamente por encima ocuparían el lugar de las primeras. Al continuar en esta forma el proceso se irían estrechando las diferencias entre capas técnicas y, en consecuencia, las diferencias de productividad. Y a medida que esto aconteciera se iría fortaleciendo la capacidad de la fuerza de trabajo para aumentar sus remuneraciones.

Se concibe de esta manera un momento en que toda la fuerza de trabajo estaría empleada con elevada productividad en capas técnicas superiores. Se habría llegado entonces a cierta homogeneidad de la técnica, gracias a la acumulación de capital, después de un período de transición más o menos prolongado. Homogeneidad, pero no detención del proceso, pues continuarían superponiéndose nuevas capas técnicas y se necesitaría acrecentar incesantemente la acumulación de capital para absorber la fuerza de trabajo empleada en las capas precedentes y el incremento de esta fuerza, o sea, para que el sistema no vuelva a la heterogeneidad social.

Al elevarse la productividad marginal y las remuneraciones en la forma explicada, el excedente tendería a desaparecer, se iría devorando a sí mismo en el juego irrestricto de la competencia. Si bien los economistas neoclásicos de la periferia no suelen tener manifiestas preocupaciones dinámicas, ni interesarse en estos molestos fenómenos de heterogeneidad, no me cuesta creer que acaso tengan en su mente una imagen semejante. Explicaríase así su convicción de que si se dejase obrar libremente al sistema, sin interferencia alguna, esto llevaría a resolver los problemas fundamentales del desarrollo periférico. Tanto más cuanto suponen que, en el proceso, el sistema se iría aproximando a aquella ética distributiva de la que algo ya se dijo. Pero muy lejos está todo esto de la realidad periférica. No sólo porque el capitalismo de la sociedad privilegiada de consumo no es austero, sino porque, como ya se dijo, exige que el excedente crezca continuamente, y si esta exigencia no se cumple sobreviene la inflación social.

##### 5. DISTRIBUCIÓN Y RELACIONES DE PODER

En la apropiación del excedente se encuentra el origen de las grandes desigualdades distributivas del capitalismo periférico. Continuemos ahora nuestra crítica a la distribución neoclásica.

Decíamos en otro lugar que cuanto más elevadas fueran las calificaciones exigidas por la penetración de la técnica tanto más se estrechaba la diferencia entre demanda y oferta, y se acentuaba la aptitud de la fuerza de trabajo para participar en los frutos de aquélla.

Pero si bien se reflexiona, no todo es espontaneidad en este fenómeno, pues en la formación de las calificaciones tiene gran influencia el poder social que permite, a quienes están mejor situados en la estructura económico-social, tener acceso efectivo a las oportunidades de formación en las cuales gravita, además, el poder político.

Es cierto que en igualdad de oportunidades de formación se presentan grandes diferencias según la capacidad y el dinamismo de los individuos y, por tanto, en su aptitud de movilidad social.

De todos modos existe en las remuneraciones un elemento de privilegio. Además, es indudable que el incentivo de las remuneraciones constituye un poderoso estímulo para encarar el esfuerzo formativo. Y en consecuencia hay también un cierto sentido ético en el razonamiento neoclásico que atribuye esas remuneraciones a la aportación de los individuos al proceso productivo. En última instancia el mercado discierne sus méritos; pero en la posibilidad real de realizar este esfuerzo de formación existe un elemento de privilegio social.

En cuanto a las remuneraciones, la fuerza de trabajo con débil capacidad de compartimiento del fruto de la mayor productividad, según las leyes del mercado, no tiene otro medio de mejorarlo que su poder sindical y político. Que esto lleve a la arbitrariedad, no caben dudas; pero también es arbitrario el excedente.

Por cierto que ese poder redistributivo de la fuerza de trabajo significa que sus remuneraciones pueden ser superiores a las productividades marginales, aunque no a su productividad media, salvo cuando se traspone el límite mencionado en la dinámica del excedente. Pero también lo es este último y en muy alto grado.

Suele atribuirse la responsabilidad de los males del sistema, por lo menos en parte, a la intervención sindical que distorsiona las leyes del mercado en menoscabo del equilibrio del sistema. El poder sindical es, en última instancia, la contrapartida de la concentración capitalista y la captación del excedente. No quisiera subestimar el valor intelectual de los neoclásicos de los centros —que los hay muy eminentes—, atribuyéndose la actitud simplista de abominar del poder sindical. Pero ese simplismo suele aparecer en algunos neoclásicos de la periferia, quienes no vacilan en sostener que la desocu-

pación es la consecuencia de la arbitraria intervención sindical o política que impide a los salarios descender a su nivel natural de equilibrio.

En conclusión, el fruto del progreso técnico no se distribuye según la productividad marginal, como lo suponen las teorías neoclásicas, sino principalmente por el poder de los distintos grupos sociales. Y como el juego de las relaciones de poder no responde a principio regulador alguno, lejos de llevar al equilibrio dinámico del sistema, conduce a la crisis del mismo con el andar del tiempo. Se trata, esencialmente, de una crisis distributiva.

## 6. LA ACUMULACIÓN DE CAPITAL Y LA TASA DE INTERÉS

Hemos sostenido que el excedente, por su continuo crecimiento, constituye la fuente primordial de acumulación de capital. Compréndese, pues, que este fenómeno estructural trastorne las abstracciones neoclásicas en materia de acumulación. Como según ellas la ganancia era un fenómeno transitorio, y el fruto de la mayor productividad tendía a difundirse, debía imaginarse un mecanismo que permitiera recoger en toda la colectividad el ahorro necesario para la acumulación. Tal es el mecanismo de la tasa de interés. El movimiento de la tasa estimularía el ahorro en la medida necesaria para introducir nuevas técnicas de creciente productividad; y como su fruto se difundiría entre todos, todos se encontrarían en condición de participar en el proceso acumulativo en la medida que estuvieran dispuestos a posponer el consumo presente.

La tasa de interés, en la posición de equilibrio, está dada por la coincidencia entre la aportación al producto de una unidad marginal de capital y la oferta marginal de ahorro que responde a la tasa de interés en esa posición.

Podría inferirse de la teoría neoclásica que no hay privilegio alguno en la propiedad del capital, pues dada la difusión de los frutos del progreso técnico, el interés remunera a quienes acumulan capital absteniéndose del consumo presente.

Mucho se ha discutido acerca del papel del tipo de interés, pero no parece necesario detenernos sobre este punto, pues no se cumple en esta forma la mayor parte de la acumulación de capital de las empresas.

La acumulación proviene principalmente del excedente, sea en forma directa o indirecta. En el capitalismo, la fuerza de trabajo en cuanto ahorra, no lo hace para acumular en las empresas, sino, principalmente, en diversas formas de capital consuntivo.

Pues bien, la acumulación del excedente en las empresas no se realiza por el incentivo de la tasa de interés. El incentivo es mucho mayor y está determinado por el mismo excedente que se espera de la introducción de nuevas capas técnicas. Y este incentivo podría tener un efecto dinámico considerable en la acumulación si no hubiera un incentivo contrario, el que favorece la imitación del consumo de los centros.

Desde otro punto de vista, si el excedente y la gran desigualdad distributiva que representa explican el desenvolvimiento de la sociedad de consumo, ello no significa que una redistribución equitativa del ingreso vaya a resolver el problema de la acumulación mediante el juego de la tasa de interés. Creo que la propensión al consumo es muy fuerte en toda la estructura social; y si en los estratos superiores esta propensión está fuertemente influida por la imitación de los centros, en el otro extremo de la estructura, en los estratos inferiores, la creciente propensión a consumir, cuando aumenta el ingreso, se explica principalmente por las privaciones de la sociedad de infraconsumo.

No carecen de razón quienes sostienen por ello que la redistribución del ingreso tendría efectos adversos a la acumulación, lo que les lleva a exaltar el papel social de quienes captan el excedente. Todo lo cual se ajusta muy bien a un sistema basado en la irracionalidad de este fenómeno desde el punto de vista del interés colectivo. El problema consiste, pues, en captar en otra forma el excedente para distribuirlo equitativamente y elevar al mismo tiempo el ritmo de acumulación. Pero no nos anticipemos, que mucho resta por decir antes de llegar a este punto.

Otro papel importante del tipo de interés sobre el que insisten tenazmente los neoclásicos es el de orientar eficazmente la elección de técnicas. Aunque estimo, dicho sea de paso, que las opciones técnicas son más bien limitadas; pero esto no afecta al argumento considerado.

Siempre, según los neoclásicos, habría una gran distorsión al elegir las opciones técnicas, debido a la manipulación de la tasa de interés y al entorpecimiento o supresión de la competencia en la determinación de las remuneraciones. La autoridad monetaria, alega el argumento, llevada por fines expansivos, suele fijar un tipo de interés inferior al que corresponde a las leyes del mercado, y ello estimula formas de inversión que exageran la economía de fuerza de trabajo utilizando más capital que el que justificaría el mercado. Haya o no manipulación, se olvida el excedente. Por otro lado, el poder sindical de la fuerza de trabajo tiende a incrementar sus remuneraciones por encima de su producto marginal. Así pues, se falsean las leyes del mercado y ello no permite escoger las opciones técnicas que

responden a un concepto estricto de economicidad. Si no se diera el fenómeno estructural del excedente, si la distribución fuera como la imaginan los economistas neoclásicos y si la acumulación estuviera regida por el tipo de interés, tendría validez este razonamiento. Pero es evidente que no es así como funciona el sistema.

### 7. EL PAPEL REGULADOR DEL MERCADO

Esto nos lleva por último al concepto del mercado en las teorías neoclásicas. Como he afirmado en otro lugar, el mercado no sólo carece de horizonte social —de equidad—, sino también de un horizonte temporal.

Constituye un craso error de las teorías convencionales atribuir al mercado el papel de supremo regulador de la economía. Dista mucho de serlo, lo cual no significa que carezca del valor que las mismas teorías le atribuyen, es decir, de poner en contacto productores y consumidores. Que estos últimos suelen estar influidos por perturbadores fenómenos de sugestión colectiva, no hay duda alguna; pero ello se explica en gran parte por la existencia de privilegios distributivos que se trata de explotar. Como quiera que sea, la decisión final de los consumidores es de decisiva importancia en la conducta de las empresas.

Trátase de argumentos muy conocidos que justifican plenamente la supervivencia del mercado como instrumento técnico y también por su significado político. Si se suprimiera el mercado, las decisiones acerca de lo que se ha de producir y consumir serían tomadas exclusivamente por quienes están en la cúspide del organismo de planificación, lo que implicaría muy serias consecuencias políticas.

Ahora bien, no debe confundirse el mercado con los factores que lo impulsan desde atrás, ni debe exigírsele lo que no es capaz de dar. El mercado no puede modificar la estructura social de donde surgen las relaciones de poder que en gran parte determinan la distribución del ingreso; ni tampoco puede determinar el ritmo necesario de acumulación. Pero si éstas y otras grandes fallas se corrigiesen con sentido de equidad y previsión, el mercado se convertiría en un mecanismo eficaz en la asignación de los recursos productivos.

## II. LA SIGNIFICACIÓN DE LAS TEORÍAS NEOCLÁSICAS EN EL PLANO INTERNACIONAL

### 1. CONSIDERACIONES GENERALES

PARA comprender los razonamientos neoclásicos en el plano internacional, siempre debe tenerse presente la significación del mecanismo equilibrador de los precios en un régimen de libre competencia. Recordemos pues este supuesto fundamental relativo a la distribución del fruto del progreso técnico, ya sea por el aumento de las remuneraciones o la disminución de los precios. No importa que debido a la competencia regresiva de la fuerza de trabajo de capas técnicas inferiores, sus remuneraciones no suban correlativamente a la productividad, pues en la medida en que ello no ocurre, la competencia entre empresas hará bajar los precios hasta que el fruto residual se transfiera a toda la colectividad.

Trasladado este razonamiento a las relaciones centro-periferia, comprobaríamos que las consecuencias de las considerables diferencias de productividad resultantes de las grandes disparidades estructurales se resolverían también mediante el mecanismo de los precios. El fenómeno del estrangulamiento exterior de la periferia desaparecería espontáneamente si se dejaran actuar las leyes del mercado. En efecto, si la menor productividad periférica impide a sus exportaciones industriales competir en los centros es porque los salarios son superiores a la productividad. En consecuencia, si se les deja descender a su posición de equilibrio, las industrias que no eran competitivas llegarán a serlo. Pero esto no es todo. Pues el descenso de los salarios también haría disminuir los precios en las actividades exportadoras que ya eran competitivas. Tal sería la eficacia de la devaluación monetaria como instrumento equilibrador de acuerdo con el razonamiento neoclásico.

Si se extremara este razonamiento, podría también llegarse a la conclusión de que el descenso de los precios en dichas actividades exportadoras difundiría sus ventajas a toda la colectividad internacional. Sin embargo, para que este razonamiento fuese correcto habría de demostrar que el mecanismo de los precios lleva también a difundir a toda la colectividad internacional el fruto de la creciente productividad de los centros, y esto en la medida en que no se hubiera traducido en aumento correlativo de las remuneraciones. Pero no sucede así.

De todos modos, no basta que la periferia pueda volverse competitiva en sus productos industriales para que se corrija la tendencia al estrangulamiento, pues también es necesario que los centros abran las puertas a esta competencia. Pero no ocurre así. El poder de las empresas y de la fuerza de trabajo se conjugan para impedirlo.

El hecho de que la periferia pueda recurrir a las consabidas leyes del mercado en su empeño por resolver ese problema, no tendría por cierto la virtud de lograr que los centros hagan otro tanto.

Como se recordará, los centros oponen grandes obstáculos a las importaciones de aquellas manufacturas en las que la periferia ha alcanzado, o puede alcanzar, condiciones competitivas. Se trata generalmente de manufacturas cuya demanda crece con relativa lentitud y que suelen quedar al margen de la política de liberalización del intercambio.

Por el contrario, esta política se ha aplicado a los bienes industriales técnicamente avanzados, donde se manifiestan incesantemente las innovaciones técnicas. En estos bienes, el comercio exterior de los centros ha crecido extraordinariamente y aquí la periferia ha participado en forma relativamente débil, no obstante la liberalización. Las transnacionales prefieren invertir en los mismos centros para conseguir y llevar a la práctica dichas innovaciones, aunque también es cierto que invierten en aquellos países periféricos que las atraen con diversas facilidades. Pero lo hacen por lo general para producir bienes que en los centros van dejando su lugar a otros más avanzados, resultantes del progreso de las innovaciones. Las transnacionales no tienen interés, por eso mismo, en exportarlos a los centros, por cuanto más les conviene ampliar el mercado para esos nuevos bienes exportando a la periferia.

Compréndese así que, aunque esta última disminuya sus precios mediante devaluaciones o subsidios, sus efectos positivos serán muy limitados en lo que atañe a los centros.

Por lo demás, la resistencia de empresarios y trabajadores a que las transnacionales importen tales bienes es notoria, y ello con seguridad constituye un motivo adicional para que las transnacionales no demuestren en esto el empuje que las caracteriza.

Otra vez encontramos aquí las consecuencias de la disparidad estructural. Ni las transnacionales están interesadas en internacionalizar la producción en los bienes en donde más se manifiesta la dinámica de las innovaciones, ni la periferia dispone de las condiciones técnicas y económicas para hacerlo. Y cuando ha obtenido esas condiciones en los bienes técnicamente menos avanzados, los centros obstaculizan sus importaciones.

Estoy tratando de explicar estos hechos con la mayor objetividad posible. Considero, sin embargo, que a pesar de todo los centros hubieran podido iniciar una política de desplazamiento industrial que abriera progresivamente sus mercados a esas importaciones donde la periferia alcanzó condiciones técnicas satisfactorias. Pudo haberse esperado una política semejante durante aquellos prolongados años de prosperidad que precedieron la crisis de 1973. Pero no lo hicieron así.

En cambio, no es infrecuente que todavía sigan criticando el concepto mismo de sustitución de importaciones en la periferia, y señalen con insistencia el papel primordial de las transnacionales en la internacionalización de la producción periférica.

Subrayo estos hechos con profunda preocupación, pues ellos demuestran que los centros, con muy pocas excepciones, siguen mirando los grandes problemas de la periferia bajo un prisma de intereses inmediatos y circunstanciales. No demuestran una visión a largo alcance, una concepción audaz y realista a la vez de sus responsabilidades planetarias. ¡Sólo se mueven por espasmos durante las crisis periféricas!

Todo ello es muy grave, aunque ahora más explicable que hace pocos años frente a la complicación de sus propios problemas. Pero en cambio no es tan fácilmente comprensible que en la periferia la dogmática del neoclasicismo haya trastocado la interpretación de esta realidad que tanto afecta a sus intereses fundamentales. Se abomina de la sustitución de importaciones como si para exportar manufacturas bastara la simple intención de hacerlo, y como si los centros industriales estuvieran ansiosos por recibirlos.

Que en algunos casos la protección haya sido exagerada, que se hayan cometido muchos errores, no cabe duda alguna. Pero hay que distinguir entre la irracionalidad de la protección y la racionalidad de la sustitución de importaciones. La sustitución fue en realidad una imposición de la crisis de los centros, y mucho me temo que las dificultades por las cuales atraviesa la periferia vuelvan a imponer nuevas sustituciones cuando, contrariamente a lo que antes ocurría, se dispone ahora de un considerable potencial de exportación industrial. Hay que perseverar en el empeño de persuadir a los centros. Pero también tenemos que convencernos a nosotros mismos que en el empleo de ese potencial bajo nuevas formas de comercio recíproco entre países periféricos, se encuentra una solución fundamental del problema del estrangulamiento exterior.

Dos motivaciones diferentes suelen tener las teorías económicas. Por un lado, el empeño de interpretar científicamente los fenómenos de la realidad; por otro, la búsqueda y adhesión a ciertos principios que se conforman a

determinados intereses económicos o políticos. No siempre es fácil desentrañar esas motivaciones que están frecuentemente combinadas entre ellas en forma inextricable. Así, la teoría clásica del comercio internacional tiene validez científica dentro de ciertos supuestos, pero también ha servido para formular aquel pretérito esquema de la división internacional del trabajo que responde a intereses dominantes tanto en el centro como en la periferia. Y ha servido así durante mucho tiempo para oponerse a la industrialización deliberada de la periferia en nombre de las leyes del mercado.

Ya hemos mencionado cómo se recurre a estas leyes para justificar la presente constelación de intereses en las nuevas relaciones centro-periferia, y especialmente en torno a las transnacionales. De todos modos, no podríamos omitir un breve comentario acerca de las leyes del mercado en materia de productos primarios.

Desde los primeros escritos de la CEPAL nos hemos esforzado por explicar la debilidad de tales productos para retener el fruto de sus aumentos de productividad. No se trata de una ley natural que afecte intrínsecamente a estos productos, de una ley inmanente en su futuro desenvolvimiento, sino de la estructura social de la periferia y su relación con la estructura de los centros. Recordémoslo sucintamente. Los bienes primarios se caracterizan generalmente por la baja elasticidad ingreso de la demanda, de tal manera que cuando aumenta su productividad y la oferta crece más allá de ciertos límites, los precios tienden a disminuir. Si la remuneración de la fuerza de trabajo pudiera captar para sí el incremento de productividad (como lo captan los propietarios cuando la tierra es relativamente escasa), no habría tal descenso, sin olvidar otros factores que pueden influir en el mismo sentido. Pero no sucede así debido a la gran proporción de fuerza de trabajo en capas técnicas inferiores cuya competencia regresiva impide que las remuneraciones se eleven correlativamente al aumento de productividad. Tiende así a deteriorarse la relación de precios con otros bienes internamente, y también en el ámbito internacional, cuando se trata de bienes exportables. Ocurre así necesariamente en el juego de las leyes del mercado cuando no se interfiere en ellas en una u otra forma.

Los centros se han opuesto por lo general a estas interferencias, cuando conciernen a bienes que interesan especialmente a la periferia, si bien su actitud en este sentido ha sido menos negativa durante los últimos tiempos. Pero cuando afecta a sus propios productos, no vacila en violar las leyes del mercado.

Así, hemos visto restringir, en algunos casos deliberadamente, la producción para mejorar los precios de ciertos bienes en el mercado internacional, mien-

tras que en otros se defendían los precios internos apelando a diversas formas de manipulación o compensación.

Si bien se mira, los centros invocan las leyes del mercado cuando la disminución de los precios no afecta a su propia producción. Aceptan entonces con beneplácito el deterioro de la relación de precios de ciertos bienes cuya productividad aumenta. Más aún, para lograrlo aconsejan la introducción de nuevas técnicas, así como aconsejan la devaluación como medio para lograr el equilibrio exterior. Sólo que, frente a los efectos de esta medida, sacan ventaja de la rebaja de los precios en los bienes exportables que no necesitaban devaluación alguna, mientras resisten las importaciones de los bienes donde la devaluación les permite ser competitivos.

Los centros saben defender sus propios intereses. No podría censurárseles esa actitud mientras no haya una política mundial de desarrollo. Pero de todos modos constituye una flagrante contradicción invocar, en un caso, las leyes del mercado, y en otro, olvidarse de ellas. Contradicción, sin embargo, que no deja de serles útil en la práctica mientras siga habiendo en la periferia quienes continúen creyendo en la eficacia reguladora de las leyes del mercado. Sólo que en este caso la adhesión a las leyes del mercado no suele ser compatible con los intereses del desarrollo periférico.

A la luz de lo que acaba de exponerse, se justifica examinar más pormenorizadamente los problemas allí mencionados. Comenzaremos por la tendencia persistente al desequilibrio exterior.

## 2. LA TENDENCIA AL ESTRANGULAMIENTO EXTERIOR Y LA CORRECCIÓN ESPONTÁNEA

El crecimiento del ingreso global que el desarrollo trae aparejado, bien lo sabemos, va modificando la composición de la demanda en favor de bienes industriales que de continuo se diversifican en los centros. Plantéase así una opción de gran relevancia: obtener esos bienes aumentando las exportaciones de productos primarios y poder así importarlos o producir internamente esos bienes.

Para la teoría neoclásica el problema es muy simple: confiar su solución a las leyes del mercado. Es cierto que la producción interna está en desventaja con los centros por el mismo retardo del desarrollo. Déjese entonces a las leyes del mercado deprimir los salarios hasta alcanzar la economicidad de la producción. El descenso de los salarios también estimulará la expan-

sión de las exportaciones, y en esta forma el mercado determinará espontáneamente en qué medida el crecimiento de la demanda se satisfará con aumento de importaciones y en qué medida con incremento de la producción interna mediante la industrialización espontánea.

Desde el punto de vista de la *praxis* del desarrollo el problema podría plantearse en estos términos escuetos. ¿Cómo industrializarse? Dejar que las fuerzas del mercado compensen con la rebaja de salarios las diferencias de costos de los bienes industriales entre los centros y la periferia, o acudir a la protección para lograr este efecto. La protección, desde luego, contradice las teorías convencionales del comercio internacional, pero no porque éstas carezcan de rigor lógico, sino porque ignoran las consecuencias de la disparidad estructural en el esquema centro-periferia.

Formuladas estas afirmaciones, se hace forzoso examinar en un plano teórico las consecuencias de estas disparidades. Hagámoslo primero considerando el conjunto de la periferia en sus relaciones con los centros.

Conviene comenzar aludiendo al bien conocido fenómeno de la diferente elasticidad ingreso de la demanda, a la que seguiremos atribuyendo gran importancia. La elasticidad ingreso relativamente baja de los productos primarios en general, comparada con la de los bienes industriales en continua diversificación, constituye uno de los elementos de la debilidad congénita de la periferia.

En efecto, si las exportaciones primarias crecen más allá de lo que corresponde al crecimiento del ingreso de los centros, sus precios tienden a bajar y este descenso compensa, total o parcialmente, el efecto del aumento de la cantidad en el valor global de las exportaciones o, lo que es peor, llega a disminuir este valor global.

### 3. DEVALUACIÓN Y PROTECCIÓN

Esta idea aparece en el fondo del razonamiento en favor de la protección. Pues si bien es cierto que ésta significa producir a costos más elevados aquello que podría conseguirse a costos más reducidos comprando en el exterior, no lo es menos que alentar las exportaciones primarias más allá de cierto punto, ocasiona una baja de precio que puede ser mayor que el quebranto debido a esa diferencia de costos.

Todo ello depende de la relación de elasticidades. Por un lado, la elasticidad precio de la demanda de exportaciones más allá del límite impuesto por el crecimiento del ingreso de los centros; y, por otro, la elasticidad

costo de la oferta de producción sustitutiva. Veamos algunos ejemplos concretos para ilustrar este asunto.

Supóngase que hay un incremento de recursos productivos que permiten acrecentar las exportaciones o la producción sustitutiva de bienes importados.<sup>1</sup> Supóngase, además, que el costo de esta producción sustitutiva es superior en 40% al precio de estos últimos. Para compensar este mayor costo se acude entonces a devaluar la moneda en la medida necesaria para posibilitar la sustitución y estimular simultáneamente las exportaciones.

Los partidarios de las teorías convencionales suelen considerar que la devaluación<sup>2</sup> es el instrumento del que se valen las leyes del mercado para cumplir sus designios; instrumento que, por cierto, no surge del juego espontáneo de aquél, sino de la decisión deliberada de los responsables de la política económica. Pero no nos detengamos en estas sutilezas. Nótese, eso sí, que la devaluación ocasiona el descenso de los salarios reales, y es condición de la eficacia que se persigue evitar que éstos vuelvan a aumentar.

Un alza de las monedas extranjeras de 40%, además de estimular las actividades sustitutivas, traerá consigo la elevación de los precios internos de las exportaciones, alentando en esta forma el incremento de la producción primaria exportable.

Ahora bien, si la elasticidad de esta última fuera tal que por cada 1% de incremento en la cantidad la disminución de los precios provocase un quebranto de 0.4%, se reduciría también en 40% el valor de las exportaciones. Sería por tanto indiferente, desde el punto de vista de la racionalidad colectiva, que el incremento de recursos productivos se dedicara a la exportación o a la actividad sustitutiva, o se combinara entre ambas. Pero esto sería una coincidencia accidental.

En realidad, la tendencia a la rebaja de los precios suele ser mucho más pronunciada que la que aparece en el ejemplo. No es infrecuente que por cada 1% de aumento de la cantidad exportada más allá del límite consabido, los precios tiendan a caer en una proporción similar o mayor todavía, de tal modo que el efecto del aumento de la cantidad se perdería o se experimentaría un quebranto mayor aún. Esto ocurriría en todos los casos en que la rebaja de los precios fuera más intensa que la que hubiera provocado dicho quebranto de 40%.

<sup>1</sup> Por simplicidad de razonamiento no se ha considerado la proporción del componente importado en uno y otro caso.

<sup>2</sup> Conviene distinguir esta devaluación de la que se impone por la inflación cuando los precios internos sobrepasan a los internacionales.

Este argumento podría generalizarse diciendo que convendría sustituir toda vez que la elasticidad costo de la producción sustitutiva fuese inferior a la elasticidad precio de las exportaciones.

No hay, desde luego, en la devaluación, ningún principio selectivo. Se estimulan todas las exportaciones como consecuencia de la devaluación, y el alza correlativa de precios internos, cualquiera sea la diferencia de elasticidades. De tal suerte que si la elasticidad precio de las exportaciones fuera superior a la elasticidad costo de la sustitución, la pérdida de valor de aquéllas sería mayor que el quebranto en que se incurre con la producción sustitutiva.

Obsérvese de paso que la pérdida o el quebranto no son netos, sino que se refieren al incremento de producción que se exporta o al de la producción sustitutiva.

En rigor se trata de la pérdida o quebranto en que la periferia debe incurrir para acrecentar su producto global con ritmo superior al producto de sus exportaciones e ir absorbiendo, en esta forma, la fuerza de trabajo que éstas no emplean. El aumento resultante en los bienes industriales permite satisfacer así la demanda creciente de los mismos que acompañan al desarrollo. La ventaja neta de la periferia consiste en reducir al mínimo esta pérdida o quebranto comparada con el incremento del producto global que la industrialización ocasiona.

De donde las ventajas de una protección que se establezca solamente en la medida requerida para cubrir las diferencias de costos. Y no tendría por qué ir acompañada de la degradación de las exportaciones. Pero los economistas neoclásicos no se resignan a reconocer las fallas de las leyes del mercado, y para evitar los efectos negativos de la devaluación sobre las exportaciones, suelen preconizar un gravamen que capte el aumento de los precios de las exportaciones primarias expuestas al quebranto. Por donde aparece una sorprendente inconsistencia. ¡Suelen rechazar la protección, porque ella interfiere en las leyes del mercado, en tanto que se postula un gravamen, que es otra forma de violarlas!

Si seguimos el hilo de los razonamientos neoclásicos, aparece otro aspecto muy sugestivo. La devaluación, además de sus efectos exteriores, aumenta el excedente en toda la producción destinada al mercado interno. No habría que preocuparse, a la luz de aquellos razonamientos, pues el juego de la competencia hará disminuir los precios. La rebaja no ocurriría, sin embargo, en los bienes cuya devaluación hubiere compensado las diferencias de costos con las importaciones; lo cual significa que, en última instancia, el efecto sería exactamente igual que el de una protección equivalente al de la de-

valuación. ¿Para qué, entonces, trastornar todo el sistema interno de costos y precios?

Sin embargo, los fenómenos reales no se presentan como en esos razonamientos, pues el excedente, así acrecentado por la devaluación y el alza de precios, no se traspasa a la colectividad, sino que queda en las manos de los propietarios de los medios productivos y de los estratos que van adquiriendo poder sindical y político.

¿Qué sucede, de todos modos, con el excedente cuando descienden los precios de las exportaciones? El excedente se desplaza hacia el exterior, aumentando la proporción que del mismo corresponde a las empresas que emplean los productos primarios considerados, o disminuyendo los precios, según sea la respectiva elasticidad ingreso de la demanda.

#### 4. DIVERSIDAD DE SITUACIONES PERIFÉRICAS

Hasta ahora hemos considerado la periferia en su conjunto para explicar las consecuencias desfavorables de su disparidad estructural con los centros en materia de relaciones comerciales con éstos. Pero lógicamente la situación de los diferentes países que aquélla abarca es muy variada; hay países cuyas exportaciones tienen mucho peso en el mercado mundial y otros cuya influencia es insignificante. Los primeros están muy expuestos al deterioro, lo que no ocurre con los otros, que podrían aumentar sus exportaciones con bastante intensidad relativa sin desmedro de sus precios. Aunque por supuesto no podrán evitar las consecuencias adversas del deterioro registrado en los primeros. Ahora bien, entre estos casos extremos hay toda una gama de situaciones intermedias.

Estas diferencias, sin embargo, no significan que la industrialización deje de ser una exigencia ineludible del desarrollo periférico en el caso que se acaba de mencionar. Antes bien, afectan a la amplitud y modalidad de la industrialización.

Así, en los países que tienen escasa gravitación en el mercado mundial son más amplias que en los otros las posibilidades de expandir las exportaciones primarias. Posibilidades amplias pero no indefinidas, puesto que se opone a ello la limitación de sus recursos naturales, por más que el progreso técnico pueda aumentar la productividad.

Llega un momento en que la expansión de la producción tropieza con costos crecientes que debilitan la economicidad de las exportaciones frente a la conveniencia de la industrialización.

Pero hay además un justificativo poderoso en favor de esta última. En efecto, las actividades exportadoras por lo general absorben una proporción relativamente pequeña de la fuerza de trabajo, sobre todo cuando se propaga el progreso técnico. Aunque no se manifieste tendencia alguna al deterioro, se impone la industrialización para ir absorbiendo progresivamente, mediante la superposición de nuevas capas técnicas de creciente productividad, la fuerza de trabajo de capas técnicas de mucho menor productividad, con el consiguiente acrecentamiento del producto global de la economía.

Para que ello pueda cumplirse en condiciones de economicidad, es esencial que se acelere el ritmo de acumulación de capital para no sustraer recursos a la expansión de las actividades exportadoras y mientras éstas puedan seguir desarrollándose sin costos crecientes o quebrantos que superen el costo de la industrialización sustitutiva.

Hasta ahora nada hemos dicho de la penetración del progreso técnico en las actividades exportadoras. El aumento resultante de productividad refuerza la tendencia al deterioro; y ello se debe a la competencia regresiva de la gran proporción de fuerza de trabajo empleada en las capas técnicas inferiores bajo el imperio de las leyes del mercado, como ya se ha explicado. Para que los países productores pudiesen retener el fruto de la mayor productividad sería necesario eliminar esa competencia regresiva, lo que sólo podría lograrse al cabo de un tiempo más o menos prolongado, mediante una más intensa acumulación de capital, a fin de emplear esa fuerza de trabajo en la industria y en otras actividades absorbentes. Pero mientras ello no ocurra en proporción suficiente, el fruto del progreso técnico en las actividades exportadoras tenderá a transferirse al exterior, de acuerdo con tales leyes, siempre que la demanda no haya crecido en la medida necesaria para absorber el incremento de la producción. Mientras tanto la protección industrial contrarresta esta tendencia.

La conclusión más importante de esta tesis del deterioro, que la CEPAL expuso ya en sus primeros años de actividad, radica en la necesidad ineludible de la industrialización. La industrialización iría absorbiendo, con creciente productividad, fuerza de trabajo de los estratos inferiores y elevando sus ingresos, y al mismo tiempo corrigiendo progresivamente la debilidad estructural de la periferia. Y a medida que esto se lograra, la periferia podría defenderse de la tendencia al deterioro bajo el imperio de las leyes del mercado.

La escasez de tierra, con relación al crecimiento de la demanda mundial, es también un factor muy importante que, en algunos casos, contribuye también a contrarrestar la tendencia al deterioro relativo de los precios en el

juego espontáneo de la economía. Esto es lo que ha ocurrido en ciertas épocas con algunos productos de la zona templada; no así con los productos tropicales, a los que nos referiremos un poco más adelante.

Pues bien, cuando hay escasez relativa de tierra con relación a la demanda, el aumento de productividad tiende a elevar la renta del suelo antes que transferirse mediante el deterioro de la relación de precios.

También puede ocurrir que parte de la mayor productividad se absorba interna o externamente en las actividades de transporte y mercadeo, sobre todo cuando actúa asimismo en ellas el poder sindical en contraste con su debilidad en las actividades productivas.

Sin embargo, podría asimismo suceder, y esto es muy importante, que el progreso técnico sea tan intenso que, no obstante la escasez de tierra, reaparezca la tendencia al deterioro de la relación de precios.

El caso de los productos agrícolas tropicales merece una mención especial. Desde los comienzos de su actividad exportadora en gran escala, la abundancia de mano de obra, así como la gran disponibilidad de tierras contribuyeron a que la relación de ingresos fuera desfavorable. Aunque esta relación no se hubiera deteriorado, ello plantea de todos modos un serio problema, pues esos factores han impedido que la relación de precios mejorara, dado su precario punto de partida, lo que podría suceder, con el transcurso del tiempo, si se intensifica la acumulación de capital y la capacidad absorbente del sistema, con la consiguiente elevación de los ingresos de la fuerza de trabajo en los países productores.

Las consideraciones que hemos enunciado acerca de la debilidad congénita de la periferia en el comercio internacional permiten comprender —en un sentido inverso— la superioridad de los centros. La elasticidad de la demanda está a su favor; las innovaciones técnicas y la diversificación de bienes industriales les permiten desenvolver su intercambio sin las serias dificultades que enfrenta la periferia por su retardo estructural. Las diferencias de elasticidad que puedan surgir entre tales centros se corrigen en un tiempo relativamente breve, en virtud de su similar densidad tecnológica y su capacidad de acumulación.

Explícate así la renovada influencia de las teorías convencionales del comercio internacional que ha llevado a los centros a liberalizar su intercambio.

Entiéndase bien, sin embargo, el verdadero alcance de nuestras observaciones. No se trata de que las teorías convencionales del comercio internacional tengan validez para los centros y no la tengan para la periferia; poseen validez universal. Pero su aplicación a las relaciones centro-periferia

exige corregir las consecuencias de la debilidad estructural de esta última, estableciendo condiciones donde el intercambio pueda desenvolverse con las ventajas recíprocas que aquellas teorías entrañan.

##### 5. LA HEGEMONÍA IDEOLÓGICA DE LOS CENTROS

No podría cerrar estas consideraciones sin recordar que la tesis primigenia de la CEPAL sobre el deterioro tuvo en los años iniciales un claro significado polémico. Sobre ella se basaba la necesidad ineludible de la industrialización. Y todavía estaba vigente el pretérito esquema de la división internacional del trabajo y más de un eminente profesor de los Estados Unidos —para nombrar a los gobiernos— denunciaba nuestra indigencia doctrinaria.

Bajo el imperio de las leyes del mercado, la periferia tendía a transferir a los centros, total o parcialmente, el fruto del progreso técnico incorporado a las actividades exportadoras. Problema esencialmente estructural. Y no había otra solución de mayor economicidad que una industrialización racional; pero no la industrialización espontánea, sino la deliberada, con el apoyo de la protección, sin lo cual la tendencia al deterioro se acentuaría.

Era tanto más necesario defender esta tesis, cuanto que se seguía reconociendo en los centros otra forma de desarrollo periférico, basada en el progreso técnico de las actividades exportadoras. Nueva versión de aquel pretérito esquema de la división internacional del trabajo.

Nadie podría negar, por cierto, la importancia de incorporar el progreso técnico a dichas actividades exportadoras. Pero nos preguntábamos entonces, y no sin cierta angustia, a quién beneficiaría si no hubiera medidas concomitantes para atenuar, por lo menos, la transferencia de sus frutos al exterior.

No se trata, sin embargo, de una posición de los centros superada por los acontecimientos. Aún hoy se siguen buscando nuevas combinaciones de intereses de centros y periferia que permitan explotar los recursos naturales de esta última para obtener productos primarios a bajos precios para aquéllos.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Recuérdese, en este sentido, la idea de creación de un banco de recursos naturales presentada por el Dr. Henry Kissinger, entonces Secretario de Estado a la Cuarta Conferencia de Comercio y Desarrollo de las Naciones Unidas, reunida en Nairobi en mayo de 1976.

Quizás por haber sido presentada a último momento y sin preparación previa, esta idea no fue considerada por la Conferencia. Personalmente yo estaba convencido, sin

A decir verdad, es natural que en los centros se hayan encarado casi siempre estos asuntos desde el punto de vista de sus intereses; intereses inmediatos antes que inspirados en criterios a largo alcance. Porque las leyes del mercado, ya lo dijimos, carecen de horizonte temporal, además de no tener horizonte social. Es cierto que en el mundo académico suelen perdurar arraigadas convicciones; pero tampoco cabe duda alguna que el prestigio de ciertas teorías se basa en gran parte en el hecho que responden a los intereses dominantes.

Los centros han tenido que encarar sus propios problemas de deterioro; y tuvieron que contrarrestar el juego espontáneo de las leyes del mercado. Pero al hacerlo quizás no hayan tenido conciencia de que las violaban. Los poderosos, por su parte, tampoco suelen tenerla frente a ciertos principios económicos que proclaman: ¡cuando dichos principios no les acomodan, suelen crear otros nuevos!

Dije también en otro pasaje que algunos economistas de los centros preconizan la devaluación en la periferia, no ya para corregir las consecuencias de una inflación, sino para conseguir la industrialización sin desmedro de las leyes del mercado. Esto, además de respetar aparentemente la ortodoxia, tiene para aquéllos la virtud de abaratar sus importaciones primarias.

Todo esto es muy comprensible desde el punto de vista de los centros, como lo es también aquella otra tesis de la internacionalización de la producción por obra y gracia de las transnacionales. Se internacionaliza con celeridad la demanda, pero mucho menos la producción.

De cualquier modo, la periferia no ha aprendido a escapar a la seducción de ciertas ideologías de los centros, cuya irradiación intelectual sigue siendo poderosa. Irradiación espontánea y también acción deliberada de propagación. Reflejos de una y otra aparecen en el caso de las teorías neoclásicas.

Confío en que estas páginas contribuyan, por lo menos, a sembrar algunas dudas acerca de su validez en la periferia. Sería tal vez una forma de emprender los primeros pasos a través de un largo y difícil camino: el camino de la autenticidad del desarrollo.

embargo, que poseía algún mérito por cuanto, bien elaborada, podría significar nuevas formas de negociación y obtención de recursos financieros tendientes a aumentar la producción en la periferia y a armonizar intereses sobre bases equitativas. Por eso mismo no dejó de desconcertarme una declaración del mismo Dr. Kissinger, después de dejar la Secretaría de Estado, según la cual esta idea permitiría a los centros obtener a bajos precios los productos minerales que necesitaban para su desarrollo. Es decir, ¡progreso técnico y deterioro de los precios!

### III. LAS CONTRADICCIONES DEL LIBERALISMO

#### 1. LAS CONCEPCIONES DEL LIBERALISMO

EL LIBERALISMO político y el económico dimanar de una misma vertiente filosófica. Reflejan sentimientos y aspiraciones humanas seculares que han venido manifestándose a lo largo de la historia, abriéndose paso con enormes dificultades, avances y repliegues. Muy accidentado, y a veces muy cruento, ha sido este proceso y la lucha inseparable por los derechos humanos. Y por mucho que tengan que avanzar todavía las instituciones democráticas en los centros, lo que se ha logrado es de tanto significado humano que parecería definitivo o irreversible, aunque expuesto siempre a retrocesos.

Las ideas del liberalismo político, que tanto influyeron en la organización constitucional de nuestros países, constituyen otra de las valiosas aportaciones de los centros al desenvolvimiento de la periferia latinoamericana.

En su lucha histórica, el liberalismo político reacciona contra la concentración del poder y sus abusos y arbitrariedades, defiende la libertad del individuo y el respeto y afianzamiento de sus derechos fundamentales.

La esencia del liberalismo económico es también la libertad del individuo. Esa libertad que, guiada por el interés personal, permitiría, según sus teóricos, conseguir claros objetivos concernientes al bien colectivo: eficiencia productiva y equidad distributiva, por una parte; y, por otra, la dispersión del poder económico mediante el juego de la competencia entre innumerables empresas.

En su concepción primigenia, era en realidad perfecta la correspondencia filosófica entre las dos corrientes del liberalismo.

De donde la importancia fundamental del concepto de libertad económica y su significación política. El Estado no necesitaba intervenir para regular la producción ni la distribución del ingreso, pues la libre iniciativa y la competencia tendían continuamente a lograr la solución más adecuada desde el punto de vista colectivo.

Exento de toda responsabilidad en la vida económica, como no fuera evitar las restricciones o la eliminación de la competencia, el Estado prescindente podía consagrarse al pleno cumplimiento de las funciones esenciales que le atribuía la teoría política del liberalismo.

Pero muy larga y accidentada fue también en la periferia latinoamericana la trayectoria del liberalismo político y su evolución democrática. Las

ideas liberales tuvieron que vencer también allí obstáculos muy poderosos y estuvieron y siguen estando expuestas a grandes y penosas vicisitudes. Hubo en todo ello ilusiones y realismo, mas también pruebas frecuentes y notorias de inmadurez. Anarquía y efervescencia popular y autoritarismo represivo; lucha por el poder donde se combinan grandes designios y el propósito de lograr las ventajas de aquél; combate que se expresa en la contienda electoral o en el empleo de la fuerza, tanto por parte de quienes la tienen en sus manos, o por parte de quienes se valen de éstos para realizar las aspiraciones o satisfacer sus intereses y ambiciones.

Hay importantes elementos en ese trasfondo histórico que siguen proyectándose hasta nuestros días. Debo subrayarlo por lo mismo que trato de demostrar aquí el surgimiento de nuevos fenómenos de carácter estructural que no se habían dado en tiempos pretéricos. Y no creo que hasta tiempos relativamente recientes haya podido percibirse con claridad aquella contradicción entre el avance democrático y las formas de acumulación y distribución que caracterizan al capitalismo periférico en el curso de las mutaciones de la estructura social.

Algunos de los elementos perceptibles en el trasfondo histórico posiblemente se hayan atenuado, en tanto que otros se ocultan bajo la superficie de los acontecimientos. Pero esas mutaciones estructurales tienen un papel dominante; y en la crisis del sistema terminan por tornar incompatible el liberalismo democrático con el liberalismo económico.

No puede negarse que el liberalismo democrático en la periferia tiene aún mucho camino por delante. Pero no se trata de un simple texto constitucional; es algo más. Su plena vigencia requiere cambios institucionales, educación de masas y dirigentes, y también nuevas actitudes. Pero se corre el riesgo, el gran riesgo, de caer en nuevas ilusiones si, al emprender esas reformas, se sigue eludiendo reconocer las grandes fallas y contradicciones del desarrollo periférico. Y mal podríamos reconocerlo mientras el sistema se siga observando bajo el prisma del liberalismo económico; porque su concepto originario, que se renueva en el reflorecimiento de las teorías neoclásicas, se ha falseado esencialmente y no refleja la realidad periférica. Por lo demás, tampoco considero que jamás la haya reflejado, si bien en otras fases estructurales pudo creerse en cierta adecuación con la realidad.

## 2. EL FALSEAMIENTO DEL LIBERALISMO ECONÓMICO

Se ha falseado el liberalismo económico en tres puntos principales, que conviene recordar aquí siquiera muy escuetamente. Me refiero a la concentración del poder, y sus graves consecuencias; al papel regulador del mercado y a la movilidad social.

La concentración del poder económico no responde tanto a un propósito deliberado como al funcionamiento mismo del sistema. Es consecuencia de la penetración de la técnica de los centros en la estructura social de la periferia.

De allí surgen el excedente y las grandes desigualdades distributivas que, en el marco de las mutaciones estructurales, privan al mercado del papel regulador que se le atribuye en beneficio de toda la colectividad. No regula la acumulación de capital ni la distribución del ingreso; y estas graves fallas imprimen al capitalismo periférico su carácter excluyente, y también conflictivo cuando, frente al poder económico, se levanta el poder sindical y político de la fuerza de trabajo. Sentido excluyente, sobre todo de los estratos inferiores de ingresos, que permanecen al margen del desarrollo. La libertad económica es allí libertad de ser pobre. La libertad política no es otra cosa que la libertad de decidir sin tener medios efectivos de discernimiento. Y la libertad de pensar y expresarse, así como la vigencia de otros derechos fundamentales, siguen siendo un convencionalismo retórico, mientras haya estratos sociales sumergidos en la ignorancia y la indigencia, como son una quimera los conceptos vitales de igualdad de oportunidades y movilidad social.

La movilidad social, en la concepción del liberalismo, lleva a los más capaces y eficientes a la cúspide del sistema. Suele darse sin duda alguna; pero queda al margen una extensa masa humana, pues el poder económico y social favorece a unos en detrimento de otros. No hay tal igualdad de oportunidades. Y quienes trasponen obstáculos y estratos, se insertan en el sistema, miran hacia arriba, hacia las ventajas que les ofrece la sociedad privilegiada de consumo, y no hacia abajo, de donde proceden.

En todo esto hay que distinguir entre esos derechos humanos fundamentales y la forma como se ha comprometido o falseado su vigencia debido a la estructura social. Y esto no podría separarse del problema trascendental de la libertad. La libertad de la gente de hacer lo que le parezca más conveniente mientras no afecte la libertad de los demás. Es éste un viejo principio de valor humano imponderable; y al decir valor humano ya estoy definiendo su verdadero significado: el de la propia determinación. Deter-

minar libremente su conducta sin obedecer la imposición de una autoridad superior o suprema.

He aquí la gran tragedia intelectual y moral del liberalismo económico: no haber advertido que la libertad económica de los individuos no podría funcionar tal como sus teóricos lo habían supuesto.

Uno de los más graves errores —sin duda el más importante— de dichas teorías consistió en admitir en abstracto el juego de la libertad económica y no referido al sistema concreto donde aquélla se desenvuelve. Se concibe una transformación en la cual el juego de la libertad económica logra adquirir una significación completamente diferente; una significación que se aproxima a la que teóricamente se había concebido.

### 3. EL LIBERALISMO DEMOCRÁTICO EN LOS CENTROS Y EN LA PERIFERIA

En los centros el proceso de democratización, a la luz de la experiencia, se fue traduciendo en cambios institucionales y jurídicos que tratan de corregir innegables deficiencias. Pero acaso la falla más importante en el proceso se encuentra en las consecuencias directas e indirectas del juego de relaciones de poder. No cabe duda que los mecanismos de la democracia representativa funcionan con toda regularidad y que se respetan efectivamente los derechos humanos. Pero tampoco podría negarse la concentración del capital, y la influencia considerable de grandes y complejos intereses sobre la formación de la conciencia pública por su ascendiente sobre la prensa y demás medios de difusión masiva, por los subsidios a los partidos políticos y por la estrecha vinculación de tales intereses con los dirigentes políticos.

En la periferia, la concentración de capital, que se superpone a la de la tierra, otorga un considerable poder político a los estratos superiores. Trátase, según sabemos, de un fenómeno estrechamente vinculado a la estructura social y a sus mutaciones. Durante las etapas de crecimiento hacia afuera el juego político se desenvolvía entre los diversos grupos de los estratos superiores con alguna intervención de las incipientes clases medias, combinado con apelaciones intermitentes de las facciones rivales a las masas relegadas. En el curso ulterior del desarrollo aquellas mutaciones estructurales han tendido cada vez más hacia el compartimiento del poder político con los estratos inferiores, ante todo los intermedios. Los estratos superiores harán cuanto esté a su alcance para contener, manipular e influir sobre el poder político de los estratos intermedios y cooptar sus dirigentes. Sin em-

bargo, la ampliación de los estratos intermedios, su creciente concentración urbana y el desenvolvimiento de los medios masivos de difusión social terminarán por abrir ancho cauce al avance democrático.

Es un cauce a través del cual se expresan sentimientos, aspiraciones e intereses de los estratos desfavorecidos. Todo esto impulsa la dinámica política de estos estratos, y su aspiración de elegir libremente sus representantes y ser elegidos. Ahora bien, este impulso no tarda en adquirir significación redistributiva con el desenvolvimiento del poder sindical y político de la fuerza de trabajo que le acompaña. Y así, debido fundamentalmente a las mutaciones estructurales, las instituciones del liberalismo democrático que irradian los centros alcanzan un nuevo sentido, se despliegan en un nuevo horizonte social.

En esto, como en otros aspectos, el capitalismo periférico adquiere ciertas características de los centros, no obstante las grandes diferencias estructurales.

Ello se manifiesta principalmente en la pugna distributiva y lleva con la marcha del tiempo a problemas cada vez más agudos en el proceso político. Más aún, tal pugna es mucho más intensa en la periferia, dadas las grandes desigualdades y la notoria inferioridad de materia distribuible. Y así, el fenómeno de inflación social al que está llevando esa tendencia, se manifiesta en estas latitudes con extraordinaria intensidad.

De esta manera se plantea un problema muy grave que la democracia representativa aún no pudo resolver.

Caen por cierto en un lamentable error quienes atribuyen al juego democrático el origen de la pugna distributiva en los estratos intermedios, así como la efervescencia social y política de los estratos inferiores. El origen está en las grandes fallas del sistema. Yo diría más bien que el juego de la democracia representativa pone de manifiesto esas fallas, pero no ha podido resolverlas ni ha demostrado tampoco su capacidad para encarar el problema de la acumulación. Pero de todos modos, prevengámonos a tiempo de inferir que ello se debe a defectos del proceso democrático, que existen, sin duda alguna.

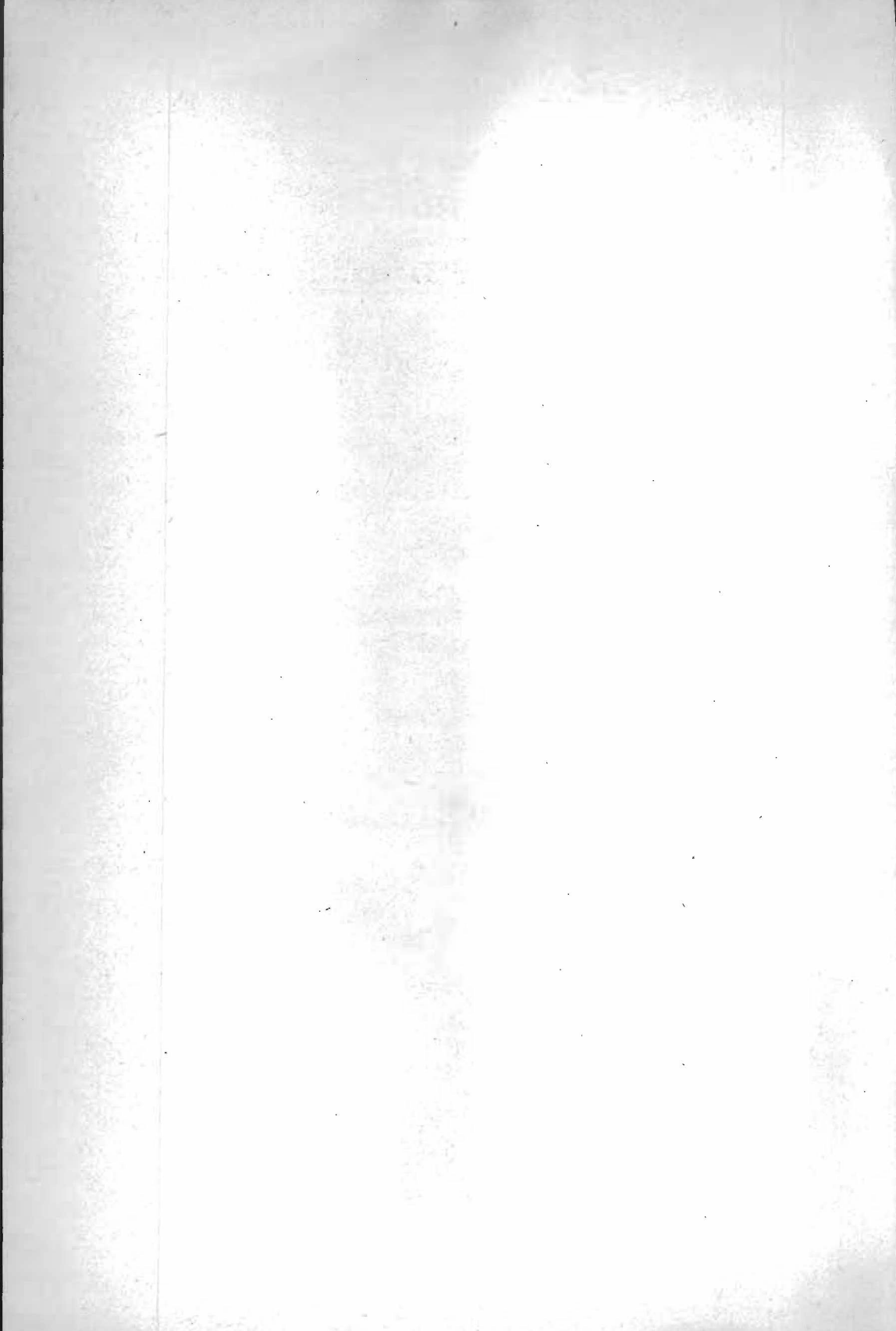
Si se traspasa este límite, las empresas tratarán de elevar los precios para resarcirse, con lo cual se inicia la espiral inflacionaria o se acentúa si ya se desenvolvían formas pretéritas de inflación; todo esto ya lo conocemos por experiencia. Como también sabemos que más allá de ese límite el excedente no admite compromiso, no porque se carezca de margen suficiente para hacerlo, sino porque los estratos superiores no están dispuestos a admitir el desmoronamiento de la sociedad privilegiada de consumo. En tales

circunstancias las reglas del juego monetario se tornan inaplicables, pues, fatalmente, la autoridad monetaria debe resignarse a la espiral inflacionaria, con todos sus crecientes trastornos, por más que trate de reprimir algunas de sus manifestaciones más agudas.

Tarde o temprano sobreviene el empleo de la fuerza. Acaso más tarde que temprano, cuando la pugna distributiva se alivia por disponer de cuantiosos fondos provenientes de la explotación de recursos naturales. Al empleo de la fuerza se le presentan sólo dos opciones principales: sofocar el poder sindical y político de la masas para frenar y eventualmente eliminar la espiral, o concentrar los medios productivos en manos del Estado para decidir, desde la cúspide, el nuevo sistema y el destino del excedente.

*Sexta Parte*

**Hacia una teoría de la transformación**



## I. NEOCLÁSICOS Y SOCIALISMO ORTODOXO

EN EL curso de este libro he procurado examinar con objetividad el funcionamiento del capitalismo periférico. Este examen me ha llevado a la convicción de que en las fases avanzadas de su desenvolvimiento el sistema, por su misma dinámica, tiende hacia una crisis. Y me he persuadido, además, de que esta crisis no podrá resolverse si se mantiene el régimen vigente de apropiación y redistribución. Se impone pues la transformación del sistema.

Estas ideas han sido y seguirán siendo motivo de controversia. Ya lo han sido en sus versiones anteriores y la discusión fue muy valiosa para mí. Espero que esta polémica continúe.

Seguirán impugnándome los economistas neoclásicos. Hay, sin embargo, una zona de coincidencia con ellos. El reconocimiento del valor del mercado. No vacilo en afirmar que no sólo es de gran importancia económica sino también política. Pero como he dicho con insistencia, el mercado no es el supremo regulador de la economía desde el punto de vista colectivo, pues no resuelve ni el problema de la acumulación ni el de la distribución del ingreso. El mercado funciona bien o mal según sea la estructura social en que se fundamenta y el juego de relaciones de poder que surge de esta cambiante estructura. Aquí radican las fallas fundamentales del sistema. Tienen que corregirse por decisión colectiva fuera del mercado, así como las decisiones individuales de producción y consumo tienen que cumplirse dentro del mercado.

Tampoco estarán de acuerdo conmigo quienes, inspirados por un gran sentido de equidad social y convicciones democráticas esperan que una firme y esclarecida acción política permitirá corregir progresivamente las grandes disparidades distributivas. ¿Acaso no se han logrado ya muy positivos resultados? Mal podríamos negarlo. Pero hay un límite más allá del cual no se puede seguir sin empujar el sistema hacia su crisis.

Hay movimientos políticos que siguen con gran interés ciertas corrientes de la social democracia europea, donde creen encontrar la solución de nuestros problemas.

En verdad, algunos países europeos han alcanzado la utopía de difundir los frutos del desarrollo a muy amplias capas de la población. Ya no se trata sobre todo de un asunto de acumulación —en gran parte resuelto tras un largo proceso— sino de seguir avanzando en el desarrollo y llegar progresivamente a nuevas formas de gestión y participación social.

En la periferia necesitamos resolver, a la vez, los problemas de acumulación y distribución. Y no podríamos invocar, como en aquellas latitudes, la así llamada economía social de mercado, porque la estructura social que está detrás del mercado en la periferia latinoamericana es fundamentalmente diferente de la de los países que consiguieron un alto grado de desarrollo.

Finalmente, los socialistas ortodoxos seguirán objetando mis razonamientos. Coincidimos en cuanto a la necesidad de una transformación fundamental. Pero hay una gran divergencia acerca de la índole de esta transformación.

Tengo pues grandes obstáculos por delante. Y creo conveniente tratar de despejar el camino antes de abordar la materia de esta parte. Lo haré a riesgo de algunas redundancias que espero sean tolerables.

La conclusión acaso más significativa de este trabajo concierne a que la dinámica del sistema depende esencialmente de la desigualdad. Porque el excedente se basa sobre ella. Y esa dinámica exige el crecimiento continuo del excedente a fin de acrecentar la acumulación. Pero al mismo tiempo el excedente impulsa la sociedad privilegiada de consumo. Si se viola esa exigencia, sobreviene fatalmente la crisis.

Más de una vez se me ha objetado esta tesis. No es una falla del sistema en sí mismo sino de su falta de austeridad. Pues bien: ¿qué sucedería si el capitalismo fuera austero y también el Estado, y si no hubiera tanta succión de ingreso desde el exterior? Sin duda alguna que el excedente se dedicaría a fondo a la acumulación de capital reproductivo. Y con el andar del tiempo toda la fuerza de trabajo se desplazaría hacia las capas técnicas superiores. No habría más competencia regresiva y las remuneraciones corresponderían a la aportación de cada cual al proceso productivo. Habríamos llegado entonces a la eutanasia del excedente, como suponían las doctrinas neoclásicas que ocurría con la ganancia empresarial cuando el sistema alcanza su equilibrio. Y ello haría necesario encontrar otras formas de acumulación de capital. Tarde o temprano no podría escaparse a importantes decisiones de carácter colectivo. Sin embargo, esos supuestos de austeridad están muy lejos de la realidad de la periferia latinoamericana. Y precisamente por ello hay que conseguir por decisión colectiva lo que no puede lograrse por el juego de las fuerzas del mercado. Pero no nos adelantemos a lo que se expondrá líneas más adelante.

En su tiempo, las teorías neoclásicas representaron un gran avance científico. Dieron gran precisión a los razonamientos clásicos gracias al empleo de las matemáticas. Pero en su empeño de depuración olvidaron una parte importantísima de la realidad: la estructura social y las relaciones de poder.

Hace más de un siglo de la elaboración inicial de esas teorías. Y en el transcurso del tiempo los acontecimientos siguieron avanzando y modificándose. El capitalismo de hoy es muy diferente del de aquellos tiempos, y en vez de buscar la interpretación de esta cambiante realidad se ha profundizado el movimiento de los fenómenos parciales dejando a la zaga la explicación de fenómenos globales del desarrollo. Por lo demás, en su falsa pretensión de universalidad no se ha penetrado en la realidad de la periferia como tantas veces lo hemos afirmado en estas páginas.

Tampoco las teorías de Marx han considerado la periferia. No ha entrado en el horizonte intelectual del gran crítico del capitalismo. Acaso porque supuso que se reproduciría allí el desarrollo capitalista de los centros.

El examen crítico de Marx se circunscribió al capitalismo avanzado de los centros, principalmente el centro británico. Y esbozó las leyes de su evolución. Consideraba que el socialismo sería la consecuencia inevitable de esta evolución, cuando hubiese alcanzado plena madurez el sistema capitalista gracias a una ingente acumulación de capital.

El problema que Lenin tuvo que enfrentar fue diferente: cómo establecer el socialismo en un país en desarrollo y de insuficiente industrialización y en el cual la gran masa de la fuerza de trabajo se encontraba muy precariamente en la agricultura. Tuvo pues que encontrar su propio camino. El camino de la acumulación forzada.

Pero el marxismo ofreció a Lenin y a todo el movimiento socialista en el mundo un concepto de enormes proyecciones políticas: la teoría de la expoliación capitalista mediante la apropiación de la plusvalía. Los neoclásicos se propusieron destruirlo con sus razonamientos sin percibir el fermento revolucionario que contenía, o tal vez por haberlo comprendido cabalmente. El concepto de la expoliación de las masas se basaba en efecto en la teoría del valor formulada por David Ricardo a comienzos del siglo XIX. Los neoclásicos demostraron su inconsistencia teórica con argumentos a mi juicio irrecusables. Pero muy poco tenía eso que ver con la significación devastadora de un concepto en la contienda ideológica y política. Ha llegado a ser un dogma y como tal ha dado un impulso formidable a grandes reivindicaciones humanas.

Desde otro punto de vista, Marx había preconizado la transferencia de los medios productivos a la colectividad para evitar la anarquía de la producción capitalista y destruir el poder de la clase expoliadora. Lenin vio además en ello el instrumento más eficaz de acumulación forzada de capital aprovechando la plusvalía. Sobreviene de esta manera la hipertrofia socialista del Estado. Nada más ajeno a ello que la concepción primigenia del so-

cialismo marxista. Puesto que el Estado capitalista era la expresión del poder dominante de una clase, la eliminación de ésta traería consigo la disolución progresiva del Estado.

En verdad, la discusión prerrevolucionaria del socialismo se refirió más bien a cómo llegar al poder antes que lo que se haría en el poder para organizar la nueva sociedad. ¿Cómo funcionarían las fuerzas productivas? No creo, desde luego, que se haya pensado en el Estado prescindente de los neoclásicos, pero tampoco que se admitiera esa hipertrofia sofocante del Estado.

## II. LA SIGNIFICACIÓN POLÍTICA DE LA GESTIÓN DEL ESTADO

No HAY por qué perderse en especulaciones de esta naturaleza. Pues aparte del examen de los hechos concretos, la simple lógica nos lleva a ciertas conclusiones acerca de la significación política de la gestión por el Estado de los medios productivos que se han transferido a su poder. Sus consecuencias políticas son tanto o más importantes, a mi juicio, que las consecuencias económicas. En efecto, la gestión estatal va unida de un modo indisoluble a un régimen político que difiere sustancialmente de los valores que han guiado y siguen orientando las grandes luchas de América Latina en favor de una democracia representativa y participativa, con plena vigencia de los derechos humanos.

Me encuentro en una posición cómoda para expresarme sin ambages acerca de tales consecuencias, por la circunstancia de que estoy muy lejos de haber presentado en mis trabajos la apología del capitalismo periférico. Lo he criticado tanto desde el punto de vista económico como del social y político. En consecuencia, cuando me opongo a la socialización de los medios productivos, no se interprete que lo haga para exaltar las virtudes de aquel capitalismo, ni mucho menos para defender su inequidad social.

Tanto la socialización de los medios productivos como la transformación que estoy preconizando impugnan la apropiación privada del excedente. Una y otra debieran tener como punto común de partida el uso social de este último, pero es muy diferente el camino que ha de seguirse después.

La gestión de todos los medios productivos en manos del Estado otorga un poder incontrastable a quienes se encuentran en la cúspide de aquél, cualquiera haya sido la manera de llegar a ella. Las líneas de comando parten de allí. Y el curso vital de la fuerza de trabajo, o para decirlo mejor, de toda la población, su ingreso, su movilidad social, el discernimiento de méritos, dependen en última instancia de decisiones superiores. Y en ello se combinan no solamente la capacidad y el dinamismo, sino la lealtad militante al sistema.

La unidad ideológica es elemento esencial de esta lealtad y de la estabilidad de este último. No se trata de una ideología que se nutre de la libre y espontánea expresión del pensamiento.

Surge de quienes tienen la responsabilidad del poder y la necesidad de afianzarlo por distintos medios. No caben pues disidencias fundamentales

que comprometan la unidad ideológica, la disciplina partidaria y la cohesión del sistema.

Cohesión que podría verse comprometida si el ejercicio de la libertad de expresión traspusiera ciertos límites, o si la creación artística y literaria y la actividad intelectual desbordaran los cauces trazados desde arriba. Tal es la cohesión inherente al sistema, e impuesta por el mismo, que no admite otra manifestación de autoridad.

Compréndese, por tanto, que la autoridad espiritual de la Iglesia se juzgue incompatible con la omnipotencia y omnisciencia del Estado. Todo poder ajeno tiene necesariamente que subordinarse al Estado.

A esa exigencia de cohesión en la doctrina y en la *praxis* no podrían escapar ni aun los hombres de la cúspide. Pues si unos disienten en cuestiones de peso, se incurre en el disfavor de los otros, lo cual es muy serio, pues quienes pierden su posición jerárquica en esas disputas internas no tienen la alternativa de emplear sus esfuerzos en la órbita de la actividad privada, que sencillamente no existe.

La prolongación indefinida de los dirigentes en sus funciones, por dilatada que fuere, se vuelve pues factor importante de unidad forzada. ¡Estabilidad del sistema y gerontocracia!

Por lo demás, la serie de eslabones jerárquicos de decisión y vigilancia hacen posible sofocar en su propio germen cualquier atisbo de disconformismo sustancial. El sistema tiene su propia lógica interna y se necesita un temple excepcional para salirse de sus férreas exigencias.

Detengámonos ahora un breve instante en una interpolación doctrinaria. En la teoría científica de Marx las doctrinas son parte integrante de la superestructura, que está condicionada decisivamente por la estructura básica del sistema. Los cambios en la estructura, conforme se desenvuelven las fuerzas productivas, impulsan la modificación de la superestructura. No hay ideologías de valor permanente.

Me pregunto, entonces, si los cambios que han venido ocurriendo en la estructura del capitalismo europeo avanzado son ajenos a las nuevas corrientes ideológicas que están surgiendo en ellos, y a las cuales se les atribuye a veces un valor circunstancial y transitorio, más que una significación perdurable. De todos modos, habría que considerarlas dentro de un más amplio contexto doctrinario.

En estas nuevas corrientes se acepta de un modo explícito el pluralismo político, en contraposición al concepto, hasta entonces dominante, de dictadura del proletariado, o en nombre del proletariado, como quiera que se le define. El pluralismo es condición esencial del liberalismo democrático. Y

no comprendo cómo podría conciliarse este último con un Estado omnipotente que concentra todos los medios de producción y desempeña la gestión de estos medios. Si realmente se persigue una transformación democrática, esas nuevas corrientes no podrían eludir la franca discusión de este problema.

La propiedad y gestión de los medios productivos en manos del Estado va unida a un cambio fundamental en la índole del mercado, pues lo que se ha de producir y consumir depende, en última instancia, de una autoridad central. El mercado pierde así su significación económica, además de su sentido político. Tampoco voy a idealizar en esto al capitalismo periférico y a la gravitación política de grupos sociales dominantes; sin embargo, por más que el curso del desarrollo traiga consigo una tendencia a la concentración del poder, el margen de libertad individual es considerable. Sin ella no se hubiera podido desenvolver el poder sindical y político de la fuerza de trabajo en el avance de la democratización. Sólo que cuando ese poder trastorna la dinámica del excedente, se acude a la fuerza para suprimirlo.

Como he sostenido en otro lugar las grandes fallas del sistema no radican ni en el mercado en sí mismo, ni en la libertad económica sobre la que se asienta. Esas fallas surgen de la estructura social y de las relaciones de poder que pervierten la eficiencia social del sistema por la arbitrariedad de la distribución y el ingente desperdicio del potencial de acumulación de capital.

Es cierto que en un régimen fuertemente autoritario, basado en la tenencia de medios productivos en manos del Estado, se concibe la libertad económica de las empresas y los individuos, factor esencial de eficiencia económica. Pero si esta libertad llegara a ser genuina, quienes ejercen el poder dominante perderían un elemento de cohesión forzada indispensable a la estabilidad del sistema y a la continuidad de ese poder.

Más aún, si hubiera verdadera libertad económica y libertad de iniciativa en los dirigentes empresariales, y si éstos surgieran del seno mismo de las empresas y no de quienes concentran el poder político: ¿cómo sería posible evitar que aspiren a la libertad de expresión y a la participación en las decisiones políticas? ¿Hasta qué punto sería posible entonces separar la libertad política de la libertad económica? ¿No exigiría la lógica del sistema reprimir la libertad política de quienes, habiendo adquirido libertad económica, manifiestan discrepancias con el sistema o la forma en que funciona? ¿Podría aislarse de estas consecuencias la libertad económica?

Dudas éstas que explican por qué en países socialistas que han establecido alguna forma de gestión autónoma, los directores de empresas requieren el beneplácito oficial.

Todo esto tiene para mí una significación definitiva. Al afirmarlo así obedezco a un juicio valorativo de carácter irrenunciable. Un nuevo sistema tiene que ser compatible con la vigencia de ciertos principios que se han ido cristalizando en el curso accidentado del liberalismo democrático. Es una herencia que hemos recibido de la civilización occidental, cuya plena significación nunca se siente y comprende mejor que cuando tales principios se vulneran y eclipsan.

Demás está decir, después de todos los razonamientos de este libro, que la solución neoclásica es absolutamente inaceptable.

¿Qué hacer entonces? ¿Qué ofrecer a los hombres políticos frente a la crisis del sistema? ¿Qué sugerirles cuando hay quienes, en los estratos superiores, no ven otra solución que el empleo de la fuerza para conjurar la crisis y restablecer el funcionamiento regular del sistema?

Es muy grande la responsabilidad de quienes nos hemos dedicado a los problemas del desarrollo, de quienes hemos venido de tiempo atrás criticando al capitalismo periférico sin haber presentado una clara opción transformadora.

En lo que atañe a los economistas, es realmente trágica la situación de aquellos que, a pesar de su sentido de equidad social, acompañan a los nuevos actores políticos que emergen con el empleo de la fuerza. Tienen que resignarse a adoptar las reglas pretéritas de la ortodoxia monetaria, pues no disponen de otras a su alcance.

Digo economistas con sentido social, pues los hay también que, en plena euforia neoclásica, están persuadidos de que es necesario sacrificar a la fuerza de trabajo por no haber sabido respetar las leyes del mercado. Hay que restablecer su libre juego suprimiendo lisa y llanamente su poder redistributivo. ¡Y esto no sin cierta fruición punitiva! Sólo que se restablece también, por añadidura, el poder de los estratos superiores de captar y acrecentar el excedente.

No quisiera omitir aquí a ciertos economistas que se apartan prudentemente de tan desconcertante escenario. Unos a la espera de que el restablecimiento institucional, que algún día vendrá, les permita acaso recomendar medidas redistributivas concordantes con sus ideologías, o tal vez una política monetaria y fiscal libre de ataduras dogmáticas. Con lo cual se exponen a las vicisitudes de un nuevo ciclo político y una nueva frustración.

En tanto que otros esperan su momento para transformar el sistema. Sólo que la transformación que preconizan no es la que me propongo exponer en estas páginas.

¿En qué consiste esta transformación? Creo que hay que llegar a una

→ síntesis entre socialismo y liberalismo que nos asegure el vigor del desarrollo, la equidad distributiva y la progresiva democratización con todos sus valores inherentes.

Socialismo, en cuanto debieran ser objeto de decisiones colectivas el ritmo de acumulación de capital y la distribución del ingreso a fin de corregir las disparidades estructurales. Y liberalismo en lo que atañe a las decisiones individuales de producir y consumir, a no ser por consideraciones que, como las de preservación ecológica, tendrían que tomarse también por decisión colectiva.

Si se resolviera en lo fundamental el problema de la acumulación y la equidad distributiva, la libertad económica en el ámbito del mercado no solamente sería compatible con la libertad política sino que sería condición esencial de su correcto desenvolvimiento.

Liberalismo político y liberalismo económico han surgido originariamente de la misma concepción filosófica. Sin embargo, grandes obstáculos estructurales provocaron su separación. Pero no es en modo alguno definitiva. Tienen que encontrarse nuevamente en la transformación del sistema.

### *Transformación y estructura del poder*

→ Las decisiones colectivas que atañen a la acumulación y la distribución exigen el uso social del excedente. Ya sea que para realizar este propósito se pase la propiedad y gestión de los medios productivos al Estado o que se siga la opción que explicaremos en estas páginas, se encontrará una resistencia fuerte y enconada. Quienes se apropian ahora del excedente deciden acerca de cómo emplearlo. Pasar de estas decisiones privadas a decisiones colectivas significa un cambio fundamental. ¿Se concibe que a este cambio pueda llegarse por un consenso político en que participen aquéllos?

→ Esta pregunta se me ha planteado con insistencia en mis discusiones. La respuesta constituye en verdad el punto de partida de la transformación del sistema. Y esta transformación requiere ineludiblemente cambios en la estructura del poder político diferentes de los cambios que han venido acompañando a las mutaciones de la estructura social. Pero estos cambios han encontrado un obstáculo que les ha impedido llegar a su conclusión lógica.

Recuérdese en efecto que, a medida que avanzan esas mutaciones, va desplegándose el poder sindical y político de la fuerza de trabajo, poder que se contrapone al de los estratos superiores. Sin embargo, el poder económico de estos estratos sigue fortaleciéndose. Y cuando el poder redistribu-

tivo amenaza aquella exigencia dinámica de acrecentamiento del excedente, el sistema reacciona en forma social y políticamente regresiva. ¿Se trata de una fatalidad? ¿O se debe a que no ha sabido encontrarse aún el buen camino? Preguntas, éstas, de importancia decisiva. Procuraremos contestarlas.

Decíamos hace un momento que la estructura del poder político ha ido cambiando. En el curso de estos cambios, movimientos políticos favorables a la equidad social, pero de diferente ideología, han coincidido principalmente en medidas redistributivas. Sin embargo, al llegar el sistema a su crisis surgen vivamente esas diferencias ideológicas. El socialismo ortodoxo sabe muy bien lo que tiene que hacer, dada su posición doctrinaria de transferir al Estado la propiedad y gestión de los medios productivos. Por el contrario, los movimientos políticos de ideología democrática si bien se encuentran muy lejos de compartir esta posición no definen la propia clara y distintamente. Suele discurrirse, es cierto, sobre una solución que no sea ni capitalista ni socialista, pero una afirmación general de esta índole no sería suficiente para articular soluciones que conjuren la crisis.

El presente trabajo se propone formular otra opción transformadora. No bastaría, sin embargo, esta opción para resolver nuestro problema. Pues en el supuesto de que pudiera alcanzar cierto consenso mayoritario acerca de ella ¿sería suficiente para doblegar el poder considerable de los estratos superiores en un proceso democrático? Aquí está el nudo gordiano. ¿Sería posible cortarlo dentro de este proceso?

Hay quienes sostienen la imposibilidad de hacerlo. Me inclino a creer que esta posición está más influida por una ideología de cambio por la violencia antes que por las posibilidades que ofrece el proceso democrático. No me encuentro inclinado a discutir ideologías de toma del poder pues, entre otros motivos, ello me apartaría del propósito que persigo. Considero que las condiciones objetivas de la realidad tienen mucha más importancia que las ideologías y que influyen sobremanera en el camino que se sigue.

Decíamos hace un momento que hay quienes sostienen la inevitabilidad de la violencia para cambiar la estructura del poder político. Preconizan la violencia civil para oponerse a la violencia del Estado. Y sostienen que el poder militar de que este último dispone impedirá siempre que una mayoría democrática se sobreponga al poder de los grupos sociales dominantes. Así explican el empleo de la fuerza del Estado para conjurar la crisis del sistema.

Creo que se trata de una simplificación extrema de la realidad. A la luz de mis explicaciones anteriores el llegar a una mayoría democrática significa un cambio importante en la estructura del poder político inherente a las

mutaciones de la estructura social. Pero el régimen de apropiación y redistribución le hace desviar su camino. En vez de atacar el origen mismo de las fallas del sistema, que es la apropiación del excedente, concentra sus empeños en la redistribución. Y de esta manera toma una parte del excedente para acrecentar el consumo de la fuerza de trabajo y los gastos del Estado, pero no a expensas del consumo privilegiado de quienes se apropian de la mayor parte del excedente, sino de la acumulación de capital. O sea, que el poder redistributivo termina por trastornar la dinámica del sistema en todas sus graves consecuencias. Y en verdad, en tales condiciones, no se tiene otra salida que el empleo de la fuerza del Estado para suprimir el poder redistributivo. No se dispone de otra salida que no sea la del socialismo ortodoxo, esto es, la transferencia al Estado de la propiedad y gestión de los medios productivos.

Es un hecho bien conocido que el poder militar de nuestros países no suele estar en manos de hombres surgidos de los estratos sociales dominantes, y muchas de sus intervenciones no procuran defender directamente los intereses de estos grupos —aun cuando más tarde se vean envueltos por ellos— sino restablecer la dinámica del sistema y el orden social comprometido.

¿Qué sucedería si existiese esa otra opción y si la mayoría democrática se propusiera la transformación del sistema? ¿Intervendría el poder militar para oponerse? ¿Estaría dispuesto a hacerlo en el futuro a la luz de muy infortunadas experiencias de un liberalismo económico que agranda y consagra la inequidad social? Pienso, a veces, que el poder militar podría más bien inclinarse al amparo del orden institucional resistiendo la presión de los intereses dominantes en jaque.

Si no fuera así y si se interviniera para evitar la transformación del sistema se crearían condiciones propicias a ideologías de violencia popular con imprevisibles consecuencias.

He aquí nuestro problema fundamental. Es necesario ofrecer una nueva opción, ya sea que la democratización se abra paso resueltamente, o que se restablezca donde se había suprimido. No se trata solamente de una salida autoritaria impulsada por las circunstancias, sino que la falta de una nueva opción podría llevar a serias claudicaciones en quienes, no obstante hondas convicciones democráticas, pudieran dejarse atraer por una grave ilusión. La ilusión de que la transferencia de los medios productivos y de su gestión al Estado sería compatible con el pluralismo democrático.

Es notoria, por otro lado, la gran efervescencia social de la Iglesia. Y compréndese las tribulaciones de teólogos y fieles que, heridos profundamente por el espectáculo de la gran desigualdad social parecerían dispuestos

a ciertos compromisos con ideologías cuya filosofía primigenia parecería irreconciliable con el poder espiritual de la Iglesia. No necesitan perturbarse con esas tribulaciones. Espero que quieran examinar las ideas que se exponen en este trabajo. Al escribirlas me ha impresionado fuertemente esta declaración de Juan Pablo II: "sobre toda propiedad privada grava una hipoteca social". ¿Se trata, acaso, de la hipoteca del uso social del excedente?

Además, ¿por qué no habría de presentarse también esta nueva perspectiva al poder militar? Nos hemos referido una y otra vez al empleo de la fuerza para implantar un liberalismo económico falseado sin cambiar los fundamentos del sistema. Por mucho que no les preocupe necesariamente el costo político, que algunos pudieran considerar transitorio e inevitable, cuando no aceptable, es notorio que las consecuencias sociales de aquel liberalismo terminan por desconcertar a muchos de ellos, consecuencias que se prolongan, cuando no se agravan, con el transcurso del tiempo.

Quienes han hecho uso de su poder militar habrán ido adquiriendo una experiencia de que antes carecían. Me inclino a creer que están formando su juicio independiente frente al dogmatismo tecnocrático. Se les había seducido con la promesa de frenar la inflación. Cuando se ha logrado atenuarla ha sido a expensas de la ocupación de vastos grupos sociales. Y cuando la ocupación pudo mantenerse, la espiral ha proseguido sin que el monetarismo pueda contenerla. Como quiera que fuere, comprobarán el ingente costo social de esta experiencia, además del político. Sin omitir el tremendo costo humano de la represión.

No sería extraño entonces que después de una fase de euforia —confortada con ciertas pruebas externas de admiración no siempre desinteresadas— vaya cundiendo el desconcierto acerca de las graves consecuencias de este tipo de desarrollo.

Los acontecimientos impulsan así aspiraciones crecientes de retorno a la normalidad, con algunos reajustes institucionales. Pero hay que llegar al fondo del problema. La normalidad exige, desde luego, restablecer el poder redistributivo de la fuerza de trabajo. ¿Cómo evitar entonces el desenvolvimiento de un nuevo ciclo político? ¿Cómo contener las tendencias conflictivas de una nueva espiral inflacionaria o de la acentuación de una espiral que no se hubiera conseguido extirpar? ¿Cómo contrarrestar las tendencias excluyentes del sistema que, lejos de atenuarse, suelen más bien agravarse en un régimen de fuerza?

Aleccionadas por aquella frustración de su experiencia, las fuerzas armadas podrían tal vez interesarse en examinar otras opciones, como las que aquí se exponen.

Pero no para imponerlas, sino para comprender el sentido de los movimientos democráticos que se propongan realizarlas.

A falta de aquellas otras opciones, nadie podría asegurar que el curso de los acontecimientos no las incline, también a ellas, a vencer ciertas resistencias doctrinarias a la opción socializadora de los medios productivos, que hasta ahora parecían ser muy fuertes.

### III. ESBOZO DE LA TRANSFORMACIÓN

#### 1. SIGNIFICACIÓN DE LA SÍNTESIS

PRESENTAREMOS ahora una primera visión de la síntesis entre ciertos elementos fundamentales de socialismo y de liberalismo económico. Socialismo, en cuanto el excedente no seguirá empleándose de acuerdo con decisiones individuales sino decisiones colectivas destinadas a elevar el ritmo de acumulación de capital y corregir progresivamente las diferencias estructurales en la distribución del ingreso. Y liberalismo económico en cuanto el ingreso así redistribuido podrá emplearse libremente en el mercado conforme a decisiones individuales; y también en cuanto las empresas podrán decidir por su propia determinación y en respuesta a ciertos incentivos, cómo responder mejor a la demanda de quienes gastan sus ingresos, asignando como juzgaren más conveniente el capital que les correspondiese.

El uso social del excedente no significa transferirlo a manos del Estado sino dedicarlo racionalmente a la acumulación, el consumo y los gastos del Estado, de acuerdo a un plan concertado técnicamente y aprobado democráticamente.

El objetivo primordial del plan es elevar el ritmo de acumulación de capital en bienes físicos y formación humana, a fin de aumentar intensamente el empleo con creciente productividad y lograr en esta forma una redistribución dinámica del ingreso.

La tendencia a la concentración del capital deberá contrarrestarse mediante la difusión social del nuevo capital a medida que se acrecienta la acumulación en las empresas de donde surge la mayor parte del excedente.

Una proporción creciente de este nuevo capital deberá corresponder a la fuerza de trabajo a medida que se efectúa la redistribución.

Este cambio en la composición social del capital irá abriendo paso a la gestión autónoma de las grandes empresas existentes o las que llegarán a serlo en el futuro.

Las empresas pequeñas harán su acumulación en manos de sus propietarios; y también las medianas, con participación progresiva de la fuerza de trabajo según la escala de importancia económica de las empresas.

La empresa pública, en la medida en que respondiera a exigencias del desarrollo, debiera también incorporar elementos de gestión autónoma.

Es esencial el incentivo a la productividad de los empresarios, directores

y técnicos, y a la de toda la fuerza de trabajo, tanto en la fase de transición hacia la gestión autónoma como en el funcionamiento ulterior de las empresas.

En el régimen vigente el mercado es factor primordial de eficiencia económica pero no de eficiencia social. Esta última sólo puede conseguirse fuera del mercado, esto es, regulando globalmente la apropiación y distribución.

En esta forma el uso social del excedente permitirá, a la vez, elevar el ritmo de acumulación y el ritmo del consumo de la fuerza de trabajo a expensas del consumo privilegiado.

Se habrá iniciado así un cambio de considerable importancia en la composición de la demanda y en la estructura productiva. Y el mercado vendrá a ser entonces un mecanismo adecuado para responder a la eficacia social del sistema.

## 2. RITMO DE ACUMULACIÓN, EMPLEO Y DISTRIBUCIÓN

No necesitamos volver a explicar aquí las razones de peso que justifican un gran esfuerzo en la acumulación del capital. Sin ello no podrán eliminarse las tendencias excluyentes del sistema y la absorción espuria de fuerza de trabajo en el Estado, que es uno de los factores que más contribuyen a su hipertrofia.

Hay países en que se ha avanzado más que en otros en la absorción de los estratos inferiores con creciente productividad, sobre todo cuando ha sido más baja la tasa de crecimiento demográfico. Pero el fenómeno de absorción espuria se presenta aun en esos casos y posiblemente ha venido a compensar la reducción de los estratos inferiores.

Sea de ello lo que fuere, al intensificarse la absorción gracias al acrecentamiento de capital, habrá mayores oportunidades de ascenso funcional.

Como se recordará, hemos hecho, en otra parte de este escrito, una clara distinción entre la corrección progresiva de las diferencias estructurales en la distribución del ingreso y las diferencias funcionales que dependen de la capacidad y dinamismo de los individuos y la movilidad social.

Esta movilidad se encuentra trabada por factores también de índole estructural. Para eliminar estos factores, una parte de la acumulación tendrá que dedicarse a formación humana. Por tal ha de entenderse no sólo la educación general y técnica, sino también las demás inversiones sociales que contribuyen al bienestar.

Uno de los problemas más difíciles de un plan de desarrollo es asegurar una adecuada relación entre acumulación de capital físico y formación humana. Si ésta queda a la zaga, seguirá prevaleciendo el poder social en las diferencias funcionales de ingreso. Y si la formación se acelera, habrá redundancia de calificaciones por no ser suficiente el ritmo de desarrollo. Comprobación ésta, como otras, de la estrecha interdependencia de los diversos elementos de una política de desarrollo.

Todo esto atañe a lo que hemos llamado la distribución dinámica del ingreso, esto es, la que se logra mediante la transferencia de fuerza de trabajo a ocupaciones de mayor productividad. Pero ello no basta para conseguir la eficacia social en el largo periodo de transición que requiere el desplazamiento hacia arriba de los estratos de ingreso. De ahí la necesidad de la distribución directa. Otro problema muy difícil y delicado pues, si se pasa de ciertos límites, la parte del excedente que se dedica a este propósito se haría en detrimento de la acumulación de capital y la distribución dinámica, sin la cual llegaría a retardarse, sino comprometerse, la eficacia social de la transformación.

Cabe mencionar aún la importancia de las condiciones exteriores del desarrollo. La acentuación del fenómeno de estrangulamiento exterior podría frenar el ritmo de acumulación de capital reproductivo y en consecuencia la redistribución dinámica. Y el acento redistributivo recaería entonces sobre la redistribución directa del ingreso.

### 3. LA ACUMULACIÓN EN LAS EMPRESAS Y LA DIFUSIÓN SOCIAL DEL CAPITAL

La mayor acumulación de capital deberá realizarse en su mayor parte en las mismas empresas en donde se genera el excedente. Éste sería uno de los estímulos al crecimiento de ellas con la consiguiente ampliación de las posibilidades de ascenso funcional a que nos hemos referido más arriba.

La mayor parte de la acumulación se haría en las mismas empresas, pues otra parte, como ya se dijo, tendría que destinarse a las tareas de promoción del Estado, ya se trate de las empresas existentes o del apoyo a la formación de nuevas empresas y a la evolución de las empresas pequeñas y medianas.

Esta formación de nuevas empresas podría ser también un desprendimiento de las empresas existentes, gracias a la parte del excedente que se dedica a su propia acumulación. Es conveniente que así suceda por las exigencias del mismo desarrollo. Pero las nuevas empresas así creadas tendrían que

emanciparse de la empresa matriz después de cierto tiempo en el régimen de gestión autónoma de que se hablará más adelante. De lo contrario podría adquirir mayor impulso la tendencia hacia el conglomerado de empresas, sin que ello sea una imposición de la técnica y de las economías de escala.

En el capitalismo periférico este tipo de concentración que lleva al conglomerado suele ser consecuencia de la acumulación cada vez mayor de capital de los propietarios de medios productivos gracias al excedente. Si la mayor acumulación de capital que aquí se preconiza se hiciera en esas mismas manos, tomaría más fuerte impulso la concentración.

No hay otra forma de contrarrestar este fenómeno que la difusión social del capital o la acumulación por el Estado. Entre este último y la gestión por el mismo Estado sólo habría un corto paso. No volveremos sobre este problema que ya hemos despejado en su lugar.

La difusión del capital podrá cumplirse dando una participación creciente a la fuerza de trabajo en la nueva acumulación en las empresas gracias al excedente.

En esto habrá que tener en cuenta la dimensión de las empresas. En las empresas pequeñas, por razones sociales y además prácticas, la mayor acumulación tendría que hacerse en manos de sus propietarios. Pero en las empresas medianas, una parte creciente de esta mayor acumulación se cumpliría a favor de la fuerza de trabajo, según la escala de dimensiones de las empresas y acaso otros factores; en los tramos bajos de la escala sólo una proporción pequeña de la nueva acumulación se haría en esta forma en tales empresas medianas.

La parte más alta de la escala corresponde desde luego a las grandes empresas. Allí la proporción del nuevo capital que se asigne a la fuerza de trabajo seguiría creciendo y llegaría a ser superior a la que correspondiera a quienes ya tenían los medios productivos en sus manos. De esta manera se llegaría con el andar del tiempo a una proporción mayoritaria en el capital de cada empresa.

Si bien se reflexiona, la acumulación por la fuerza de trabajo podría considerarse como parte integrante de la redistribución, pues una parte del excedente que se redistribuye tendría que acumularse obligatoriamente por la fuerza de trabajo.

¿Qué fuerza de trabajo? ¿La fuerza de trabajo de cada empresa o la del conjunto de empresas? Lo primero sería un estímulo ponderable al aumento de la productividad de cada empresa. En tanto que lo segundo tendría un más fuerte elemento de equidad al generalizar la difusión del capital. No es el caso de entrar en estos aspectos que, si bien son importantes, nos

llevarían a una discusión prematura. Una de las soluciones podría ser la combinación de estas dos fórmulas.

De todos modos, ya sea que la acumulación de nuevo capital en cada empresa corresponda al personal de la misma o de otras empresas, el cómputo de la mayoría en relación a quienes tienen ahora el capital se haría teniendo en cuenta la participación del personal de todas las empresas en el capital de cada empresa.

No ha de sorprender el tratamiento especial de las empresas pequeñas y medianas si se recuerda lo que se tiene dicho sobre la significación de la propiedad de los medios productivos. Lo que importa fundamentalmente es distribuir socialmente el excedente que surge de tales medios productivos; y, además evitar su concentración a fin de prevenir un nuevo proceso de concentración del capital. Interesa no sólo por razones económicas y sociales, sino por consideraciones políticas.

En cambio, desde el punto de vista de la dinámica del sistema y de los incentivos que han de moverlo, conviene que el capital de estas empresas medianas y pequeñas se acumule en la mayor medida posible en manos de sus propietarios. Debe recordarse, sin embargo, que comenzaría a distribuirse el excedente de las empresas medianas a la fuerza de trabajo a partir de cierto punto, lo cual llevaría con el andar del tiempo a la gestión autónoma.

Éste es un punto de gran trascendencia. La gestión autónoma concierne a grandes empresas cuya complejidad técnica y económica exige un fuerte sentido de responsabilidad en la elección de quienes han de formar los cuerpos directivos, los cuales, a su vez, deberán designar las personas que han de ocupar los cargos ejecutivos. Se conciben diferentes formas de hacerlo. Una de ellas, acaso la más aconsejable, sería formar tres estamentos de similar gravitación: el del personal superior de directores y técnicos; el de empleados medios y obreros calificados; y el de empleados de inferior jerarquía y obreros no calificados. Los representantes de estos tres estamentos integrarían el consejo directivo de cada empresa autónoma, a los que se agregarían representantes del Estado cuando éste hubiera aportado recursos para la ampliación o renovación de la empresa.

Estos representantes participarían, junto a los de los propietarios actuales, en proporción a su participación conjunta en el capital cuya composición social iría cambiando en la forma que se ha explicado más arriba hasta llegar a la mayoría.

En cuanto a las empresas de propiedad del Estado, son bien conocidos los motivos que las justifican. Se refieren, sobre todo, a aquellos casos de actividades que por su índole se sustraen a la concurrencia en el mercado,

a casos donde por sus dimensiones y complejidad técnica es importante la promoción y gestión inicial por el Estado, y al designio de contrarrestar la penetración de la empresa extranjera en campos privativos de decisión del propio país.

Pero también sabemos que los resultados de la empresa pública no siempre son positivos debido a intereses políticos en su gestión. De ahí la conveniencia de dar participación al personal en su gestión, combinándola con la gestión de representantes del Estado. No habría razones para sustraer a la fuerza de trabajo de la participación en el capital de tales empresas.

La empresa extranjera plantea un problema especial en cuanto a la acumulación. Pues contrariamente a lo que acontece en el caso de las empresas del país, el uso de parte del excedente se realiza fuera de la jurisdicción nacional. Este hecho y otras consideraciones aconsejan establecer un régimen especial. Entre estas consideraciones, hay que tener en cuenta que los cambios que el uso social del excedente provocarán en la demanda, obligarán a ciertos reajustes en el funcionamiento de tales empresas que favorezcan su transferencia a manos nacionales.

En todo esto el Estado tendrá que proceder con criterio estrictamente selectivo, tanto en lo que concierne al establecimiento de nuevas empresas extranjeras como al desplazamiento de la propiedad a manos nacionales del país, cuando se hubiera formado la capacidad técnica y económica para manejarlas en un régimen de gestión autónoma.

#### 4. EL INCENTIVO ECONÓMICO

No hay sistema económico que pueda funcionar eficazmente sin el incentivo económico, que no excluye por cierto otros de diferente naturaleza. Y cuando por convicciones ideológicas se ha prescindido de él, se ha tenido finalmente que introducirlo.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Este trabajo se refiere al capitalismo periférico, no al socialismo periférico, por mucho que sea el interés que despierta. Me referiré sólo al incentivo económico en el caso cubano.

Es muy comprensible que quienes lucharon abnegadamente en la Sierra Maestra exponiendo sus vidas no dieran importancia al incentivo económico en los primeros tiempos de tomar el poder. Más aún, repudiaban este incentivo.

En otra oportunidad relaté la indignación del comandante Guevara cuando el economista Lieberman recomendaba en la Unión Soviética el juego del mercado y el incentivo material. (Véase Raúl Prebisch, *Transformación y desarrollo. La gran tarea de América Latina*, Fondo de Cultura Económica, México, 1970, p. 22.) ¡Es la negación del socialismo que se basa en otras motivaciones humanas! Esta era la

Los defensores del sistema vigente dirán que la apropiación del excedente es lo que mueve a las empresas a acrecentar la producción y rebajar los costos. Hay en esto una verdadera confusión acerca de los factores que intervienen en el descenso de los costos. Recordémoslos.

Por un lado, están las innovaciones tecnológicas que aumentan la productividad reduciendo el empleo por unidad de producto. Estas innovaciones se concretan en los bienes de capital. No son el resultado del poder económico que permite adquirir esos bienes, sino de la evolución científica y tecnológica.

Por otro lado está la eficiencia de la actividad empresarial y de quienes integran la empresa, desde sus altos ejecutivos hasta los obreros no calificados. Todo ello concierne a la elección de los bienes de capital más convenientes, la organización de la producción, el esfuerzo individual y, en fin, la aptitud para satisfacer el mercado y estimular la demanda. Es allí donde se manifiesta la capacidad y dinamismo de los individuos y su aptitud de asumir riesgos.

Los neoclásicos hicieron una correcta distinción conceptual entre esto último y aquello otro. La falla de sus razonamientos radica en haber sostenido que la ganancia lograda por el descenso de los costos tenderá a eliminarse en un régimen de libre competencia. Solo quedaría la remuneración de los empresarios y de la fuerza de trabajo de acuerdo con sus respectivas

forma de pensar prevaleciente en Cuba. Pero empezó a ceder por imposición de la realidad. El comandante Fidel Castro, a comienzos de los setenta expresó reiteradamente la necesidad del incentivo económico a fin de estimular la productividad. Hizo declaraciones en el mismo sentido cuando visitó Chile a principios de los años '70. También fue categórico el presidente Osvaldo Dórticos quien, al preguntársele acerca del problema de los incentivos dijo:

La importancia que nosotros otorgamos a la conciencia revolucionaria como motor impulsor del proceso no ha disminuido en lo más mínimo. Pero hemos logrado esclarecer qué factores coadyuvan a este proceso, cuales son, por ejemplo, el de vincular el salario a la productividad; constituyen no sólo lo que se califica comúnmente como un estímulo material, sino que además como un elemento formador de conciencia. ¿Por qué? Porque en una sociedad socialista que no es una sociedad de abundancia habría que llegar a la conclusión de que es inmoral, y por lo tanto, no ayuda a formar conciencia que quien trabaje menos gane igual que quien trabaje más. Sería desmoralizante y conspiraría contra la formación de la conciencia que un hombre que trabaje menos, un vago, gane igual que un buen trabajador. De manera que lo que nosotros estamos haciendo no es disminuir el papel que debe jugar la conciencia revolucionaria como motor impulsor del proceso, sino que estamos añadiendo nuevas vías de fortalecimiento de la conciencia revolucionaria como motor de la historia. (*Chile Hoy*, Año I, núm. 52, 8-14 de junio de 1963.)

aportaciones al proceso productivo. ¡Pura metafísica ajena a la realidad! Las ganancias no tienden a desaparecer sino que se añaden sucesivamente unas a otras formando el excedente. El acrecentamiento de este último es exigencia dinámica primordial del sistema. Ya lo sabemos y es conveniente insistir sobre ello para comprender el incentivo económico. Como explicamos en otro lugar, se extiende equivocadamente al conjunto de empresas el razonamiento concerniente a la empresa individual.

¿Pero cómo distinguir en la práctica entre el excedente y las remuneraciones que corresponden a la aportación de cada cual al proceso productivo? ¿Cómo hacerlo si ese equilibrio ilusorio del sistema, según los neoclásicos nada tiene que ver con la realidad?

Sólo queda una solución de carácter empírico, inspirada en consideraciones pragmáticas. ¿Cuáles son los incentivos necesarios al estímulo de la productividad en la dinámica de la producción?

Examinaremos primero el caso de los empresarios. En la periferia latinoamericana, si bien se manifiesta la tendencia a divorciar la propiedad de la gestión de los medios productivos, podría decirse que, en la mayor parte de las empresas, esas dos funciones coinciden en las mismas personas.

Trátase generalmente de empresarios que han recogido gran experiencia, y sería insensato prescindir de ellos. ¿Van a continuar dirigiendo las empresas si se toma de sus manos todo lo que no sea remuneración directa de su actividad empresarial después de haber pagado las remuneraciones de la fuerza de trabajo?

Este es un punto que ha suscitado gran discusión en torno a mis trabajos anteriores. Se me ha objetado que no habría muchos empresarios dispuestos a seguir ejerciendo su actividad si, a pesar de todo el capital que han acumulado en el curso de su existencia, se les despoja del excedente que surge de ese capital y sólo reciben la remuneración de su trabajo empresarial. Creo que esta objeción es muy justificada y reconozco que no fui suficientemente explícito en mis anteriores explicaciones.

No se trata de eso, ciertamente. Las grandes fallas del capitalismo periférico provienen fundamentalmente del sistema y no de los hombres que se mueven en su seno. No hay por qué hacerles responsables del sistema ni de no haber sabido transformarlo. Otros tienen que hacerlo: es una decisión colectiva y no individual.

Hay, además, una consideración muy importante que atañe a la movilidad social. Me parece de primordial importancia promover el desplazamiento de los empresarios de empresas pequeñas a los tramos medianos, y de éstos a los grandes. Y es condición ineludible estimular el acrecentamiento de su capital.

Como ya se dijo, en las empresas pequeñas todo el acrecentamiento de capital se haría en manos de sus propietarios actuales. Pero a medida que sube en la escala de tenencia y se pasa a las empresas medianas, una proporción moderada del nuevo capital corresponderá a la fuerza de trabajo. Y a medida que se sigue subiendo esta proporción seguirá elevándose más y más hasta ser alta en el tramo de las grandes empresas.

Dije en otra parte que no me preocupa la propiedad en sí misma sino la tendencia a su concentración. Lo fundamental es acrecentar el capital con un ritmo tan intenso como sea posible por sobre el ritmo insuficiente que ahora prevalece. Pues bien, dadas las crecientes aspiraciones de consumo, este acrecentamiento tendría que ser obligatorio en toda la escala de tenencia del capital.

¿Cómo evitar entonces la concentración? Ya hicimos anteriormente una referencia a este aspecto.

Conviene detenerse en ello un momento. Para contrarrestar la tendencia a la concentración en estos tramos superiores, la proporción correspondiente a los actuales propietarios tendrá que descender con celeridad mientras sube la proporción de la fuerza de trabajo. Es un problema delicado pues son bien manifiestos los intereses que se contraponen. Si el descenso de la proporción es muy lento, continuará la tendencia a la concentración y se dilatará el periodo de transición hacia la gestión autónoma. Si por el contrario el descenso se acelera, este periodo será mucho más corto. ¿Qué incentivos tendrían entonces los empresarios a seguir aumentando la productividad y las ganancias, si ello va a conducir más prontamente a la gestión autónoma?

No es posible ignorar reacciones muy humanas. Se conciben diferentes soluciones a este problema de transición. Por ejemplo, podrían establecerse dos condiciones para la gestión autónoma. Primero, que se haya llegado a la mayoría en la propiedad del capital. Y, segundo, que se retire el empresario-propietario.

Téngase presente que en todo esto no estoy presentando proposiciones definitivas en cuanto a la manera de usar socialmente el excedente, sino explorando fórmulas que someto nuevamente a la crítica.

Debo confesar, sin embargo, que si bien me preocupa la continuación en sus funciones de los propietarios de las grandes empresas, la presencia de ejecutivos que puedan remplazarlo me parece muy importante. Me preocupan mucho más los propietarios de las empresas medianas que, en su crecimiento, llegarán a ser grandes empresas. Es obvio que esto tiene una gran significación dinámica. Conviene alentar este proceso, pero sin sacrificar la elevación indispensable en el ritmo de acumulación de capital.

Creo que no cabe discusión acerca de la necesidad de estimular la movilidad empresarial y la expansión de las empresas. Y en este sentido quedan dos puntos que conviene considerar.

El primero concierne a la acumulación. Si bien será obligatoria y no estará acompañada de la apropiación del excedente en la forma en que ocurre en el sistema prevaleciente, será aconsejable alguna compensación en forma de interés de capital, tanto en lo que concierne a los propietarios actuales como a la fuerza de trabajo que va adquiriendo capital.

Dígame de paso que el interés dejaría de tener el papel que se le atribuye en el juego del mercado. La acumulación ya no estaría influida por el tipo de interés, influencia muy relativa a mi juicio, sino por las decisiones concernientes al uso social del excedente.

El ingreso obtenido por los propietarios en virtud del interés del capital debiera ser de libre disposición, así se trate de consumo o inversión. Cabría aquí una observación pertinente. Los grandes propietarios podrían obtener sumas cuantiosas en concepto de interés. ¿Cómo evitar su consumo privilegiado? Aquí se impone necesariamente el impuesto progresivo. Ya no se podría acudir en este caso al argumento según el cual este impuesto desalienta la acumulación, puesto que la que se juzgase necesaria se cumplirá mediante el uso social del excedente.

Y de todos modos los recursos captados en esta forma por el Estado se computarían en la estimación del excedente global que el plan tendría que asignar a fin de conseguir la racionalidad de sus objetivos.

Finalmente, cabe mencionar otra forma de incentivo que no habría de limitarse a los empresarios sino también a toda la fuerza de trabajo. Me refiero a una prudente participación en las ganancias de las empresas una vez que se hubiese superado una cierta proporción de aquéllas con respecto al capital.

En esto, como en la determinación del interés del capital, habrá que combinar cuidadosamente la necesidad de incentivos con la necesidad de acumular. Se impone en ello un gran pragmatismo.

Además de este incentivo al personal habría otro de por lo menos igual importancia. Me refiero al ascenso funcional que ya mencioné en otro lugar. Habrá posibilidades cuanto más crezcan las empresas por la mayor acumulación y la mejor capacitación de la fuerza de trabajo. El ascenso funcional responde a otro aspecto del principio de equidad distributiva según la aportación de cada cual al proceso productivo. Ello vendría a complementar aquel otro en que el fruto proveniente de los bienes de capital se reparte según el esfuerzo colectivo, dentro y fuera de cada empresa.

Nos hemos referido más arriba al impuesto progresivo sobre los ingresos provenientes del interés del capital. Este impuesto debiera abarcar también a todas las remuneraciones y participaciones, si bien con tasas más bajas vinculadas al estímulo de la productividad.

No creo haber puesto un acento exagerado en la conveniencia de lograr la continuidad de las tareas empresariales, sobre todo en las grandes empresas, cuando se acelera el descenso de la proporción del excedente que podrán seguir acumulando los propietarios. Tal es el papel de los diferentes incentivos que he mencionado. Sin embargo, no hay que descartar la posibilidad de una gran resistencia de estos empresarios y aun su renuencia a seguir en las empresas. No sería racional, pero sí emotiva. Mucho depende de que en la acción persuasiva que ha de realizarse previamente a la transformación se critiquen las fallas del sistema más que la responsabilidad de los hombres.

Admito que las circunstancias puedan llevar a la autogestión en la etapa inicial de la transformación. Pero no por las exigencias de ésta, sino por la oposición perturbadora de quienes tienen la propiedad de los medios productivos en los estratos superiores. Me inclino, sin embargo, a la progresividad del proceso a fin de atenuar en lo posible las dificultades de la transición.

Hay otros casos en que los propietarios tienen todavía un papel activo o directo, o comparten la gestión con sus elegidos. Sería imposible trazar líneas divisorias, lo cual basta por sí mismo para dejar que la misma dinámica del uso social del excedente resuelva el problema.

La propiedad está en manos de quienes la han acumulado personalmente o de quienes la han obtenido por herencia, y siguen acumulando gracias al excedente.

Así pues, no coincide necesariamente la propiedad con la capacidad empresarial. En esta última se combinan los resultados de la experiencia y la formación profesional técnica y administrativa.

Cuando propiedad y capacidad están unidas por haber sido los propietarios quienes han formado y acrecentado la empresa, los propietarios captan el excedente, además de la remuneración de su propio trabajo personal. Esto último suele ser incentivo de buena gestión. Pero el excedente la refuerza.

Pero cuando los propietarios se retiran o desaparecen habrá llegado el momento de liberar la gestión de la subordinación al capitalista. Mientras tanto podrá irse realizando la experiencia de cogestión.

La ventaja de contar con una capacidad empresarial ya formada es evidente, además de aprovecharse todo el potencial de acumulación. Es cierto

que la concentración continúa, pero por tiempo limitado. Tal es el costo de una transición prudente. Esto es aceptable mientras los propietarios-empresarios cooperen con el nuevo sistema. Hay una coincidencia entre sus motivaciones y los objetivos que el nuevo sistema persigue.

Como quiera que fuere, es necesario contar desde el comienzo con la colaboración del personal superior en los puestos de comando. A ellos habrá que acudir en caso de defección de los empresarios-propietarios. No hay que cometer el mismo error que en ciertos países en que se transfirieron los medios productivos a la propiedad estatal. El hostigamiento político e ideológico a ese personal y su renuncia o eliminación forzada ha tenido un costo ingente y absolutamente innecesario.

Espero que se me excuse por entrar en esta exposición un tanto tediosa pero de gran significado. He estado en verdad sujeto a dos influencias contrarias en la discusión de mis trabajos precedentes. Mientras unos me sugerían limitarme a exponer los principios generales de la transformación, otros insistían en la conveniencia de ser más explícito y concretar la forma en que podrían aplicarse tales principios. He procurado cierto equilibrio entre estos dos conceptos.

Espero que todo esto resulte claro y simple. Pero por mucho que así fuere cabe reconocer las dificultades de una redistribución equitativa y dinámica a la vez, debido al juego de intereses inmediatos. Digo inmediatos porque hay una indudable convergencia de intereses de largo aliento. Convergencia que sólo podría conseguirse después de un periodo más o menos largo de transición. Pero es esta transición, precisamente, lo que interesa examinar. No queda el socorrido recurso de los economistas neoclásicos —y también keynesianos— de pasar de una posición de equilibrio del sistema a otra sin percatarse de los cambios que ocurren entre ambas posiciones.

## 5. EL MERCADO EN LA TRANSFORMACIÓN

Hemos subrayado en otro lugar la importancia del mercado pero no explicamos si, además de la planificación del excedente, habría que intervenir en aquél para coadyuvar a los fines de la transformación. Nos ocuparemos ahora de este asunto.

Decíamos en otro lugar que los cambios en la distribución del ingreso y en la demanda traerían consigo cambios correspondientes en la estructura productiva. En la discusión de mis trabajos anteriores surgió la pregunta de si sería necesario que el Estado interviniera directamente en aquella estruc-

tura. Si así fuera vendría a reforzarse la posición favorable a la socialización de los medios productivos. No lo acepto, por supuesto.

Mi opinión es la siguiente: creo que la compresión del ingreso de los estratos superiores y su redistribución por el mayor empleo y por transferencias directas a los estratos desfavorecidos provocará cambios muy importantes en la estructura productiva, sin necesidad, en general, de decisiones del Estado acerca de lo que se ha de producir y consumir.

Trátase de un asunto de la mayor importancia. Atañe a la libertad económica de los individuos, elemento integral de la libertad personal. Es un derecho humano irrenunciable como los otros. La libertad de las empresas de responder a las exigencias del mercado y de los individuos de consumir lo que quieran sin regimentación del Estado.

¿Pero acaso el incentivo económico de las empresas no les llevaría como ahora a una diversificación incesante, a un continuo despertar de nuevas necesidades? ¿Y los medios masivos de comunicación no estarían contribuyendo a todo ello en desmedro de la acumulación de capital?

Si todo ello acontece en el sistema vigente, se debe primordialmente al privilegio distributivo, sobre todo en los estratos superiores. Y éste es cabalmente el problema que se trata de resolver.

Se me ha objetado, sin embargo, que el mejoramiento del ingreso de los estratos intermedios e inferiores que la redistribución traería consigo, iría extendiendo hacia abajo el ámbito de la sociedad de consumo. Y los medios masivos tendrían en ello muy poderosa influencia. Correctísimo. Pero yo no estoy objetando el consumo en sí, sino el consumo de grupos privilegiados, en contraste con el infraconsumo de grandes masas sociales. Ese consumo privilegiado es lo que está impidiendo el mejoramiento del consumo del resto de la sociedad.

Mal podría negar lo que expresé en otra parte. La diversificación de bienes y servicios con la ayuda de los medios masivos de comunicación lleva con frecuencia a ciertas formas de consumo que quienes han tenido oportunidades de refinamiento en sus gustos consideran frívolas si no absurdas. Pero, ¿cómo evitarlo? ¿Tendrá el Estado que controlar ciertas formas de diversificación del consumo y controlar los medios masivos para conseguirlo? ¿Y quiénes decidirán desde arriba lo que no se debe consumir?

Si insisto en este asunto es porque lo considero de fundamental importancia en la imagen de la sociedad a la que nos proponemos llegar.

Pues bien, se me ha dicho alguna vez que no tienen que decidir necesariamente los que están en la cúspide del sistema. ¿Por qué no regimentar el consumo por decisión democrática?

La respuesta atañe a un problema cuya significación no cabe exagerar. La democracia es inseparable de valores humanos inherentes. Y en virtud de uno de esos valores la mayoría no puede imponer a las minorías ni sus formas de pensar, ni sus creencias religiosas, ni sus formas de vivir. La mayoría no puede privar a la minorías de su libertad, siempre que, de acuerdo con un viejo principio, no se vulnere la libertad de los otros. No se puede privarles de la libertad de consumir.

¿Qué hacer entonces con la influencia perturbadora de los medios masivos de comunicación? Son medios poderosísimos de persuasión, para bien o para mal, en éste como en otros aspectos muy importantes de la convivencia social. Parecería que dentro del concepto esencial de libertad no hay otra forma de contrarrestar y sofocar las consecuencias negativas que utilizar esos medios de comunicación para informar, educar y persuadir. Problema éste que desborda mi competencia, aunque no mis preocupaciones.

Como quiera que se encare este problema, hay que subrayar una vez más qué parte integrante e inseparable de la libertad personal es la libertad económica. Aquí encontramos un juicio valorativo cuyo alcance es preciso definir. Cuando en ejercicio de esa libertad económica el afán de consumir adquiere proporciones exageradas, es fatal que termine erosionando otros valores humanos. ¿Habría que reprimir esa tendencia mediante un Estado omnipotente y omnisciente? La solución tiene que brotar de aquellos derechos esenciales del individuo y de su convivencia social. Persuasión y no coerción. Una persuasión de signo muy diferente a la que despliegan los formidables intereses que impulsan la sociedad de consumo.

Persuasión y participación creadora, desde la escuela hasta los medios masivos de información y difusión social.

¿Por qué no emplear esos medios para elaborar y propagar valores humanos que el consumo conspicuo está sofocando? ¿Por qué no habrán de surgir nuevas motivaciones que frenen la penetración del interés económico más allá de lo que exige la eficacia del sistema?

Trátase de valores humanos de carácter trascendente. No sabríamos discurrir ahora acerca de ellos. Hay quienes sabrán hacerlo mejor que nosotros en el ancho suelo de América Latina. Pero la transformación deberá crear las condiciones propicias al surgimiento y fructificación de tales valores. Y también a la recuperación de ciertos principios éticos que naufragan en el juego del mercado.

Son principios esenciales a la cohesión social, sin la cual un nuevo sistema quedaría expuesto a una inestabilidad desintegradora. Y esos principios no podrían imponerse por la coacción del Estado.

Finalmente quisiera mencionar un asunto que ha despertado gran interés en los últimos tiempos: el de las necesidades básicas. Fundamentalmente es un problema de redistribución del ingreso. Si no se satisfacen esas necesidades es porque los ingresos y la demanda son insuficientes. Suele objetarse, sin embargo, que cuando los ingresos mejoran en los grupos sociales desfavorecidos se dedican a lo que no debieran dedicarse, en detrimento de aquellas necesidades básicas. Y se acude a la imagen del televisor para probar este aserto. Pero el televisor abre asimismo un nuevo horizonte vital a quienes llevan una existencia precaria. Lo cual podría volverse contraproducente sin la redistribución del ingreso. Lo importante está en utilizarlo para bien y no para mal.

No niego en forma alguna que, además de lo que acabo de decir, el Estado pueda tener una acción muy positiva en este asunto de las necesidades básicas, sobre todo con medidas complementarias a la distribución del ingreso, como la mejor utilización de la tierra para la producción de alimentos, la aplicación de estímulos para reorientar la producción y el apoyo a los objetivos que se persiguen, sobre todo por su tarea educativa.

Como quiera que fuere, si el Estado tiene que intervenir en estos casos, así como en otros en los cuales se extralimita el consumo de ciertos bienes, ello no es argumento en favor de la producción por el Estado. Basta modificar el sistema de precios por el impuesto, el subsidio o ciertas medidas reglamentarias como sucede en materia de salud e higiene y en defensa de la biosfera, ya se trate de empleo racional de recursos naturales agotables o de la protección del medio ambiente.

No podríamos excluir, desde luego, la intervención del Estado en materia de comercio exterior, asimismo mediante impuestos o subsidios, por las razones apuntadas en la Quinta Parte.

La elección de técnicas productivas constituye asimismo otro ejemplo en que el juego de las leyes del mercado no lleva a la más adecuada asignación de los recursos. En otro lugar hemos expresado que las técnicas originarias de los centros representan una gran contradicción: economizan mano de obra abundante y exigen intensificar el empleo del capital escaso.

Esta incorrecta elección de técnicas, con el correspondiente desperdicio de capital, se explica principalmente por un falseamiento de los precios relativos. Se ha discurrido mucho acerca de cómo aproximarse a precios que reflejen mejor la realidad. Se ha hablado de impuestos sobre los bienes de capital o subsidios al empleo de fuerza de trabajo para responder mejor a la disponibilidad de estos factores productivos. Estas y otras ideas no han prosperado, sospecho que por no haberse avanzado suficientemente en

materia de alternativas tecnológicas que están fuera del interés inmediato de los centros.

En verdad, en los casi treinta años transcurridos desde que llamamos la atención sobre esos fenómenos, no parecerían haberse presentado alternativas tecnológicas, salvo de una manera muy parcial y limitada.

Hay otra forma de desperdicio de capital estimulada por el falseamiento de los precios relativos. En países como los nuestros, con escasez de capital, llama la atención que las fábricas trabajen generalmente un solo turno, cuando podrían hacerlo durante dos o tres turnos. Pero no se trata solamente de ese falseamiento sino también de otros obstáculos que se oponen a este mejor aprovechamiento del capital. Como sería difícil, si no imposible, recurrir en estos casos a precios especiales, se ha discurrido acerca de diversas medidas que podrían promover el aprovechamiento del capital.

Finalmente, en otras críticas se hace hincapié en que a medida que se introducen nuevas capas técnicas de mayor productividad que las precedentes, el descenso de los precios lleva a la liquidación de las empresas afectadas, con la consiguiente pérdida de capital. Es un argumento que suele presentarse con cierta frecuencia. ¿Pero hasta qué punto es un fenómeno del capitalismo periférico?

Me inclino a creer que el fenómeno general es de otra naturaleza pues, como ya lo hemos afirmado, los precios no tienden a bajar conforme aumenta la productividad. No creo que la competencia de precios, en casos semejantes, constituya un hecho frecuente. En la dinámica del desarrollo las nuevas inversiones se orientan más bien a aprovechar el crecimiento de la demanda que se diversifica, antes que a desalojar violentamente del mercado a empresas de costos más elevados. Ello permite cosechar las ganancias para sí en vez de esparcirlas por el descenso de los precios. El medio para captar el mercado no es este último, sino la oferta de nuevos y mejores bienes.

Dejo abierta, sin embargo, la posibilidad de que se presenten pruebas en contrario. De todos modos, me pregunto si en tal caso habría que acudir al sistema de precios u otras formas adecuadas de intervención, o caer en la gestión estatal de los medios productivos.

Sin embargo, aun admitido este último supuesto, podría discutirse si aquella intervención tendría que efectuarse mediante instrucciones generadas desde el comando superior del sistema, o si se acudiría también al sistema de precios y al juego del mercado, a fin de morigerar la burocratización creciente del sistema, que tanto preocupa en todas partes, sin exceptuar a los países socialistas.

Permítaseme ahora una breve digresión. Tan pronto como se menciona la

posibilidad de emplear el sistema de precios con fines como los mencionados, se corre el riesgo de que se descubra en ello algún resabio de neoclacisismo. No es así, terminantemente.

Las teorías neoclásicas se han apoderado por completo del sistema de precios como si fuera privativo de sus elucubraciones. En verdad, es la quintaesencia de sus razonamientos acerca de la tendencia hacia el equilibrio del sistema, si no se lo perturba con intervenciones artificiosas. Pero, el sistema de precios ha existido durante largos siglos de precapitalismo. No se explicarían en otra forma, ni el famoso edicto del emperador Diocleciano, ni las admoniciones tomistas en el medioevo. Sucede, sin embargo, que los neoclásicos lo convirtieron, dogmáticamente, en supremo regulador de la economía.

Para que el sistema de precios cumpla este papel regulador los neoclásicos admiten desde luego ciertas intervenciones, a fin de corregir las así llamadas imperfecciones del mercado. Recomiendan para ello impuestos que permiten corregir esas imperfecciones, como en el caso de aquellas desviaciones de la técnica a las que nos referimos oportunamente.

Por este camino, sin embargo, podría llegarse muy lejos, como cuando se preconiza el sistema de precios para proteger el medio ambiente. ¿Podría decirse que el serio deterioro que éste ha venido sufriendo se debe a imperfecciones del mercado? ¿No sería más correcto hablar de las consecuencias nocivas del juego irrestricto de las leyes del mercado?

Hay también economistas neoclásicos que reconocen plenamente que las leyes del mercado no resuelven los graves problemas de la distribución del ingreso en los centros. Si se asomaran con más detenimiento a la periferia, comprobarían que aquí las leyes del mercado tampoco resuelven el importantísimo problema de acumulación de capital. Si ello es así, ¿qué queda del papel de supremo regulador de la economía atribuido a esas leyes?

Las teorías neoclásicas ignoran la estructura social y sus mutaciones, así como las relaciones de poder que las acompañan y su considerable significación en la distribución del ingreso. ¿Cómo podrían impugnar entonces la sociedad privilegiada de consumo?

## 6. EL USO SOCIAL DEL EXCEDENTE Y EL GRADO DE DESARROLLO

De todo cuanto he dicho hasta ahora podría pensarse que mis razonamientos atañen solamente a los países de un grado avanzado de desarrollo y en los cuales el proceso de democratización se vuelve incompatible con el régimen de apropiación y redistribución.

Sin embargo, no es así. En verdad, he puesto el acento en esos casos, tanto por la importancia que revisten, como para despejar la perspectiva que tienen por delante aquellos otros países de menor grado de desarrollo, si no aprovechan a tiempo la experiencia de los que están más avanzados.

Es cierto que hay diferencias muy pronunciadas. En países de incipiente industrialización es elevada la proporción de la fuerza de trabajo que se encuentra en la agricultura y en otras actividades de escasa productividad. Y también suele ser muy alta la tasa de crecimiento demográfico. En consecuencia, el problema de absorción se presenta con muy grandes dimensiones relativas. ¿Cómo afrontarlo si el excedente es exiguo en la incipiente industria?

Es pues forzoso acudir al excedente real o potencial de la agricultura y otras fuentes de producción primaria. Es cierto que ello se impone asimismo en países de mayor grado de desarrollo, pero allí existen también excedentes en la industria y en otras actividades técnicamente avanzadas.

Ahora bien, en tales países de menor grado de desarrollo se presentan las dos situaciones ya mencionadas en otro lugar en materia de tenencia de la tierra. Propiedades técnicamente bien explotadas y propiedades que no lo son. En las primeras hay que captar el excedente para usarlo socialmente. En tanto que en estas otras debe crearse primero el excedente, provocando en una u otra forma su mejor explotación. Parte del excedente que se capte en uno y en otro caso tiene que emplearse tanto en la agricultura como en dar impulso a una industrialización ineludible.

Lo mismo podría decirse con referencia a los recursos naturales no renovables, donde una magnitud desproporcionada del excedente suele desplazarse a los centros.

Trátase de problemas de solución nada fácil, pero habrá que llegar a ella si un país ha de desarrollarse con vigor y equidad distributiva.

De cualquier manera, la experiencia de los países de mayor desarrollo demuestra que si en tales circunstancias no se obra deliberadamente sobre la acumulación y la distribución, se habrá seguido un cauce que desemboca necesariamente en los fenómenos excluyentes y conflictivos que tanto nos preocupan.

En efecto, tarde o temprano comenzará a tomar impulso el proceso de democratización, o a recuperarse si hubiera ocurrido un eclipse. Y como quiera que se trate de un movimiento espontáneo o violento, se impone precaverse a tiempo del riesgo que se corre si este proceso se orienta primordialmente hacia formas inmediatas de distribución olvidando exigencias dinámicas de decisiva importancia.

Por donde llegamos al mismo problema fundamental que es común a todos, cualquiera que fuere su grado de desarrollo: el de la acumulación, principalmente de capital reproductivo, a fin de asentar sobre bases firmes la distribución dinámica del ingreso.

Si los movimientos inspirados por la equidad social no encararan este problema, la democratización se expone a muy serios contrastes.

Las diferencias en cuanto al grado de desarrollo atañen más bien a quienes realizarán la acumulación y a los propósitos que han de perseguir. Desde luego, siendo incipiente la industrialización, la acumulación tendrá que efectuarse en las empresas pequeñas y medianas en manos de sus propietarios. Son las que con el tiempo evolucionarán hacia formas técnicas más avanzadas y mayores dimensiones productivas.

Como quiera que fuere, me parece de primordial importancia prevenir el desenvolvimiento de la sociedad privilegiada de consumo. El impuesto al gasto preconizado por Lord Kaldor sería acaso el mejor camino para impulsar la acumulación de capital. Trataríase de un camino que pudiera conducir más tarde al uso social del excedente.

## IV. LA PLANIFICACIÓN DEL EXCEDENTE

### 1. LA ÍNDOLE DEL PLAN

LA TRANSFORMACIÓN del sistema va a requerir cambios importantes en sus mecanismos institucionales. Se trata de una intervención superior a fin de conseguir lo que no es dable lograr mediante el funcionamiento del mercado, una intervención muy diferente de la serie numerosa de intervenciones en que suele incurrir el Estado, muchas de ellas provocadas por no haber tenido en sus manos los resortes superiores que determinan la manera de emplear el excedente.

A fin de responder a las exigencias de una racionalidad colectiva, de que el sistema carece actualmente, el Estado deberá determinar cómo ha de repartirse el excedente entre acumulación, consumo y servicios del Estado. Bien sabemos que la incompatibilidad entre estos distintos fines se acentúa en las fases más avanzadas del sistema y conduce a su crisis.

Se impone compatibilizar entre sí estos distintos fines. ¿Pero con qué criterios deberá proceder el Estado? ¿En qué medida deberá proponerse la elevación del ritmo de acumulación en vez de aumentar el consumo?

De esto depende principalmente el éxito de la transformación. Pues acumular más es esencial para distribuir dinámicamente el ingreso mediante la intensa absorción de fuerza de trabajo con creciente productividad. Para ello, hay que acelerar la absorción de los estratos inferiores, y la fuerza de trabajo que se ha insertado espuriamente en el sistema, así como la que proviene del incremento de la población.

¿Cuáles son las dimensiones de esta tarea de absorción de fuerza de trabajo? ¿Hasta dónde deberá elevarse el ritmo de acumulación para lograr este objetivo en cierto período de tiempo?

He aquí unas preguntas, de respuesta harto difícil, pues cuanto más se trate de elevar el ritmo, tanto menos recursos podrían destinarse a mejorar prontamente el consumo privado y social de vastos grupos sociales desfavorecidos. Asunto éste que atañe también, y en gran manera, a la cuantía del excedente que el Estado deberá tomar para acrecentar sus servicios.

El uso social del excedente exige comprimir el consumo de los estratos favorecidos para cumplir los fines que acabamos de mencionar; habría que tomar con tal propósito una parte importante del excedente y de los ingresos de aquéllos. Problema éste muy delicado pues hay que ponderar, por un

lado, las necesidades de acumulación y distribución y, por el otro, el incentivo que requieren quienes tienen ahora la responsabilidad directiva y ejecutiva de las empresas y quienes habrán de remplazarlos en la marcha hacia la empresa autónoma.

Y finalmente, una vez determinado el nuevo ritmo de acumulación: ¿cómo distribuir la responsabilidad de acumular entre estratos superiores y el resto de la estructura social a medida que se redistribuye el excedente?

La más simple reflexión acerca de los aspectos que acaban de presentarse, así como otros que por brevedad no tocamos, basta para abarcar las complejas tareas que ello va a exigir al Estado. Estas tareas tendrán que desenvolverse en dos planos estrechamente vinculados: el plano técnico y el plano político.

En el primero, deberá elaborarse el examen cuantitativo de los diferentes aspectos del uso social del excedente y presentarse diversas alternativas para responder a los objetivos de la transformación; tarea ésta cuyos resultados deberán pasar al plano político, donde habrán de tomarse las decisiones correspondientes.

Recalco esto último, pues si bien las tareas en el plano técnico son de gran importancia, hay que escapar a las seducciones de una tecnocracia autoritaria. Las decisiones fundamentales son políticas y no técnicas. Sin embargo, para tomarlas no podría prescindirse de un importantísimo trabajo de elaboración técnica, ni los hombres que tienen esas responsabilidades políticas podrían sobreponerse a la independencia de examen y la proposición de alternativas de quienes desempeñan responsabilidades técnicas.

De la combinación de tareas en ambos planos deberá surgir el plan de uso social del excedente. La planificación va a adquirir de este modo un sentido de que carece ahora, pues la apropiación privada del excedente conduce fatalmente a trastornos que impiden actuar en forma deliberada y racional sobre los factores del desarrollo.

Basta presentar aquí esta idea sin entrar en detalles. Sólo cabe agregar que el plan tendrá que extenderse a una serie de años para conseguir una razonable estabilidad en el cumplimiento de sus objetivos. Estabilidad y no rigidez puesto que, aparte de contingencias que obliguen a modificar su ejecución, no sería posible congelar las relaciones de poder emergentes de los diferentes grupos sociales, relaciones donde se manifiestan los cambios que se van operando en la estructura social. Encauzarlas, pero no congelarlas.

Tampoco ahondaremos en estos primeros esbozos la discusión de los mecanismos institucionales de que el Estado deberá valerse para cumplir sus

responsabilidades en el uso social del excedente. Bástenos mencionar aquí los relativos a esas tareas de planificación a que acabamos de hacer referencia, a la participación consultiva de diferentes grupos sociales, a la toma de las decisiones políticas pertinentes, y a la supervisión de la ejecución del plan.

Desde otro punto de vista, el Estado al establecer las modalidades del uso social del excedente tiene que vincularse al régimen fiscal y las modificaciones que en él sería necesario introducir para hacer compatibles objetivos diferentes.

Como ya se dijo, una parte importante de la acumulación se haría en las mismas empresas y otra parte en otras empresas o en empresas nuevas. Aquí el Estado cumplirá funciones de promoción de gran significado dinámico, para lo cual requiere un mecanismo que canalice recursos financieros y técnicos y promueva la investigación tecnológica.

Habría mucho que decir sobre estas y otras materias, pero ello significaría ir más allá del esbozo preliminar de la transformación al que tiene que limitarse este trabajo.

Desde otros puntos de vista, también se presentan amplios campos de discusión donde no podría entrar, tanto para no complicar mi exposición, como por ser materias que exceden mi competencia. Me refiero especialmente al régimen constitucional del excedente, esto es, a los principios básicos que debieran presidir su uso social y a las disposiciones legales relativas a estos últimos y a la gestión política del plan y sus eventuales modificaciones. También sería necesario establecer el régimen legal y la responsabilidad del Estado con respecto a las empresas donde debería acumularse una parte del excedente.

Recuérdese, finalmente, a la luz de los escritos de la CEPAL, que la planificación se impone a fin de que el Estado, con sentido de previsión, determine ciertos cambios de gran importancia en la estructura productiva que se sustrae al funcionamiento del mercado, por más que se hubiese llegado a resolver el problema de acumulación y distribución. Previsión que no podría omitir consideraciones ecológicas.

Creo que tales escritos conservan su validez esencial, a pesar del tiempo transcurrido. Pero carecen de algo no sólo muy importante, sino decisivo. Si bien uno de los justificativos primordiales del plan era elevar el ritmo de acumulación, no profundizamos en los obstáculos que se oponían en la estructura social. No reconocimos que la planificación tenía que basarse en algo fundamental: había que planificar el uso social del excedente.

## 2. LAS DESVIACIONES DEL PLAN

Hay que hacer una distinción entre los acontecimientos críticos que llevan a la transformación del sistema y el funcionamiento ulterior de éste.

En esos momentos iniciales de la transformación del sistema, la circunstancia de que todos los grupos sociales se han estado perjudicando en una u otra forma y el vigor político del movimiento de transformación podrían contribuir a alcanzar un consenso mayoritario acerca de la asignación social del excedente. Pero una vez logrado este consenso, y doblegado el poder de los estratos privilegiados, surgirían de nuevo las diferencias de poder en el resto de la estructura social, trastornando el régimen establecido. No podríamos omitir este riesgo que, por cierto, no sería un riesgo lejano.

Ante todo, se presenta un problema al cual no escapa ningún sistema: el de la preferencia al consumo inmediato en vez de la acumulación. En el capitalismo periférico se ha resuelto este problema dejando que los estratos superiores, así como las empresas extranjeras, se apropien del excedente. Solución muy precaria y socialmente costosa, como bien sabemos, puesto que se desperdicia una parte considerable del potencial de acumulación.

Admitamos que el nuevo sistema resolviera correctamente este problema determinando el procedimiento para llegar a ciertas metas de acumulación en una serie de años. Ello no significa, sin embargo, que hubiera desaparecido la presión en favor de una redistribución inmediata en vez de una redistribución dinámica que toma tiempo, necesariamente.

Hace más difícil llegar a esa meta de acumulación el hecho de haber grupos sociales con intereses dispares. Ya hemos visto en otro lugar cómo quienes adquieren poder sindical y político en los estratos intermedios, lo emplean para mejorar su propia situación antes que preocuparse de los estratos inferiores. Sin embargo, una de las razones primordiales de esa meta de acumulación es absorber con creciente productividad tales estratos. Y la otra, contrarrestar la tendencia hacia la absorción espuria de fuerza de trabajo.

Compréndese pues que los que ya están empleados en tales estratos intermedios, así en las empresas como en el Estado, pongan toda su gravitación política para que una parte de los recursos del excedente se dediquen a la distribución inmediata en vez de elevar el ritmo de acumulación que presupone la meta.

Más serio sería aún el caso si los mismos estratos inferiores que habrían adquirido poder político manifestaran también su preferencia por el consumo inmediato antes que por un mayor consumo diferido gracias a la

acumulación de capital.<sup>2</sup> Trataríase de una grave desviación de los objetivos del plan.

Podríamos imaginar sin gran esfuerzo otras desviaciones. Por ejemplo, que quienes tienen las calificaciones crecientes requeridas, sea por las empresas o por el Estado, traten de modificar la escala funcional de sus remuneraciones a expensas de la redistribución a los otros. O que el poder burocrático impulse más allá de cierto límite la hipertrofia del Estado en detrimento de otras asignaciones del plan.

No sería intelectualmente honesto de mi parte omitir la referencia a estas posibles desviaciones o buscar argumentos especiosos para disipar dudas. Se trata de riesgos reales que habría que afrontar necesariamente.

El nuevo sistema se propone encauzar las relaciones de poder a fin de conseguir la racionalidad colectiva en la apropiación y redistribución del excedente. Pero no tendrá la virtud de eliminar esas relaciones. ¿Cómo evitar que el equilibrio dinámico que el plan ha establecido se disloque por la presión de ciertos grupos sociales sobre la autoridad política o las aspiraciones de esta última?

No creo que sea posible evitarlo, pero sí prever ciertas disposiciones que atenúen el riesgo, aunque no puedan eliminarlo completamente. Son disposiciones análogas a las que establecen las constituciones políticas para preservar la división de poderes y promover su correcto funcionamiento. Son las reglas del juego político. Si se violan habrá que volver a esas reglas del juego con las modificaciones que la experiencia aconsejare.

Pues bien, en materia de uso social del excedente, sería de primordial importancia establecer los recaudos que habrá de aplicar si el poder político se propone modificar las disposiciones básicas del plan relativo al uso social del excedente.

Desde luego, la autoridad técnica del plan no podría sobreponerse a la autoridad política. Pero sí le concierne una responsabilidad muy importante. Ante una propuesta de modificación la autoridad del plan deberá presentar a la autoridad política con toda claridad y precisión la incidencia que aquella tendrá sobre las metas en materia de acumulación, gastos del Estado y consumo y las consecuencias que ello tendría en el uso social del exce-

<sup>2</sup> En una visita a un kibutz en Israel, donde recogí una muy buena impresión, se me dijo que una preferencia semejante se manifestaba cuando llegaba el momento de decidir acerca de la asignación de recursos. No era fácil esta decisión, pero se había logrado siempre una adecuada relación entre consumo inmediato y acumulación. Hecho tanto más significativo si se tiene en cuenta que ningún miembro del kibutz participaba en la propiedad del capital. Me parece que en todo esto gravitaban consideraciones morales y patrióticas y no sólo el interés económico.

dente. Compréndese por ello la necesidad de dar gran independencia a la autoridad técnica. Caben distintas alternativas acerca de esto, y habrá que presentar los elementos analíticos que le permitan tomar la decisión política correspondiente. Por ejemplo, si se propone aumentar la porción del excedente que se redistribuye; ¿cuál será la incidencia sobre el ritmo de acumulación y el ritmo de absorción de la fuerza de trabajo? Y si no se quiere afectar la acumulación, ¿cómo se reajustarán otros elementos para hacer frente a la mayor redistribución?

Éstas y varias otras preguntas atañen a la racionalidad del nuevo sistema. La racionalidad concierne al todo y a sus partes integrantes. Y no es posible modificar una de las partes sin modificar las otras. Se trata de un principio esencial. La autoridad política tomará las decisiones que juzgue conveniente, pero en todo caso deberá elegir la opción con el pleno conocimiento de sus consecuencias. La autoridad técnica no podría ir más allá, si bien su papel es de considerable significación.

Reflexiónese en el contraste con el sistema vigente. Ante todo, en éste, no hay nada que regule la acumulación ni la redistribución en función de ciertos objetivos de interés colectivo. Ni que pueda evitar el desenlace inflacionario en el juego avanzado de relaciones de poder.

Desde otro punto de vista, no sería suficiente para defender la estabilidad del plan que la autoridad política tuviera todos los elementos necesarios para saber lo que hace. Tendría que haber otra exigencia, como la que establecen las constituciones en asuntos de gran importancia, a saber una mayoría extraordinaria en el cuerpo legislativo.

Sin embargo, nada hay que libre a un sistema, cualquiera que fuese, del populismo exaltado o del iluminismo carismático. Que lo libre de la irresponsabilidad o de la suficiencia de quienes se consideran imbuídos de un saber superior al de otros que lo han adquirido tras duro esfuerzo. Se concibe pues la crisis del nuevo sistema y el recurso a la inflación, con todas sus consecuencias.

¿Será necesario el empleo de la fuerza para conjurar la crisis? ¿Y el empleo de la fuerza se hará para fortalecer las nuevas reglas del juego? ¿O responderá el designio de restaurar el viejo sistema?

Preguntas éstas que surgirán al discutir las ideas que he expuesto. Y muchas otras. La transformación del sistema no es materia de una fórmula que pueda aplicarse de una vez por todas. Es un proceso que al desplegarse encontrará grandes obstáculos. Lo esencial es no perder el rumbo, los grandes objetivos que se persiguen.

Más de una vez he pensado en la posibilidad de guiar la transformación

con un concepto más simple que el uso social del excedente. Y así me he preguntado si un impuesto al gasto no podría ser un instrumento adecuado para elevar el ritmo de acumulación. Lo he mencionado al referirme a países de menor grado de desarrollo. Pero cuando se avanza en las mutaciones estructurales: ¿Cómo encauzar el poder redistributivo? ¿Cómo regular su ejercicio? ¿Qué hacer con la tendencia al crecimiento desproporcionado del Estado?

Por más que haya examinado éstos y otros problemas, no he encontrado otras soluciones que las que aquí presento a la discusión.

No hay que hacerse ilusiones. La evolución de la técnica trae consigo enormes posibilidades de bienestar humano, que han empezado a ser realidad para una porción limitada del planeta. Pero trae también consigo formidables problemas. El de la ambivalencia de la técnica en todas partes. Además, en lo que atañe a la periferia, la penetración tardía de esa técnica en una estructura social muy diferente de la estructura social de los centros en donde aquélla se origina. Y también el problema del excedente y su dinámica en centros y periferia.

Son esencialmente problemas de racionalidad. Racionalidad que requiere de un modo ineludible un esfuerzo colectivo deliberado y persistente.

Desgraciadamente, no hay manera de evitarlo. No se resuelven esos problemas con el libre juego de las fuerzas del mercado.

Que ese esfuerzo colectivo está expuesto a errores y claudicaciones, no cabe duda alguna. ¿Pero hay alguna otra fórmula que permita evitarlos?

A veces se piensa en la necesidad de un autoritarismo coyuntural durante el tiempo que requiera la consolidación del nuevo sistema. Yo no podría recomendarlo como fórmula, si bien no cabe negar que pudiera sobrevenir en ciertas condiciones objetivas. Habría que distinguirlo en todo caso del autoritarismo estructural. En el fondo esta concepción autoritarista se basa en la creencia de que las masas populares son incapaces de discernir y decidir lo que conviene a sus intereses y aspiraciones. Se impone decidir en vez de ellas desde arriba. Nueva y funesta versión del despotismo ilustrado: una autoridad superior, justa y esclarecida que se sobreponga a tensiones y conflictos. Concepto mucho más grave que el de tiempos pretéritos. Pues más que en la arbitrariedad circunstancial de ciertos hombres se basaría sobre la concentración y gestión de los medios productivos en manos de quienes se encuentran en la cima del Estado: un autoritarismo enraizado en la misma estructura del sistema.

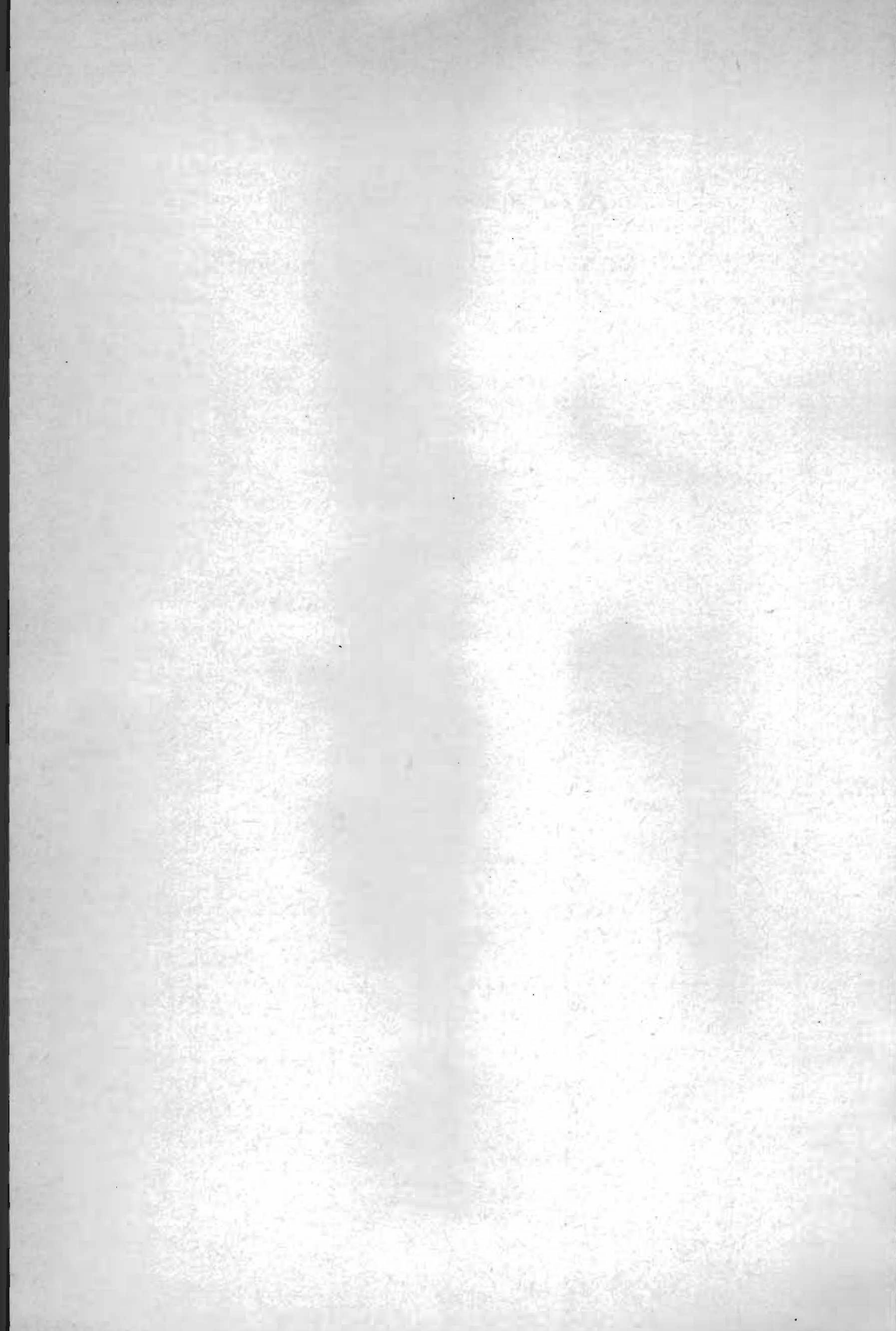
¿Pero basta esa concentración para usar racionalmente el excedente? ¿Desaparecen con ello las tensiones y aspiraciones contradictorias entre los dife-

rentes grupos sociales? ¿Y la presión de intereses? ¿Y la hipertrofia del Estado? ¿Y el costo político de este autoritarismo estructural?

La técnica impone racionalidad. Y la racionalidad sólo podrá conseguirse sobre bases cada vez más amplias de consenso colectivo. Camino largo y difícil, que exige incesantes rectificaciones. ¡Pero no hay otro!

*Reflexiones Finales*

**Crisis del capitalismo, ética y racionalidad**



## 1. LA CRISIS DE LAS TEORÍAS CONVENCIONALES

LAS IDEAS contenidas en este libro han exigido de mí un doble esfuerzo. Primero, el esfuerzo nada fácil de ir desbaratando gran parte de las teorías que había aprendido y también enseñado muchos años atrás como joven profesor universitario. Y después, el esfuerzo de llenar el gran vacío teórico que quedaba, de empezar a construir para remplazar lo que yo mismo había destruido.

Largo tiempo estuve en ello. Pues responsabilidades prácticas me impedían una tarea sin interrupciones. Pero esas mismas responsabilidades fueron para mí una fuente copiosa de fecundas experiencias.

Había que explorar en tierra muy poco conocida sin que hubiera una guía certera. "Caminante no hay camino: se hace camino al andar".

Así es. Estuve andando y tratando de penetrar la dinámica del capitalismo periférico. Creo haber entrevisto el camino y por eso he escrito estas páginas.

Por lo demás, tengo sobradas dudas, para decir lo menos, acerca del valor intrínseco de aquellas teorías, aún desde el punto de vista del capitalismo avanzado. Pero me abstengo de entrar en ello pues me basta la periferia. Pero sí impugno vivamente la creencia tan difundida de que ellas nos ofrecen la clave para interpretar nuestros propios fenómenos y ofrecer solución a los problemas del capitalismo imitativo. No admito su vana pretensión de universalidad.

El pensamiento teórico de los centros ha pasado por crisis sucesivas de donde surgieron renovadores movimientos. Después del ataque incisivo y profundo de Marx a la explotación capitalista y a las teorías clásicas que exaltaban las virtudes del sistema, sobrevino una fuerte reacción. La reacción de las teorías neoclásicas. El gran mérito de éstas fue dar precisión y solidez a los razonamientos de aquéllas. Después dominó el neoclasicismo hasta la gran depresión mundial, que trajo consigo un gran sacudimiento teórico frente a la angustiada gravedad de los acontecimientos. ¿Acaso no eran éstos clara prueba de la crisis final del capitalismo que Marx había previsto? ¿Dónde quedaba el concepto neoclásico del equilibrio del sistema? Keynes vino a salvarlo con su teoría general: lo que fallaba, a su juicio, no era el sistema en sí mismo sino la insuficiencia de la demanda efectiva que trababa su funcionamiento. El capitalismo volvió a desenvolverse y esta vez con extraordinario vigor. Y las teorías neoclásicas, así renovadas, volvieron a prevalecer en el mundo académico. Largos años de

euforia en los que el capitalismo terminó por salirse de madre hasta desembocar en otra crisis más honda y compleja que la de los años treinta, crisis del sistema y crisis de las ideologías. Pero el movimiento renovador tarda en llegar. Las ideas van a la zaga de los acontecimientos.

Mientras todo esto sucede en los centros, mientras se resquebraja la imponente construcción de sus economistas, las teorías neoclásicas se extienden por doquier en la periferia latinoamericana con insospechado fervor. Nueva manifestación de dependencia intelectual. Una dependencia en retardo, pues se presenta, cabalmente, cuando economistas de los centros, empujados por cierto escepticismo científico, habían llegado a un honorable compromiso con la realidad. Ya no se busca verificar el cumplimiento de las teorías neoclásicas sino de interpretar de otro modo el concepto seductor de equilibrio general. Este concepto podría ser considerado más bien un paradigma, que ayuda a interrogar los hechos y descubrir las razones por las cuales aquéllos se apartan de la teoría.

La firme convicción teórica de los economistas neoclásicos de esta región del planeta, sin embargo, no admite dudas doctrinarias. Están poseídos de una fe inquebrantable, así en el pensamiento como en la *praxis*, y esperan que tarde o temprano se llegará de todos modos al equilibrio del sistema si se deja actuar libremente las leyes del mercado.

Quienes hayan leído este libro y llegado pacientemente al fin se habrán cerciorado de mi posición. Ese paradigma es inaceptable. No se trata de preguntar por qué la realidad se ha desviado de la teoría, sino por qué la teoría se ha desviado de la realidad.

## 2. TEORÍAS CONVENCIONALES Y ESTRUCTURA SOCIAL

He aquí la cuestión. Las teorías convencionales no representan la realidad. Porque pretenden aprisionarla en el estrecho marco de una teoría económica, ignorando otros componentes íntimamente ligados al componente económico. No es admisible separarlos entre sí, salvo en un análisis preliminar. Todos esos componentes forman parte de una compleja estructura social sujeta a incesantes mutaciones y en estas mutaciones tiene influencia decisiva la técnica de los centros o, más bien dicho, las diversas técnicas que se propagan y penetran en la periferia.

Si insisto en la estructura social es porque atribuyo gran importancia en el desarrollo capitalista a la evolución de la técnica, así como a su estrecha relación con aquélla y las mutaciones que acompañan a su propagación.

Trátase de fenómenos que escapan a las teorías convencionales. También escapan los fenómenos cada vez más serios de ambivalencia de la técnica.

Y de todo ello surgen flagrantes contradicciones. Fiel a mi propósito de mantenerme en mi propio campo, me limitaré a recordar las que se presentan en el desarrollo de la periferia y en sus relaciones con los centros.

Bien sabemos que, debido al carácter centrípeta del capitalismo, la industrialización llega con gran retardo a la periferia. Retardo que explica su inferioridad económica y tecnológica y, por tanto, su inferior productividad que siempre va a la zaga de la de los centros. Sin embargo, la periferia adopta de más en más las formas de consumo avanzado de aquéllos. Gran contradicción que tiende a excluir del desarrollo grandes masas de la población, fenómeno que se acentúa por otra incidencia de la técnica en la estructura social de la periferia: el extraordinario crecimiento de la población.

Pues bien, las teorías convencionales no explican la índole centrípeta del capitalismo, ni el retardo en la industrialización de la periferia, ni las consecuencias trastornadoras de este retardo.

Retardo y sociedad privilegiada de consumo. Si ésta ha adquirido tanta importancia se debe a que el fruto del progreso técnico en la periferia se apropia en gran parte por los estratos superiores en forma de excedente. El excedente es un fenómeno que surge en una estructura social heterogénea y es clara consecuencia de la flagrante desigualdad social. Y esta desigualdad no puede corregirse más allá de cierto límite crítico sin comprometer seriamente la dinámica del sistema. Las teorías convencionales ignoran el excedente. No lo admiten pues sus razonamientos sostienen que gracias a las leyes del mercado el fruto de la productividad tiene que difundirse socialmente mediante el descenso de los precios en la medida en que no se hubiera traducido en aumento de ingresos.

Conocemos el papel de las transnacionales en el designio periférico de desarrollarse a imagen y semejanza de los centros. Son portentos de técnica y poder planetario. Exaltan incesantemente la sociedad privilegiada de consumo valiéndose de técnicas cada vez más eficaces de difusión social. Son agentes eficacísimos de la internacionalización del consumo, de la diversificación impresionante de bienes y servicios; pero apenas contribuyen a la internacionalización de la producción de la periferia. Y no han podido resolver la gran contradicción entre las exigencias crecientes de intercambio inherentes al desarrollo y la índole centrípeta del capitalismo avanzado. Antes bien, contribuyen a la larga a agravarla por la succión de ingresos periféricos.

Esta gran contradicción en las relaciones centro-periferia representa un freno considerable al desarrollo de esta última. Freno exterior que agrava las consecuencias de aquella otra contradicción interna entre apropiación del excedente y sociedad privilegiada de consumo, en desmedro de la acumulación de capital. Y no solamente se acentúa de esta manera la tendencia excluyente del sistema sino que sobrevienen también aquellas tendencias conflictivas que terminan llevando a su crisis al capitalismo periférico.

No diría que esta crisis sacude las convicciones de quienes siguen en la periferia los razonamientos neoclásicos. Al contrario, es prueba del acierto de sus teorías. Por cuanto la crisis, según ellos, es una lamentable consecuencia de la violación de las leyes del mercado perpetrada sobre todo por el poder redistributivo de la fuerza de trabajo. No se preguntan qué se quiere redistribuir. Precisamente, se quiere redistribuir el excedente ignorado por esas teorías. Como quiera que fuese, aquí está la ortodoxia monetaria para volver las cosas a su quicio. ¡Todo es cuestión de firmeza y dejar correr el tiempo!

Ha de reconfortar a esos economistas de la periferia el espectáculo de algunos centros que recurren a la ortodoxia. No se ha encontrado allí otra manera de combatir la inflación que con un ingente desperdicio de factores productivos, con una intensa contracción de la economía que sacrifica inexorablemente el empleo. En ello parecerían terminar largos decenios de refinamientos teóricos. ¡Qué ciencia sombría! *¡What a dismal science!* como diría de nuevo John Ruskin.

Evidentemente, ciertos teóricos son renuentes a penetrar en el fondo del sistema donde se mueven los mecanismos de apropiación del excedente.

No se ha sustraído la periferia a esas aberraciones de la teoría y de la *praxis*. Frente a graves fenómenos de vulnerabilidad exterior se nos ha aconsejado imperturbablemente desde los centros comprimir también la economía, a pesar del desempleo consiguiente, para restablecer el equilibrio del balance de pagos. Hay que reconocer que el desequilibrio se debe también a factores estructurales nos dice ahora la más alta autoridad monetaria internacional,<sup>1</sup> poco tiempo después que el Banco Mundial había

<sup>1</sup> "Con nuestro énfasis en solucionar los problemas temporales de balance de pagos, tradicionalmente hemos hecho hincapié, en nuestras condiciones, en las políticas concernientes a la situación presupuestaria, la política monetaria y la política de tipo de cambio. Aún lo hacemos. Pero en las actuales circunstancias hemos reconocido que rectificar una situación de balance de pagos puede exigir también la introducción de cambios estructurales en la economía y que éstos pueden demorar más tiempo que el periodo de uno a tres años que normalmente se fija como duración de nuestros programas. Así, pues, si bien seguimos subrayando la importancia de una gestión ade-

decidido prestar recursos para atacar esos factores estructurales. Gran acierto de los Sres. McNamara y de Larosière: ¡lástima grande que no hubieran estado en su eminente posición hace largo tiempo cuando la CEPAL empezó a recomendar cambios estructurales para atenuar la vulnerabilidad exterior! ¡Pero ello significaba interferir viciosamente en el juego regulador de las leyes del mercado!

No obstante aquellos acontecimientos infortunados y las consecuencias de la ambivalencia de la técnica cabe preguntarse por qué se sigue precocinando el juego libre de las leyes del mercado. Sostengo que el mercado tiene gran importancia económica y política; pero no es el regulador supremo de la economía. En otras disciplinas científicas el avance ha sido enorme. Pero las teorías convencionales, en tanto se proponen explicar el desarrollo, siguen dominando desde hace dos siglos y sobreponiéndose a las crisis sucesivas del capitalismo.

### 3. TEORÍA ECONÓMICA E INTERESES

¿Qué ha pasado con los economistas? ¿Es que a sus huestes no se han incorporado mentes tan lúcidas como las que han impulsado las otras actividades científicas? ¿Por qué los economistas mejor dotados se extravían en especulaciones teóricas que les alejan irremisiblemente de la realidad? Es en verdad impresionante el despliegue de matemáticas en la economía. Se han dado allí notables contribuciones. Pero el ejercicio matemático, por riguroso y elevado que sea, no puede corregir la falla fundamental de excluir la estructura social de la explicación del desarrollo. Este afán de asepsia doctrinaria de los teóricos de la economía les conduce a un callejón sin salida.

cuada de la demanda, ahora hacemos hincapié sistemáticamente en el desarrollo de la base productiva de la economía y consideramos la posibilidad de que, por consiguiente, los países necesiten nuestro financiamiento durante períodos más prolongados. Este nuevo enfoque es sensible a las circunstancias actuales, pero sigue subrayando la necesidad básica de que los países vivan de acuerdo con sus ingresos. Podría decir que este énfasis en el cambio estructural está haciendo que sea incluso más importante que nunca que colaboremos estrechamente con el Banco Mundial. No se trata de que estemos duplicando el papel de dicha institución, sino que necesitamos que se nos asegure que las políticas que propugnamos serán compatibles con los programas de inversión apropiados para aliviar las deficiencias estructurales que a menudo constituyen el origen de los problemas de balance de pagos de los miembros."

Exposición del señor J. de Larosière, Director Ejecutivo del Fondo Monetario Internacional, en el Simposio "European Management Forum" (Davos, Switzerland), el 3 de febrero de 1981. *IMF Survey*, Vol. 10, núm. 3, febrero 9, 1981.

Sería, sin embargo, una gran simpleza atribuir solamente a inercia o desviación intelectual la persistencia de las teorías convencionales. Los largos años de bonanza de los centros, que duran hasta mediados de los setenta, no fueron favorables, desde luego, a un esfuerzo de renovación teórica. El desarrollo capitalista alcanzó entonces un vigor extraordinario gracias a las innovaciones tecnológicas, la iniciativa empresarial y la enorme acumulación de capital. El nivel de vida de los centros se ha elevado en forma antes inconcebible. Pero todo ello tiene el trágico desenlace de una nueva crisis, una crisis estructural, en donde, además de otros factores, tiene gran significación la ambivalencia de la técnica.

¿Podría seguirse discutiendo acerca de la asignación eficaz de recursos productivos por obra de las leyes del mercado frente a la explotación irresponsable de recursos energéticos agotables? No voy a negar la importancia dinámica del incentivo económico: ¿pero cabría decir que ha orientado correctamente la investigación tecnológica? No sólo se ha descuidado la explotación de nuevas formas de energía y el desenvolvimiento racional de las que ya existían, sino que se ha desviado la investigación hacia formas abusivas de empleo del recurso energético y de otros recursos naturales escasos, cuando no se ha sustituido antieconómicamente algunos de ellos por recursos artificiales. Ha sido necesaria esta crisis para plantear dramáticamente estos problemas y también para reconocer las graves consecuencias de no haberse sabido conservar el capital natural de la biosfera.

Es para mí evidente que la gravitación de poderosos intereses económicos ha sido y sigue siendo un obstáculo muy poderoso a la renovación científica de las teorías del desarrollo.

Lo ha sido en otros tiempos cuando se recomendaba a la periferia aquel esquema pretérito de la división internacional del trabajo. No convenía la industrialización ni a los intereses de grupos dominantes de los centros ni a los de la periferia. La industrialización conspiraba contra el sano juego de las leyes del mercado.

Y cuando ella se impuso por las vicisitudes de los centros, se condenó vigorosamente la sustitución de importaciones hasta que las transnacionales comenzaron a disfrutar del mercado interno a favor de la política sustitutiva. Y los centros, salvando aquellas objeciones doctrinarias de otros tiempos proclamaron sin reservas el papel benéfico de las transnacionales en la modernización de la periferia: ¡había que dejarles penetrar en todo el ámbito de la economía!

Modernización impulsada por la extraordinaria capacidad técnica de aquellas. ¿Por qué discutir acerca de la transferencia de tecnología en todos y

cada uno de los foros internacionales si aquellas empresas lo hacían con toda eficacia?

¿Y por qué preconizar la transferencia en gran escala de recursos financieros por los gobiernos de los centros si las transnacionales constituían el mejor medio para conseguirlos?

Había pues que dejar que las transnacionales se desplegaran en todo el ámbito planetario. Parafraseando: ¡el desarrollo mundial es un problema demasiado serio para dejarlo sólo en manos de sus ejecutivos!

Todo esto, y mucho más he presenciado en mi larga actuación de funcionario internacional, primero en la CEPAL y después en UNCTAD. Los empeños iniciales de esta última coincidieron con aquellos años de bonanza de los centros. Las transnacionales darían ímpetu definitivo a la internalización de la producción. ¿Qué sentido tenía entonces abogar por una política favorable a las exportaciones industriales de la periferia cuando a las transnacionales correspondía ese gran papel dinámico?

En fin, a las esperanzas fervientes de los primeros tiempos siguió una tremenda frustración. Muy poco se ha logrado a pesar de tenaces esfuerzos. Pero hubo insistentes admoniciones, como aquella de poner la casa en orden. Admonición un tanto encogida en estos días cuando el desorden impera en otras latitudes.

Más de una vez se nos dijo en UNCTAD que había que movilizar los propios recursos en vez de reclamar la cooperación financiera internacional. ¿Pero acaso no se malograban en la sociedad privilegiada de consumo a la cual se articulaban cada vez más los grandes centros? Ha sido y sigue siendo muy seria la incongruencia de actitudes. A lo cual no escapaban por cierto aquellos países socialistas que se negaban a cooperar financieramente con la periferia, por no haberles correspondido la responsabilidad del colonialismo.

A pesar de todo, a pesar de grandes obstáculos internos y externos que se oponen al desarrollo y la equidad social hay que continuar el esfuerzo. Esfuerzo ante todo de comprensión de los fenómenos reales, de interpretarlos con objetividad científica. Pero no basta comprender. Como decía U-Thant: ¡la araña y la mosca que cae en sus redes comprenden muy bien su situación! ¿Qué hacer entonces?

#### 4. TRANSFORMACIÓN Y PERSUASIÓN

→ Al comprender he llegado a la conclusión de que había que transformar el sistema. No es así para los economistas neoclásicos que se han encumbrado

en la periferia: ¡hay que suprimir el poder redistributivo! Bien sabemos lo que esta supresión significa: la restauración del poder de los grupos sociales dominantes, el restablecimiento del excedente y su exigencia dinámica. En otros términos, la consolidación de la inequidad social.

Todo ello bajo el signo del liberalismo, de un seudoliberalismo que dista mucho de haber cumplido lo que de él se esperaba: devolver al sistema su funcionamiento regular. No se ha cumplido este propósito. Pero ha tenido que pagarse un ingente costo político y social.

Va a ser muy dura la tarea de reconstrucción. Reconstruir no lo que antes se tenía, porque sus fallas eran fundamentales. Más que reconstruir, transformar.

La transformación exige una teoría y he presentado un primer esbozo de ella a quienes se ocupan del desarrollo y no concuerdan con las teorías convencionales ni con la ortodoxia socialista. Será una larga y difícil tarea de persuasión antes de llegar a los medios políticos. Mientras tanto el volver alguna vez a la normalidad institucional nos presentará la necesidad ineludible de saber lo que se quiere hacer. Y esto me preocupa hondamente porque son pocos aún quienes consideran que no se puede volver a la confrontación redistributiva ni a la exclusión de grandes masas.

No podríamos seguir diciendo que el camino se hace andando. Hemos andado mucho y tenemos que ofrecerlo ahora. Un camino que pudiera seguirse por consenso mayoritario sea para conjurar la crisis o para salir de un régimen de fuerza al que se hubiera llegado por no haberse sabido o podido transformar el sistema.

De todos modos, si así no sucediera, hay que prepararse para una nueva crisis. Y si otros tienen fórmulas mejores, que las ofrezcan también a la controversia.

Como quiera que fuere, hay que llegar a los hombres políticos que han venido buscando infructuosamente la equidad del desarrollo y el avance y consolidación del proceso democrático. Y también a los hombres de armas, a los de hoy y a las nuevas generaciones que vendrán después.

Hemos cometido el grave error en el pasado de dejarles al margen de nuestras preocupaciones y de no tratar de comprender las de ellos. Hay que aprender a pensar en común acerca de los grandes problemas del desarrollo. Porque no está dicho que, después del trauma de infortunadas experiencias, no queden expuestos a la seducción de un autoritarismo estructural —no ya coyuntural y transitorio— basado en el concepto de un Estado omnipotente por su concentración incontrastable de poder económico y político.

## 5. LOS CENTROS Y LA TRANSFORMACIÓN

¿Cuál sería la actitud de los centros, sobre todo de los Estados Unidos, frente a un cambio tan fundamental como el que se preconiza en estas páginas? A la luz de la experiencia, no vacilo en contestar que sería negativa, para decir lo menos.

Los Estados Unidos no se han caracterizado por comprender los grandes problemas del desarrollo periférico. Están conscientes de sus desigualdades sociales pero no quieren reconocer que sobre ellas se basa el capitalismo imitativo en cuyo favor han jugado sus cartas.

Han exaltado el designio de desarrollarse a imagen y semejanza de los países avanzados. Y han visto en las transnacionales un poderoso instrumento que ayudaría a corregir esas desigualdades. Cuentan, desde luego, con el beneplácito de ciertos grupos dominantes de la periferia.

Los centros son cada vez más conscientes de los grandes problemas emergentes de la ambivalencia de la técnica; pero se obstinan en cerrar los ojos a las consecuencias de la técnica cuando ella penetra en la estructura social de la periferia. Ponderan, desde luego, su enorme potencial de bienestar humano, pero no parecen comprender los nuevos e intrincados problemas que nos plantean.

Existe, en los centros, particularmente en los Estados Unidos, una formidable constelación de intereses económicos y financieros que tiene gran influencia en las relaciones con la periferia. La crisis del sistema pone en tela de juicio esos intereses y las teorías que los apuntalan. Y cuando esos intereses se sienten lesionados reaccionan en contra del país periférico, hasta llegar en algunos casos, al empleo del poder militar.

¿Qué hacer entonces? Sería vana presuntuosidad de mi parte discurrir acerca de lo que más conviene a ese país en una visión de largo alcance en materia política, estratégica y asimismo económica. Sin embargo, si los Estados Unidos consideran que conviene a su interés nacional la estabilidad política y social de los países periféricos, lo que están haciendo, o más bien dicho lo que están dejando de hacer, es contraproducente. Pero no es sólo eso. ¿Qué estabilidad? ¿Antes o después de una transformación?

Si en el curso accidentado de los acontecimientos llegara a prevalecer en los centros esa visión de largo alcance, podría alcanzarse una plena coincidencia con quienes en la periferia preconizan la necesidad de transformar el sistema.

La transformación tendrá pues que luchar en dos frentes. Y las fuertes resistencias internas se esforzarán en encontrar todas las formas posibles de apoyo exterior.

No podría negarse la gravedad del obstáculo externo. A pesar de ello, si el movimiento en favor de la transformación llegara a adquirir fuerte impulso, sería un error de incalculables consecuencias retroceder ante obstáculo semejante.

Es, en verdad, de enorme significación lo que está en juego. Si no se emprende una transformación los acontecimientos continuarán peligrosamente a la deriva. Podrían abrirse cauces muy distintos de los que quisiéramos. Uno de esos cauces es el socialismo ortodoxo. Ya expuse mi honda preocupación acerca de ello. Sin negar su contribución histórica en otras latitudes y en otras circunstancias, sería un tremendo retroceso político de muy discutible eficacia económica, para decirlo benévolamente. Por lo demás qué duda cabe que una experiencia de esta índole nos lanzaría al campo de la contienda ideológica de las grandes superpotencias.

Cuanto más lejos de esta contienda, tanto mejor. Pero habrá que superar un obstáculo pertinaz: la dependencia ideológica.

Los ideólogos del capitalismo a ultranza encontrarán inadmisibile el uso social del excedente. Y los del socialismo ortodoxo impugnarán la iniciativa de las empresas y la libertad de los consumidores. Lo más importante de la teoría de la transformación será objeto de crítica implacable. Habrá que tener una gran fuerza de convicción para elevarse sobre ella. ¡Tiempo al tiempo!

No hay nada definitivo, sin embargo. La ideología capitalista ha demostrado una notable supervivencia en los Estados Unidos. Si ha sido inmune a ciertos fermentos de cambio, se debe primordialmente a largos años de desarrollo sostenido y espectacular. Pero ha dejado de ser así.

Y parecería también que el socialismo desarrollado no ha llegado a ser lo que se esperaba que fuera. La evolución de los acontecimientos trae a veces un giro imprevisible.

¡Dejemos unos y otros buscar la autenticidad de nuestro desarrollo!

Al reflexionar en ello, me pregunto con explicable angustia si en la índole centrípeta del capitalismo avanzado y el carácter excluyente del capitalismo periférico no hay una cierta lógica interna del sistema. ¿Qué sucedería si la técnica, circunscrita ahora a una porción relativamente pequeña de la humanidad se extendiera a todo el planeta con enorme empleo de recursos agotables? ¿Qué ocurriría con su ambivalencia? ¿Es que los centros han pensado en otras soluciones que la contención demográfica? Porque hay que reconocer que en su actitud negativa frente a los requerimientos periféricos sólo han sabido recomendar como medida fundamental y decisiva la restricción a la natalidad, a tal punto que una eminente personalidad de los Estados Unidos

llegó a decir paladinamente que un dólar gastado en ello equivalía a mil dólares de inversiones. No quisieron admitir que las medidas demográficas no podrían ser parte importante de una política de desarrollo. No había por qué tenerla. La fórmula era otra y muy simple. Libre juego de las leyes económicas y estricto control de las leyes biológicas.

Digámoslo francamente: la responsabilidad de transformar el sistema es nuestra. Pero el cumplimiento de esta responsabilidad, de suyo sumamente difícil, lo sería mucho más aún si los centros eludieran su propia responsabilidad de cooperación. Una responsabilidad que concierne a su propio interés económico y político si, en una previsor a visión de largo aliento, logran sobreponerse a los intereses de los grupos dominantes.

Hay pues que compartir responsabilidades. Y estas responsabilidades recaen más pesadamente sobre los poderosos. Los poderosos son en este caso los centros y también quienes en la periferia disfrutan de los privilegios de la sociedad consumista. No es admisible eludir nuestra propia responsabilidad. Digo esto sin reticencias, pues cuanto más penetro en esos problemas, tanto menos comparto ciertas actitudes de quienes pretenden exculparnos de ella atribuyendo todos los males de la periferia a la culpa de los centros.

#### 6. PRIVILEGIO, PRINCIPIOS ÉTICOS Y PREVISIÓN

Convergencia de responsabilidades frente a una gran promesa. Por primera vez en la vida del planeta el prodigioso desenvolvimiento de la técnica nos ofrece ingentes posibilidades de bienestar humano —y también de dignidad— no exentas de perniciosos efectos. Creíamos estar en la periferia latinoamericana al borde de la realización de una utopía cuando pretendíamos desarrollarnos a imagen y semejanza de los centros. Pero lo que está ocurriendo ahora nos aleja irremisiblemente de esta posibilidad en el presente sistema. Más aún, el capitalismo de los centros se ha salido de madre y no encuentra aún nuevos cauces. Y en la periferia son cada vez más claras las consecuencias del privilegio inherente a su estructura social, así como a las formas de articulación con los centros.

Privilegio característico de todos los tiempos. En la larga trayectoria de la existencia humana, la vida afortunada de unos pocos se han asentado siempre sobre el trabajo extenuante y la sujeción social de los muchos, apenas aliviados por una técnica rudimentaria de muy lenta evolución.

En verdad, dadas aquellas condiciones, no cabía aguardar resultados ponderables en la redistribución del ingreso. La miseria parecía ineluctable. Y

cabe preguntarse si la civilización occidental hubiera florecido sin la desigualdad. ¿Acaso Platón o Aristóteles, y tantos otros, no defendían la esclavitud? ¿Hubiera podido darse sin la desigualdad el esplendor del arte y la literatura, de la filosofía y de la ciencia, expresada a través de episodios brillantes y fugaces del talento humano?

Como quiera que fuere, ha cambiado hondamente la significación del privilegio, pues ahora constituye un obstáculo formidable a la realización de esa utopía de bienestar humano. Y también al acceso de todos a las conquistas de la cultura, a la exaltación del talento creador que se pierde con el relegamiento social de los desfavorecidos.

Crisis del capitalismo. Ambivalencia de la técnica. Negatividad de los centros. Su articulación a la sociedad privilegiada de consumo de la periferia. Transnacionales. Dependencia.

¡Es el reverso del capitalismo avanzado! Pero no todo es así. No se hubiese llegado a ese prodigioso desenvolvimiento de la técnica sin el incentivo económico que ha promovido la expansión capitalista bajo el signo de la libertad económica y la iniciativa individual. Lo entrevieron claramente los grandes economistas surgidos de la revolución industrial. Pero los que siguieron han terminado por atribuir a la expansión capitalista el papel de supremo regulador de las fuerzas de la economía.

Ante la crisis del sistema hay que discernir todo lo bueno y todo lo malo del capitalismo después de una experiencia secular que se manifiesta dramáticamente en esta crisis.

No será posible superar esta crisis por el simple juego de las leyes del mercado. Se imponen decisiones colectivas. No para prescindir del incentivo económico ni la iniciativa personal. No para sustituirlos por la omnipotencia de quienes se encuentran en la cúspide de una burocracia omnisciente, sino para determinar, en virtud de esas decisiones, las condiciones estructurales y funcionales sobre las que se ha de desplegar la actividad económica. Habrá que conseguir de esta manera la plena compatibilidad del incentivo material con grandes objetivos económicos, sociales y políticos. Y su compatibilidad con el mercado, porque detrás del mercado habrán otras estructuras, otras condiciones básicas de su funcionamiento.

¿Pero qué objetivos? Trátase esencialmente de objetivos inspirados en principios éticos.

Dos siglos de creencia en las virtudes reguladoras de las leyes del mercado han contribuido a sofocar la ética del desarrollo. Olvidase que Adam Smith escribió sobre la teoría de los sentimientos morales antes de dar a luz su libro monumental. Y supongo que al discurrir en este libro sobre la conducta

humana no se había desprendido de preocupaciones éticas. En verdad, hay una ética subyacente en sus razonamientos, así como en la doctrina neoclásica que le ha seguido. Todo ello se ha frustrado porque el incentivo económico, con ser muy importante su papel dinámico no resuelve las grandes contradicciones que acompañan a la técnica ni los problemas de su ambivalencia.

¿Será necesario prescindir del interés personal para que prevalezcan principios éticos? ¿Habrà que realizar la utopía del "hombre nuevo" con motivaciones muy diferentes de las que caracterizan al capitalismo?

No se trata de eso. La dinámica de cualquier sistema exige que los individuos se muevan por incentivos económicos sin excluir otros incentivos. Pero hay que hacer una clara distinción entre el incentivo de acrecentar la productividad, y el poder que tienen ciertos grupos sociales de apropiarse de una parte considerable del fruto de esa productividad debido a su posición en la estructura social.

Bien sabemos en qué consiste el papel del incentivo económico. Es un incentivo a acrecentar la productividad mediante el empleo eficaz de los medios productivos. A ello correspondé la remuneración empresarial y las diferencias que en ella se presentan en función de la capacidad, dinamismo y espíritu de riesgo de los individuos. Éste es un aspecto de nuestro problema.

El otro atañe a los medios productivos en sí mismos. En los bienes de capital se concretan las innovaciones tecnológicas provenientes del avance científico. Estas innovaciones no son el resultado del esfuerzo de quienes disponen de esos medios. Y, sin embargo, se apropian de ese fruto, además de la remuneración de tal esfuerzo; y en el juego de las leyes del mercado, sólo transfieren una parte de él a la fuerza de trabajo que responde por sus calificaciones a las crecientes exigencias de la técnica. Queda así una parte considerable en manos de los propietarios de los medios productivos. Tal es el excedente.

Mientras la remuneración de las tareas empresariales responde a la aportación de los individuos y al proceso productivo, y, por tanto, se inspira en principios de ética distributiva, la captación privada del excedente resulta de un privilegio estructural ajeno a la ética distributiva. También existe un cierto elemento de privilegio estructural en quienes tienen aquellas calificaciones exigidas por la técnica. La heterogeneidad de la estructura social no ofrece a todos iguales oportunidades de formación.

He sostenido en otro lugar la imposibilidad de determinar científicamente a quienes corresponde el excedente.

Puesto que el excedente es la parte del fruto del progreso técnico que no se traslada a la fuerza de trabajo debido a la gran heterogeneidad de la estructura social de la periferia, podría pensarse que el excedente corresponde a la fuerza de trabajo. ¿A qué fuerza de trabajo? ¿A la que se emplea con mayor productividad mediante la acumulación de capital? Admitámoslo por un momento. Si el excedente se le transfiriera en el juego de las relaciones de poder, con ello no se resolvería el problema de acumulación, antes bien, se agravaría y acentuaría la tendencia excluyente del sistema, en grave desmedro de los estratos inferiores.

Algún sociólogo latinoamericano, al referirse a estos estratos que el sistema no absorbe, y que en consecuencia tampoco generan excedente, afirma que el sistema los explota por extensión. En tal caso, si el excedente se distribuyera a la fuerza de trabajo empleada con creciente productividad: ¿le correspondería también a ella el papel de explotadora por extensión de los que quedan en los estratos inferiores?

Y si se trata de un recurso natural cuya extracción, gracias al progreso técnico, se realiza con una fuerza de trabajo relativamente pequeña, ¿correspondería a esta fuerza de trabajo el excedente así logrado?

¿Y cómo entran en escena los científicos y tecnólogos responsables de las innovaciones que aumentan la productividad? ¿El excedente corresponde a quienes hoy participan en el proceso, o también pertenece a quienes lo hicieron ayer? Si admitiésemos este último criterio ¿no nos encontraríamos con un caso similar al de hacer justicia retrospectiva a aquellos grandes artistas del pasado que vivieron y murieron en la indigencia, cuando sus obras alcanzan ahora precios fabulosos?

No hay solución científica. La solución es fundamentalmente ética: acumular el excedente para brindar a todos las ventajas del desarrollo. Corresponde a toda la colectividad y tiene que emplearse en su beneficio para corregir las disparidades estructurales en la distribución del fruto de las innovaciones tecnológicas, ya se trate de las que provienen del poder económico o del poder social.

Los apologistas del capitalismo periférico podrían sostener que la inequidad de la apropiación del excedente tiende a corregirse por sí misma. Puesto que si el potencial de acumulación de capital representado por el excedente se emplea a fondo se atenuará progresivamente la debilidad estructural de la fuerza de trabajo para compartir el fruto del progreso técnico.

Sería una ética retardada. Pero así no sucede en el capitalismo periférico: lo impide la sociedad privilegiada de consumo. Y aunque fuera austero, la distribución encontraría un límite crítico que no es posible trasponer sin

trastornar el sistema. Es un límite crítico a la equidad distributiva, aunque haya mucho aún que distribuir.

He criticado insistentemente a ciertos economistas que conciben el desarrollo bajo el prisma de las teorías neoclásicas. La falla de éstas está en no corresponder a la realidad. Son éticamente correctas. Hay en ellas una ética subyacente como decíamos hace un momento. Pero está muy lejos de cumplirse. Porque la estructura social les impide hacerlo. Si hubiera esa tendencia al equilibrio que ellas postulan y esto se alcanzara, los ingresos de cada cual responderían a su aportación productiva y las ganancias empresariales se habrían eliminado en vez de formar y acrecentar el excedente.

No deja de ser una paradoja que la transformación del sistema se proponga conseguir concretamente los objetivos de esa ética subyacente. Se conseguiría lo que no es dable lograr en el simple juego de las leyes del mercado.

#### 7. ÉTICA Y RACIONALIDAD

Éstos y otros objetivos éticos exigen una gran racionalidad. La corrección de las grandes disparidades estructurales en la distribución del ingreso exigen algo mucho más importante que medidas de redistribución inmediata. Exigen elevar el ritmo de acumulación de capital. Pues tales disparidades ponen de manifiesto una gran heterogeneidad de la técnica y la productividad. Sólo ese mayor ritmo permitirá cumplir plenamente el papel absorbente de la acumulación de capital con creciente productividad de la fuerza de trabajo: requerimiento esencial de una redistribución dinámica del ingreso. Así pues habrá que acumular más a medida que se redistribuye. Y ello tendrá que cumplirse a expensas del consumo privilegiado, de la succión externa de ingresos y de la hipertrofia del Estado. Todo ello significa una racionalidad muy difícil, pero ineludible si se han de conseguir los objetivos éticos que se persiguen.

La defensa de la biosfera impone asimismo una gran racionalidad. El aumento de productividad tiene que ser genuino. Y para lograrlo se necesita mayor acumulación de capital.

Las grandes fallas éticas y ecológicas del capitalismo periférico se han venido sintiendo de tiempo atrás. Pero ha sido necesaria la crisis del sistema para que se vaya formando una conciencia colectiva acerca de esas fallas. Porque la crisis pone de manifiesto el carácter excluyente y conflictivo del sistema. Pone de manifiesto su inequidad social, su carencia de

ética. Problema éste mucho más agudo que en los centros por la especificidad del capitalismo periférico.

El mercado no puede corregir esas grandes fallas, no puede sobreponerse a las estructuras que se encuentran detrás y a las relaciones de poder que de ella surgen. El mercado carece de horizonte social. Y carece, además, de horizonte de tiempo. El mercado no prevé más allá de límites cercanos.

Y la previsión se agrega a las exigencias éticas y las refuerza. A la luz de lo que está pasando no se necesita una visión apocalíptica de los acontecimientos para darse cuenta de que el sistema, en su evolución, tiende de más en más a una grave crisis, o, si se quiere, a una sucesión de crisis desquiciadoras en la periferia latinoamericana, porque las masas de hoy no son pasivas como las de ayer. No será posible contenerlas permanentemente con el empleo de la fuerza. Se impone la previsión del futuro, acaso de un futuro no muy lejano.

Tras una larga y accidentada experiencia histórica, se ha llegado a concebir también la racionalidad política y establecer un régimen institucional que asegure los derechos fundamentales del individuo; su libertad esencial sin otras limitaciones que el respeto a la libertad de los otros.

A la luz de esa experiencia histórica la vigencia y afianzamiento de esos derechos exige evitar la concentración del poder político.

Pero he aquí que la concentración del poder económico en el capitalismo periférico, gracias a la incesante acumulación del excedente, conspira contra la realización de este gran objetivo ético. Y el proceso de democratización y sus valores humanos inherentes termina por estrellarse contra ese poder económico. Tampoco es compatible ese proceso con la propiedad y gestión de los medios productivos por el Estado.

La transformación del sistema tiene pues que asegurar la convergencia del objetivo ético de libertad con el de equidad. Esta convergencia es posible, si bien son muy poderosos los obstáculos que habrá que vencer. Tal es la profunda convicción sobre la cual se sustentan estas páginas.

La ética y la previsión atañen también a los centros y a sus relaciones con la periferia. Huelga decirlo, impulsados por su poder hegemónico y la gravitación política de grupos sociales dominantes, los centros cultivan sus intereses inmediatos, económicos, políticos y diplomáticos, pero carecen fundamentalmente de una visión de largo alcance, de un sentido de previsión del futuro y de contención de su poder. Sentido de previsión que surge en última instancia de consideraciones éticas.

Son dramáticas las consecuencias de la falta de previsión frente a la biosfera. ¿Enseñará esta crisis a tenerla?

¿Habrán aprendido los centros a contener su poder hegemónico? ¿Se han dado cabal cuenta que ello se impone para no perjudicar fatalmente sus propios intereses?

La falta de contención en el ejercicio de ese poder y una inconcebible imprevisión han llevado al caos monetario internacional.

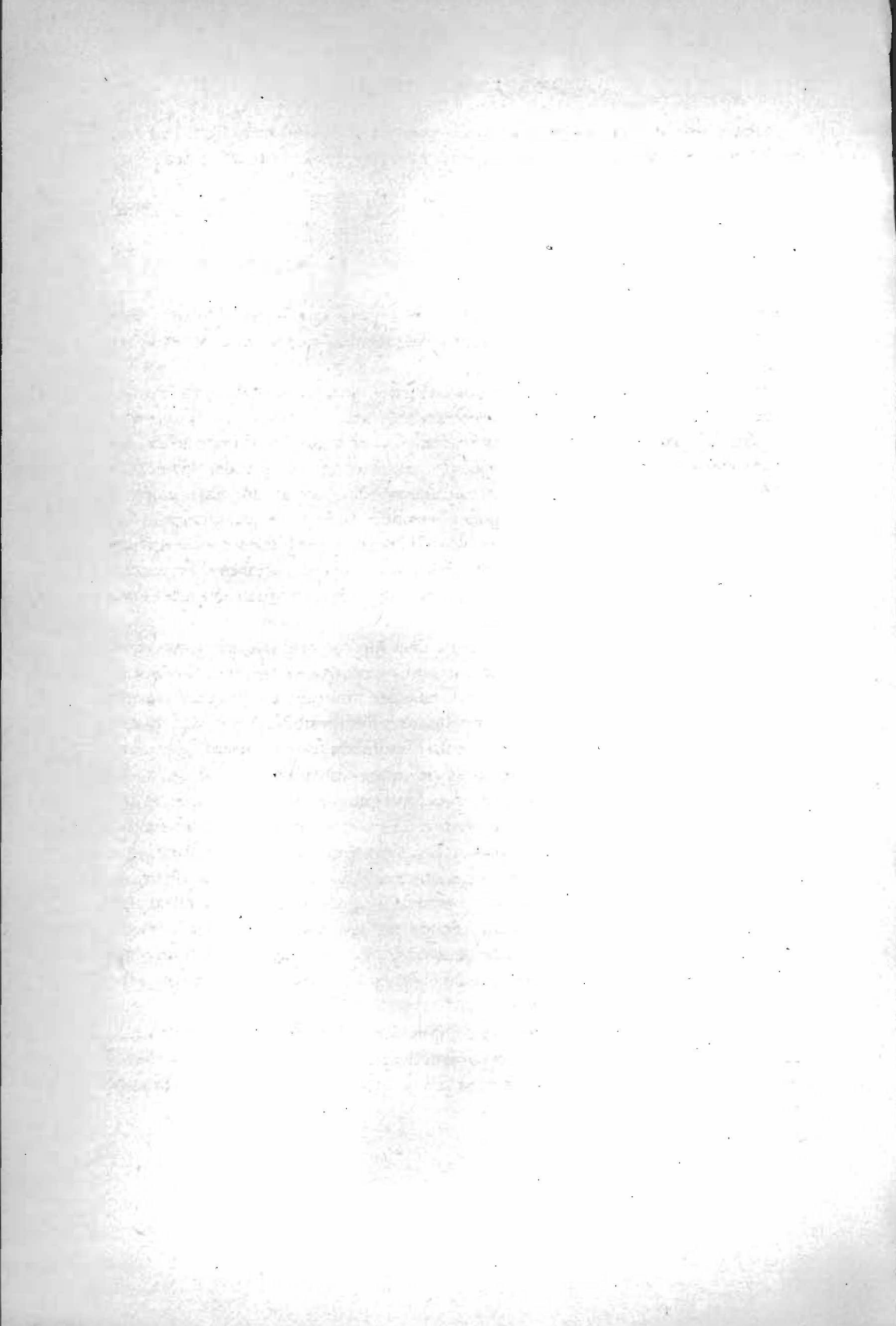
También han prevalecido actitudes similares en las relaciones con la periferia.

¿Habrá que esperar una sucesión de crisis para que se modifiquen tales actitudes? ¿Podrán los centros aislarse del turbión social que se está incubando en la periferia?

Grandes y angustiosas incógnitas, todas éstas, y de profunda significación mundial. Provocan perplejidad y desconcierto en los dirigentes. Y parecería haberse perdido la aptitud para guiar y orientar la corriente de los acontecimientos, esa aptitud que siempre reclamaron las grandes vicisitudes históricas. En la periferia no nos encontramos aún preparados para cumplir la tarea de transformación. Por ello el sentido último de estas páginas. Si logran provocar una discusión a fondo, si llevan a profundizar la significación de los hechos y discurrir cómo habríamos de actuar sobre ellos para conseguir los grandes objetivos del desarrollo, estas páginas habrán conseguido el propósito que las inspira.

Que no es sólo asunto nuestro, sobra decirlo. En el empeño por esclarecer y persuadir hay que llegar también a los centros, a quienes allí buscan afanosamente dar respuesta a los problemas del mundo de hoy, un mundo muy diferente del de ayer, tanto por las grandes posibilidades que ofrece como por los grandes riesgos que presenta. Posibilidades y riesgos que, unos y otros, debemos afrontar sin demora, sin que nos inhiba la imagen del pasado. Una imagen del pasado en que hay que reconocer lo que se ha logrado tras una larga y difícil evolución. Es verdaderamente inconmensurable. Pero también hay que reconocer resueltamente sus grandes fallas, esas fallas cuyo desenlace es la crisis del sistema. Es también una crisis de valores espirituales, pues el incentivo económico, junto con su considerable significación dinámica, ha penetrado donde no debiera. Abarcan esos valores espirituales los principios éticos del desarrollo y van mucho más lejos. Son valores trascendentes. Sin ellos no habrá cohesión social en un sistema, por grande que sea su racionalidad.

No podríamos prescindir de tales valores los hombres de la periferia al abordar la transformación, esta gran aventura humana del desarrollo. Abordarla, al menos, en el esclarecimiento de las ideas quienes ya no podríamos hacerlo en la acción.



## ÍNDICE

<i>Prólogo</i> , por ENRIQUE V. IGLESIAS . . . . .	7
<i>Nota de agradecimiento</i> . . . . .	9
<i>La distribución de la materia de este libro</i> . . . . .	12

### INTRODUCCIÓN

1. ¿Por qué transformar el capitalismo periférico, 14; Las teorías neoclásicas, 15; Breve referencia a las teorías de Marx, 19;
2. Objeciones a la tesis de este libro, 22; La transformación del sistema, 24;
3. La evolución de mis ideas sobre el desarrollo, 25;
4. Una teoría global del desarrollo, 30;
5. Ciclos políticos y transformación, 32

### *Primera Parte*

#### LA PERIFERIA LATINOAMERICANA EN EL SISTEMA GLOBAL DEL CAPITALISMO

1. La dinámica de los centros, 37;
2. La dinámica interna del capitalismo periférico, 39; Mutaciones estructurales, excedente y acumulación, 39; Cambios en la estructura del poder y crisis del sistema, 42; La gran paradoja del excedente, 44; Crisis del sistema y empleo de la fuerza, 46;
3. Hacia una teoría de la transformación, 46; Las dos opciones transformadoras, 46; La difusión del capital y la gestión autónoma, 47; El mercado y la planificación, 48; Síntesis de socialismo y liberalismo y estructura del poder, 49

### *Segunda Parte*

#### LA ESTRUCTURA SOCIAL, SUS MUTACIONES Y LA DISTRIBUCIÓN DEL INGRESO

##### *I. Absorción de fuerza de trabajo y estructura de la ocupación*

1. El excedente estructural, 55;
2. Acumulación de capital y absorción de fuerza de trabajo, 56; Absorción directa e indi-

recta, 56; La tendencia excluyente del sistema, 58; El excedente y la eficacia social del sistema, 61; Diversificación de la demanda y cambios en la ocupación, 62; Demanda y concentración urbana, 64; 3. Productividad y eficacia, 65; Otras formas de desperdicio de capital, 67; Capital reproductivo y no reproductivo, 69; Formas técnicas y ritmo de absorción, 70

### *Apéndice*

Nota sobre la austeridad del capitalismo japonés . . . . .	73
II. <i>La estructura de poder</i> . . . . .	75
1. Las diferencias estructurales, 75; 2. El poder económico, 76; 3. El poder social, 79; 4. El poder sindical, 80; 5. El Estado y la composición del poder político, 81; 6. El poder político y los medios de difusión, 85; 7. Las diferencias individuales y la movilidad social, 88	
III. <i>Las disparidades distributivas y su propagación</i> . . . . .	91
1. Propagación de la desigualdad, 92; El resarcimiento de la fuerza de trabajo, 93; Efectos distributivos de la diversificación, 93; 2. Las diferencias funcionales, 94; 3. Significación de la hipertrofia del Estado, 96; 4. El sistema y la corrupción, 98	

### *Tercera Parte*

#### LA APROPIACIÓN, REDISTRIBUCIÓN Y CRISIS DEL SISTEMA

I. <i>Retención, acrecentamiento y circulación del excedente</i> . . . . .	107
1. El proceso productivo, 107; 2. La expansión monetaria inherente al proceso productivo, 109; Capital circulante y masa monetaria, 110; El papel de la autoridad monetaria, 112; 3. Las limitaciones de la competencia, 112; Fenómenos parciales y globales, 113; El excedente y la renta del suelo, 114; La apropiación histórica del fruto del progreso técnico, 115	

### *Apéndice*

1. La tesis del excedente y la realización de la plusvalía en Marx, ( <i>Comentario de Armando Di Filippo</i> ) . . . . .	115
---	-----

*Apéndice*

2. Representación gráfica de la captación . . . . . 120

*Apéndice*

3. Nota sobre el ciclo y el excedente . . . . . 122

II. *El compartimiento del fruto de la productividad y el límite crítico del sistema* . . . . . 124

1. Significado de este capítulo, 124; 2. El excedente y su límite crítico, 126; El aumento de las remuneraciones y la actitud de la autoridad monetaria, 126; La pugna por el consumo, 133; 3. El compartimiento directo del Estado, 134; Impuestos inflacionarios, 134; La inflación de origen fiscal y la restricción crediticia, 135; 4. Defensa de la ortodoxia, 137; 5. Alzas de precios ajenas a la presión redistributiva, 138; Los factores externos, 139; Los factores internos, 140

III. *El restablecimiento del excedente y la inflación bajo un régimen autoritario* . . . . . 142

1. Las crisis estructurales y las crisis coyunturales, 142; 2. El restablecimiento del excedente y la inflación, 144; El déficit fiscal, 145; El abuso del crédito en la esfera privada, 147; Otros factores de continuación de la inflación, 147; 3. La restricción en un régimen de fuerza, 149; 4. Las aberraciones de la lucha contra la inflación, 150; La elevación de las tasas de interés y el aperturismo financiero, 150; La sobrevaluación monetaria, 153; El aperturismo comercial, 154

*Apéndice*

El sentido de la política económica restauradora (*Comentario de Reynaldo Bajraj*) . . . . . 155

IV. *Hacia una nueva ortodoxia monetaria* . . . . . 159

1. El papel pretérito de la ortodoxia, 159; Los neoclásicos y el poder redistributivo, 160; El restablecimiento de la dinámica del excedente, 161; 2. Transformación y ortodoxia, 162; Política monetaria y vulnerabilidad exterior, 164

V. *Los actores y la crisis del sistema* . . . . . 166

1. El papel de los diferentes actores, 167; 2. Los actores y la

inflación, 169; 3. La acción deliberada de los actores, 170; 4. El sistema y sus elementos integrados, 171; 5. La tecnoburocracia y la planificación, 172; 6. Los actores del populismo, 174; 7. Los actores del liberalismo económico, 175

#### *Cuarta Parte*

### LAS DISPARIDADES ESTRUCTURALES ENTRE LOS CENTROS Y LA PERIFERIA

- I. *La naturaleza de las relaciones entre centros y periferia* . . . . 183
1. La índole centrípeta del desarrollo avanzado, 183; 2. La industrialización periférica y el intercambio en los centros, 184; Las dos opciones en el intercambio, 184; La sustitución de importaciones, 186; 3. Las transnacionales y la industrialización, 190; 4. Proteccionismo periférico y reciprocidad, 191; La fragmentación económica de la periferia, 194; 5. La vulnerabilidad periférica, 196; La relación de precios del intercambio, 198
- II. *La hegemonía de los centros y la dependencia periférica* . . . . 203
1. La índole de la hegemonía, 203; 2. Subdesarrollo y dependencia, 206; La dependencia cultural, 208; La dependencia ideológica, 209
- III. *La especificidad del capitalismo periférico* . . . . . 211
1. El capitalismo imitativo, 211; 2. Técnica y consumo, 212; 3. Disparidades en la estructura productiva, 212; 4. Grado de desarrollo y democratización, 213; 5. La tenencia del suelo, 214; 6. La eutanasia del excedente, 216; 7. Especificidad del crecimiento demográfico, 218; 8. Pobreza y estructura productiva, 218; 9. Especificidad y transformación, 221
- IV. *La crisis del capitalismo en su centro dinámico principal* . . . . 222
1. Una primera visión, 222; 2. Extraordinaria productividad a expensas de la biosfera, 223; 3. Exigencias incompatibles con el crecimiento del producto, 224; 4. Descenso orgánico de la productividad, 226; 5. Excedente y descenso de productividad, 227; 6. Las exigencias de la crisis y el régimen de acumulación y distribución, 228; 7. Reflexiones sobre el poderío del dólar, 230
- V. *La incidencia de la crisis de los centros sobre la periferia* . . . 234
1. La articulación de la periferia con los centros, 234; 2. La

tendencia hacia el estrangulamiento exterior, 236; 3. El aperturismo de los centros, 237; 4. El intercambio recíproco en la periferia, 239; 5. Un programa de emergencia, 240; La desvinculación de los centros, 242

*Quinta Parte*

LAS TEORÍAS NEOCLÁSICAS DEL LIBERALISMO ECONÓMICO

- I. *Las teorías neoclásicas y el desarrollo interno* . . . . . 247
  - 1. La frustración neoclásica, 247; 2. El sistema y su equilibrio general, 249; 3. Las teorías neoclásicas y el excedente, 251; 4. La posibilidad de un equilibrio dinámico, 252; 5. Distribución y relaciones de poder, 253; 6. La acumulación de capital y la tasa de interés, 255; 7. El papel regulador del mercado, 257
- II. *La significación de las teorías neoclásicas en el plano internacional* 258
  - 1. Consideraciones generales, 258; 2. La tendencia al estrangulamiento exterior y la corrección espontánea, 262; 3. Devaluación y protección, 263; 4. Diversidad de situaciones periféricas, 266; 5. La hegemonía ideológica de los centros, 269
- III. *Las contradicciones del liberalismo* . . . . . 271
  - 1. Las concepciones del liberalismo, 271; 2. El falseamiento del liberalismo económico, 273; 3. El liberalismo democrático en los centros y en la periferia, 274

*Sexta Parte*

HACIA UNA TEORÍA DE LA TRANSFORMACIÓN

- I. *Neoclásicos y socialismo ortodoxo* . . . . . 279
- II. *La significación política de la gestión del Estado* . . . . . 283
  - Transformación y estructura del poder. 287
- III. *Esbozo de la transformación* . . . . . 292
  - 1. Significación de la síntesis, 292; 2. Ritmo de acumulación, empleo y distribución, 293; 3. La acumulación en las empresas y la difusión social del capital, 294; 4. El incentivo económico, 297; 5. El mercado en la transformación, 303; 6. El uso social del excedente y el grado de desarrollo, 308

IV. *La planificación del excedente* . . . . . 311

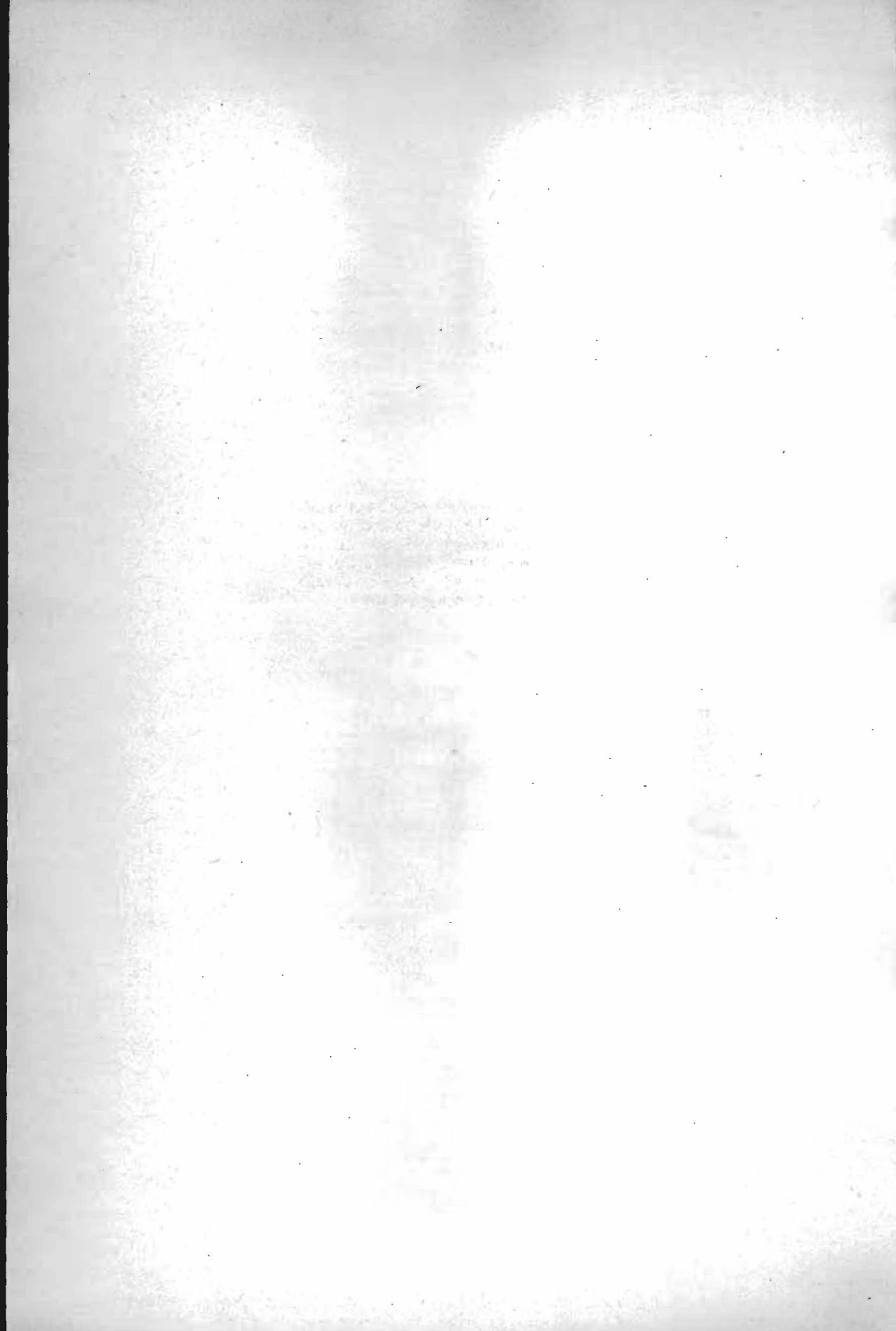
1. La índole del plan, 311; 2. Las desviaciones del plan, 314

*Reflexiones finales*

## CRISIS DEL CAPITALISMO, ÉTICA Y RACIONALIDAD

1. La crisis de las teorías convencionales, 321; 2. Teorías convencionales y estructura social, 322; 3. Teoría económica e intereses, 325; 4. Transformación y persuasión, 327; 5. Los centros y la transformación, 329; 6. Privilegio, principios éticos y previsión, 331; 7. Ética y racionalidad, 335

Se terminó la impresión de esta obra en el mes de marzo de 1984, en los talleres de "La Impresora Azteca", S. de R. L., avenida Poniente 140 N° 681-1, Col. Industrial Vallejo. 02300, México, D. F.  
Se tiraron 3 000 ejemplares



## FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

- Adelman, Irma Glicman. *Teoría del desarrollo económico.*
- Adizes, Ichak. *Autogestión: la práctica yugoslava.*
- Aldrighetti, Angelo. *Técnica bancaria.*
- Anderson, Charles W. *Cambio político y económico en la América Latina.*
- Apter, D. E. *Una teoría política del desarrollo.*
- Arrow, Kenneth; Hahn J. y F. H. *Análisis general competitivo.*
- Ashworth, William. *Breve historia de la economía internacional.*
- Ayza, Juan; Fichet, Gerard y González, Norberto. *América Latina: integración económica y sustitución de importaciones.*
- Bagehot, Walter. *Lombard Street. El mercado monetario de Londres.*
- Balassa, Bela A. *Futuro comercial de los países en desarrollo.*
- Banco de México, S. A. *La distribución del ingreso en México.*
- BID. *Factores para la integración latinoamericana.*
- Bangs, Robert. *Financiamiento del desarrollo económico.*
- Baran, Paul Alexander. *La economía política del crecimiento.*
- Becker, Gary S. *Teoría económica.*
- Belshaw, M. *La tierra y la gente de Huecorio.*
- Benetti, Carlo. *La acumulación en los países capitalistas subdesarrollados.*
- Benham, Frederick Charles. *Curso superior de economía.*
- Bentham, J. *Escritos económicos.*
- Bennett, Hugh Hammond. *Elementos de conservación del suelo.*
- Bethel, Atwater; Smith y Stackman. *Organización y dirección industrial.*
- Bettelheim, Charles. *Planificación y crecimiento acelerado.*
- Bierman, Harold. *Temas de contabilidad de costos y toma de decisiones.*
- Bierman, H. y Smidt, Seymour. *El presupuesto de bienes de capital.*
- Block, Fred L. *Los orígenes del desorden económico internacional.*
- Bottemane, C. J. *Economía de la pesca.*
- Branson, W. H. *Teoría y política macroeconómica.*
- Brodersohn, M. y Sanjurjo, M. E. *Financiamiento de la educación en América Latina.*
- Cantillon, R. *Ensayo sobre la naturaleza del comercio en general.*
- Capstick, Margaret. *La economía de la agricultura.*
- Carrillo Arronte, Ricardo. *Ensayo analítico metodológico de planificación interregional en México.*
- Ceceña Cervantes, José Luis. *Introducción a la economía política de la planificación económica nacional.*
- CEPAL, *América Latina y los problemas actuales de la energía.*
- CEPAL. *Población y desarrollo en América Latina.*
- Coontz, Sidney H. *Teorías de la población y su interpretación económica.*
- Cramer, Jan Salomon. *Econometría empírica.*
- Crum, W. L. *Elementos de matemáticas.*
- Currie, Lauchlin. *Desarrollo económico acelerado.*
- Chandler, Lester Vernon. *Introducción a la teoría monetaria.*
- Chenery, Hollis B. y Clark, Paul G. *Economía interindustrial.*
- Chevalier, François. *La formación de los latifundios en México.*
- Darin-Drabkin, Haim. *La otra sociedad.*
- David, Jacques Henry. *La política monetaria.*
- Dell, Sidney Samuel. *Bloques de comercio y mercados comunes.*
- Dobb, Maurice Herbert. *Economía política y capitalismo.*
- Dobb, Maurice Herbert. *Salarios.*
- Dopfer, Kurt. *La economía del futuro.*

- Dunning, John H. *La empresa multinacional.*
- Eckstein, Salomon. *El ejido colectivo en México.*
- Eells, Richard y Clarence, Walton. *Fundamentos conceptuales de los negocios.*
- Ellsworth, P. T. y J. Clark Leith. *Comercio internacional.*
- Estey, James Arthur. *Tratado sobre los ciclos económicos.*
- Farrall, Bary R. *América Latina y Canadá frente a la política exterior de los Estados Unidos.*
- Ferguson, C. E. *Teoría microeconómica.*
- Ferguson, John Maxwell. *Historia de la economía.*
- Fernández y Fernández, Ramón. *Temas agrarios.*
- Fernández y Fernández, Ramón y Acosta, Ricardo. *Política agrícola; ensayos sobre normas para México.*
- Ferrer, Aldo. *Economía internacional contemporánea.*
- French Davis, R. *Economía internacional. Teorías y políticas para el desarrollo.*
- Finley, M. I. *La economía de la antigüedad.*
- Firth, Raymond. *Temas de antropología económica.*
- Flores, Edmundo. *Dentro y fuera del desarrollo.*
- Flores, Edmundo. *Tratado de economía agrícola.*
- Flores de la Peña, Horacio. *Los obstáculos al desarrollo económico.*
- Flores de la Peña, Horacio. *Teoría y práctica del desarrollo.*
- Florescano, E. *Ensayos sobre el desarrollo económico de México y América Latina (1500-1975).*
- Fox, Willard M. *Investigación de mercados. Interpretación y aplicación.*
- Foxley, A. y otros. *Las desigualdades económicas y la acción del Estado.*
- Furtado, Celso. *Formación económica del Brasil.*
- Furtado, Celso. *Dialéctica del desarrollo.*
- Griffin, Keith B. y Enos, John L. *La planificación en el desarrollo.*
- Gutiérrez, Alfredo F. *Los estados financieros y su análisis.*
- Hansen, Alvin Harvey. *Guía de Keynes.*
- Hansen, Alvin Harvey. *Política fiscal y ciclo económico.*
- Hansen, Alvin Harvey. *Teoría monetaria y política fiscal.*
- Haring, Clarence H. *Comercio y navegación entre España y las Indias.*
- Heilbroner, Robert Louis. *La formación de la sociedad económica.*
- Heilbroner, Robert Louis. *El gran ascenso; la lucha por el desarrollo de nuestro tiempo.*
- Hempel, Edward Henry. *Dirección de plantas industriales.*
- Herschel, Federico Julio. *Introducción a la predicción económica.*
- Hicks, John Richard. *Valor y capital.*
- Hicks, John Richard. *Capital y tiempo.*
- Hicks, John Richard. *La estructura social.*
- Hicks, John Richard. *Revisión de la teoría de la demanda.*
- Hinterhuber, Giovanni. *Política de inversiones en la industria.*
- Hirschman, Albert O. *La estrategia del desarrollo económico.*
- Hirschman, Albert O. *Las pasiones y los intereses.*
- Hirschman, Albert O. *Salida, voz y lealtad.*
- Jaguaribe, Helio. *Desarrollo económico y político.*
- Jaguaribe, Helio. *Hacia una sociedad no represiva.*
- James, Émile. *Historia del pensamiento económico en el siglo xx.*
- Jiménez Castro, W. *Administración pública para el desarrollo integral.*
- Jiménez Castro, W. *Introducción al estudio de la teoría administrativa.*
- Jöhr, Walter Adolf y Singer, W. H. *El papel del economista como asesor oficial.*
- Johnston, B. F. y P. Kilby. *Agricultura y transformación estructural.*

- Jones, C. F. y Darkenwald, G. C. *Geografía económica*.
- Kaldor, Nicholas. *Impuesto al gasto*.
- Kalecki, M. *Ensayos escogidos sobre dinámica de la economía capitalista*.
- Kalecki, Michal. *Economía socialista y mixta*.
- Kaplan, Marcos. *Corporaciones públicas multinacionales para el desarrollo y la integración de la América Latina*.
- Katz, Jorge M. *Importación de tecnología, aprendizaje e industrialización dependiente*.
- Keynes, J. M. *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*.
- Kuczynsky M. y R. L. Meek. *El tableau économique de Quesnay*.
- Kuklinski, Antoni R. *Polos y centros de crecimiento en la planificación regional*.
- Kurihara, Kenneth Kenkichi. *Ensayos de economía macrodinámica*.
- Kurihara, Kenneth Kenkichi. *Introducción a la dinámica keynesiana*.
- Kurihara, Kenneth Kenkichi. *Teoría monetaria y política pública*.
- Lambert, Denis-Clair y Martin, Jean-Marie. *América Latina. Economías y sociedades*.
- Lang, M. F. *El monopolio estatal del mercurio en el México colonial. 1550-1710*.
- Lange, Oskar Richard. *Economía política*. I.
- Lange, Oskar Richard. *Introducción a la econometría*.
- Lange, Oskar Richard. *Problemas de economía política del socialismo*.
- Lange, Oskar Richard. *Los "todos" y las partes*.
- Le Breton, Preston P. *Administración general*.
- Lee, Robert D. y Johnson, Ronald W. *El gobierno y la economía*.
- Leemans, A. F. *Cómo reformar la administración pública*.
- Lekachman, Robert. *Teoría general de Keynes*.
- Levinson, Jerome y Onís, Juan de. *La alianza extraviada*.
- Lewis, William Arthur. *Teoría del desarrollo económico*.
- Little, Ian Malcolm David; Scitovsky, Tibor y Scott, Maurice. *Industria y comercio en algunos países en desarrollo*.
- López Zamora, Emilio. *El agua, la tierra, los hombres de México*.
- McCarty, Harold Hull y Lindberg, James B. *Introducción a la geografía económica*.
- Macón, J. y Meriño M., J. *Contribución de mejoras en América Latina*.
- Maddison, Angus. *Crecimiento económico en el Japón y en la URSS*.
- Maddison, Angus. *Estructura de clases y desarrollo económico en la India y Pakistán*.
- Maddison, Angus. *Progreso y política económica en los países en vías de desarrollo*.
- Malthus, Thomas Robert. *Ensayo sobre el principio de la población*.
- Malthus, Tomas Robert. *Principios de economía política*.
- Marczewski, Jean. *¿Crisis de la planificación socialista?*
- Marshall, Alfredo. *Obras escogidas*.
- Martínez del Campo, Manuel. *Factores en el proceso de industrialización*.
- Martínez, Ifigenia. *Alimentación básica y desarrollo agroindustrial*.
- Marx, Carlos. *El capital*. (3 vols.)
- Matus, Carlos. *Planificación de situaciones*.
- Meade, James Edward. *Una teoría neoclásica del crecimiento económico*.
- Melman, S. *Los factores dinámicos de la productividad industrial*.
- Mellor, John Williams. *Economía del desarrollo agrícola*.
- Mill, John Stuart. *Principios de economía política*.
- Miller, Eric. A. J. *Desarrollo integral del medio rural*.
- Mennes L. M. B. y otros. *El factor espacio en la planificación del desarrollo*.
- Mun, Thomas. *La riqueza de Inglaterra por el comercio exterior. Discurso acerca del comercio de Inglaterra con las Indias Occidentales*.
- Muñoz Amato, Pedro. *Introducción a la administración pública*. I.
- Muñoz Amato, Pedro. *Introducción a la administración pública*. II.
- Myrdal, Gunnar. *Teoría económica y regiones subdesarrolladas*.

- Nevin, Edward. *Fondos de capital en los países subdesarrollados.*
- Newlyn, Walter T. *Teoría monetaria.*
- North, Douglas C. y Miller, Roger LeRoy. *El análisis económico de la usura, el crimen, la pobreza, etcétera.*
- Nurkse, Ragnar. *Problemas de formación de capital en los países insuficientemente desarrollados.*
- Papanek, Gustav Fritz. *Teoría y práctica de la política del desarrollo.*
- Peacock, Alan T. y Shaw, G. K. *La teoría económica de la política fiscal.*
- Pirenne, Henri. *Historia económica y social de la Edad Media.*
- Powelson, John Palen. *Contabilidad económica.*
- Prebisch, Raúl. *Introducción a Keynes.*
- Prebisch, Raúl. *Nueva política comercial para el desarrollo.*
- Pressat, R. *La práctica de la demografía.*
- Raj, Des. *La estructura de las encuestas por muestreo.*
- Rautenstrauch y Willers. *El presupuesto en el control de las empresas.*
- Recalde, F. *Política alimentaria.*
- Reynolds, Ll. G. *Economía laboral.*
- Ricardo, David. *Cartas, 1821-1823. Obra y correspondencia.* ix.
- Ricardo, David. *Principios de economía política y tributación.*
- Robinson, Joan. *Introducción a la economía moderna.*
- Robinson, Joan. *La acumulación de capital.*
- Robinson, Joan. *Ensayos de economía poskeynesiana.*
- Robinson, Joan. *Ensayos sobre análisis económico.*
- Robinson, Joan. *Ensayos sobre la teoría del crecimiento económico.*
- Roll, E. *Historia de las doctrinas económicas.*
- Rostow, W. W. *Las etapas del crecimiento económico.*
- Sáenz Quiroga, Eladio. *Matemáticas para economistas.*
- Salinas, A. *La reforma administrativa.*
- Sanz de Santamaría, Carlos. *Revolución silenciosa.*
- Sayer, R. *La banca moderna.*
- Scott, Honor Minturn. *Curso elemental de economía.*
- Schell, Ervin Haskell. *Técnica del control ejecutivo.*
- Schiavo-Campo, S. y Singer, H. W. *Perspectivas de desarrollo económico.*
- Schickele, Rainer. *Tratado de política agrícola.*
- Schultz, Theodore William. *La organización económica de la agricultura*
- Schumpeter, Joseph Alois. *Historia del análisis económico.* II.
- Schumpeter, Joseph Alois. *Teoría del desenvolvimiento económico.*
- Sée, Henri. *Orígenes del capitalismo moderno.*
- Seers, Dudley y Joy, Leonard. *El desarrollo de un mundo dividido.*
- Sen, Amartya Kumar. *La selección de técnicas.*
- Sepúlveda, B. y Chumacero, Antonio. *La inversión extranjera en México.*
- Shackle, George L. S. *La naturaleza del pensamiento económico.*
- Shackle, George Lennox Sharman, *Epistémica y economía.*
- Siegel, Barry N. *Agregados económicos y política pública.*
- Sik, Ota. *La tercera vía.*
- Silva Herzog, Jesús. *Antología del pensamiento económico.*
- Silva Herzog, Jesús. *Historia del pensamiento económico-social. De la Antigüedad al siglo xvi.*
- Silva Herzog, Jesús. *El pensamiento económico, social y político de México, 1810-1964.*
- Sirkin, Gerald. *Introducción a la teoría macroeconómica.*
- Sloan, Pat. *Marx y la economía ortodoxa.*

- Snavely, W. P. *Teoría de los sistemas económicos.*
- Solís Manjarrez, Leopoldo. *Controversias sobre el crecimiento y la distribución.*
- Solow, Robert Merton. *La teoría del crecimiento.*
- Sommers, Harold Milton. *Finanzas públicas e ingreso nacional.*
- Stark, W. *Historia de la economía en su relación con el desarrollo social.*
- Strachey, John. *El capitalismo contemporáneo.*
- Strachey, John. *El fin del imperio.*
- Sweezy, Paul H. *Teoría del desarrollo capitalista.*
- Teh-Wei Hu. *Economía: un análisis introductorio.*
- Tinbergen, Jan. *La planeación del desarrollo.*
- Tobin, James. *Política económica nacional.*
- Tozzi, Glauco. *Economistas griegos y romanos.*
- TRANSFORMACIÓN y desarrollo; la gran tarea de América Latina. (Informe Prebisch.)**
- TRANSFORMACIÓN y desarrollo; la gran tarea de América Latina. Trabajo de apoyo.**
- Trejo Reyes, Saúl. *Industrialización y empleo en México.*
- Triffin, R. *El caos monetario.*
- Urquidí, Víctor L. y Troeller, Ruth R. *El petróleo, la OPEP y la perspectiva internacional.*
- Urquidí, Víctor L. y Thorp, Rosemary. *América Latina en la economía internacional.*
- Vaitsos, C. V. *Distribución del ingreso y empresas transnacionales.*
- Véliz, Claudio. *Obstáculos para la transformación de América Latina.*
- Vernon, Raymond. *Soberanía en peligro.*
- Villarreal, René. *El desequilibrio externo en la industrialización de México.*
- Wallace, R. B. et. al. *La política de protección en el desarrollo económico de México.*
- Waterston, Albert. *Planificación del desarrollo.*
- Weber, Max. *Historia económica general.*
- Weitz, Raanan. *Planeación rural de los países en desarrollo.*
- Weitz, Raanan y Applebaum, Levia. *De campesino a agricultor, una nueva estrategia del desarrollo rural.*
- Wheeler, Joseph Louis y Goldor, Herbert. *Administración práctica de bibliotecas públicas.*
- White, Eduardo J. *Empresas multinacionales latinoamericanas.*
- Wieworka Michael. *Estado, empresarios y consumidores.*
- Wilkie, James W. *La Revolución Mexicana; gasto federal y cambio social.*
- Wionczek, Miguel S.; Bueno, Gerardo M. y Navarrete, Jorge Eduardo. *La transferencia internacional de tecnología. El caso de México.*
- Wolfe, Marshall. *El desarrollo esquivo.*
- Yudelman, Montague. *El desarrollo agrícola y la integración económica de la América Latina.*
- Zamora, Francisco. *Introducción a la micro y macro dinámica económica.*
- Zamora, Francisco. *La sociedad económica moderna.*
- Zamora, Francisco. *Tratado de teoría económica.*

